

JOHN UPDIKE

---

BRASIL

---



Tristão Raposo es negro, tiene 19 años, chulea por la playa de Copacabana y va armado de una hoja de afeitar, atracando aquí y allá para capear el hambre. Isabel Leme es blanca, rica, acaba de salir de un colegio de monjas y tiene 18 años cuando Tristão, al verla pasar en bikini, piensa: «Esta muñeca está hecha para mí». Pese a la salvaje rapacidad de la pobreza, él parece casi sofisticado; ella, hecha a «la lógica y el bienestar del poder», va pisando fuerte por la vida. Pero, en cuanto sus cuerpos se juntan, él verdugo y ella víctima, los dos intuyen ya que el desenlace de aquel asalto no será otro que una pasión sin límite.

Inspirándose en la leyenda de «Tristán e Isolda», Updike nos embarca en la extraordinaria odisea que, por las junglas de Brasil, tanto las de asfalto como las otras, emprende la pareja hacia los abismos del alma y de la miseria en su constante huida de los esbirros del padre de Isabel. Nada podrá detenerlos en un país donde lo mágico y lo real se confunden en simas a veces insondables...



John Updike

**Brasil**

ePub r1.0

Titivillus 03.08.2017

Título original: *Brazil*

John Updike, 1994

Traducción: Iris Menéndez

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Ya sabes que ésta es la suerte común: todo cuanto vive debe morir, cruzando por la vida hacia la eternidad.

La reina, en *Hamlet*

Bienvenido, hermano brasileño, tu amplio espacio está dispuesto; una mano amorosa, una sonrisa del norte, un instante soleado, ¡salud!

Walt Whitman, *Un saludo navideño*

## 1. La playa

1

La playa

El negro es un matiz del marrón. Lo mismo que el blanco si se mira bien. En Copacabana, la playa más democrática, concurrida y peligrosa de Río de Janeiro, todos los colores se amalgaman en un solo y gozoso tono carne insolada que reviste la arena con una segunda piel viviente.

Un día hace ya años, no mucho después de Navidad, cuando los militares ocupaban el poder en la distante Brasilia, la playa era cegadora entre el resplandor del mediodía, los cuerpos hormigueantes y la sal que Tristão llevaba en sus ojos desde las olas más allá del banco de arena. Tan fuerte golpeaba el sol decembrino que alrededor de la centelleante cabeza del muchacho seguían apareciendo pequeños arco iris circulares, como si fueran espíritus, por el rocío del embate de las olas del otro lado del bajío. No obstante, al volver sobre sus pasos para recoger la raída camiseta que también le servía de toalla, divisó a la chica pálida con bañador claro de dos piezas, erguida donde la muchedumbre raleaba. Más allá de ella se abrían los espacios para jugar al voleibol y la acera de la Avenida Atlántica con las ondulantes franjas de sus baldosas.

Ella estaba con otra joven, más baja y morena, que le untaba la espalda con loción bronceadora; los toques fríos hacían que la chica pálida arqueara la espina dorsal hacia dentro, lanzando los pechos en una dirección y, en la otra, los lustrosos semicírculos de sus caderas ya untadas. Lo que atrajo la mirada urticante de Tristão no fue tanto la blancura de su tez; a esa playa famosa acudían extranjeras muy claras, canadienses y danesas, además de brasileñas de origen alemán e irlandés de São Paulo y del sur. No fue su blancura sino el efecto desafiante del pequeño bañador que armonizaba con su piel dando una impresión de total desnudez pública.

Aunque no total: llevaba una pabela negra con copa baja, ala vuelta hacia arriba y una brillante cinta del mismo color. El tipo de sombrero, pensó Tristão, que se pondría una chica de la clase alta de Leblón para el funeral de su padre.

—¿Ángel o puta? —preguntó a su medio hermano Euclides.

Este era miope, y cuando no veía, ocultaba su confusión detrás de preguntas filosóficas.

—¿Por qué razón no puede una chica ser ambas cosas? —inquirió.

—Creo que esta muñeca está hecha para mí —dijo impulsivamente Tristão desde las profundidades interiores donde se estaba forjando su sino a golpes bruscos que arrebatában, de repente, trozos enteros de su vida.

Tristão creía en los espíritus y en el destino. Tenía diecinueve años y no era un *abandonado* <sup>[1]</sup> porque tenía madre aunque fuera prostituta, y lo que era aún peor: se acostaba con hombres borracha y no por dinero, engendrando hijos-larvas como una ciénaga humana de olvido y deseo despreocupado. El y Euclides habían nacido con un año de diferencia y ninguno de los dos sabía más acerca de su respectivo padre que la dispar evidencia genética de sus rostros. Habían ido a la escuela sólo el tiempo suficiente para aprender a leer los letreros de las calles y los anuncios publicitarios; trabajaban en equipo, hurtando y robando cuando el hambre se volvía insoportable, y tenían tanto miedo de las bandas que querían absorberlos como de la policía militar. Esas bandas estaban compuestas por chicos inmisericordes e inocentes como manadas de lobos. En aquellos tiempos había *menos tráfico* en Río, *menos* violencia, *menos* pobreza y *menos* criminalidad que en la actualidad, pero a quienes vivían entonces les parecía suficientemente ruidoso, violento, pobre y delictivo. Hacía un tiempo que Tristão sentía que era demasiado mayor para seguir delinquiendo, y que debía encontrar la forma de introducirse en el mundo superior del que salen la publicidad, la televisión y los aviones. Esa lejana chica pálida, le aseguraban ahora los espíritus, era el camino señalado.

Con la camiseta húmeda y llena de arena en la mano, se abrió camino a través de los otros cuerpos semidesnudos hacia ella, que ahora mantenía el suyo más tieso, sabedora de que le estaban dando caza. La camiseta de Tristão, de un anaranjado desteñido por el sol, lucía unas letras que rezaban: LONE STAR, el anuncio de un restaurante de Leblón para gringos. En el interior del pequeño bolsillo, para llevar monedas o una llave, de su bañador negro, tan ceñido que destacaba el bulto de sus genitales, llevaba una cuchilla de afeitar de un solo filo, marca Gem, enfundada en un recorte de cuero grueso al que había practicado una abertura con gran cuidado. Antes de entrar en el agua había dejado sus sandalias taiwanesas de goma azul debajo de unas matas de arvejilla arenosa al borde de la acera.

Y tenía otra posesión, pensó: un anillo de tono cobrizo, arrancado del dedo de una anciana gringa, con las iniciales DAR en un pequeño sello ovalado, iniciales que le resultaban infinitamente curiosas por el significado de las letras unidas: «dar». Se le ocurrió regalárselo a la beldad pálida que, orgullosa, irradiaba de su piel temor y reto a medida que él se acercaba. Aunque desde lejos parecía alta, Tristão le llevaba un buen palmo. El olor de su piel —loción solar o una secreción brotada por la sorpresa y el miedo— lo retrotrajo al hedor de la ciénaga materna, un suave aroma levemente medicinal que databa de una época en que él había estado enfermo con fiebre o lombrices, antes de que la bebida hubiese podrido tan a fondo el organismo de la madre, de modo que todavía funcionaba, en la oscuridad sin ventanas de su chabola en

la *favela*, como un manantial de piedad, una coherente presión de inquietud. Ella debía de haberle implorado el remedio al médico de la misión al pie de la montaña, donde empezaban las casas de los ricos, al otro lado de las vías tranviarias. En aquel entonces su madre no era más que una chiquilla, con el cuerpo casi tan firme como el de ésta, aunque no de huesos tan esbeltos, y él, él habría sido una miniatura de sí mismo, con el envés de los pies y las manos gordos como pequeñas hogazas de pan puestas a leudar, y los ojos estallarían desde su cráneo como burbujas negras, pero escapaba a su memoria el instante en que había aprehendido ese delicado aroma que parecía extenderse en su interior cual un grito dormido; Tristão estaba despertando en esta soleada atmósfera salina, a barlovento del cuerpo de la muñeca rubia.

Tras vencer cierta resistencia de la piel húmeda y arrugada por el mar, se sacó el anillo del dedo meñique, donde encajaba a duras penas. La vieja gringa de pelo azul rizado lo llevaba donde debería haber ido una alianza, en la otra mano. El la había atrapado debajo de una farola rota en Cinelândia, mientras su marido estaba absorto en los anuncios de un espectáculo nocturno a la vuelta de la esquina, con fotos de coristas mulatas. Cuando le arrimó la cuchilla de afeitar a la mejilla, la vieja gringa de pelo azul se ablandó como una puta; aunque por su edad ya tenía un pie en la tumba, le aterrorizaba recibir un rasguño en la cara arrugada. Mientras Euclides cortaba las correas de su bolso, Tristão le arrancó el anillo cobrizo, y las manos de los dos quedaron entrelazadas un instante como las de los amantes. Ahora le tendió el anillo a la desconocida. A la sombra del sombrero negro la cara de la chica era semejante a la de un monito, con una curva exterior sobre los dientes fuertes que parecía que estuviese sonriendo incluso cuando sus labios carnosos, especialmente el superior, estaban serios, como en ese momento.

—¿Me permite que le ofrezca este insignificante presente, *senhorita* ?

—¿Por qué habría de hacer usted eso, *senhor* ?

También la cortesía de este tratamiento parecía una sonrisa, aunque el instante era tenso y la achaparrada compañera mostraba alarma, tapándose con una mano los pechos guardados en el sostén del bañador, como si fuesen tesoros que pudieran robarle. Pero sólo eran sacos de grasa marrón, sin ningún valor por encima del corriente, indignos de una mínima desviación de la mirada tenaz de Tristão.

—Porque usted es hermosa y, lo que es más raro aún, no se avergüenza de su belleza.

—Hoy no se estila tener vergüenza.

—Sin embargo muchas de su sexo la tienen. Como su amiga, que se cubre esos cántaros pesados.



Los ojos de la chica más fea lanzaron llamas, pero después de mirar de soslayo en dirección a Euclides, su indignación se derrumbó y rió entre dientes. Tristão sintió un leve retorcimiento de asco ante ese sonido complaciente de rendición; la necesidad femenina de rendirse siempre molestaba a su espíritu guerrero. Euclides se acercó medio paso sobre la arena, aceptando el espacio rendido. Su cara era ancha, implacable, desconcertada, de color arcilla, con el entrecejo fruncido. Su padre debía de haber sido medio indio, mientras que el de Tristão siempre podría haberse jactado de tener pura sangre africana, tan pura al menos como puede ser la sangre en Brasil. La radiante chica blanca seguía con el mentón en alto y manifestó a Tristão:

—Es peligroso ser bella... y por eso las mujeres han aprendido a sentir vergüenza.

—Conmigo no corre peligro, se lo juro. No le haré ningún daño. —La promesa sonó solemne, el muchacho hundió experimentalmente la voz en un timbre viril.

Entonces la chica estudió su rostro; las facciones totalmente negras estaban talladas en un marco que nunca había conocido la glotonería, con un brillo pueril en los ojos saltones, una elevación como una muralla en la frente huesuda y un matiz cobrizo en su corona de cabellos muy ensortijados, un ligerísimo espolvoreo que sin embargo hacía que algunos filamentos ardieran rojos bajo el fuego blanco del sol. En esa cara había fanatismo y reserva, pero ninguna malignidad hacia ella, tal como le había prometido. La chica se inclinó ligeramente para tocar el anillo.

—Dar —leyó y juguetonamente tensó la mano pálida para que él pudiera colocárselo en un dedo. El anular, donde lo llevaba la gringa, era demasiado delgado; sólo el más grande, el del medio, ofreció la resistencia debida. Ella alargó la mano al sol y el óvalo centelleó hacia su compañera—. ¿Te gusta, Eudóxía?

Eudóxía se horrorizó por el contacto.

—¡Devuélvelo, Isabel! Estos son chicos malos, granujas callejeros. Seguro que es robado.

Euclides bizqueó hacia Eudóxía, como si se esforzara por ver sus volubles rasgos apretados y su color intermedio, semejante al de él, una especie de terracota, y dijo:

—El mundo entero está compuesto por mercancías robadas. Toda propiedad es un robo y quienes más han robado son los que hacen las leyes para los demás.

—Son buenos chicos —tranquilizó Isabel a su compañera—. ¿Qué daño pueden hacemos si les permitimos echarse a nuestro lado mientras tomamos el sol y conversamos? Tú y yo estábamos aburridas. No

tenemos nada que puedan robar, salvo las toallas y la ropa. Nos hablarán de su vida. O nos contarán mentiras..., será igualmente entretenido.

Tal como se desarrolló la conversación, Tristão y Euclides apenas relataron algo de su vida, de la cual se avergonzaban: una madre que no era una madre, un hogar que no era un hogar. No tenían vida sino sólo un constante escabullirse y abrirse paso impulsados por sus estómagos vacíos. En cambio las chicas, que hablaban como si estuvieran solas, expusieron sus vidas fastuosas y ligeras cual si mostraran la lencería de seda: describieron a las monjas de la escuela a la que asistían juntas, las que eran tan hombrunas como para tener bigotes, las sospechosas de lesbianismo que mantenían un matrimonio de imitación, las que eran «gallos» y las que eran «gallinas», las que intentaban seducir a sus alumnas, las que eran esclavas del amor de sacerdotes, las que pagaban a los jardineros para que las follaran, las que cubrían las paredes de sus celdas con fotos del Papa y se masturbaban con esa imagen preocupada y avinagrada ante sus ojos. Todo parecía sacado de un libro, un libro de sexo, un bordado verbal hilvanado por dedos ágiles de niñas en un círculo de costura, sus risillas vibrantes a través del bordado como un hilo de plata. Tristão y Euclides, que vivían en un mundo donde el sexo era un elemento común como las judías coloradas o la *farinha*, sin más valor que unos pocos cruceiros hechos jirones arrojados sobre una mesa de madera manchada de vino, y que habían perdido la virginidad antes de cumplir los trece años, permanecían mudos pero encantados mientras las chicas devanaban sus fantásticas suposiciones divirtiéndose entre sí hasta el borde de las lágrimas.

Al evocar el internado mencionaron una radio entrada de contrabando en la sala de estudios, que una de las monjas había confiscado, lo que dio pie a Tristão para intercalar su conocimiento de la samba y el choro, el forró y la bossa nova, además de las estrellas —Caetano, Gil y Chico— que cada forma de música generaba; todo el firmamento electrónico donde cantantes y actores de seriales, astros del fútbol y gente rica flotaban como ángeles salpicados de lentejuelas, descendió y se convirtió en tema de intereses comunes. Chispas de amor y odio, enfáticas opiniones adolescentes, volaron velozmente entre los cuatro, igualados en su infinita distancia de ese mundo, como iguales eran en el hecho de tener cuerpo: cuatro miembros, dos ojos, una piel sin solución de continuidad. Como campesinos beatos del viejo mundo, creían que ese cielo que les enviaba sus noticias en ondas invisibles dirigía personalmente hacia ellos su cara sonriente y conmovedora, tal como la cúpula impalpable de cielo azul se centra exactamente en cada observador que levanta la vista.

El calor de la playa les achicharraba desde abajo; una potente lasitud extinguió lentamente la conversación. Cuando Euclides y Eudóxia se levantaron vacilantes al unísono para ir a nadar, un tenso silencio reinó entre los otros dos. Isabel alargó su palma hacia la de él —de un lustre plateado—, con la mano en la que brillaba el anillo robado.

—¿Quieres venir conmigo?

—Sí, siempre —dijo Tristão.

—Entonces, hazlo.

—¿Ahora?

—Ahora es el momento —dijo ella, hundiendo sus ojos de un gris azulenco en los de él, con el regordete labio superior arrugado en actitud de solemne reflexión— para nosotros.

## 2. El apartamento

2

### El apartamento

Isabel llevaba un diáfano vestido playero del color amarillo naranja de un *maracujá*, pero decidió no ponérselo; sólo se calzó unas sandalias de delgado cuero blanco para caminar por la famosa acera de sinuosas franjas negras y blancas de la Avenida Atlántica. Mecía la toalla y el vestido arrugados en el codo izquierdo doblado, por lo que como mínimo un transeúnte bajó la mirada esperando ver a un bebé envuelto en pañales brillantes. El sombrero oscuro, que parecía teñido con zumo de bayas de *genipapo*, flotaba delante de Tristão como un platillo volante, mientras aleteaban los extremos de la cinta negra colgante. La chica se movía a mayor velocidad de la que él esperaba, con un andar más atlético, obligándolo a brincar y caminar a saltitos a su lado para seguir su ritmo. Su propio sentido del decoro había hecho que se pusiera la camiseta sucia de arena en la que se leía: LONE STAR; sus andrajosas sandalias de goma azul, recuperadas del conflictivo arbusto, chancleteaban flojas.

La chica pálida, que parecía mucho más alta por la longitud de sus piernas desnudas, daba zancadas con la ciega determinación de un sonámbulo, o como si cualquier vacilación pudiera deshacer su resolución; se encaminaba al sur, hacia el fuerte, y luego giró a la derecha por una calle —él estaba demasiado distraído y asustado para notar si era la Avenida Rainha Elisabete o la Rúa Joaquim Nabuco— que llevaba a Ipanema. Allí, a la sombra de árboles y edificios, entre tiendas, restaurantes y fachadas acristaladas y de aluminio de bancos, con porteros y guardias de seguridad uniformados, su pálida semidesnudez brillaba imponente y atraía todas las miradas. Tristão se acercó más protectoramente, aunque la impenetrabilidad enajenada de ella —cuya mano se había helado al entrar en contacto con la de él— lo hacía sentir torpe y aislado. En ese mundo de casas de pisos y calles custodiadas ella era su guía; Isabel torció al llegar a una marquesina marrón numerada que desembocaba en un vestíbulo en semipenumbra; detrás de un escritorio de mármol negro veteado de verde parpadeó un japonés mostrando asombro, pero entregó a Isabel una llave pequeña y pulsó un botón que abrió una acristalada puerta interior de corredera. Al traspasar esa puerta Tristão se sintió observado por un aparato de rayos X, percibió el hormigueo de la navaja en su bañador húmedo, y también del pene, con su curva encogida como la de un anacardo.

El ascensor, revestido con puertas de un material plateado estampado como tela con triángulos, se deslizó hacia arriba: un puñal despojándose de su funda. Un breve pasillo, cuyas paredes a rayas eran una versión atenuada del dorado color frutal del vestido de playa arrugado. Una

puerta de palo brasil rojo, brillante de cera y con muchos paneles, cedió a la llavecita no más grande que su cuchilla de afeitar. Dentro reinaba un silencio de superficies costosas, jarrones, alfombras, cojines orlados, lomos de libros encuadernados en cuero con filetes dorados. Nunca había estado en un ambiente semejante; sintió que le arrebataban el aliento y la libertad.

—¿De quién es esta casa?

—De mi tío Donaciano —dijo la chica—. No te preocupes, no tendrás que conocerlo. Trabaja todo el día en el centro. O juega al golf y va de copas con sus relaciones profesionales. De hecho, su trabajo consiste en beber con sus amistades. Pediré a la sirvienta que nos traiga algo para que nosotros también bebamos. ¿O quieres comer?

—Oh, no, *senhorita* ; no tengo hambre. Sólo quiero un vaso de agua o un poco de *suco* .

A Tristão se le había secado la boca paseando la mirada a su alrededor. ¡Había tanto para robar! El y Euclides podrían vivir un mes con las ganancias de una cigarrera de plata, con el de dos candeleros de cristal. Las pinturas —cuadrados y círculos en furiosas pinceladas— no podían valer mucho, excepto quizá para el artista en el momento de pintarlas, pero los lomos de los libros tenían letras de oro. Le maravilló la altura de las bibliotecas, similar a la de una palmera. Esa sala del apartamento tenía galerías sobre dos paredes y en lugar de cielo raso tenían por techo una rosa abovedada formada por pétalos de cristal esmerilado, de cuyo centro pendía, en una cadena tan larga como la de la iluminación sagrada en las iglesias, una araña con brazos como eses de latón. Para Tristão, los interiores de las casas eran las cavernas sin sol de una chabola; allí había tanta luz que se sentía al aire libre, sólo protegido, de modo que no soplara el viento, por una radiante quietud de la que ahora formaba parte. Con voz perentoria, Isabel llamó:

—Maria.

La criada joven y regordeta que entró, no al instante, sino como si hubiese atravesado una larga serie de habitaciones, miró a Tristão desdeñosamente y con un fulgor de terror en sus ojos hundidos. Tenía las mejillas infladas, con una hinchazón india o como si le hubiesen pegado, y además picadas de viruela. Su mezcla de sangres había tomado su piel de un tétrico color rapé. Debió de leer sus pensamientos de ladrón y seguramente se consideraba por encima de ellos. Como si vivir en casas de ricos y pavonearse con la ropa limpia que éstos proveían no fuese en sí mismo una forma de robo.

—Maria —pidió Isabel procurando que su voz no sonase ni dura ni tímida—, dos *vitaminas* con banana o aguacate, si hay. Eso para mí, pero tráele algo a mi amigo, algo de lo que hayas preparado para tu almuerzo. Este es mi amigo Tristão. —Se volvió hacia él y le preguntó—: ¿Un sándwich?

—No hace falta, lo juro —protestó el chico, con el orgullo que la cualidad amurallada de su frente, los brillantes ojos saltones, la reserva de su expresión ya anunciaban.

Pero cuando llegó la comida —*acarajé* calentado con sus croquetas fritas de *vatapá*, camarón y pimientos— comió como un lobo. Estaba acostumbrado a mantener a raya el hambre, pero ver comida lo desencadenaba y ahora no dejó nada en el plato, ni siquiera una mancha. Isabel deslizó hacia él, sobre la mesa baja de marquetería, su propio plato, del que sólo había comido la mitad. Tristão también devoró todo lo que contenía.

—¿Café? —preguntó Maria cuando entró para despejar la mesa. Despedía menos rencor y un leve aroma a conspiración, como el aceite de *dendê* con el que condimentan toda la comida en el norte. Quizás este curioso hogar de una chica y su tío ya contenía algo malo, algo que la criada desaprobaba. Era una persona abierta, como son las clases inferiores, a la picardía y el cambio; para ellos el mundo no existe como una reliquia preciosa que ha de conservarse eternamente bajo cristales.

—Sí, y después déjanos solos.

Isabel se había quitado el sombrerito; su larga cabellera rubia y brillante realzaba su desnudez y devolvió a Tristão la sensación de ceguera del momento en que había salido encandilado del mar.

—¿Te gusto? —le preguntó Isabel, desviando la mirada y ruborizándose.

—Sí, más que eso.

—¿Piensas que soy una coquetuela? ¿Una mala chica?

—Pienso que eres rica —respondió él y paseó la mirada alrededor—. Y la riqueza vuelve rara a la gente. Los ricos hacen lo que quieren y por eso no conocen el precio de las cosas.

—Pero yo no soy rica —dijo Isabel, con una nueva nota de queja y petulancia en la voz—. Mi tío es rico, y también mi padre, que vive en Brasilia, pero yo no tengo nada propio..., me guardan como a una esclava criada entre algodones para ser entregada, cuando las monjas me hayan dado el diploma, a algún muchacho que se convertirá en un hombre como ellos, meloso, educado e indiferente.

—¿Dónde está tu madre? ¿Qué dice ella de tu futuro?

—Mi madre ha muerto. El hermanito que estaba haciendo para mí se estranguló con el cordón umbilical y en su furia agonizante le desgarró el útero. O eso me contaron. Yo tenía cuatro años cuando ocurrió.

—Qué pena, Isabel. —Aunque había oído su nombre de labios de Eudóxia cuando charlaban, era la primera vez que lo pronunciaba—. Tú no tienes madre y yo no tengo padre.

—¿Dónde está tu padre?

Tristão se encogió de hombros.

—Muerto, quizá. Desaparecido, sin duda. Mi madre ha tenido muchos hombres y no se sabe bien quién fue él. Tengo diecinueve años y habrá ocurrido hace veinte. Ella bebe mucha *cachaça* y nada le importa. —Sin embargo, le había conseguido el medicamento que necesitaba. Le había dado el pecho, le había quitado los piojos y revisado sus cagarros en busca de lombrices.

Para hacerlo volver a ella, Isabel anunció:

—Yo tengo dieciocho, todavía.

Tristão sonrió; se atrevió a alargar la mano y tocarle los cabellos luminosos, colmados de muchas lucecillas, como Río de noche visto desde el Pan de Azúcar.

—Me alegro. No me gustaría que fueses mayor además de rica.

Ella aceptó el contacto sin pestañear pero no correspondió a su sonrisa.

—Tú me diste este anillo. —Levantó la mano con el óvalo cobrizo en el dedo más grueso—. Ahora yo tengo que regalarte algo.

—No es necesario.

—Lo que tengo pensado sería también un regalo para mí. Este es el momento. El momento en mi vida.

Isabel se incorporó y empujó los labios de él hacia arriba con los suyos, resultando menos un beso que una imitación de los besos que había visto en revistas o por televisión. Hasta ese momento su vida había consistido en estudiar las historias de otros, ahora estaba creando la suya propia. Lo condujo hasta una escalera metálica de caracol, pintada de un rosa ceniciento, que llevaba al primer piso. Su cuerpo dando vueltas en el ascenso, delante de él, se quebraba en muchas tajadas en escorzo, triángulos de carne oscilantes semieclipsados entre los triángulos de la espiral de peldaños. Arrastrando experimentalmente un dedo por la barandilla como si atravesara una superficie de agua, Isabel bajó el pasillo suspendido a la altura de la araña de brazos serpenteantes y de allí pasó a una habitación que era la suya, todavía llena de animales de juguete de la infancia, con *posters* de cantantes ingleses de pelo largo en la pared. Allí Tristão sintió que la presión sobre sus pulmones era menos atronadora, como si entre esas paredes

pueriles el viento del dinero no soplara tan ferozmente. Las pequeñas piezas claras del bañador de Isabel se desprendieron con un encogimiento de hombros y una contorsión, una indiferente y acostumbrada danza de su cuerpo esbelto, cumplida con una afectada sonrisa a medias retadora y a medias inquisitiva en su valiente carita simiesca. Ahora apenas parecía más desnuda que antes. Tristão nunca había visto una mata púbica como la suya, tan transparente y lacia. Sus pezones, en discos de piel de un pardo apagado, se endurecieron por su exposición al aire y a la mirada de él.

—Tenemos que estar limpios —le dijo Isabel con tono firme.

Los pomos de la ducha, en el interior del cubículo marmolado, eran numerosos y producían diversos tipos de chorros: un ramillete de finas agujas, o una ráfaga de cuerdas de agua más gruesas al ritmo de una pulsación rápida. De pie con ella, en la tibia cascada, enjabonándola hasta que su seda flexible quedó cubierta por una grasa blanca, y luego dejando que ella lo enjabonara, Tristão sintió que su anacardo se convertía en una banana, y después en un ñame ondulado, que estallaba por su peso. Ella se lo enjabonó seriamente, inclinando su cabeza ovalada bajo el agua golpeteante para ver mejor las venas hinchadas, la negra piel purpúrea, el glande violeta de un solo ojo en forma de corazón. Mientras lo inspeccionaba, las rayas de su pelo mostraron que su cuero cabelludo era rosa y no blanco, como él esperaba. Terminada la ducha Isabel le dijo, sin apartar la mirada, rastreando una vena con los dedos:

—O sea que es así. Me gusta. Feo pero inocente, como un sapo.

—¿Antes nunca...? —le preguntó Tristão, turbado, agradecido por estar momentáneamente oculto en el manto empolvado de una amplia toalla blanca que ella había sacado de un armario del baño. En los espejos que lo rodeaban se vio a sí mismo cortado en rebanadas blancas y negras. Su rostro parecía el de un guerrero grave, fotografiado simultáneamente desde múltiples ángulos.

—No, nunca. ¿Acaso te asusta, Tristão?

Sí, le daba miedo, porque si ella era virgen follarla se convertía en algo religioso, en una especie de incriminación eterna. Pero su sangre, que latía desesperadamente en el ñame que llevaba a la vanguardia, envuelto en su toalla como una túnica, lo atraía hacia esa aparición con su propia toalla en lo alto, al estilo de una capa, dejando a la vista la parte baja del cuerpo, sus nalgas apretadas y en vaivén. Cuando Isabel se inclinó ante el umbral de mármol del baño para recoger el pequeño bañador negro que él había dejado caer, se separaron sus nalgas blancas mostrando entre ellas un revestimiento vertical marrón, una mancha de piel permanente alrededor del ano, que le produjo a Tristão un leve asco.



Luego, mientras sacudía y doblaba el bañador para colgarlo con esmero, a Isabel se le escapó una exclamación de sorpresa. La cuchilla de afeitar que él llevaba en el bolsillito se había deslizado de su funda improvisada y le había rasguñado el pulgar. Le mostró la piel blanca con su textura de verticilo, el goteo flojo de un rojo brillante como el de una joya. También eso lo asustó, como una profecía: estaba destinado a causarle dolor.

No obstante, chupándose el pulgar con expresión dolorida y secando la herida en un ángulo de su inmensa toalla, Isabel continuó flotando hacia su lecho infantil, una cama angosta cubierta por un cubrecama ligero cuyo delicado matiz verdoso Tristão había visto en la *favela*, sobre jarras de porcelana y orinales, con una línea de tenue escoria bajo el borde. Encima de las barandillas de latón del cabezal colgaba un pequeño óleo con la imagen de la Virgen, la cabeza rodeada por un halo como una pamelita echada hacia atrás, y un enorme bebé artificialmente solemne en el regazo, en un torpe ademán de sus dedos gordos. Isabel, con la carita de mono grave y decidida, quitó la imagen de la pared y la puso debajo de la cama. Antes de echarse desnuda encima del cubrecama desplazó algunos animales con ojos de cristal y los amontonó en uno de los diversos estantes junto a la cama, cada uno pintado de un color del arco iris, para entretener a una criatura. Hizo todo rápida, expertamente, y se echó de espaldas en el centro exacto de la camita, sin dejarle otro sitio que encima de ella. No obstante, cuando él obedeció, Isabel le apretó el pecho con las yemas de los dedos como si quisiera contenerlo, retener ese instante. Fijó sus ojos de un gris azulado compuesto por centenares de frágiles hebras en los de Tristão, casi con ira.

—No creí que fuera tan grande —reconoció Isabel.

—No tenemos por qué hacer nada ahora. Podemos abrazarnos, sencillamente, acariciarnos y contarnos nuestra vida. Mañana volveremos a reunirnos.

—No. Porque si esperamos no ocurrirá. Este es nuestro momento.

—Podemos volver a encontrarnos mañana, en la playa.

—Perderíamos coraje. Otras personas se interpondrían.

Vacilante, mientras estudiaba la cara de él en busca de orientación, Isabel separó sus piernas blancas.

—¿Has tenido a muchas chicas? —le preguntó.

El asintió, avergonzado de que no todas hubiesen sido chicas, de que al principio hubiese habido mujeres que le doblaban la edad, viejas borrachas amigas de su madre, que le entregaban esa sobra de sí mismas como quien le echa comida a un cerdito divertido.

—¿Entonces puedes darme algún consejo?

El glande de Tristão, cual un corazón violeta arrancado a un animal del tamaño de un conejo, reposaba en la curva de pelusa transparente del monte de Venus de Isabel. En general, la mujer con la que estaba lo cogía en la mano y lo guiaba a su interior. Esta chica levantaba las nalgas torpemente y lo miraba a los ojos para que la orientara. Isabel vio que los iris oscuros de Tristão se derretían en la negrura de sus pupilas dilatadas.

El volvió a hundir la voz en el timbre viril para decir:

—Mi consejo es que te dejes llevar hasta el punto en que mi placer y el tuyo se igualen. La primera vez no será fácil. Te dolerá. —Su aliento olía a *acarajé* picante.

Con su propia mano exploró, encontró el lugar donde los labios menores de ella habían empezado a separarse pegajosos, y fue el guía de su miembro. Poco después, como si dudara de su propio consejo, le preguntó:

—¿Te hago daño?

Isabel estaba rígida debajo de él esforzándose por superar el rechazo instintivo de la carne. Un imprevisto sudor cálido perlaba la totalidad de su piel blanquecina; movió atrás y adelante el mentón, como si ningún otro fragmento de su cuerpo espetado se atreviera a moverse. El también sudaba, preocupado por la estrechez vaginal: era una carga ser un amante en lugar de un marrano que engulle una sobra húmeda. Pero sabía que más allá del muro oscuro los esperaba un paraíso.

—¿Quieres que pare? Podría correrme.

Ahora, furiosa, Isabel movió el mentón de un lado a otro, denegando.

—Por Dios, *hazlo* .

Tristão empujó con fuerza hacia la oscuridad, profundizando en cada estocada el matiz rojizo de atrás de sus párpados apretados. En su interior, en un reducto más lejano que el asiento del hambre, un pasadizo constreñido intentaba alojar una avalancha de luz, una presión creciente, sofocante, escalofriante, que hizo bailar sus talones al tiempo que se aproximaba a la cresta de la ola y, por medio del bucle ascendente de la sensación que suprimía el universo, dio el salto. Las convulsiones de la eyaculación sacaron a Isabel de su propio cuerpo; tiernamente revoloteantes, sus manos blancas tamborilearon sobre la negra espalda arqueada, tratando de sanar la gran descarga de que él había disfrutado en las profundidades viscosas de su cuerpo, en la malla de sus miembros sedosos. El jadeo de Tristão menguó, su voz se volvió razonable, considerada:

—¿Te ha dolido?

—Sí. Dios mío, sí. Tal como dijeron las monjas que ocurriría, por el pecado de Eva.

Pero sus piernas y sus brazos ciñeron el abrazo cuando en un impulso caballeroso de aliviar el cuerpo de ella de su peso, Tristão hizo amago de retirarse.

—Querida Isabel —suspiró, incómodo al no encontrar palabras mejores y todavía avergonzado de pronunciar su nombre: una tarea desarrollada heroicamente no lo autorizaba a igualarse con esta beldad patricia.

Cuando por fin pudo retirar el pene, lo vio cubierto de sangre, y ella pareció culparlo por manchar el cubrecama de raso verde espumoso.

—¡Maria lo verá y se lo contará a mi tío! —exclamó.

—¿Es acaso su espía?

—Son... amigos.

Isabel se había levantado de un salto y traído del baño una toalla húmeda con la que frotó y fregó la mancha, una mancha irregular —por el ofrecimiento de parar de Tristão— en forma de cáliz, con un cuenco, una base y un delgado tallo rojo intermedio.

—Tendrías que haber extendido una toalla —dijo él, ofendido de que ella diera la impresión de culparlo por su propia sangre y por apartarse del momento de exaltación que habían vivido juntos para ocuparse de detalles domésticos.

Isabel percibió el tono ofendido e intentó reparar su orgullo herido, volviendo a la cama y golpeteando dócilmente con la toalla enrojecida lo que ahora recuperaba su forma de anacardo. A medida que éste se replegaba, la sangre virginal de Isabel se hundía amarronada en la arrugada piel del color de una berenjena. Al sentir que el dolor entre las piernas aumentaba mientras se disipaba la brillante culminación de su cuerpo supino en la desfloración, dejó el paño húmedo en la mano de él, en actitud impaciente.

—Aquí tienes, Tristão, también hay suciedades tuyas.

Aunque imbuido del quisquilloso orgullo que sienten incluso los hombres más pobres del Brasil, Tristão aceptó la toalla y asimiló el estado de ánimo de Isabel: estaba mareada por la osadía de lo que había hecho y ya nunca podría deshacerse. Los humores incontrollables de las mujeres son el precio que pagan los hombres por su belleza extraterrena y su habitual dolor.

Cuando Tristão volvió del baño, con el bañador húmedo puesto, Isabel seguía desnuda, salvo el anillo DAR y un sombrero de paja, como el negro que llevaba en la playa pero teñido de un rojo fresa, sobre su rubia cabellera. El arco iris de estantes alrededor de dos de las cuatro paredes del pequeño dormitorio lucía una serie de sombreros graciosos, junto con la abundancia de juguetes proporcionados por el tío que quería mantenerla eternamente niña.

Isabel inclinó la cabeza y posó como una bailarina de *boîte*, los glúteos blancos empujados hacia fuera y una rodilla doblada sobre un pie arqueado, de puntillas; los dedos de sus pies estaban blanqueados por la presión de la pose y un hilillo de sangre casi seca corría por la parte interior de ese muslo. «Qué maravilla», estaba pensando, «que un hombre te vea desnuda, que no debas sentir vergüenza delante de él».

—¿Todavía te gusto? —le preguntó, con una seriedad pesarosa, los ojos alzados al cielo bajo la impúdica ala del sombrero.

—No tengo alternativa —replicó Tristão—. Ahora eres mía.

### 3. El tío Donaciano

3

El tío Donaciano

—No, no lo creo, querida mía —dijo su tío Donaciano, con la obsequiosa corpulencia envainada en un traje gris que según el ángulo de la luz destellaba como el aluminio—, no creo que eso esté dentro de los límites, en absoluto está dentro de los límites, ni siquiera en esta época permisiva y en esta sociedad demasiado progresista.

Había transcurrido un mes. Maria había contado a su empleador la visita de aquel día y le había hablado de las constantes ausencias de Isabel en la playa..., ausencias muy prolongadas, y dado que no regresaba bronceada, ella y ese chico debían de ir juntos al cine o probablemente recurrían a un hotel por horas. Seguro que no salía con Eudóxía, cuyos padres, para escapar de la canícula, se la habían llevado de Río junto con sus tres hermanos, a las montañas, a Petrópolis — donde la corte de Dom Pedro II había erigido un palacio, ahora el Museu Imperial, en el que todavía se usaban carruajes y caballos para pasear por los canales y las calles curvas en las laderas pletóricas de mansiones—, y luego a pasar unas semanas en Nova Friburgo, donde en otros tiempos una colonia de inmigrantes suizos había levantado chalets con añoranzas de su tierra. Escalada de rocas, tenis, paseos en barca, equitación, plantas en perpetua floración: de pequeña, Isabel había experimentado con frecuencia estos placeres con el tío Donaciano y su esposa, la elegantemente esbelta tía Luna, antes de su desafortunada separación, su *desquite*, dado que el divorcio era ilegal. La tía Luna pertenecía a la escasa flor y nata de Salvador y ahora vivía en París, desde donde todas las navidades enviaba a Isabel un pañuelo Hermès o un cinturón Chanel. Era lo más cercano a una madre que ella había conocido. En raras ocasiones el padre de Isabel robaba un fin de semana a sus obligaciones oficiales y viajaba en avión desde Brasilia. ¡Qué emocionante había sido sentarse a su lado en el restaurante del gran hotel, acicalada como una verdadera mujer, recatada y remilgada, con el volante almidonado del escote raspándole suavemente la piel desnuda mientras una cascada refulgía entre los distantes conos verdes de dos montañas del panorama a través del ventanal que daba al lago azul, donde los esquadores acuáticos dejaban estelas de sus virajes en un azul más claro! Pero aquellos placeres habían pertenecido a la infancia, efímeros como las sonrisas en una instantánea.

—¿Cuáles son esos límites en Brasil? —preguntó Isabel a su tío—. Creía que éste era un país en el que cada hombre se hacía a sí mismo al margen del color.

—No estoy hablando de color. Yo soy daltónico, ciego a los colores como nuestra Constitución y acorde con el temperamento nacional que heredamos de los plantadores de azúcar con su espíritu fogoso. No estamos en Sudáfrica, gracias a Dios, ni en Estados Unidos. Pero ningún hombre puede hacerse a sí mismo de la nada, tiene que contar con elementos.

—Elementos que están en mano de muy pocos, donde han estado siempre —replicó Isabel, aspirando con impaciente vigor uno de los cigarrillos ingleses de su tío, liados con tabaco teñido.

El tío Donaciano hundió su boquilla de ébano y marfil —vacía, pues estaba tratando de dejar de fumar y usaba la boquilla para apaciguar el hábito— en las profundidades de un costado de la boca, dotando a sus labios delgados aunque rubicundos, como si acabara de fregarlos, de un retorcimiento sensato y siniestro.

—Las manos de muchos despedazarían todo —explicó—. Aun así, el Río de mi juventud se ha convertido en un gran poblacho. Era hermoso, entretenido..., el tranvía junto al jardín botánico, el funicular a Santa Teresa, el casino donde venía a cantar Bing Crosby. Tan pintoresco y encantador como una exótica pieza única de cristal veneciano. Ahora, en el armazón de su belleza, está podrido. No hay aire, no hay silencio. Son constantes el ruido del tráfico y la música, la música de la samba descerebrada, y por todas partes el hedor de las secreciones humanas. Por todos lados, *bodum* .

—¿Acaso no apestamos tú y yo? ¿No secretamos nada? —Unas vaharadas de humo salían de la boca de Isabel con cada sílaba, como bocanadas de cólera.

Donaciano evaluó su expresión y procuró manifestar otra vez todo su amor de tío en las facciones socarronas. Retiró la boquilla vacía de sus labios; onduló la frente alargada y tersa —tostada de un constante color nogal gracias a un régimen atentamente controlado de baños de sol— como si la arrugara de forma maquinales cuando se inclinó hacia ella, con nuevo apremio y franqueza.

—Has usado a ese chico. Yo no te lo habría aconsejado pero tienes razón, parte de la propia vida no puede vivirse según el consejo de los mayores. Es necesario dar algunos pasos desafiantes, a contracorriente. No hay crecimiento sin un estallido, sin dolor; en su sabiduría, los pueblos primitivos sitúan el dolor en el centro de la iniciación. Muy bien, querida mía, te has iniciado. Fuiste a la playa y elegiste un instrumento con el cual mutilarte. Te has convertido, con el instrumento viviente que usaste, en una mujer. Lo has hecho fuera de mi vista, lo que ha sido considerado y correcto de tu parte. Pero una relación duradera tendría lugar a mis ojos, a los ojos de la sociedad, a los ojos de tu distinguido padre. Incluso, si crees algo de lo que te han dicho las monjas, a los ojos

de tu entrañable madre, nuestra encantadora y querida Cordélia, que te contempla llorosa desde el cielo.

Isabel cambió de posición en el suntuoso sofá carmesí —con el terciopelo acanalado susurrante contra la cara inferior de los muslos— y apagó el cigarrillo: no quería que su madre la espiara. No quería tener a otra mujer en el interior de su vida. Su madre había muerto tratando de dar a luz a un hermano; Isabel nunca le había perdonado la doble traición, aunque con frecuencia comparaba fotos de Cordélia —todas ellas brumosas y apagadas, por el hecho mismo de su muerte— con su propia cara en el espejo. Su madre había sido más morena que ella, más típicamente brasileña en su belleza. Isabel había heredado los colores claros de la rama paterna, los Leme.

—Por tanto —concluía el tío Donaciano—, no volverás a ver a ese *moleque*. Pasado el carnaval iniciarás tus estudios en la universidad, en nuestra ilustre Pontificia Universidade Católica do Rio de Janeiro. Supongo que cuando asistas a ella albergarás fantasías izquierdistas de moda y participarás en protestas antigubernamentales, exigiendo la reforma agraria y el cese de atrocidades contra los indios de la Amazonia; mientras estés envuelta en tan quijotescas agitaciones, es posible que te enamores de un colega de protestas que se convertirá, tras la graduación y a pesar de sus escrúpulos juveniles, en miembro de la clase profesional y quizás incluso en funcionario del Gobierno, que para entonces tal vez los militares habrán liberado a fin de que retome su apariencia civil. O..., por favor no me interrumpas todavía, queridísima; sé con cuánta desconfianza enfoca tu generación los matrimonios de conveniencia, pero créeme que la conveniencia perdura y la atracción se desvanece. O, te decía, puedes elegir convertirte tú misma en abogada, en médica, en ejecutiva de Petrobrás. Ahora en Brasil existen estas oportunidades para el sexo femenino, aunque muy a regañadientes. Las mujeres todavía deben luchar contra la concepción de nuestros dignos antepasados que las consideraban adornos y reproductoras. No obstante, si estás dispuesta a privarte de la maternidad y de las amenidades tradicionales del hogar, puedes entrar en el juego del poder. Créeme, querida sobrina, que se trata de un juego aburrido una vez aprendidas las reglas y realizadas las primeras jugarretas.

El hombre suspiró; tal como ocurría siempre con el tío Donaciano, el aburrimiento empezó a despojar de energía a sus palabras; después de quince minutos, todo lo aburría. «Así es como nos lo quitaremos de encima», se dijo Isabel. Los jóvenes no se aburren tan fácilmente.

Pero él había vuelto a animarse otra vez por una nueva ocurrencia.

—O, y he aquí una idea que si he de serte sincero me da envidia, ¿por qué no viajas al extranjero? No veo por qué, al fin y al cabo, en este mundo en el que las distancias se acortan día a día, debemos confinarnos en Brasil, con su historia atroz, sus masas sórdidas y estúpidas, su eterno subdesarrollo, su samba caótica. No somos sólo

brasileños. ¡Somos ciudadanos del planeta! ¡Ve a París, vive bajo el ala de tu tía Luna! O si eso te sabe a un exceso de permanencia en el nido, tómate un año en Londres, o en Roma, o incluso en la vieja y desastrada Lisboa, donde hablan tan rápido el portugués que no se entiende lo que dicen. ¡Y he leído en el periódico que en San Francisco prospera algo que denominan Poder de la Flor, y que Los Ángeles es la capital de algo que se llama Cuenca del Pacífico! —Se inclinó más hacia ella, ladeando la ceja larga y delgada, más clara que la frente de color nogal, tal como había indicado a docenas de mujeres, antes que a ella, que era inminente una propuesta fascinante—. Isabel, permíteme hablarte con cierta picardía y con mi propia voz de tío viejo, sabiendo que mi formal hermano no lo aprobaría, que sin ningún género de dudas lo improbaría: si estás decidida a no ser convencional, hazte aventurera. ¡Actriz, cantante, una ilusión en ese mundo electrónico que cada vez más suplanta al insípido mundo de elementos pesados y tres dimensiones! ¡Abandonanos! ¡Viaja a las estrellas!

Existe una vertiginosa abundancia de posibilidades si renuncias a ese, ese...

—Tristão —lo interrumpió Isabel para no oír el epíteto—. Mi *hombre*. Preferiría renunciar a mi vida.

El tío Donaciano hizo una mueca curiosa, rápida y pequeña; notó que el vaso alto, lleno de una bebida tan plateada como su traje, estaba vacío.

—Así hablan en los arrabales, querida mía. Vulgar romanticismo de la peor especie, que es lo único que tienen los pobres para hacer tolerable su vida. Pero *tú*, y *nosotros*, tenemos el privilegio de haber nacido como seres racionales. En nuestra capacidad de razonar, después de estos siglos sombríos de fantasía ibérica y gula mestiza, reposa la esperanza de Brasil.

Isabel rió alegremente, conocedora de las pautas cotidianas de su tío: el paseo por las playas de Ipanema y Leblón después del amanecer; la visita de media mañana a su agente bursátil, un inteligente *mulato claro* que había asistido a la London School of Economics y a quien correspondía el indispensable criterio financiero; el almuerzo del mediodía y la siesta con alguna de sus amantes en una de las casas suburbanas de ellas, protegidas por enramadas; luego, a última hora de la tarde, la terraza del Jockey Club, hartándose de *gin*, y el cielo más allá del Corcovado pleno del rosa del ocaso. Alegremente la sobrina besó su frente de color nogal, salió a paso lento del salón y subió la escalera de caracol, convencida (erróneamente) de que su tío se había limitado a hacer los movimientos verbales obligatorios, pero vacuos, para aplacar los fantasmas familiares.

Desde que empezara a acostarse con un pobre se sentía más a sus anchas con Maria, menos temerosa de su amarga sangre india y su índole taciturna.



—Mi tío se olvida de que ya no soy una niña en manos de las monjas — protestó en la cocina.

—El la quiere mucho y sólo desea lo mejor para usted.

—¿Por qué le cuentas todo? Desde que nos traicionaste no puedo traer a Tristão a mi habitación.

—Nunca engañaré a su tío. El es muy bueno conmigo.

—¡Ja! —se mofó Isabel mientras se servía un plato del *caruru* que pensaba comer Maria—. Te paga el salario de un esclavo, te folla y te pega. Sé que te pega porque oigo los ruidos que salen de tu cuarto, aunque nunca gritas.

La otra mujer, con sus pómulos anchos marcados por dos pares de pequeñas cicatrices en diagonal, dedicó a Isabel una mirada de conspiradora. Sus ojos eran rajas brillantes profundamente hundidas en su hinchada carne de color pardo rojizo.

—Su tío es un buen hombre. Si alguna vez me golpea es porque está furioso consigo mismo. Se debe a que está indignado por la tensión de ser un hombre rico en un país pobre. Está frustrado porque este país no ofrece suficiente campo de acción a un hombre refinado como él y los matones del *sertão* se están adueñando de todo. Sé que no me pega a mí. Sus golpes son suaves como los de un minino a una bola de papel.

—¿Y cuando te folla? ¿También es suave?

Maria no encontró respuesta; con mudez india sacó otro plato llano de la alacena y dividió en dos porciones el *caruru*, picante por los pimientos *malagueta* rallados, mezclados con pasta de okra y aceite de *dendê*, todo coronado con trozos fritos de *garoupa*, como queriendo decir que eran iguales ahora que Isabel quería hablar de follar.

—Su tío es un buen hombre —repitió—, pero no debe presionarlo demasiado. Usted tiene que ir a la universidad y salir con chicos buenos. Tristão no es para usted; es justamente el tipo de muchacho que podría haber tenido yo cuando era más jovencita. Un apuesto pillo callejero. Es bonito como un pájaro de la selva, pero incapaz de ganarse el pan. Puro pico, zarpas y plumas vistosas.

Isabel se echó el pelo atrás para que no se manchara con el tenedor lleno de pasta de okra que se estaba llevando a la boca y, después de tragar, mantuvo la cara con la barbilla adelantada en experimental expresión de valentía. Sabía que el desafío le sentaba bien y acentuaba el empuje vivaracho de su carita.

—Nos encontramos en la playa entre centenares de personas. Jamás nos separaremos. ¿Qué puede hacer mi tío al respecto? Nada. Tengo

dieciocho años. No estamos en los viejos tiempos en que podían encerrar a las jóvenes vírgenes en sus *alcovas* de las mansiones, envueltas en encajes y tafetanes negros, espiondo atemorizadas a través de celosías y a la espera de ser alimentadas como palomas.

—Puede enviarla a Brasilia a vivir con su padre —afirmó Maria—. Nadie escapa de Brasilia, de la que he oído decir que está rodeada por un desierto y tiene un foso gigantesco.

Isabel saltó del taburete como si el asiento estuviese caliente; se movió rápidamente de un lado a otro de la cocina como si todas las superficies lo estuvieran y sólo pudiesen tocarse un instante.

—¿Eso dijo? ¿Es eso lo que te dijo, Maria? ¿A Brasilia, a vivir con mi padre? ¡Dímelo! —La amenaza de instalarse en Brasilia aterrorizaba a cualquier carioca auténtico.

En el silencio de Maria se estaba librando una tenaz batalla de lealtades: hacia su empleador y amante por un lado, y por el otro hacia esta joven hermana en el sufrimiento, cautiva del poder del amor, de la esclavitud que el sexo impone a las mujeres, aunque inocentemente Isabel se proclamara libre.

—Yo no sé nada con certeza, amita —dijo por fin—. Pero él y su hermano conversan por teléfono. Me parece que si no renuncia a ese muchacho, no pasará los carnavales de este año en Río.

#### 4. La chabola

4

La chabola

El interior de la chabola que ocupaba la madre de Tristão estaba perforado por brillantes haces de luz que se colaban entre las chapas de zinc del techo y los trozos de madera pintada y cartón prensado que componían las paredes. La brillantez azul que se filtraba en afiladas astillas apenas penetraba la densa atmósfera, un aire espeso no sólo por el humo del tabaco y el fogón donde se cocinaba, sino también por el polvo del suelo de tierra y de los materiales friables, constantemente renovados por capas de robos y expropiaciones para atenuar las condiciones climáticas: el sol achicharrante, el aporreo de la lluvia, el viento oceánico, las noches sin luna. La chabola estaba bañada por la naturaleza, dado su emplazamiento en una de las vertientes más elevadas y empinadas del Morro do Babilonia, y cuando sus habitantes traspasaban la cortina de trapos podridos colgados que hacían las veces de puerta, un paisaje cruelmente espléndido de mar soleado, con veleros e islas, se abría ante sus ojos parpadeantes.

Isabel, que había llegado en plena oscuridad y aún no se había atrevido a asomar la cabeza a la luz del sol, se impresionó por la adaptabilidad de ese espacio brumoso en el que todavía no sabía cuántas personas se encontraban, además de ella misma, Tristão y su madre. En cierto modo había varias habitaciones, a distintos niveles; ella ya había visitado la que servía como retrete, cuyo suelo era un pedazo de madera blanda contrachapada encima de un deslumbrante desprendimiento de tierra pelada de color naranja, por donde bajaban los excrementos y orinas hasta desaparecer de la vista en otro terreno ocupado ilegalmente. La voz de la madre de Tristão, pastosa y pesada, emanaba de un punto indefinido, sin duda un rincón, el más oscuro y protegido de las inclemencias del tiempo, donde el suelo era irregular, mostrando pálidos perfiles de elevaciones y depresiones semejantes a los que la luz del alba talla en una cordillera lejana.

Isabel estaba enterada de que la madre de Tristão se llamaba Úrsula. La noche anterior la mujer se había despertado cuando ellos entraron, jadeantes. El ascenso por la cuesta del Morro do Babilonia había sido largo, y tras los zigzags blanqueados por la luna en las calles montañosas, el interior de la vivienda estaba tan oscuro como un frasco de tinta china. Había llameado una cerilla, acercándose lo bastante a Isabel como para chamuscar sus largas pestañas, y fue apagada en una bocanada de aliento dulzonamente rancio con los vapores del licor de caña de azúcar.

—Esta blanca es de alguien —había dicho la voz adjunta a la cerilla y al aliento fétido—. ¿Cómo es que la robaste?

—No es un robo, madre, sino un salvamento. Su tío quería mandarla con el padre y ella no quiere ir. Quiere estar conmigo. Nos amamos. Se llama Isabel. —Todo en un susurro apremiante de Tristão, a centímetros del oído de Isabel.

La oscuridad gruñó y de pronto crujió produciendo una brisa de movimiento. Por un sonido sordo y pastoso cercano a la cabeza, Isabel comprendió que Tristão había recibido un puñetazo.

—¿Traes dinero?

—Un poco, madre. Pero bastante para la *cachaça* de una semana.

Se oyó otro crujido ligero, como de papel, y la nube agrídulce de alcohol con la calidez corporal a él unida se alejó e Isabel sintió que la mano fuerte de su amado tiraba de ella en una dirección que apenas osó pisar, pues el suelo bajo sus pies estaba lleno de baches y basura, y la oscuridad seguía siendo absoluta. Unas cosas —escorpiones o las antenas de ciempiés gigantes— rozaban sus tobillos y en un momento dio con el codo contra un destartalado soporte de madera que Tristão había esquivado, sin soltarle la mano. Isabel sentía en él la tirantez de la turbación por tenerla en su hogar.

—Aquí, Isabel —dijo él; su tenso apretón tiró de ella hacia abajo, hasta un espacio angosto donde la arcilla desnuda estaba cubierta de terrones ásperos, toscos sacos rellenos con lo que podían ser flores secas o esqueletos de animalitos muy pequeños y delicados, a juzgar por su vaga fragancia. Al tender allí sus propios huesos delicados, creyéndose ahora tan a salvo de la persecución como un cadáver en su tumba, Isabel exhaló un gemido semejante al del placer.

—Chist —gruñó al instante Úrsula directamente en su oído, le pareció a Isabel, aunque habían andado a tientas una buena distancia a través de la oscuridad crujiente poblada por otras formas y presencias.

Cerca, aumentó de volumen un suave ronquido o una superposición de diversos pares de rítmicos pulmones, y la madre de Tristão empezó a cantar, incoherente, suave, incesantemente, subiendo y bajando el tono de voz, pero sin ponerle fin. El sonido no era desagradable y se mezclaba con el murmullo —al otro lado de las paredes invisibles de la chabola— de conversaciones y tráfico de a pie, más abajo en la misma *favela*, el ímpetu nocturno de los coches de Río más abajo aún, un zumbido y latido de la samba primero desde una dirección y luego desde otra en la ciudad a sus pies, más alto aún en la montaña, como si hasta los ángeles anticiparan el carnaval.

Aunque su situación era peligrosa y extraña, Isabel se sentía voluptuosamente letárgica tras la febril huida de Ipanema, la carrera

por la playa de Copacabana y la larga escalada *morro* arriba, donde flotaba la *favela* como un alud congelado a la luz de la luna. El cuerpo de Tristão era firme y vigilante a su lado; él le había dado, para que apoyara la cara, un trapo almohadillado con el olor almizqueño del sudor de otra persona; un espacio visceral se ahuecaba alrededor de ella, murmurando con esa omnipresente sangre y el aliento de la madre borracha.

Su amado estaba tenso e inquieto; había situado entre ambos, tras diversos ajustes angustiados, lo que habían acarreado colina arriba, las dos bolsas de lona con la ropa de Isabel y los caros tesoros que birlaran en el apartamento del tío Donaciano: la cigarrera de plata, los candeleros de cristal, una cruz de oro tachonada de piedras preciosas, previamente robada en una iglesia dieciochesca de Minas Gerais y vendida luego a su tío por un anticuario, un fajo en forma de cubo — sujeto por muchas gomas— con diez mil billetes de cruceiros que encontraron oculto entre la ropa interior de color pastel y perfumada de Donaciano..., prendas dignas de una mujer, había observado atónito Tristão. Mientras apretaba ansioso las bolsas entre ambos, los bordes filosos del botín se hundían en la carne de Isabel; los pinchazos parecían decirle que había dejado atrás la condición de niña mimada para embarcarse en el devenir de una mujer, que es un camino doloroso. La errante canción alcoholizada de la madre de Tristão le decía lo mismo. No obstante, nada le impidió dormir en medio de esas tibias entrañas de la miseria, mientras su marido (así sentía ahora a Tristão) daba vueltas nervioso junto a ella, urdiendo el futuro de ambos en la negrura circundante.

Isabel despertó cuando se declaró el día en las azules cuchillas de luz suspendidas a su alrededor, cada una con su halo de humo. Alguien estaba cocinando..., una chica de doce o trece años, en cuclillas ante un fogón cubierto por la tapa redonda de un bidón de petróleo, cerca de la cortina harapienta que sustituía la ventilación. Isabel reconoció los olores del café y el *angu*, las típicas tortitas de maíz hechas principalmente con agua y sal. Otros cuerpos se movían; reconoció, de aquel día en la playa, la figura achaparrada de Euclides caminando bajo la luz del amanecer; él miró en su dirección pero no dio muestras de verla. Tristão la acompañó al sucucho donde los excrementos se deslizaban cuesta abajo. Después de una noche de inquietud, el amado parecía más delgado y mayor; como un trozo de carne ahumada, la negrura de su piel estaba opacada. A Isabel le dolió que el hecho de haberla conquistado resultara ser, tan pronto, una carga debilitadora.

Pensó, en su inocencia, que si se aliaba con la madre aliviaría la carga de Tristão. Úrsula seguía en la cama; a su lado, sobre el ancho y sucio jergón relleno de paja dulzonamente apestosa, se hallaba acostado y todavía dormido un hombre de cuerpo menudo, con la cara apretada contra un costado de ella, como una lapa oscura. Tenía el pelo enmarañado y entrecano; el rostro se veía eclipsado por el enorme pecho pardo que colgaba de costado en el vestido de algodón roto de Úrsula. La piel de la mujer era de un tono bistre cieno totalmente

despojado del lustre azul africano de Tristão, quien debía de haber heredado el azul de su padre desconocido. El blanco de los ojos de Úrsula se había amarilleado y cuajado por la bebida, y además le faltaban algunos dientes.

—¿Qué quieres aquí, blanca? —preguntó al ver a Isabel erguida a sus pies.

—Me trajo Tristão. Mi familia quiere separarnos.

—Unos tipejos listos. Vosotros dos estáis locos —dijo Úrsula, sin apartar los ojos cuajados del rostro de la intrusa rubia, tratando de imaginar qué ventajas podría suponerle esa visita.

—Nos amamos —anunció Isabel—. Queremos vivir eternamente juntos.

La madre de Tristão no sonrió; de hecho, sus rasgos hoscos profundizaron la cólera.

—Es una suerte si el amor dura tanto como un polvo —sentenció—. La basura salida de mí no tiene derecho a ir por ahí amando a nadie.

—El es hermoso —dijo Isabel a la mujer, sobre su hijo—. Me siento incompleta cuando no estoy con él. No puedo comer, tampoco puedo dormir. Pero anoche dormí como un bebé. —Más que un bebé, pensó, como un feto—. La quiero, Úrsula —se atrevió a confesar—, por traer a este mundo a un chico..., a un hombre tan hermoso. —Isabel estaba decidida a extraer ese rostro barroso de la estupidez hostil para ganar el reconocimiento de su amor y el de Tristão.

—*Porra!* —exclamó obscenamente la mujer, aunque sonriente; pero como si quisiera apagar la sonrisa, con sus patéticos espacios desdentados, cogió con los labios la botella sin etiqueta tirada en medio del revoltijo, al lado de su jergón. Cuando Úrsula cerró los párpados, la belleza barrió su rostro, la misma belleza de Tristão, de un sol eclipsado. Aunque su cuerpo se había vuelto obeso, una simple masa absorbente, tenía la cabeza pequeña y ovalada, bajo un nido de hileras de maíz deshechas. En su cara, un dibujo errático de cicatrices, no simétricas y significativas como las de Maria, daba testimonio de viejas palizas y heridas.

Tristão, que se había ocultado de esta confrontación entre Úrsula e Isabel en el sopor de la chabola, del otro lado de la columna de madera que sustentaba el techo de chapas de zinc superpuestas y que dividía el espacio en una sugerencia de habitaciones, ahora decidió intervenir.

—No nos quedaremos aquí, madre. Esto es asqueroso.

Perturbado tal vez por la reverberante voz masculina, el guiñapo dormido rodó hasta quedar acostado de espaldas, exhibiendo una boca abierta bordeada de saliva; con el brazo libre, Úrsula le retorció la

cabeza hasta apoyarla otra vez contra su pecho, donde, emitiendo un ruido como si estuviese tragando, el hombre volvió a quedar inmóvil.

—Lo que a mí me da asco es la basura con ideas grandiosas. ¿Cuánto crees que pagará su gente rica para recuperarla?

—Mucho, estoy seguro —intervino Euclides, que había estado hablando con la chica que atendía el fogón. Y preguntó a Isabel—: ¿Dónde está tu amiga Eudóxia? Ella y yo tuvimos una larga charla caminando por la playa hasta la punta de Leme ida y vuelta, sobre la comunalidad católica frente al marxismo, y llegamos a la conclusión de que ambas teorías eran quijotescas.

—Su familia se la ha llevado a la montaña —replicó Isabel—. Es una típica hija de la burguesía, muy audaz de pico para afuera pero sin coraje para vivir la vida.

Euclides bizqueó y dijo:

—Un exceso de coraje acaba transformándose en amor a la muerte.

—Nosotros nos amamos —siguió diciendo Tristão a su madre—. Tengo pensado coger el tren a São Paulo para buscar trabajo en la fábrica de coches, con la ayuda de mi hermano Chiquinho, que reside allá. Madre, necesito conocer su paradero.

Era la primera vez que Isabel oía hablar de la existencia de otro hermano. La madre de todos ellos mostró perplejidad, pero luego rasgó sus ojos con expresión astuta.

—Otra basura —dijo—. Nunca manda un centavo a casa y ahora es un hombre que se ha hecho rico fabricando esos *fuscas* que conduce todo el mundo. Si el hechicero me hubiese dado una pócima decente, ninguna de estas basuras estaría pisando la Madre Tierra.

La chica que estaba junto al hornillo de lata preguntó:

—¿Le damos a *ella* ? La pasta sólo alcanzó para ocho tortitas.

—Dale la mía —se apresuró a decir Tristão.

—No, tú necesitas de toda tu fuerza —terció Isabel, aunque de hecho estaba por desmayarse de hambre. La ligereza en la cabeza, la salivación incesante..., ¿vivían los pobres todo el tiempo con esas sensaciones? Contó a los que estaban en la chabola y sólo eran seis, incluido el hombre dormido.

Tristão siguió el recorrido de su mirada y leyó sus pensamientos.

—También está la abuela —explicó.

De la maraña de esterillas, bolsas y sombras del sector más alejado de la chabola, se había levantado una colección dulcemente sonriente de harapos y huesos; una anciana demacrada, con una banda de color turquesa envuelta como un turbante, avanzó arrastrando los pies y tocando las paredes de remiendos para orientarse. Sus ojos no tenían iris: era ciega. Su piel estaba agrietada como la tierra negra después de una sequía prolongada.

—¿Es su madre? —preguntó Isabel a Úrsula. Aunque la mujer no le ofrecía el menor estímulo, Isabel se sintió impulsada a acercarse a ella, como potencial instructora en este nuevo arte de ser mujer.

—Mi madre..., yo no tengo ninguna jodida madre —fue la respuesta en un murmullo monótono—. La vieja dice que es la madre de mi madre, allá en Bahía, ¿pero quién puede demostrarlo? Para aquí, no tiene adonde ir, todo el mundo viene aquí y se amontona para que yo lo mantenga con mi coño. Mi pobre coño gastado por basura muerta de hambre como ésta. —Golpeó furiosa el costado de su cuerpo y el hombre que estaba allí colgado se soltó y volvió a quedar de espaldas; los ojos del guiñapo se abrieron un poco, como los de una lagartija cuando chasquea la lengua—. Nada en los bolsillos, salvo los cojones —dijo Úrsula a Isabel y agregó, como si percibiera su necesidad de instrucción—: Siempre tienes que hacerles pagar antes de que te pongan un dedo encima, y por el culo se cobra extra, porque duele.

Con la abuela eran siete. Todavía tenía que haber una tortita de más, calculó Isabel. Ella y Tristão podrían partírsela. Su hambre era como un objeto sólido visto a través del velo transparente de la vida circundante. Las mismas paredes de la chabola, con sus borrosos fragmentos azules de luz diurna, parecían transparentes, al igual que los sonidos de la *favela* hormigueante y el rugido del tráfico de Río mucho más abajo, a medida que se intensificaba la luz vertical del sol matutino. En el rincón del que había surgido la abuela con su *torso*, otros dos cuerpos —de un hombre y una mujer robustos que ya habían pasado la primera juventud pero aún no eran viejos— se levantaron y salieron a tuestas al aire libre por el vano humeante de la abertura, cogiendo cada uno diestramente una tortita del fogón mientras la cruzaban.

Isabel se asombró de la cantidad de gente entre la que había dormido tan profundamente. Estos pobres, como los animales, habían desarrollado una política táctica del espacio. La totalidad de la chabola, ahora que podía calibrar sus dimensiones, no era más grande que el baño principal de la casa de su tío, sin contar su imponente bañera hundida, el inodoro con el asiento acolchado, el bidé a juego, los dos lavamanos contiguos delante de un solo espejo inmenso, los dos grandes botiquines (uno para los medicamentos y otro para los cosméticos abandonados de la tía Luna), la cesta para la ropa, los toalleros, el otro toallero calentado y redondeado en la parte superior como la ventana de una iglesia, la caseta de la ducha de cristal esmerilado y el suelo de mosaicos por el que se bajaba, el armario donde Mafia guardaba pilas de toallas de todos los tamaños..., como mullidos peldaños, pensaba



Isabel de pequeña. Cuando creciera, treparía por esos peldaños y se convertiría en un ama de casa como la tía Luna, sólo que con más toallas, y más peluditas, y un marido más apuesto aún que el tío Donaciano.

## 5. El candelero

5

El candelero

Se estaba gestando una pelea; Euclides, que en la playa se había mostrado como un amable cachorrito de cara ancha, le insistía ahora a su hermano en que el hecho de que poseyeran a esa chica blanca y rica de alguna manera debía producirles beneficios. Tristão había cogido las dos bolsas de lona, ambas bajo el mismo brazo, para dejar libre la mano derecha, apoyada en el cinturón de los *shorts*, cerca de donde Isabel sabía que guardaba la cuchilla de afeitar.

—Es mía, no nuestra —estaba diciendo Tristão—. Le he prometido que no le ocurriría nada malo. Tú me oíste prometérselo.

—Te oí, pero yo no he prometido nada. Me limité a observar cómo apuntalabas este desatino. Afortunadamente para nosotros, ella resultó ser tan tonta como tú. Una simple nota a su padre podría significar millones. Decenas de millones.

—Cuando yo conozca a su padre, nos encontraremos como dos caballeros, no como un ladrón y su víctima, no como un pordiosero y un príncipe.

—Tristão, tú siempre has sido un soñador. Siempre creíste en los espíritus, en los cuentos de hadas, y piensas que tu vida es una historia para ser relatada en otro mundo. Crees que en lo alto hay ángeles tomando nota tras hundir sus plumas en oro líquido. En la realidad no hay nada salvo mugre, hambre y por último la muerte. Comparte al menos el contenido de esas bolsas con tu familia.

—Sólo contienen la ropa de mi mujer. Ahora mi familia es Isabel. Nuestra madre nos llama basura y nos habría matado en su vientre si hubiese sabido cómo hacerlo. En cuanto a ti, te llamé mi hermano, éramos socios en el delito, pero ahora que tengo un tesoro quieres robármelo.

—Oye, escroto fatuo, lo único que quiero es que lo compartas. Haz rica a tu madre para que pueda clausurar su coño.

—Las riquezas no producen ese resultado, insignificante cagarro de rata, avieso bicho rastrero, pejesapo. Nuestra madre es una puta. Prostituirse es lo único que sabe hacer, la prostitución es su felicidad. — Al percibir que Euclides estaba lo bastante enfurecido para atacar,

Tristão se atrevió a mirar de reojo a su madre, apenas una fracción de segundo, para ver si la había ofendido.

—Mátalo —dijo la mujer a ninguno en particular con su flotante voz omnipresente, desde su trance de *pinga*—. Mataos el uno al otro para así eliminar definitivamente los errores de una negra.

—¿Quiénes somos? —preguntó el hombre adherido a su costado, que al despertar fijó la vista en el cielo raso a través de un atronador dolor de cabeza. Probablemente era otra la pregunta que había querido hacer.

—Huelo a forastero en esta casa —anunció la abuela, en un anticuado portugués impregnado de la Bahía colonial con sus cortesías y barbarismos.

—Siete personas, quedan seis tortitas —anunció la chica del fogón.

—Coge la mía —dijo Úrsula a Isabel—. Mis dientes sólo sirven para beber.

—¡Oh! —exclamó Isabel, sorprendida; la educación señalaba que debía negarse, pero imperativos de más peso ganaron la batalla—. ¡Qué amable! Acepto. Gracias, Úrsula, desde el fondo de mi corazón. —Sólo le llevó un instante comer la tortita de *angu*, muy caliente por el contacto con la vieja tapa del bidón de petróleo. ¿Cuándo le había sabido tan bien la comida, tan inmediata en la unión con su esencia, el ardor de sus nervios y sus venas? Dio unos pasos hacia delante y bajó la cremallera de la bolsa más abultada bajo el brazo de Tristão—. A cambio, y en reconocimiento por su hospitalidad, le regalaré algo. —Había decidido enseguida qué le daría a Úrsula: uno de los candeleros de cristal, con lo que quedaría el otro en sus manos como un vínculo, una prenda. Cuando sostuvo el objeto de intrincadas facetas, un rayo de sol, de una brecha en la pared, despidió una escarcha de diversos arco iris que revolotearon como libélulas iridiscentes obedientes a los movimientos de su muñeca y el temblor de sus dedos—. Creo que originariamente es de Suecia, una tierra de nieves y hielos. Le ruego que lo acepte, madre, y que me permita llamarla así, ya que aunque no lo ha sido mía lo es de la persona más querida para mí en este mundo, cuya vida ha quedado indisolublemente unida a la mía.

Ebria, la mujer hundida en la cama vaciló, sus ojos, cuajados ahora, molestos por la brillantez de ese objeto precioso.

—Basura —sentenció finalmente—. Si lo vendemos, la pasma lo rastreará e iremos todos a chirona. Esta chica está tratando de matar a la mamá de su novio.

—Llévelo al negocio de Apollonio de Todi, en Ipanema —sugirió Isabel—. El le pagará su justo valor y lo retendrá para que pueda liberarlo del empeño. Mencione el apellido Leme.

—¿No hueles a gato encerrado, abuela? —preguntó Euclides a la vieja ciega vidente. Agregó, para los demás—: A mi juicio, el orgullo y el engreimiento de mi hermano están cargando de complicaciones a quienes sólo queremos vivir humildemente, sin llamar la atención de los poderosos, sin robar ni prostituirnos más de lo necesario para seguir vivos.

Tristão sacó la cuchilla de afeitar con un chasquido silente y la arrimó a la mejilla ancha y cetrina de su hermano.

—Te mereces otra cara —dijo—, por escupir sobre esta pródiga oferta de mi esposa.

En Brasil, no se dice «esposa» y «marido» después de una pomposa ceremonia legal, sino cuando uno se siente casado con el corazón. Esa sensación ceremoniosa había prendido en Tristão e Isabel después de pasar una noche juntos en la total oscuridad de la chabola de Úrsula.

Euclides dijo con gran cuidado y manteniendo la cara inmóvil:

—No estamos acostumbrados a esos presentes, las bestias como nosotros estamos a salvo en general de las operaciones de la culpa burguesa. Marx dice que una enfermiza filantropía es peor que una saludable opresión directa, que al menos alerta a la clase trabajadora sobre la guerra que existe. Discúlpanos, Isabel, si somos groseros.

—Simula que robaste el candelero —le dijo Isabel, con tono frívolo— si eso satisface tu sentido del honor. —Comprendió que existía rivalidad entre los medio hermanos, y también celos por ella, en parte porque Eudóxía había esquivado a ese miope y filosófico hijo de la pobreza, lo que había quebrado la reciprocidad fraterna—, Euclides, discúlpame por haberte quitado a Tristão.

En la playa parecemos libres, desnudos, ociosos y absolutos, pero de hecho nadie está libre de la costumbre de sus propias circunstancias; todos somos ramitas de algún arbusto, y ganar a una esposa significa perder a un hermano.

—Ahora abrazaos —dijo a los hermanos, y luego sólo a su amado—: Debemos irnos. —A continuación agregó, dirigiéndose a Úrsula—: Guarde mi regalo, si lo prefiere, y encienda una vela para que no volvamos en una noche oscura.

—Hay demasiados coños en Brasil —refunfuñó Úrsula, como si con eso quisiera explicar su pobreza y su vergonzosa disposición a aceptar este pago por su hospitalidad.

Nadie se interpuso cuando salió la pareja, aunque la abuela, enfadada porque no le hacían caso, montó una pequeña conmoción profética.

—Mala suerte, mala suerte —chillaba—. Huelo a mala suerte inminente. Huele a jardín, huele a selva. ¡La vieja selva retorna y se comerá a los pobres! ¡Que Oxalá tenga piedad!

Fuera de la chabola, en un burdo banco sobre la tierra apisonada, entre chorritos lechosos de aguas residuales, la pareja robusta tomaba el sol. Tristão los presentó como primos, quienes en los tiempos gloriosos de Kubitschek habían representado en público el acto sexual en una de las *boîtes* del distrito de Lapa, cerca del antiguo acueducto. Dos veces por velada, y tres las noches de los fines de semana, alcanzaban el orgasmo sobre un escenario ferozmente iluminado, ante un público gritón que los aturdí. De pronto, aparentemente, habían envejecido demasiado para que esta proeza fuese interesante a los ojos ajenos y ahora aguardaban allí a que cambiara su fortuna. Su expresión era afable, arrugada, descomprometida, como la de los verduleros en el mercado, expectante y amable aunque sin presionar. Con un estremecimiento interior, Isabel se preguntó si ella y Tristão terminarían igual, desvanecida tanta dicha sexual como un arco iris en el rocío marino. Mientras bajaban de la mano por la empinada ladera, el mar se extendía enorme ante ellos —un peto de metal destellante— y oyeron en derredor, funcionando con electricidad robada, la seductora cháchara confiscada de muchos televisores.

## 6. São Paulo

6

São Paulo

Cogieron el tren, que serpenteó a lo largo del litoral atlántico hacia el sudoeste, rumbo a São Paulo. Los desteñidos asientos de felpa despedían polvo cuando las vías se curvaban y por las ventanillas sucias penetraban dardos de luz inclinados. Isabel se había puesto su pamelita negra y el anillo DAR que le había regalado Tristão. A la izquierda corrían pequeños pueblos de pescadores con techos de tejas rojas, viejos molinos de azúcar cónicos, palmas balanceantes, playas blancas en forma de hoz brillantes al sol y afiladas por la rítmica abrasión de las centelleantes aguas azules. A la derecha, acechaban amenazadoras cumbres rocosas coronadas de verdor, panes verticales de granito. La mayor parte de Brasil consiste en una vasta meseta suavemente montañosa, y las sierras costeras son las patas de esa mesa. Mientras el tren llevaba a Tristão e Isabel a su futuro —trepando laboriosamente la Serra do Mar y deteniéndose pacientemente en estaciones donde nadie subía ni bajaba—, ellos dormitaban, cada uno con la cabeza apoyada pesadamente en el hombro del otro, como sacos de azúcar, y las entumecidas manos entrelazadas en los respectivos regazos. Despiertos, hablaban de sí mismos. Todavía había mucho que aprender, mucho que saber.

—Me encariñé con tu madre aunque ella hizo muy poco para alentarme  
—dijo Isabel.

Tristão admiraba la forma en que todo el rostro de Isabel evidenciaba tensión cuando expresaba una observación que apuntaba a obtener respuesta, una especie de brillo rebosante cual el de una gota de rocío gorda a punto de estallar y resbalar. En esos momentos fruncía ligeramente la boca, de manera que aparecía una hilera de minúsculas arrugas en su labio superior, bajo el vello casi invisible.

—Fue un gesto hermoso de tu parte, pero ella no merece ningún respeto de nosotros dos. Es más vil que un animal, porque al menos las hembras tienen instinto maternal. Los pájaros empollan y alimentan a sus crías, pero mi madre no siente más por mí que por sus propios cagarros.

—¿No te parece que le gusté? ¿No viste cómo contenía las lágrimas cuando le di el candelero?

—No lo vi, pero en la chabola no hay buena luz.

—¿Quién era la chica del fogón?

—Mi hermana, creo.

—¿No lo sabes?

—Apareció un día.

—¿Te has acostado con ella alguna vez?

—Lo he olvidado. Hasta que te vi en la playa nunca sentí algo profundo por una mujer.

—Mientes, Tristão. Me parece que te has acostado con ella. Por eso no quería que yo comiera. ¿Cuándo tuviste tu primera chica?

—Fue una mujer, una mujer que parecía demasiado vieja para mí, una colega de mi madre. Me hizo penetrarla por delante y por detrás. Yo tenía once años. Fue repugnante, horrendo. Mi madre miraba.

—¿Y después? ¿Hubo otras, menos repugnantes?

Tristão se resistía a seguir hablando sobre el tema, pero finalmente reconoció:

—Es fácil seducir a las chicas de la *favela*. Como saben que vivirán poco, son generosas y temerarias.

—¿Hubo alguna vez... alguna a la que amaras en especial?

El pensó en Esmeralda —la de cabellos espesos, delgados miembros morenos y una vena de locura semejante a la de un animalito doméstico demasiado estúpido para ser amaestrado—, experimentó el deseo de ocultarla en las espirales de su memoria, y se sintió culpable por ello. Isabel percibió su reserva, que la hirió, y como revancha confió a Tristão los ensueños de sus tiernos dieciocho años sobre algunos chicos, hijos de amigos del tío Donaciano y la tía Luna, vislumbrados a través del comedor o la piscina en medio del calor de las vacaciones de enero en Petrópolis. El se quedó dormido mientras ella hablaba, con las manos de dorso marrón y dedos largos ahuecadas en su regazo, las palmas del color de la plata bruñida, con arrugas como líneas talladas. Al otro lado de las ventanillas, se veían grandes extensiones ondulantes cubiertas por las hojas del verde excesivamente brillante de los cafetos.

A su llegada a la Estação da Luz, en São Paulo, se desató una recia tormenta; cortinas de agua corrían calle abajo y ocultaban entre nubes la parte de arriba de los edificios más altos. La gente iba a la carrera de puerta en puerta con periódicos azotados por el viento sobre la cabeza, y se acurrucaba en las arcadas de la estación desprendiendo olor a rebaño mojado. La terminal estaba totalmente construida en hierro, lucía balcones como encajes y muchas vigas de estilo Victoriano. Isabel y Tristão percibieron en ese mismo momento que São Paulo no tenía

límites, no se encontraba atenazado entre el mar y la montaña como Río; formaba parte del extenso *planalto*, con un paso en el borde por donde se había canalizado todo el ganado y el café del interior, lo que convirtió ese emplazamiento en una ciudad rica, despiadada y enorme.

Cuando amainó la lluvia y un leve sol amarillo doró los charcos y cunetas que seguían absorbiendo agua, las cabinas telefónicas verdes y los puestos de periódicos, donde *O Globo* y *Folha de S. Paulo* eran jirones pinzados a cuerdas de secar la ropa, buscaron un taxi y pidieron al conductor que los llevara al único hotel que Isabel conocía, el Othon Palace, donde diez años antes había pasado un fin de semana con su padre. La madre ya había muerto, y también se hospedaba allí una mujer alta que se había mostrado muy cariñosa con ella. Le compraba caramelos y chucherías, la abrazaba como una actriz que interpreta a una madre, pero era demasiado atractiva y joven para desempeñar ese papel. Ahora, en el mismo hotel, Isabel resultó demasiado joven para el papel que quería interpretar, el de esposa; el recepcionista, un joven esbelto con grandes orejas rojas y el pelo liso con raya en medio pegado al cráneo, la miró de hito en hito y después a Tristão —con su delgada camisa de algodón azul, la mejor que tenía, y *shorts* desteñidos por el sol que dejaban al descubierto sus grandes miembros negros—, y dijo que no disponían de habitaciones libres. Isabel se esforzó por dominar las lágrimas que perforaban sus ojos y le preguntó adonde, entonces, podían ir. El recepcionista pareció amable con ella, aunque procuraba evidenciar su arrogancia profesional, lo que le recordó a Isabel a algunos de sus primos. El hombre desvió sus lechosos ojos azules —con las pestañas casi blancas, como las de un cerdo— de un lado a otro para cerciorarse de que no lo observaban y escribió, en un papel con membrete del Othon Palace, *Hotel Amour*, seguido de una dirección, mientras les explicaba en voz baja cómo llegar a ella: por el Viaduto do Chá hasta la Avenida Ipiranga, torcer a la derecha y seguir muchas curvas intrincadas. Caminad deprisa, les aconsejó, y no habléis con desconocidos.

El nombre del hotel apareció escrito en las penumbras con neones parpadeantes, en una pulcra escritura inclinada como la que las monjas habían tratado de enseñarle a Isabel, aunque todavía su letra se mantenía vertical y redonda. En otros tiempos el edificio había sido la mansión de un cafetal, con espaciosa cámaras abovedadas que habían sido subdivididas y amuebladas con sustancias sintéticas a partir de los años cincuenta. La cama era una tosca plataforma y los cuadros de la pared mostraban a golfillos de mirada fija, pero un ventilador colgado de una barra en el centro del cielo raso hizo girar sus cuatro paletas perezosas con sólo pulsar un interruptor; había varios espejos con marcos dorados, una cómoda y armarios de madera oscura que despedía un aroma dulce. Isabel se sentía como una mujer mundana mientras guardaba la ropa en cajones, se acomodaba en el sofá y marcaba el número del servicio de habitaciones para ordenar en tono flemático que les llevaran comida y bebidas. El empleado de abajo era un gordo italobrasileño con camisa sin cuello que no había mostrado la menor vacilación en alquilarles una habitación, aunque el botones mulato que trasladó la bolsa de lona y la mochila mantuvo la mano



adelantada hasta que duplicaron la propina, y escupió sonoramente en el suelo del pasillo en cuanto cerró la puerta. Pero a medida que pasaban los días el personal fue simpatizando con ellos: muy pocos huéspedes se quedaban más de una o dos horas. Había un pequeño patio donde una buganvilla descuidada se había vuelto gigantesca y a su sombra, en un banco de madera gastada donde a menudo debían de haber descansado el viejo plantador y su mujer, tomaban café al volver de las compras al mediodía.

El fajo de cruzeiros se desvalorizaba día a día y gastarlo cuanto antes parecía una forma de economizar. Iban a la Avenida Paulista y a la Rúa Augusta a comprar ropa adecuada para la vida urbana. Comían en restaurantes donde mujeres elegantes, sentadas de dos en dos ante pequeñas mesas, bebían cócteles en copas delgadas logrando que sus narices no se mezclaran con las rodajas de fruta sujetas al borde. Bajo las blancas mesas redondas sus piernas largas susurraban en *panties* sedosos, expuestas hasta las caderas por las novedosas minifaldas que eran el último grito de la moda. Alrededor crecía São Paulo en altos edificios de cemento y cristal, poniendo de manifiesto el milagro económico de los generales. Después de desayunar, hacer el amor y darse una ducha juntos —que a menudo terminaba en volver a hacer el amor—, Isabel y Tristão salían a su pequeño balcón y eran saludados por el vertiginoso abismo que se extendía a sus pies, el deslumbrante mosaico de ruidos callejeros y la infinidad de edificios de hormigón todavía moteados por la lluvia de la noche anterior. Entonces la anónima vastedad de São Paulo parecía una expectativa, un numeroso público ensimismado que aplaudía incómodo. Isabel sentía interiormente un nuevo yo operístico, jactanciosamente femenino.

Dado que servía financieramente a Tristão con dinero robado a su tío, Isabel se obsesionó por servirle físicamente. El pene, tan pequeño cuando estaba flácido —un bebé bajo el gorrito del prepucio—, la asustaba cuando se transformaba en un ñame tieso y grueso, con un pomo lavanda y ondas de un negro purpúreo compuestas por cartílago y venas. Isabel llegaría a dominar a ese monstruo con su frágil cuerpo blanco: los extremos de placer que proporcionaría a su amado calibraban los límites de su feminidad. Veían películas pornográficas en el canal de pago del hotel y ella imitaba aplicadamente lo que hacían las mujeres en la pantalla. Ya sabía qué podía hacerse con la boca pero al principio no se decidía a creer que los traseros de las mujeres pudieran usarse tal como se veía en esas películas. Por el culo se cobra extra, había dicho Úrsula. Esa práctica le resultaba repugnante a Tristão, pero ella insistió. Un rato después Isabel sintió algo, sí, más allá del dolor, una iluminación de sus profundidades. También eso formaba parte de su ser, era una frontera sondeada. La sumisión era una oscuridad de la que emergía purificada.

—Soy tu esclava —decía a su amante—. Úsame, azótame si te gusta. Golpéame incluso. Lo único que te pido es que no me rompas los dientes.

—Por favor, queridísima —reía tontamente Tristão, que estaba engordando un poco e iba volviéndose afectado en sus gestos. Usaba un pijama estampado comprado en una tienda de Consolado que se llamaba Krishna—. No deseo hacerte daño. Los hombres que pegan a las mujeres son los que su cobardía les impide pelear con otros hombres.

—Átame. Véndame los ojos. Luego tócame ligeramente, muy ligeramente, y después muéstrate rudo. Ambiciono un mundo en el que sólo existas tú a mi alrededor como el aire que constantemente ingiero.

—Querida, sinceramente... —protestaba el caballero andante, que por fin aceptaba a regañadientes todos los favores sexuales que ella inventaba para él.

Isabel hacía rodar su ñame hacia atrás, le lamía el ano, tragaba su esperma. Después de contemplar varias escenas en el canal pornográfico, decidió que a Tristão le excitaría poseerla junto con otro, ver que dos hombres se comunicaban entre sí a través de su cuerpo. Eligió al botones que había escupido en el pasillo, un muchacho moreno de cara ancha que le recordaba a Euclides. Sus ojos almendrados se cruzaban tímidamente con los suyos durante medio segundo inquisitivo cada vez que pasaba por el vestíbulo. Ruborizada mientras describía qué deseaba, lo sobornó con dinero del fajo de cruceiros cada vez más exiguo. Tristão se quedó alelado cuando le describió su plan cinco minutos antes de que apareciera en la puerta el muchacho turbado, sin el uniforme, con una camisa conmovedoramente limpia y unos pantalones de poliéster.

Isabel temió que Tristão lo echara; pero su enamorado, atentamente obediente a ella en todo, permitió la representación del cuadro vivo y desempeñó su papel. En espejos acomodados sobre los zócalos, Isabel veía su blancura encajada entre un cuerpo marrón y otro negro, un puente humano por el que circulaba el tráfico en ambas direcciones. Pero incluso en el momento técnicamente triunfal del doble clímax, con las vibraciones del otro enfundadas en su vagina y la eyaculación de Tristão estallando agria en su rostro, sintió que el experimento era un error. Algunos límites no eran únicamente suyos. El muchacho, al mismo tiempo avergonzado y fanfarrón, aguardó durante un incómodo momento como a la espera de la propina o de una invitación a regresar, pero enseguida se marchó, percibiendo el peligro que entrañaba la mirada de Tristão. Ese muchacho había sido el segundo hombre de Isabel.

Tristão se mostró magníficamente altivo tras el cuadro vivo que ella había montado, y todas sus lágrimas y excusas frenéticas no lograban desmoronar la torre en que se había convertido. Al otro lado de las ventanas la noche envolvía los infinitos edificios de São Paulo y sólo unas pocas luces se filtraban macilentas, como si todos los cuartos contuviesen a una pareja enfurruñada y pesarosa como ellos.

—Me has ensuciado —dijo Tristão—. Jamás habrías hecho la puta con un marido de tu propio ambiente. Crees que porque soy negro y he salido de la *favela* carezco de honra, de civilización.

—Estaba tratando de *complacer* —sollozó Isabel—. Sé por la televisión qué os gusta a los hombres. Intentaba enriquecer nuestro amor con la presencia de un testigo. ¿Crees que yo no me sentí degradada? Me repugnó tenerlo en mi interior pero tu placer es mi placer, Tristão.

—A mí me dio muy poco placer —replicó él glacialmente, tras apoyarse en la cama sobre todas las almohadas, las suyas y las de ella. Sólo llevaba puesta la parte inferior del pijama de seda, a la manera de una mujer con pantalones en el harén—. Fuiste tú quien tuvo el placer de ser una mujerzuela. Te revolcaste en la mierda, *porra* por ambos lados.

—*Sim! Sim!* —gritó Isabel, dejándose caer en la cama a su lado, como alcanzada por una revelación. Mostró los límites de su abnegación al no pedir para su cabeza ni siquiera una puntita de las muchas almohadas, y permaneció recta como un cadáver sobre la losa mortuoria—. Soy una mujerzuela, peor que tu madre, que al menos tiene la excusa de la pobreza.

—Tú piensas que *yo* soy una mierda por mi color. Como el melindroso recepcionista del Othon Palace. Crees que he salido de las profundidades en las que nunca penetran el orden y el honor. Pero las esperanzas de orden y honor están por doquier..., las proporcionan los espíritus. Todos sabemos qué son el orden, la decencia y el honor, aunque nunca los veamos.

—Deja que lama todo tu cuerpo angelical, Tristão, dime qué debo hacer para recuperar, no me atrevo a decir tu amor, pero al menos permiso para seguir siendo tu esclava. —Se alzó en la cama lo suficiente para revolotear la lengua en una de las tetillas del amante. La entrañable e inútil protuberancia se puso rígida pese a la ira señorial del amo.

—Nuestra suerte está echada, juntos —dijo él como si pronunciara su propia condena a muerte y la pegó; apartó de su pecho la cara con un golpe de la mano abierta—. Has dado tu coño a ese patán. Supón que te hubiera embarazado.

—No lo pensé. Quería que estuviese donde no pudiera verlo, para tenerte a ti donde te viera y así paladearlo todo.

—Entonces paladea esto —dijo él y volvió a golpearla, con la mano abierta, para no dejar marcas, a diferencia de las mujeres contra cuyas mejillas apoyaba la navaja.

Tal como había jurado, nunca le haría daño. Esa noche la pegó —pero sensatamente, en los brazos y las nalgas— y la folló alternativamente,

mientras ella se aferraba a su dureza en las renovadas convulsiones de vitalidad masculina.

—Si he cometido un error —se atrevió por fin a apelar Isabel durante esa larga noche de mutua profundización interior—, ha sido por amor a ti, Tristão. Ya no sé ser egoísta.

El bufó en la oscuridad, sacudiendo la cabeza de ella sobre su pecho.

—No ser egoísta en el caso de un hombre consiste en amar, en bajar sus defensas en la guerra de todos contra todos —dijo él—. El amor de una mujer es egoísta, amar corresponde a su naturaleza, dar y recibir es una unidad para ella, así como entrar y salir al joder es una unidad para el hombre. Para ella es necesario amar, así como para el hombre es indispensable odiar.

Agarrada a él humildemente en la oscuridad (que ni siquiera en la habitación hotelera de cielo raso alto era absoluta, pues se filtraba la luz del São Paulo circundante, así como la pantalla de un televisor continúa brillando después de apagado), con los morados de su cuerpo como besos de bestias de labios ardientes, Isabel pensó: ¿Puede ser cierto, Dios mío, este fluir lechoso del amor a través de cada poro que experimentamos las mujeres, en lugar de la dicha pasajera de la eyaculación en el hombre, su breve y viscosa expulsión que lo hace gemir como si estuviera herido? Era fugaz en comparación con el imparable derramamiento de una mujer. Este don, este desbordamiento, este vapor amoroso surgente del lago de sí misma era también una alimentación voluptuosa, porque el amor absorbe todos los detalles del amado, así como los legendarios caníbales de la Amazonia se comen mutuamente el cerebro. El mero hecho de pronunciar su nombre, de hundir la voz en el sonido nasal del final, proporcionaba a Isabel un placer sensual. Durante la larga noche en la que apenas durmió, despertada más de una vez por el renovado vigor de la cólera de Tristão, que bombeaba en ella su esperma para perseguir y matar el del otro, ella aprendió, con la resplandeciente avidez con que las jóvenes enamoradas acumulan sus lecciones, que la llama baja y suave que había encendido en Tristão —que le iluminaba el rostro y la nombraba incluso con él dormido— no podía apagarse, sino sólo estremecerse como una vela votiva cuando se abre la puerta de la iglesia en el extremo opuesto de la nave, por ningún hecho que alcanzara el cuerpo elástico y flexible de ella. Algún día, pronto, él mismo —predijo Isabel en silencio— sugeriría que volvieran a invitar al botones a su habitación.

## 7. Chiquinho

7

### Chiquinho

Tristão empezó a sentirse asqueado, como si se alimentara con una dieta a base de dulces. Estaría contento cuando se agotara el fajo de cruceiros, ya que él e Isabel se verían arrojados al mundo, con él en el papel de defensor. Preparándose para ese día, intensificó la búsqueda de su hermano Chiquinho. No tenía su domicilio y la ciudad era un inmenso laberinto, sin mar ni montañas para orientarse. Había vastos barrios en los que sólo vivían japoneses y otros exclusivamente para italianos, e incluso vecindarios enteros para judíos y árabes, con carteles en alfabetos ininteligibles. Había menos negros que en Río y el clima era más brusco, pues no lo atenuaban las aguas del mar; desde el océano de tierra occidental soplaban tumultuosos temporales y ráfagas de viento. Tristão ya no se sentía como un depredador ambulante en su propio territorio, aunque de vez en cuando robaba con ayuda de su cuchilla de afeitar a algunos blancos llamativamente auspiciosos, para no perder la práctica. Se sentía cohibido, torpe, presa potencial de las inmensas fuerzas allí reunidas.

Los paulistas no pasaban toda la mañana en la playa como los cariocas, sino que trajinaban eficazmente como europeos, vendiéndose cosas los unos a los otros, maquinando negocios con la misma excitación que los de Río generando un romance; hombres con trajes oscuros marchaban de a tres o cuatro por las aceras, gesticulando y chillando con el exaltado amor que se profesaban entre sí y por el dinero. Sólo cada tanto —en las inexpresivas prostitutas al acecho en la Rúa dos Andradas sobre sus piernas largas, o en las velas que chorreaban cera al pie de la gran estatua mal acabada a la que llamaban Madre Africana cerca del Viaduto do Chá— la ciudad manifestaba que la vida auténtica, la vida del éxtasis y el espíritu, persistía bajo las prisas del ajetreo. Tristão compró mapas de São Paulo pero no había dos que coincidieran; las rutas de los autobuses torcían como serpientes torturadas y cuando se apeaba, mareado de tanto dar vueltas y balancearse, se encaminaba al sur cuando su intención era dirigirse hacia el norte. Tras dejar a Isabel dormida después de una noche de amor, o inmersa en la lectura de una novela rosa, descubría distritos industriales, infinitas casas hacinadas y poco más grandes que las chabolas de Río, aunque levantadas con materiales más sólidos en parcelas rectangulares, monótonos edificios fabriles expresivos de un mundo laboral, aunque frecuentemente vacíos y ociosos, como si el trabajo se presentara en ritmos torrentosos como el clima, siendo las sequías más comunes que las inundaciones. Desde atrás de los muros sellados llegaban a sus oídos los sonidos de máquinas que tejían, golpeaban, mezclaban, comprimían y tapaban velozmente. Entre esos edificios —emplazados irregularmente, con

algunas ventanas ennegrecidas como los huecos de dientes ausentes—había raíles oxidados de vías por las que no corrían trenes, y espacios vallados donde enigmáticas pilas de bloques de hormigón y cajas de madera se deterioraban lentamente en su retomo a la naturaleza. En extraños parajes, pequeños centros compuestos por *mercearias* y bares, barberías y oculistas, adivinos y zapateros remendones, se aferraban a la vida alimentados por un goteo de clientes que a Tristão le parecían, en comparación con los pobres de Río, desconsolados y sucios, mal vestidos y torvos: el proletariado. Detenía a algunas de esas personas para preguntarles si conocían a un hombre llamado Chiquinho; nadie lo conocía y todos se reían de él por creer que sólo con un nombre podía hallar a un hombre en la vastedad de São Paulo, la ciudad más grande de América del Sur. Chiquinho Raposo, agregaba, pero seguían riendo. Había centenares de Raposo, contestaban. Desconfiaban de él, un negro bien vestido y con acento carioca, que convertía el sonido de las eses en un fino rocío: *sh*.

Su hermano mayor había abandonado la *favela* a los once o doce años, cuando él todavía no había cumplido los seis; Tristão sólo recordaba unos tristes ojos claros y un cuello dolorosamente delgado. Chiquinho había atravesado las tinieblas y la cruda luz del sol de su existencia con un aire de quebradiza abstracción; se movía sin elasticidad y sus manos aleteaban torpemente en el extremo de unos brazos huesudos. Indudablemente, en trece años habría cambiado tanto que no lo reconocería.

Pero en realidad no fue así: Tristão lo reconoció sin la menor dificultad al encontrárselo un día en la ancha acera del hotel.

—Hermano —dijo el hombre alto y delgado, sin sonreír. Daba la impresión de estar esperándolo.

Chiquinho, con el color canela greñoso de baldosas de patio baratas, era decididamente más claro que Tristão; su padre debía de haber sido un blanco, o más probablemente un hombre rucio, cuyos ojos fríos de color aluminio miraban a través de párpados arrugados. Desde que Tristão lo viera por última vez había pasado de la niñez a la edad adulta; lucía pequeñas arrugas secas donde al entrecerrar los ojos y sonreír su piel había dado de sí. Hasta su delgado cuello mostraba arrugas, como un trapo estrujado y puesto a secar.

—¡Cuánto te he buscado! —exclamó Tristão, después del *abrogo*.

—Sí, ya me han hablado de tus averiguaciones. Pero nunca estaba en el lugar exacto en que preguntabas. Es un milagro que nos hayamos encontrado en esta metrópolis, a la cual llegan cientos de personas todos los días. —Chiquinho hablaba de una forma reflexiva que no resultaba agradable, moviendo la boca mientras su mirada gris permanecía inmodificable.

—No estoy solo, Chiquinho. Ahora tengo esposa, una *companheira*, y necesito trabajo en la fábrica de automóviles.

—Ya no hago *fuscas*. Ahora estoy en algo nuevo, la electrónica. Pero no tengo educación suficiente para ese trabajo, por lo que estoy atascado en el nivel más bajo: limpio la factoría para que no haya una sola mota de polvo. En el complicado chisme que fabricamos, que resuelve todos los problemas matemáticos pulsando un rayo dirigido, una mota de polvo es lo mismo que una piedra en el motor de un coche. Bajo la iluminada política capitalista que ha suplantado los peligrosos experimentos socialistas de Quadros y Goulart, he tenido el privilegio de que me nombraran jefe del equipo de limpieza, mientras sigo cursos nocturnos para aprender los misterios de la nueva tecnología. Pero ¿por qué hablas de trabajo? Vas vestido como un rico. Resides día tras día en este hotel que cobra por horas.

—Mi esposa y yo hemos robado algo de dinero, pero ahora prácticamente se ha acabado. Nos lo ha robado a su vez la inflación, sumada a nuestro inmoderado estilo de vida. Entra, tienes que conocerla; es hermosa, una santa en su devoción por mí. Se llama Isabel Leme.

Chiquinho hizo unos torpes ademanes como aleteos sobre su pecho, señalando su camisa, que era un guñapo blanco de mangas cortas, semejante a las que usan los técnicos, incluido el protector de plástico en el bolsillo, aunque en éste no había ninguna pluma, y el cuello en punta estaba deshilachado.

—Me avergonzaría presentarme ante ella en este estado. Tenéis que venir a visitarnos. Yo también tengo esposa, se llama Polidora. Aquí tienes mi dirección, querido Tristão. Ahora en nuestra calle han instalado la electricidad y el Ayuntamiento promete cloacas. Coge el autobús a Belém, camina hacia el sur hasta Moóca, como te indico aquí.

—Dibujó rápidamente un mapa, propuso la noche siguiente como adecuada y agregó—: Hay trabajo en São Paulo, pero también muchos *nordestinos* que hacen bajar los salarios y no tienen escrúpulos en cortarles el pescuezo a quienes significan una amenaza para ellos. Pero haré averiguaciones en nombre de nuestros lazos familiares. ¿Cómo está nuestra bendita madre?

—Vive más o menos como de costumbre, maldiciendo todo.

Chiquinho se permitió esbozar una sonrisa y una fría inclinación de cabeza. Por la calma alumínica de sus ojos, Tristão comprendió que la información no había sido ninguna novedad y que la pregunta sólo fue el cumplimiento de una formalidad. Cuando se separaron, Chiquinho recalzó:

—Polidora y yo os esperamos a los dos. No se te ocurra presentarte sin tu esposa.

Qué extraño había sido que se encontraran tan oportunamente en una zona, Campos Elíseos, donde Chiquinho debía de tener pocas ocasiones de andar. Sin embargo, Tristão aceptó agradecido y entró en el hotel para informar a Isabel de que su auténtica vida juntos —su vida en el mundo real y no en esa cámara alquilada— acababa de empezar. Con tanto ocio de por medio, ella se había aficionado a los melodramas de la tarde por la radio y a las emisiones de programas doblados de espectáculos televisivos importados como *Yo quiero a Lucy*, y, al igual que Tristão, estaba engordando.



## 8. La casa suburbana

8

La casa suburbana

Con el poco dinero que les quedaba cogieron un taxi en el que siguieron las instrucciones de Chiquinho, a través de un barrio de casas bajas que anteriormente había sido un cafetal, pero ahora alardeaba de cables eléctricos y carteles callejeros. Aunque el terreno no estaba pavimentado y se veía sucio por los brillantes detritos industriales, y el cielo estaba manchado de humo, las casas tenían patio, galería y varias habitaciones que se extendían de costado bajo tejados rojos. En la puerta de la suya, Chiquinho parecía más frágil que nunca, la sonrisa de bienvenida era un tajo apretado en su cara y la cabeza mantenía un precario equilibrio sobre su cuello delgado. La mujer, Polidora, al igual que una bola de pan recién horneado, era redonda, esponjosa y del pardo dorado de una tostada; se había lavado el cabello con alheña, lo había cardado y secado en una rígida colmena. Tenía ansiosos ojos redondos, pero como si quisiera hacer juego con el bizqueo cauteloso de Chiquinho, mantenía los párpados entrecerrados. Sus facciones pastosas estaban perladas por un sudor que Tristão adjudicó a la belleza y el prestigio de su invitada de esa noche, a la que Polidora saludó con un abrazo excesivamente familiar y llevó luego, sin soltar su apretón adhesivo de la mano blanca y delgada de Isabel, a una sala más grande, al otro lado del vestíbulo embaldosado. Tristão las siguió con el brazo huesudo de Chiquinho entrelazado firmemente en el suyo. En la segunda habitación, dos hombres trajeados en gris plata se pusieron de pie y mostraron sus armas a los invitados.

Tristão pensó en la cuchilla de afeitar, pero se dio cuenta de que ni siquiera contaba con ella. Normalmente la llevaba en el pequeño bolsillo para las monedas de los tejanos acampanados que había comprado con Isabel en la tienda Polychrome, pero esa noche, mientras se vestían en el hotel, resolvieron que esos pantalones informales podían parecer una falta de respeto hacia el pequeño burgués en el que aparentemente se había convertido el hermano, y se decidió por una camisa de seda holgada con puños franceses blancos en las mangas malvas, pantalones de hilo color crema y mocasines orlados. De manera que no llevaba la navaja. De todos modos, ¿de qué servía una cuchilla de afeitar contra dos pistolas?

El mayor de los dos, un hombre robusto y apuesto que había encanecido y se había vuelto melancólico al servicio de los ricos, les indicó con el cañón gris de su arma que se sentaran en el sofá-cama nido apoyado contra una pared amarilla decorada con dos loros de yeso, bajorrelieves esmaltados de una sola pieza en colores chillones, con marcos redondeados también de yeso. Las colas y picos de los loros se

superponían con los marcos, un capricho del artista que invitaba a pensar qué era realidad y qué artificio.

En el salón, Tristão sentía temblar el cuerpo de Isabel a su lado como el de una hembra en celo, que arriesga su vida en un momento de abandono sexual. Descartó la idea de que el cuerpo de ella, desde el principio, lo había puesto en aprietos y situaciones peligrosas; la rodeó con un brazo para protegerla con su propio cuerpo en caso necesario. Aunque también él temblaba, su mente permaneció lúcida y rápida, la electricidad evocada por esta emergencia corría por caminos bifurcados de posibilidades. Había comprendido en un instante todo lo que ahora se decía.

—No os alarméis, amigos míos —dijo el hombre de elegantes sienes plateadas y moderado bigote cano—. Sólo estamos aquí para acompañar a la jovencita a Brasilia y entregársela a su padre. Poco después de las diez sale un avión de Congonhas, por lo que tenemos tiempo de sobra. Pensábamos que llegaríais elegantemente tarde. Tomemos una copa.

—Yo escupiría en la copa ofrecida por el Judas de mi hermano —dijo Tristão y luego preguntó directamente a Chiquinho—: ¿Cómo puedes justificarte a ti mismo esta traición?

Chiquinho movió los brazos alrededor del pecho como si espantara moscas sin usar las manos.

—Esta relación es degradante para ti, hermano. Has perdido el juicio, estás blando e impecable, como un mantenido. Es preferible que te traicione yo a que lo haga esta chica platinada. Los ricos siempre vuelven con los suyos. El poco dinero que me ha dado su familia por mi colaboración servirá para financiar mis estudios: llegaré a graduarme como técnico en electricidad.

El entrañable rostro simiesco de Isabel se debatía tenso entre la indignación y el llanto, aunque su cuerpo, junto al de Tristão en el sofá a cuadros y bajo su brazo, permanecía extrañamente flojo. Algo en ella se había relajado. Nuestro yo más profundo recibe con los brazos abiertos las catástrofes. Ahora su propia educación evolucionaba más allá de las acrobacias sexuales nocturnas y los melodramas diurnos.

—¿Cómo conocisteis nuestro paradero? —le preguntó en voz baja a Chiquinho—. ¿Fue Úrsula?

Tristão se apiadó de ella, pues sabía que al querer a su madre, indigna de amor, Isabel se había impuesto una tarea preciosa en su perversidad. Querer a su madre había sido invento de ella, el primer retoño vulnerable de su matrimonio.

—No, no, señorita —respondió Chiquinho, en tono casi piadoso—. Nuestra bendita madre vive por debajo del nivel de la electrónica, de la

comunicación con lo invisible. Desde que a los catorce años la acometió la idea de vender su cuerpo, jamás ha vuelto a tener una idea rentable. Fue Euclides quien me advirtió, por intermedio de nuestro correo no siempre fiable, que Tristão vendría a São Paulo con un tesoro. Al principio esperé que me encontrara, pero las dimensiones de esta ciudad lo derrotaron. De modo que yo lo encontré a él. Se me sugirió el Othon Palace como posibilidad y el recepcionista fue muy servicial. Os recordaba a los dos. Me pidió que os asegurara que el motivo por el que os rechazó no fue ningún prejuicio racial por su parte, sino respeto por los sentimientos de los demás huéspedes, muchos de los cuales vienen del extranjero, de sociedades menos tolerantes.

—¿Qué ocurrirá con Tristão? —preguntó Isabel con un resuello de pánico que dejó su boca abierta, exhibiendo sus dientes perlados, su lengua aterciopelada.

La mente de Isabel, habituada a la lógica de la opulencia y el poder, había asimilado a mayor velocidad que la de Tristão lo esencial que era él mismo: si lo dejaban en libertad, plantearía problemas. Podría buscar a su esposa en Brasilia, podría tratar de raptarla, podría incluso —¡qué idea grotesca!— presentarse a la policía. Al percibir el pánico de Isabel, ahora Tristão comprendió que la forma más certera de poner fin a su vinculación con ella sería el suicidio. Como si se hubiera conectado una corriente eléctrica, o estallado una de las repentinas y aterradoras tormentas de São Paulo, oscureciendo el aire de manera tal que todo aparecía en negativo, con las sombras blancas y el enlucido de la pared negro, vio con cuánta plenitud la muda presencia de las dos pistolas había alterado la atmósfera. La muerte, ese distanciamiento impensable, había aparecido brutalmente cercana, a uno o dos pasos de distancia, dotando a todas las cosas de una textura permeable, como de papel. Todas las líneas de la sala, desde los rincones sombreados hasta las costuras del sofá a cuadros y las baldosas hexagonales del color de la piel de Chiquinho, se alinearon en una nueva perspectiva; se había introducido una solemnidad por la que todos hablaban en voz baja y los gestos cotidianos se hacían con la majestad del sonambulismo. Polidora trajo una bandeja con bebidas: altos *sucos* color pastel para quienes no querían alcohol, y para los demás, *caipirinhas*, mezcla de *cachaça*, lima, azúcar y hielo triturado. Isabel cogió una *caipirinha* para acallar sus emociones; Tristão tomó un *suco* por si se presentaba la oportunidad de valerse de su astucia. Un cálido olor a estofado de carne vacuna flotaba desde la cocina.

El pistolero más joven, que no tenía bigotes ni sienes plateadas, respondió a Isabel con tono consolador:

—Él se convertirá en mi amigo. César acompañará a la señorita a Brasilia y yo me quedaré aquí con el joven, cuya mente se sentirá fascinada al principio, naturalmente, por ideas de rescate y venganza. Esta casa es amplia; todos seremos felices aquí durante una o dos semanas, hasta que la jovencita haya sido restituida sana y salva a la influencia de su padre. Me llamo Virgilio —agregó para la pareja que

ocupaba el sofá, con una breve inclinación de la cabeza que no modificó el ángulo estable del cañón de su arma.

Polidora protestó:

—Señor, tenemos dos hijos que duermen aquí.

—Señora, se le pagarán sus servicios.

Isabel estalló:

—*Jamás* seré restituida a la influencia de mi padre! Ahora soy una mujer y tengo mi propio papel en el mundo. He pasado toda mi vida sin padre, desde que murió mi madre cuando yo tenía cuatro años..., él me dejó a cargo del presumido de su hermano.

César, escandalizado, se sintió impulsado a defender a su empleador y tal vez a todos los hombres —de los que él era uno— de edad mediana y cabellos grises que, como era comprensible, no podían satisfacer todas las demandas que convergían sobre ellos:

—Señorita Isabel, su padre es un hombre importante que ha entregado su vida al servicio del país.

—Entonces, ¿por qué nada parece gobernado? Los pobres siguen siendo pobres y los ricos dominan con las armas. —Como si estuviese cumpliendo la profecía de su tío respecto de su radicalismo, Isabel se incorporó, rebelde, y se mofó de los pistoleros—: ¿Por qué voy a hacer lo que vosotros decís? Nunca me haríais daño..., mi padre os despellejaría vivos.

César mostró su acuerdo cortésmente.

—Es verdad. Pero no se aplica lo mismo a su amigo negro..., su marido, si prefiere llamarlo así. A él el mundo no lo echará de menos. Sólo usted sentiría su ausencia. Su muerte ni siquiera dejaría una minúscula brecha en los registros, dado que sin duda eludió inscribirse para el servicio militar. Y si él no es rehén suficiente para ganamos su colaboración, piense en nuestros anfitriones —el cañón de la pistola viró hacia Chiquinho y Polidora, que esperaba de pie para servirles la cena— y sus dos hijos. Esos niños podrían volver de la calle y encontrar muertos a sus padres; aunque esas muertes sí serían notadas, nuestra policía está recargada de trabajo y no encontraría a los asesinos. Le ruego que no piense que estas amenazas son bravatas. Cada vez más, le realidad es una estadística, y en un país tan inmenso como Brasil nosotros somos estadísticamente insignificantes.

Ahora fue Chiquinho quien protestó:

—¡Fue mi información voluntaria la que os trajo aquí y ahora amenazáis mi vida!

—El hombre que delata a su propio hermano merece morir —le espetó Virgilio. Para Tristão añadió, con una sonrisa que dejó al descubierto unos dientes atractivamente desparejos, superpuestos como pies en un paso de baile—: ¿Ves lo buen y leal amigo que ya soy? A veces es mejor un hermano espiritual que uno carnal.

Isabel, de pie, dio la impresión de desperezarse y retorcerse como si tiraran de ella unas cuerdas invisibles; qué extraña, reflexionó Tristão, la forma en que las dos pistolas grises, como si fueran lápices, habían vuelto a diseñar el espacio, reduciendo la infinidad de posibilidades a unos túneles poco superficiales de opciones deformadas. Todos los espíritus habían adelgazado y andaban por la cuerda floja de la situación. Isabel volvió a tomar la palabra, serenamente.

—Si han de entregarme a mi padre, necesito mi ropa, que está en el hotel. No hay tiempo de comer, ya que tenemos que estar en Congonhas a las diez. Debemos irnos ahora mismo —dijo a su nueva escolta, el paternal hombre delgado de traje gris al servicio del poder que la había formado a ella.

—Así es —dijo César, complacido; y a Polidora—: Lo sentimos mucho. La *feijoada* huele de maravilla; mi sano y joven compañero comerá mi parte. —A Chiquinho—: Tiene la mitad de su recompensa en el bolsillo. La otra mitad depende de su continua cooperación y hospitalidad. —A Tristão—: Adiós, amigo. Sería lamentable para uno de los dos que volviéramos a encontrarnos. —Y por fin a Isabel—: Vamos, señorita. Como usted dice, el avión no esperará.

Isabel se inclinó y dio a Tristão un beso lánguido, suave como una nube y tibio como la caricia del sol, cuyo mensaje era: «Mantén la fe».

¿Pero podía Tristão confiar en ella? De espaldas, su esposa parecía extrañamente cómoda del brazo de su secuestrador de aspecto distinguido. Antes de salir del hotel, se había puesto un alegre vestido, ni formal ni informal, estampado con florecillas rojas sobre un fondo azul marino, tras cambiarse dos o tres veces hasta encontrar el acompañamiento perfecto para los pantalones de él y su camisa deportiva aunque de puños franceses..., respetuosamente elegante aunque sin arrogancia. Había sido su primera salida juntos como pareja establecida, para visitar a uno de sus parientes políticos. Tal vez habían llegado demasiado lejos con excesiva prisa.

Una vez que se fue Isabel, Tristão sintió que recuperaba su antigua personalidad, y cuando Polidora llevó a la mesa su olla con *feijoada* picante, todos se relajaron. Virgilio se quitó la chaqueta gris y enfundó la pistola en su sobaquera. Chiquinho sustituyó los vasos altos por botellas de cerveza Antártica. Los sobrinitos de Tristão, Esperanza y Pacheco —piel morena, mocosos de ojos grises de tres y cinco años—,

volvieron de las calles oscuras y su importuna inocencia de críos contagió de alegría a todos los comensales. Fijaron la mirada en la pistola de Virgilio, cuya culata asomaba de la funda como la parte trasera de un animal que se zambullía en su madriguera. Al percibir la fantasía de los niños, el pistolero la puso en escena, metiendo y sacando el arma como si fuera un animal escurridizo, imitando el terror con la expresión de su cara y haciendo entrechocar sus dientes torcidos:

—*Fora! Opa! Dentro! Bom!*

Cuando se acabó la cerveza, apareció la *cachaça* transparente y la mesa compuesta ahora por cuatro adultos desbordaba de bromas contra el mundo exterior a esas delgadas paredes, al frágil techo: los demás, los ricos, los *poderosos*, los gringos, los argentinos, los paraguayos, los granjeros alemanes y japoneses de la Região Sul, con sus acentos ridículos y su insular y puritana obsesión por el trabajo. El auténtico brasileño, coincidieron jubilosamente, es un romántico incurable: impetuoso, poco práctico, amante del placer, y sin embargo idealista, valiente y vital.

Tristão estaba mareado cuando fue a acostarse. Los ángulos de la habitación surgían y se inclinaban tanto como lo habían hecho bajo la presión magnética de las armas. Le asignaron la habitación de los niños, que a su vez fueron trasladados a la cama de sus padres. Tristão ocupó un catre y Virgilio el otro, cruzado a través de la puerta para impedirle huir. La única ventana estaba asegurada con barrotes exteriores fijos para evitar la entrada de ladrones, que llegaban en tropel a ese barrio producto de la prosperidad en lento crecimiento de la clase obrera.

Hacía muchas semanas que Tristão no se acostaba sin Isabel a su lado. Había llegado a resultarle difícil distinguir el ser de ella del propio. Isabel ardía en su interior como un revestimiento picante en el estómago, un anhelo luminoso que se lo comía vivo. Estar vivo, percibió, es un estado relativo, que no merece cualquier cosa. No merecía la ausencia de Isabel..., su coño envolviendo húmedo el ñame tieso, su voz parlotándole al oído atento a medias, la cálida nube de sus labios descendiendo sobre él al tiempo que decía: «Mantén la fe». Ella no era la Parca, pero su blancura poseía la pureza de la muerte. Tristão ahogó las lágrimas para no despertar a su nuevo compañero de habitación; hizo planes, y luego soñó.

## 9. Brasilia

9

Brasilia

Vistas a medianoche desde un avión, las luces de Brasilia trazan precisamente las formas de un avión, con largas alas curvas, sobre la vasta pizarra negra del interior brasileño. La ciudad parece flotar en el vacío como una constelación y luego ladearse, como si rodara hacia el despegue más allá de la propia posición estacionaria en el espacio. Se aterriza en un susurro, como si no se pisara tierra firme. En el aeropuerto el aire es fresco y pulula un gentío que entra y sale, pese a lo tarde que es, porque Brasilia es un lugar donde muy pocos quieren estar aunque muchos deben concurrir.

César dio instrucciones al taxista sobre la forma de llegar al piso del padre de Isabel, en el Eixo Rodoviário Norte, en uno de los grandes bloques verticales donde los mandamases del Gobierno habían fijado su residencia. Los recuerdos de Isabel sobre Brasilia se retrotraían a su infancia, cuando oía a hurtadillas las discusiones del tío Donaciano y su padre sobre la decisión de Kubitschek de cumplir su promesa de la campaña y construir una capital tierra adentro. Es un antiguo sueño brasileño, decía su padre, tan antiguo como el de la independencia, que data de la Inconfidencia Mineira. Entonces que se quede como sueño, había contestado su tío, si todos nuestros sueños se hicieran realidad, el mundo se convertiría en una pesadilla. El rumoreado acontecimiento había hecho que la niña Isabel se sintiera extraña, como si le estuviesen descentrando a tirones el corazón, o como si un terremoto echara su hermoso Río al mar. Luego, aproximadamente un año después, un deslizante y agitado vuelo en un Piper Cub la depositó, con su padre, en medio de montañas de fresca tierra roja donde miles de campesinos pobres del *sertão* se deslomaban como esclavos para llevar a cabo un plan inescrutable. Cuando ella y su padre volvieron por segunda vez, había esqueletos de edificios, gigantescos camiones amarillos rugían jactanciosos de un lado a otro en caminos sin pavimentar, y a la forma redondeada y hundida de la catedral le había brotado su corona de espigas de hormigón. Ahora el plan se había cumplido, la pétreo capital estaba construida, como una bella estatua que aún aguarda a que le insuflen vida. El espacio negro del *sertão*, la profunda calma de la noche inhumana aún presidía, por debajo y por encima de las luces esquemáticas, el deslumbrante diagrama de una pizarra.

Los guardias de seguridad del edificio de pisos estaban advertidos de la llegada de Isabel, pues ambos —bajos, de mejillas altas, enjutos y fuertes como *caboclos*— estaban despiertos y ataviados con pulcros uniformes de color oliva. No obstante, César insistió en acompañar a Isabel en el ascensor y subir hasta el piso donde el amplio apartamento

extendía sus alas como una miniatura de la ciudad. Mientras la entregaba junto con su equipaje al alto sirviente encorvado que los recibió en la puerta, César llevó a sus labios la blanca mano de ella y le besó el dorso de los dedos, encrespados y fríos a causa del resentimiento.

—Ahora haga lo que dice su papá —le aconsejó afectuosamente—. Brasil tiene pocos líderes; los portugueses no trajeron al Nuevo Mundo la misma disciplina y austeridad que los españoles. Si nosotros no fuimos tan crueles como ellos, sino solamente brutales, se debió a que éramos demasiado holgazanes para tener ideología. La Iglesia fue demasiado indulgente y hasta los conventos eran burdeles.

Esta era la síntesis, a la manera de un profesor al que ya no le queda tiempo, de la lección que le había dado en el avión. César era en gran medida un autodidacta: se había impuesto a sí mismo la obligación de leer como mínimo un libro por semana y había aprendido por su cuenta los conocimientos suficientes para leer en español, francés e inglés. El alemán todavía le resultaba un tanto denso. Abrigaba la esperanza, cuando acabaran sus días de coacción y asesinato («Este es un oficio para hombres jóvenes, señorita; cuando uno envejece se vuelve demasiado tolerante»), de comprar una limusina y hacerse guía de turismo. No sólo en las ciudades, claro, donde lo único que interesa a los hombres de negocios que las visitan es encontrar una erótica mulata, sino también en el campo, donde las viudas ricas y las maestras canadienses querrían visitar las poblaciones de los libros ilustrados como Ouro Prêto y Olinda, impregnadas de historia colonial, y las iglesias del siglo XVIII con sus tallas de Aleijadinho hechas con esteatita. («Un enano y un tullido, señorita, y su madre una esclava negra, ¿quién ha dicho que un buen hombre no puede salir adelante en Brasil?»). Y por supuesto el fabuloso Amazonas, la ópera más famosa del mundo, en Manaus y su misma vastedad, que se convertirá en una atracción turística por derecho propio a medida que el mundo vaya quedándose sin espacio. Sólo Siberia y el Sahara pueden rivalizar con la extensión brasileña, pero sus climas son espantosos. Por eso el Gobierno, en su sabiduría, ha emplazado Brasilia y sus caminos pujantes a través de la selva virgen. («Los caminos significan progreso, señorita, y el que sea capaz de andar por ellos es un hombre del futuro»).

Con toda esta falsa paternidad resonando en sus oídos, que todavía seguían tapados por la altitud durante el vuelo, Isabel fue a acostarse en la cámara del extremo de un largo pasillo ligeramente curvo. La habitación, amueblada con una cama angosta y un escritorio desnudo, era «suya», aunque en sus dieciocho años no había pasado más de un centenar de noches allí. Su padre, que ese mismo día había vuelto de Dublín, estaba durmiendo, naturalmente. Isabel lo imaginó, inmóvil como un muñeco con su antifaz negro para protegerse los ojos de la claridad. Años de viajes en *jet* le habían enseñado a dormir a voluntad. Esperaba conversar con su hija por la mañana, durante el desayuno a las nueve y media, explicó el sirviente alto, un *pardo* cuya tez contenía un lúgubre matiz verde. Una morena rolliza con el almidonado uniforme



azul de criada, probablemente la esposa del sirviente, preguntó si la *senhora* necesitaba algo: un *vitamina*, una píldora para dormir, otra manta. La pareja —él delgado y ella gorda, ambos obsequiosos pero alertas— recordó a Isabel a los traidores Chiquinho y Polidora; con un gesto de cansancio los despidió, pues quería estar a solas con su pena, saborear su amargura y evaluar sus límites.

Percibió que su rebelión le había ganado nuevo respeto y consideración por parte de quienes detentaban el poder sobre su vida. Así delataban las autoridades mundiales su fragilidad y cobardía básicas, reflexionó, mientras se deslizaba desnuda en el recatado lecho virginal. Estaba demasiado fatigada para buscar un camisón en el equipaje. Sintió su desnudez como un desafío a la ciudad rectilínea que la rodeaba, la prisión del corazón brasileño, y como un reencuentro de su cuerpo con la negrura de Tristão. Quiso rezar por la seguridad de su amado, pero al pensar en un dios sólo podía pensar en él, en la mirada negra de anhelo y dominio potencial con que Tristão la había amarrado en la playa radiante la primera vez.

Su padre, que se llamaba Salomão, era mayor y más fuerte que el tío Donaciano, aunque más bajo, con la frente abultada e inclinada hacia delante ansiosamente desde su calva incipiente, como si él mismo se estuviera disolviendo. Para desayunar se había puesto un batín de seda marrón encima de los pantalones a rayas grises, y pantuflas sobre calcetines acanalados negros que pronto quedarían envueltos en los angostos zapatos lustrosos de diplomático y político. Isabel percibió que ella sólo era una cita en su agenda del día, a la que seguirían otras. Salomão ya estaba absorto en la pila de periódicos en diversos idiomas que habían colocado junto a su plato; se levantó para saludarla con aire de haber sido interrumpido.

—Mi hermosa niña errante —dijo, como si consignara el tema de la reunión.

El hombre concedió a cada una de sus mejillas y luego a sus labios un beso cuya frialdad le había parecido a Isabel, desde la infancia, teñida —como equipaje almacenado en la bodega sin calefacción de un avión— con la frialdad extraterrestre de la estratosfera. En sus recuerdos, siempre se había acercado a ella desde una gran distancia global; el piso, aunque tan amplio lateralmente como para que nunca (a diferencia del apartamento del tío Donaciano) pareciese abarrotado de objetos, abundaba en recuerdos de sus viajes y cargos: una *tang-ka* tibetana de más de medio metro cuadrado, con su árbol cósmico de líneas de pintura dorada en forma de telaraña sobre un fondo verde y morado anterior a la Creación, colgaba detrás de una *coiffeuse* Luis XV taraceada que sustentaba un jarrón Ch'ing *famille-noire* y la figura de un antepasado de los dogon en madera, originario de Malí. El apartamento carioca de techos altos del tío Donaciano contenía grandes y ásperos lienzos abstractos según la moda en curso; su padre prefería pequeñas estampas de escenas y edificios históricos, o grabados

japoneses bicromáticos cuya formal composición desmentía la violencia de los temas.

Salomão se sentó frente a ella en la mesa baja, con damasquinados que formaban un tablero de ajedrez de tamaño descomunal. Abrió la sesión:

—Espero que hayas dormido bien.

Isabel notó que su padre estaba decidido a brindarle todo el respeto y la atención que habría recibido un colega diplomático; no obstante, sus ojos saltaban nerviosos al periódico de arriba de la pila cuyos titulares mencionaban disturbios, guerras tácticas y revoluciones inminentes de un lado a otro del globo.

—Me quedé dormida enseguida, padre, dado que estaba exhausta por el viaje que me obligó a hacer tu secuaz. Pero desperté a las cuatro de la madrugada sin saber dónde estaba, y luego me aterroricé al comprender que no podía salir, que me mantenían cautiva. Estuve en un tris de gritar, presa del pánico, pensé en saltar desde mi cuarto para matarme, pero las ventanas modernistas no se abren, por supuesto. — Isabel mordió su tajada de melón dulce en forma de luna nueva tras haber consumido un panecillo con mantequilla y tres lonchas crujientes de beicon: ya no tenía el apetito de pajarito de una virgen.

—¿Y permaneciste despierta? —preguntó su padre.

—No —confesó ella con tono hosco—. Volví a quedarme dormida un par de horas.

—Bien —dijo él con tono triunfal y volvió a echar un vistazo al periódico —, ocurre que nos adaptamos rápido a las circunstancias, tan rápido que el espíritu piensa que el cuerpo es un traidor.

—Me quedé dormida imaginando que estaba otra vez entre los brazos de mi marido, en el sitio que me corresponde.

—En la misma medida en que también es tu sitio el Hotel Amour, despilfarrando dinero y corrompiendo al botones. Has tenido unas pequeñas vacaciones, mi querida Isabel, y yo me he visto obligado a devolvarte a la vida real.

Isabel casi lamentó observar que Salomão hablaba con cierta delicadeza indecisa, desviando la vista como una flecha para captar otro titular, y echaba los labios hacia atrás al final de las oraciones, exhibiendo unos pequeños y redondos dientes infantiles, amarillos por la edad. Su padre, se atrevió a comprender Isabel por primera vez en su vida, había sido un chico menudo y delicado, fácil de amedrentar, pedante en sus planes de revancha. El poder mundanal, que estaba demostrando ser hueco, era su revancha.

—No puede decirse que Brasilia sea la vida real —replicó Isabel—, ni que tú hayas sido un padre real para mí. A mis ojos siempre has sido una estrella brumosa e inabordable, que quizá sea lo que debe ser un padre, pero ahora debe permitírseme trasladar mis afectos a un hombre que ha irrumpido en mí como el sol.

Los delgados párpados de Salomão aletearon dolorosamente. Con el tiempo había adquirido un tic en la transparente piel azulina debajo de un ojo y una palpitación en el hueco de la sien. Su mirada, cuando lograba levantarla del periódico y fijarla en el rostro de la hija, tenía algo de la abultada pesadez de su frente pálida. En comparación con Tristão, su padre parecía informe: la piel fina e incolora como si se hubiera interrumpido su desarrollo, los ojos de un débil color gris azulenco y húmedo, el cráneo no cubierto con un casco impenetrable de apretados rizos grasos sino con lacios mechones paralelos que permitían ver el cuero cabelludo infantil, el cuerpo, cuadrado y sin cuello, amoldado sólo a estar sentado. Pero hablaba con imperturbable precisión y autoridad, como si toda su hombría se le hubiese ido a la voz.

—¿Recuerdas tu visita al Othon Palace y a la señora que nos acompañaba? —le preguntó.

—Trató de ser una madre para mí y su actitud me hirió. Era un intento falso.

—También yo sentí la falsedad de su intento por congraciarse con mi hija y eso contribuyó a poner fin a nuestro idilio. A una mujer puede perdonársele cualquier cosa salvo la torpeza, que se queda aferrada en la mente.

Isabel tuvo la impresión de que el portugués de su padre, comparado con el de Tristão o el del tío Donaciano, poseía una neutralidad insulsa. Conocía tantos idiomas que su mente siempre estaba traduciendo: su lengua no tenía patria.

—Ella había sido una revelación para mí —continuó Salomão—. Habían pasado cuatro años desde la muerte de tu querida madre y con excepción de visitas periódicas a las *raparigas*, exclusivamente por una cuestión de higiene física, yo había vivido casto, primero por la decente observancia del luto y luego por costumbre. Eulália, así se llamaba por si lo has olvidado, me transformó en lo que yo nunca había sido con tu madre pese a todas sus virtudes: un hombre sensual. Por primera vez comprendí que la antigua Iglesia tenía razón y que los protestantes y platónicos se equivocaban: *somos* nuestros cuerpos y la resurrección es la única respuesta. Eulália me resucitó. Ella me *creó*, del mismo modo que tú sientes que ese muchacho te ha creado. La triste verdad es que te ha explotado, ha explotado tu inocencia sexual, tu aburrimiento burgués, tu idealismo juvenil, tu romanticismo brasileño. Eulália me explotó de la misma manera: mi frágil virilidad fácilmente halagada, mis acostumbrados hábitos de cohabitación, la dependencia de las mujeres

que desarrolla un hijo delicado. Sólo cuando vi que intentaba seducir a mi hija de ocho años, fracasando torpemente por sobreactuación, empecé a despertar..., porque el amor es un sueño, Isabel, como sabe cualquiera salvo el soñador. Es la anestesia que emplea la naturaleza para extraernos hijos. Y cuando, como en el caso de tu inefable madre, la operación resulta fatal, ¿qué hace la naturaleza? Se encoge de hombros y se aleja tan campante. A la naturaleza, querida mía, nada de nosotros le importa, y por ende debemos cuidarnos de nosotros mismos. No tirarás tu vida por la borda en función de un barriobajero. Nunca volverás a ver a Tristão. Te quedarás viviendo conmigo en Brasilia, todos los días estarás en casa a medianoche; estudiarás en la universidad, que está a pocas manzanas de distancia. Desde que nuestro nuevo gobierno se vio obligado a cerrarla en 1965 para limpiar de radicales indeseables tanto al claustro como al cuerpo estudiantil, su programa de estudios puede ser mediocre en su especificidad, pero es sólido en sus valores de conjunto. Las protestas y el nihilismo se mantienen en un nivel mínimo..., media un abismo entre esta casa de estudios y los semilleros de anarquía y sedición de las ciudades costeras. Hasta es posible que en una de tus clases conozcas al hijo de un general encantador.

—¿Y si me niego? ¿Y si me fugo?

Su padre levantó sonriente la húmeda mirada pendular, como si el surtido de vasos y platos del desayuno entre ambos fuesen piezas de ajedrez y él le estuviera dando jaque mate.

—En tal caso ese Tristão, a quien ahora estamos en condiciones de identificar y rastrear, puede desaparecer indoloramente. Ni siquiera su madre, tengo entendido, molestará a las autoridades. Es una madre desnaturalizada, aunque tal vez deberíamos decir que es demasiado natural. Ángel mío, sería como si tú y sólo tú hubieses soñado su existencia. —Sus labios sonrientes no eran rubicundos como los del tío Donaciano, sino claros, como la piel que asomaba a través de sus cabellos raleantes, y se veían más blancos aún por el azúcar en polvo que coronaba el buñuelo frito al que había dado un mordisco sorprendentemente ávido mientras bajaba la mirada hacia los periódicos.

## 10. Los dos hermanos

10

Los dos hermanos

Durante dos años Isabel asistió a la Universidade de Brasilia, donde cursó estudios de historia del arte. Aparecían y desaparecían diapositivas de pinturas rupestres y de catedrales, cuadros históricos y paisajes impresionistas, en la oscuridad del aula. Todo era francés. El arte era francés y los profesores pronunciaban los sonidos nasales y arrastraban las erres como si las devolvieran al lugar de origen. Había algunos templos camboyanos y grabados alemanes en madera, y a partir de 1945 había que tener en cuenta la Escuela de Nueva York, pero en última instancia todo giraba suavemente sobre lo mismo o era de un salvajismo especialmente cándido en comparación con Chartres y Cézanne. La verdadera cultura, aprendió Isabel, era una cuestión sorprendentemente local, puramente europea y, sobre todo, francesa. Sólo la biología era mundial: miles de millones de copulaciones que se sumaban.

Si «salía» con algunos de sus condiscípulos, conservadores y pusilánimes aunque apuestos y admirables hijos de la oligarquía y su funcionariado, ¿qué tenía de malo? Isabel era joven, estaba colmada de energía nerviosa y tomaba la píldora. Se puede ser fiel en espíritu, especialmente si en el momento del orgasmo una cierra los ojos y piensa: «Tristão». Arrancado de su vida, inmodificable en la ausencia, se había convertido en un ser inviolado, una pieza intocable de ella misma, tan secreto como las primeras nociones sexuales de un niño.

El padre, al comprobar lo que parecía ser su aceptación de la situación, se felicitaba a sí mismo por el éxito de su estrategia. Iba y venía por el vasto piso como una babosa extraña, con su fina piel azulina, la sonrisa de labios pálidos, la frente cada vez más despejada en declive sobre la vaga benevolencia opresiva de su mirada, como la de las monjas que habían dado clases a Eudóxía e Isabel en la escuela. Salomão había pedido un año y medio de excedencia en el país antes de ocupar su nueva embajada, en Afganistán. De noche Isabel le oía practicar el persa y el *pashto* en su dormitorio: la voz profunda, oscilante y a veces gutural, era tan islámica en sus pasiones que lo imaginaba con un turbante flojo y una túnica suelta, regateando el precio de unas alfombras o condenando a muerte a los blasfemos. El hombre explicaba modestamente que ninguna de las dos lenguas le resultaba demasiado difícil, pues ambas eran ramas del indoeuropeo. De vez en cuando la llevaba a un concierto o al teatro en la escasa ronda capitalina de acontecimientos culturales. Durante días enteros apenas hablaban, cada uno preocupado por diferentes obligaciones y círculos. Isabel se atenía a su senda académica en una especie de trance, bajo el hechizo de un

juramento cuyo emblema interior eran dos grises cañones de pistolas en lugar de una cruz. No sería ella la causa de la muerte de Tristão, al que guardaba en su corazón como a un prisionero a salvo en una celda cerrada a cal y canto.

Sólo cuando llegaba de visita Donaciano escapaba de su mente en cierto sentido Tristão, pues el tío llevaba consigo a la desolada Brasilia —a su vacua cuadrícula, su lago artificial, sus demonios de polvo rojo que se arremolinaban donde habían dejado morir el césped en las enormes medianas— el jovial aliento marino de Río. Con su traje color helado de vainilla, los zapatos de punta aliforme en dos tonos y el sombrero de jipijapa con una cinta rosa, le hacía regalos que ya no correspondían a su edad: un ramo de flores de tela moldeadas con ingenio, un triciclo de cerámica con ruedas protuberantes que giraban de verdad, un circo en miniatura con artistas hechos con hilos de oro envueltos alrededor de gemas semipreciosas de Minas Gerais. Quería mantener viva a la niña que había en ella, y era la encarnación de la pueril y juguetona atmósfera carioca, donde los adultos caminan por la calle en bañador y se pasan el año entero construyendo el juguete del carnaval que se hace añicos en un santiamén. Su suave voz bromista y el olor de los cigarrillos ingleses Oval en su boquilla de ébano y marfil recordaban a Isabel el apartamento con la araña de latón y sus brazos serpentinos, y la rosa blanca de la claraboya donde por primera vez se había entregado a Tristão y donde su carne virgen había dejado una mancha en forma de cáliz sobre el cubrecama de raso. De alguna manera el tío Donaciano encamaba el amor. Isabel hizo girar su anillo DAR en el dedo medio y le preguntó por Mana.

—Ah, Maria —dijo él, con los ojos tallados por las sombras color malva y unos mechones de encanecidos cabellos rubio miel desordenados por su aura de melancolía *distingue*—. Maria envejece.

—¿Y es menos deseable? —bromeó Isabel y sopló humo hacia el techo bajo de la casa de su padre. Salomão tenía los pulmones sensibles e Isabel sólo fumaba en la universidad o cuando la visitaba el tío Donaciano con sus cigarrillos ingleses envueltos en tentadores papeles de color pastel. El sofá en el que estaba repantigada era de teca y ratán, una pieza elegante procedente de una gira de su padre por la India años atrás, y no muy cómodo, aunque acolchado por cojines negros, morados y rosas, salpicados de lentejuelas—. Tal vez —agregó, ampliando su insolencia— la has usado con demasiada rudeza. Tendrías que convertirla en una mujer honrada, como recompensa por sus años de servicio.

Donaciano parpadeó con sus ojos fatigados y se tocó el pelo, desgreñándolo más todavía. Como interlocutora había aceptado a Isabel cual si fuera una más de las mujeres adultas cuyo afecto adquiriría la forma del hostigamiento.

—Tu tía Luna continúa siendo mi esposa —respondió—. Cuando eres así de mala —añadió— me recuerdas a tu madre. Es desgarrador.

—¿Mi madre te desgarró el corazón?

Isabel llevaba mucho tiempo preguntándose si su tío no habría amado a la esposa del hermano. En la cómoda del dormitorio de Donaciano en Río, junto al obligado retrato de estudio y las instantáneas de la tía Luna en vacaciones, había una foto enmarcada de Cordélia, ligeramente borrosa, de pie en unas piedras, bajo un solo pino en un escenario de picnic, donde la brisa extendía su ancha falda blanca con volantes y las amplias mangas diáfnas, apretándose la blusa contra un pecho generoso; la muselina blanca realzaba la encantadora morenez de su madre, esa gota de oscuridad de que está hecha una auténtica beldad brasileña, gozosa la cara difuminada en un esbozo apenas de sonrisa, las lustrosas mejillas redondeadas, los párpados bajos aparentemente para protegerse de un deslumbramiento. A menudo Isabel había estudiado furtivamente la foto en ausencia del tío Donaciano, preguntándose dónde estaba su padre, si lejos o cerca del extremo del campo visual de la cámara. ¿Quién hacía reír y bajar los párpados coquetonamente a su madre? ¿Qué habían estado diciendo las voces en el aire? Incluso el empañamiento de la foto parecía un rastro del aliento de Cordélia, cálido sobre el objetivo.

Pero estos misterios, estos antiguos amores, se desdibujan y por último son tan deprimentes para los jóvenes como las fotos del viejo Río con sus tranvías y modas anticuadas, colgadas en las paredes de restaurantes románticos consigo mismos.

—Cordélia desgarraba los corazones de todos los que ponían sus ojos en ella —replicó el tío Donaciano—. Mira a tu padre. Nunca volvió a casarse: sólo es un ataúd ambulante cargado con la memoria de tu madre. No lo imites en esta locura, Isabel, que lo ha envejecido antes de tiempo. Abraza la vida. Ama a muchos hombres antes de morir. Ese golfo playero sólo fue un comienzo. Vete a Europa. Hazte cantante de ópera.

—Pero yo no tengo voz.

—Tampoco la Callas. Lo que ella tiene es *presencia* .

Por amabilidad o por accidente, Donaciano había pasado por alto lo prohibido y mencionado a su amado.

—Hablando de golfos playeros, tío, ¿qué noticias tienes de São Paulo? —aventuró Isabel con tono frívolo—. ¿Le ha ocurrido algo malo a aquel pobre chico a quien tan libertinamente yo invité a nuestro hogar compartido? ¡Cuánto echo a faltar ese apartamento! Brasilia es el infierno, sólo que mucho más aburrido de lo que debe de ser el infierno. Han tirado la ciudad en esta planicie caliente como un huevo en la sartén.

El refinado rostro de Donaciano, estragado por décadas de búsqueda de placer y un obstinado egoísmo, se tornó solemne.

—No sé nada de São Paulo, queridísima, ése es un infierno de otra especie, la demostración monstruosamente fea de nuestro pueril deseo de transformarnos en un país industrial, en una nación similar a las amenazadoras y sin alma que están al norte de la línea ecuatorial. El mundo, antaño tan verde y encantador, literalmente un paraíso, se está volviendo feísimo, Isabel. No lamento saber que sólo viviré para ver muy poco más de él. —Quitó de un tirón la colilla de un cigarrillo de su boquilla para sustituirlo por otro y emitió una tos fatal, aunque tenía poco más de cuarenta años. Por primera vez aparecía un tanto descuidado y agotado a los ojos de Isabel: la vuelta de sus pantalones claros estaba sucia y le faltaba un botón en la manga de la chaqueta. Empezaba a notarse la ausencia de una esposa.

A Isabel le resultaba curioso ver juntos a los dos hermanos Leme; el tío Donaciano hacía que su padre pareciera más contrahecho y más bajo que nunca, como un gnomo, y al mismo tiempo más implacable e inútilmente atareado y funcional. No obstante, había cierta semejanza fraternal, además de sociables murmullos en la biblioteca después de cenar, con una copa de coñac o altos vasos cónicos de *chopp*, mientras Isabel pasaba las hojas de un álbum con reproducciones del Quattrocento, madonas absolutamente rígidas y niños Jesús arrugados con pililas como botones: qué tedioso y árido era lo que pasaba por conocimiento, cuán *pasado*, en comparación con lo que le ocurría cuando estaba con Tristão, o escuchando una de las canciones de Chico Buarque que contrabandeaba astutamente a través de la censura poéticas indirectas revolucionarias contra los mandamases militares, o mirando por la tele melodramas representados por actores y actrices tan jóvenes como ella. Todo esto era el presente, burbujeante de futuro, un tiempo vago de posibilidades infinitamente dilatables. Le resultaba curioso ver juntos a su padre y a su tío, y se preguntaba si alguna vez habrían hecho sentir a una mujer lo mismo que Tristão le hacía sentir a ella. Le parecía imposible, pero había momentos en que ambos estallaban bruscamente en una carcajada, un destello de hilaridad conspiradora como una fisura que se estiraba hasta su niñez compartida, y ella comprendía su fraternal masculinidad, su venerable complicidad.

Una noche, después de que una visita de su tío concluyera en un vuelo de regreso a Río, su padre, a punto de volar hacia Bogotá para una conferencia sobre economía de cuatro días, la citó en su estudio. Nervioso, le ofreció que eligiera entre un coñac, un vino blanco con soda, *suco* o Tab.

—¿No tienes *cachaça*? —le preguntó Isabel, pensando en la chabola de Úrsula dulzonzamente apetosa a caña fermentada y acre feminidad rudimentaria.



El padre se permitió un relamido encogimiento de hombros.

—Coñac, entonces.

A regañadientes, el hombre le sirvió el elixir francés. Cuando cesaron los gorgoritos en el cuello de la botella de coñac, carraspeó y dijo:

—Isabel, mis deberes paternos me obligan a plantear una cuestión delicada. —Las luces del estudio estaban instaladas a bajo nivel, para leer, y su frente daba la impresión de caer hacia delante en las sombras rastrilladas—. Se refiere a mi hermano. No puedo dejar de notar que entre vosotros dos existen un afecto y familiaridad excepcionales.

Isabel parpadeó por el sabor áspero del coñac y señaló:

—Desde que murió mi madre y tú ahogaste tus penas en un torrente de trabajo y viajes, mi tío ha ocupado el lugar de un padre para mí.

—Sí. Lamento que haya tenido que ser así. Te pido disculpas sinceras, aunque tardíamente y ya en vano. ¿Cómo puedo justificarme? Quizá tu presencia me apenaba, pues me recordabas a tu madre, o el impulso procreador que la llevó a la muerte.

Isabel se encogió de hombros.

—Estoy segura de que has hecho todo lo mejor que podías, padre. Ese acuerdo tenía sus ventajas psicológicas. Te colocaba más allá del alcance de la desilusión por mi parte. Cada uno de tus vuelos con escala en Río, cada semana de vacaciones compartida en Petrópolis, la Patagonia o Miami Beach eran mágicas para mí, y de haber sido tú más accesible, la magia se habría deteriorado. Los niños necesitan afecto físico pero no son quisquillosos en cuanto a la fuente. La tía Luna era muy buena cuando no la distraía su agenda social o se volvía medio loca por una de sus dietas de choque, y había criadas, cocineras, monjas de la escuela que no escatimaban una caricia, una sonrisa o una palabra significativa. Sentía que me consideraban una niña preciosa y que era muy favorecida. Siempre, en el fondo, se alzaba el inmenso muro protector de tu elevada reputación.

Su padre volvió a permitirse un encogimiento de hombros. Cuando cerró los párpados, la fina piel inferior surcada de venas se retorció, como la membrana nictitante de una rana.

—Una infancia triste, tal como la describes.

—Se necesita una niñez triste para tener ansias de ser adulta —dijo Isabel espontáneamente.

—Mi hermano... —retomó Salomão, pero se interrumpió—. Háblame francamente, aunque nunca me haya ganado tu confianza. Por lo que

recuerdas, ¿abusó alguna vez mi hermano de la intimidad en que os situaron la muerte de tu madre y mi ambición? ¿Alguna vez, quiero decir? —Más vacilaciones, más temblores faciales en las sombras—. ¿Traspasó alguna vez los límites de un tío en su relación física contigo?

Ahora la había tocado en el único asiento de inocencia restante. La pregunta repugnó a Isabel y exigió un viraje brusco en el concepto de su crianza y progreso sexual. Se ruborizó y un velo rosa pareció cubrir simultáneamente su infancia, oscureciendo los detalles. Lo único que veía era el apartamento, la vista de ventanas y casas de apartamentos similares, además de un centelleante fragmento de mar, y no a quienes lo poblaban durante los muchos años que vivió con su tío.

—Me daba abrazos de tío —recordó, jadeante—, y la calidad de esos abrazos se volvió más distante y cauta una vez que..., una vez que maduré. A veces entraba en mi dormitorio para darme el beso de buenas noches aunque ya sin un libro de Babar o Tintín para leerme en voz alta, cosa que solía hacer cuando yo era pequeña, con maravillosa expresividad y animación. Ahora se limitaba a sentarse en la silla junto a mi cama, guardaba silencio, parecía fatigado, y a veces yo sentía que aunque era una cría y no hacía nada, le proporcionaba algo que no podía darle la tía Luna. Después se separaron y el tío Donaciano empezó a salir a horas insólitas, a menudo varias noches seguidas, y, además, como yo estaba con las monjas, nuestros contactos fueron cada vez más raros y menos cómodos cuando ocurrían. Sí, yo lo amaba y él a mí, pero creo que subestimas, padre, la calidad de la sangre de los Leme, si imaginas a tu propio hermano capaz de cualquier abuso físico. El ha sido plenamente honorable en la tutela que le impusieron tu ambición personal y tu distanciamiento.

No obstante, incluso mientras adoptaba la firme defensa de su tío cerrando para siempre la cuestión, Isabel sintió agitarse algo en medio de la rosada vaguedad de sus primeros recuerdos: algún roce, o sondeo, o estímulo que la memoria no le permitía recuperar. Es aterrador, pensó, que una no sólo crezca y amplíe su experiencia, sino que pierda el yo anterior. Avanzamos hacia la oscuridad y la oscuridad se cierra a nuestra espalda.

El rostro de su padre, bajo la luz deformada, daba la impresión de fundirse con la tristeza, volviéndose más informe y de babosa mientras contemplaba a su hija con ojos de un gris azulenco varios tonos más claro que el de ella. Isabel no podía saber que Salomão estaba pensando en cierta *rapariga*, una negrita que vendía el sexo y adoraba la *cachaça*, una chica autodestructiva, de pequeña cabeza ovalada y desvergonzado cuerpo esbelto, a la que solía recurrir crónicamente en los alegres tiempos cariocas anteriores a su casamiento, y que quedó embarazada, vaya Dios a saber de quién entre la multitud de hombres que la frecuentaban. La chicuela desapareció de su vida para tener el hijo, y contemplando a Isabel ahora se preguntó si en algún lugar de Brasil su hija no tendría un hermano de ojos grises que llevaba en balde la orgullosa sangre de los Leme.

## 11. La fábrica

11

La fábrica

Entretanto, gracias a presiones diplomáticas de arriba, Tristão había conseguido trabajo en una fábrica de *fuscas*. Los coches, pequeños «escarabajos» Volkswagen pintados en matices tabaco y marrón por lo que eran denominados *fuscas* en Brasil, eran fabricados en una barraca gigantesca cuyo extremo septentrional, a la manera de una boca hambrienta, ingería piezas Volkswagen, y cuyo extremo meridional, como un ano infatigable, excretaba los *fuscas* acabados. Dentro, bajo un techo plano de acero apuntalado por travesaños diagonales, y estrepitosas vías para el transporte de componentes pesados como motores y chasis, el ruido del montaje era tan incesante que Tristão temía perder no sólo el oído para la música forró, sino toda capacidad para gozar de la vida: las máquinas convertían en máquinas a los hombres.

La primera tarea que le asignaron consistía en barrer y recoger tornillos sueltos, envases de comida de espuma de estireno, trocitos de metal y derrames de aceite, las pegajosas secreciones de una colosal bestia industrial. Luego fue ascendido al puesto de empernador diestro, al principio de los pernos de retención de cojinetes para las placas del freno trasero (dieciséis milímetros que alcanzaban un momento de tensión de trece metros por quinientos gramos) y luego, al principio del segundo año en la fábrica, de pernos para montar motores, de diecisiete milímetros de diámetro y que alcanzaban un momento de tensión de solamente seis y medio. El momento de tensión inferior y el ángulo más accesible reducían el dolor en la base del cuello y debajo del omóplato derecho al final de una jornada de ocho horas. De noche, acostado y dispuesto a dormir, tenía la impresión de que alguien sondeaba ese punto con una lezna; lentamente, los músculos competentes se compensaban y el dolor pasaba. Le maravillaba el aspecto de sus manos, en las que cada pequeño músculo se había desarrollado hasta el punto de abultar, y había un bloque de callos en la palma, donde se asentaba la llave inglesa de torsión.

El segundo año, su compañero de sujeción de pernos, Oscar, era un *cafuzo* zurdo y bondadoso de Maranhão. Como funcionaban todo el día simétricamente, haciendo girar y ajustando los seis pernos (cuatro principales y dos secundarios) que sujetaban el pequeño y valiente motor a la abrazadera del compartimiento del *fusca*, la cara ancha y chata de Oscar —en la que los genes traídos de África en barcos de esclavos se encontraban con genes asiáticos transportados a pie desde Siberia hasta el abrasador Amazonas— acabó por serle más conocida a Tristão que la propia. Cuando se miraba en el espejo empañado del

servicio de los obreros, el rostro que encontraba parecía un espejismo, un error: demasiado oscuro, de frente demasiado ancha, labios demasiado gruesos, mirada excesivamente intensa. Oscar tenía un ancho hueco entre sus dos incisivos, por lo que en el espejo los suyos le parecían a Tristão dolorosamente calzados, tan acostumbrado estaba al hueco en la sonrisa picara y sociable de su compañero.

Algunas veces, para entretener el aburrimiento, ponían los pernos al revés, y si los trabajadores que les seguían en la cadena de montaje — los que hacían las conexiones de cables y mangueras— cooperaban en la broma, el pequeño y resistente automóvil, en el extremo meridional de la fábrica, se propulsaba a sí mismo y a su conductor los pocos cientos de metros que los separaban del aparcamiento donde se preparaba el transporte. La máquina Volkswagen tenía un gran corazón, explicaba Oscar, diseñado por un famoso hechicero llamado Hitler para llevar a las masas alemanas a un lugar denominado Valhalla.

De haberse descubierto su travesura, Tristão y Oscar habrían sido despedidos y encarcelados por sabotaje. Bajo el gobierno militar, el vocabulario de los tiempos de guerra coloreaba el lenguaje del Estado. Tristão habría recibido con los brazos abiertos una liberación de su trabajo pero le asustaba la cárcel, pues lo apartaría más aún de Isabel. Todavía no había renunciado a su sueño de amor. Pero tampoco él había vivido en castidad: el barrio de Chiquinho, intercomunicado por niños vagabundos, proporcionaba una serie de hermanas mayores bien dispuestas, e incluso en la fábrica —pese al tiránico rigor de los reglamentos que perpetraban en connivencia el Gobierno y los *sindicatos*— podían hacerse e incluso consumarse contactos durante los descansos del café y el trayecto a los servicios. Sin embargo su alma, el órgano espiritual donde su vida clamaba por su estado eterno, permanecía casta.

Virgilio, el pistolero más delgado y joven, lo había vigilado de cerca al principio; lo esperaba en la puerta de la fábrica a la salida del trabajo, lo acompañaba en las pequeñas recreaciones nocturnas y dormía en la misma habitación, con su catre atravesado en la puerta. Pero durante las largas horas que pasaba Tristão en la planta, Virgilio se había integrado en un equipo de fútbol de Moóca, los Tiradentes. De vez en cuando los entrenamientos se prolongaban hasta última hora de la tarde y los partidos como visitantes lo obligaban a ausentarse hasta bien entrada la noche, más adelante durante toda la noche, y después varias noches seguidas. Chiquinho, Polidora y Tristão calculaban que se había enredado con una mujer, dado que había muchas desfachatadas ansiosas por vincularse con una estrella del fútbol, por no hablar de un futbolista que portaba un arma..., o que los poderosos en las sombras, los Peces Gordos, le habían asignado un caso más urgente.

Pero Chiquinho advirtió a Tristão:

—No creas, hermano, que porque Virgilio no cumpla con su deber puedes escapar en pos de tu delirio romántico. Los Peces Gordos saben

dónde vivo y si escapabas a su vigilancia se vengarán conmigo y mi inocente familia. Podrían arrojar en mi patio a la pequeña Esperanza o al pequeño Pacheco con el cuello cortado. Toda una banda podría raptar y violar a Polidora. No hablo por mí mismo: apelo a tu decencia como tío y como cuñado.

—¿Dónde estaba tu decencia como hermano, hermano mío, cuando me entregaste a las manos de mis enemigos?

Chiquinho agitó tontamente sus brazos de un marrón gredoso, negando las palabras de Tristão con sus ademanes.

—Cualquier enemigo de tu locura es amigo mío. Actué para salvarte de la obsesión sexual, por solicitud de nuestra bendita madre.

Tristão rió ante tan absurdo embuste.

—Mi madre le cogió cariño a Isabel.

—No es así..., la detesta como miembro de la clase opresora, y para colmo condescendiente. Ese cariño sólo corre en una dirección, sobre la base de una pervertida psicología de la clase alta. Observé a la chica cuando estuvo aquí; era intrépida como sólo pueden serlo los inalcanzablemente ricos. Los reaccionarios, al menos, respetan a los pobres lo suficiente como para temerles. Pero olvida a ese bomboncito rubio, como sin la menor duda te ha olvidado ella. ¿Acaso Polidora y yo no te damos de comer un día tras otro? ¿Acaso ahora no eres más rico que cuando viniste, hace dos años? Hoy cuentas con un oficio rentable y con ahorros en el banco, en una economía que goza de un crecimiento sin precedentes: ¡más del diez por ciento anual!

A Tristão le extrañó que su hermano, al igual que él hijo de una madre negra, voceara tan seriamente los beneficios de la clase dirigente blanca. Nos esclavizamos a nosotros mismos por mendrugos, por la mera imagen y el rumor de unos mendrugos. Tristão, incluso mientras se sometía al nuevo *abraço* de lealtad fraterna, estaba resolviendo la fuga.

Fue al banco y retiró sus cruceiros, suficientes para varias semanas si vivía modestamente y viajaba en los medios de transporte más baratos. Una noche en que Virgilio se encontraba en Espírito Santo jugando unas semifinales regionales, Tristão aguardó a que se acallaran los sonidos de los críos irritables que se resistían a dormir al otro lado de la pared de su celda con barrotes, y a que se redujera el murmullo de Chiquinho y Polidora procesando los acontecimientos del día —los cotilleos del barrio, las dificultades profesionales de él como jefe del equipo de limpieza del laboratorio— hasta convertirse en suspiros y ronquidos mezclados. A Tristão le había resultado interesante observar, después del caos empapado en *cachaça* y la mugre de la chabola de su madre, a un matrimonio de la clase media baja con aspiraciones. Chiquinho y Polidora le daban la impresión de dos seres agachados que bajaban un

estrecho pasillo con la pintura desconchada y las paredes chorreantes, golpeándose la cabeza cada vez que intentaban enderezarse, sin llegar nunca a la inmensa estancia que imaginaban, con su techo alto y aireado y sus grandes ventanas abiertas al panorama del mundo. En cambio, sólo podían arrastrarse juntos y temerosos bajo bombillas parpadeantes, mientras sus huesos se volvían quebradizos, se les arrugaba la piel y se les caía el pelo. En cuanto volviera a reunirse con Isabel, Tristão quedaría exento para siempre de esa muerte en vida: ella era su vida eterna.

La pared cercana a su cabeza vibraba ahora con el sonido de respiraciones inconscientes. El caserío circundante a la casita guardaba silencio salvo por los gemidos de gatos copulando y el zumbido de la electricidad robada en los transformadores instalados ilegalmente. Sigiloso, descalzo sobre las baldosas, con unos *shorts* viejos y la camiseta en la que se leía LONE STAR —prendas que usaba como pijama—, guardó toda su ropa y sus ínfimas pertenencias en una flamante mochila de lona anaranjada luminosa, que había comprado y escondido bajo su cama. Quería ocultarla debajo de una palmera atrofiada que crecía en una esquina del diminuto terreno de Chiquinho, cuyos gelatinosos frutos color naranja y las ramas anchas y bajas serían cómplices ideales de su secreto. Se marcharía a la fábrica de *fuscas* por la mañana temprano, mientras los niños todavía importunaban a Polidora con su desayuno como minúsculos tiburones que arrancan a mordiscos la carne de un gran tiburón agonizante, y su hermano se daba la obligada ducha matinal, dado que hasta una mota de caspa podía hacer estragos en los chips de computación. Sin ser visto, recuperaría la mochila del rincón, se la echaría a la espalda y partiría hacia Brasilia; el dinero que había sacado del banco estaba apretado en el interior de la mochila; ahora, en plena noche, salió para ocultarla debajo de la pequeña palmera.

Pero su hermano no estaba dormido, pues en cuanto chasqueó la puerta de tela metálica con el dibujo abarquillado a imitación de mimbres entretrejos, Chiquinho —una sombra gris desnuda salvo los calzoncillos— apareció a su lado en el pequeño porche de cemento. Había rodeado la casa desde la puerta trasera y su mano, sobre el brazo de Tristão, era como una de las garras metálicas que levantaban piezas grandes en la fábrica.

—No puedes marcharte.

—¿Por qué?

—Polidora y yo necesitamos lo que los Peces Gordos nos pagan por ti. Tu partida nos hará caer en desgracia y será nuestra deshonra.

—Tú ya te has deshonrado aceptando dinero de los secuestradores de tu hermano.

—¿De dónde puede salir el dinero en Brasil salvo del bolsillo de los poderosos? Te matarán por contradecirlos.

—Morir no es lo peor que puede ocurrirle al hombre. Lo peor es vivir de rodillas. Para mí, la vida sin Isabel no es vida.

—Sin duda ya te ha olvidado.

—En tal caso, sabré más que ahora.

—Los Peces Gordos me echarán la culpa. Se vengarán con mi familia.

—Ya hemos mantenido esta conversación.

Sus voces eran apremiantes pero bajas entre los gemidos de los gatos. Para no despertar a la familia que dormía en el interior de la casa, los hermanos se habían trasladado al terrenito de hierba pisoteada y tierra roja apisonada, llena de los juguetes baratos de plástico de Esperanza y Pacheco. La mano de Chiquinho, como un grillete, no se había movido del brazo de Tristão. Este se movió para liberarse, aunque todavía suavemente.

—Diles que no tuviste más remedio que dejarme marchar —aconsejó a su hermano—. Es la pura verdad; no era tu obligación retenerme, sino la de Virgilio.

—La verdad no sirve de nada para hombres como nosotros. Matan a mucha gente en Brasil por decir la verdad.

A la luz de la farola, la cara de Chiquinho, artificialmente adelantada para que se oyera su murmullo, tenía el color del metal pulido, rígidamente empernada en su fanático interés personal. Pero esa grandilocuencia de «hombres como nosotros», ¿qué tenía que ver con Tristão y su necesidad de Isabel..., su blanca beldad que se deslizaba a través de una habitación en penumbras como un aceite viscoso, con las dos valvas lubricadas dando la bienvenida a su doliente ñame? Intentó liberar el brazo, ahora con más fuerza. Empezaron a luchar con gruñidos silenciados en el terrenito de hierba pisoteada, cerca de la calle desierta iluminada de azul. La mochila cargada era un estorbo, y en su pánico financiero Chiquinho tenía la fuerza huesuda de un demonio. Pero los músculos de Tristão, endurecidos tras dos años de atornillar pernos en una pauta repetitiva que se le imponía como una plantilla incluso en los ritmos del sueño, tensaron y retorcieron el brazo frágil de su hermano con la mano libre hasta que éste gimió y retrocedió. Pero Chiquinho mantuvo la posición de combate con los largos brazos extendidos como los de un cangrejo playero apoyado en la cola para defenderse, y habría arremetido otra vez de no haberse materializado en los dedos de Tristão la cuchilla de un solo filo con el blasón de Gem. Siempre la guardaba en los *shorts* a la noche, por si Virgilio volvía del fútbol —tal como había ocurrido una o dos veces después de perder un partido— borracho, petulante y agresivo. Le llevó

una fracción de segundo pescar la Gem con dos dedos rápidos y delgados. La hoja lo convirtió en otro animal, con un solo tentáculo ondulante.

—Cuidado —advirtió, blandiendo lentamente el tentáculo bajo la luz para que su hermano viese el filo destellante.

Tristão se sentía mágicamente concentrado en ese inmisericorde borde filoso, como cuando dos años atrás las pistolas grises de los dos mercenarios habían redibujado la sala de la casita suburbana, volviendo a trazar sus líneas.

Dejó caer al suelo la mochila con su surtido de correas. Mientras Chiquinho fijaba los ojos en la hoja brillante que oscilaba levemente, Tristão le aferró el cuello flaco con la otra mano, para mantener quieta su cabeza, y le apoyó el borde contra la mejilla. Con movimientos tensos y bien calibrados, dejó que el extremo superior de la hoja hincara la piel y luego hizo bajar el borde por la carne gredosa hacia donde los pelos del bigote de un día formaban su sombra de púas. El tajo, de unos cinco centímetros de longitud, saltó suavemente, emitiendo una delgada lámina roja; algo raspó en la sequedad de la garganta de Chiquinho. Su nuez trató de abrirse paso alrededor del firme apretón del medio hermano. Tristão pasó la hoja ante la mirada hipnotizada de Chiquinho como si fuera a trasladarla a la otra mejilla, pero interpretó un brillo de pacificación en sus ojos.

—Enséñales esto a los Peces Gordos para demostrar que te resististe —sugirió Tristão—. En realidad te he hecho un favor a cambio de los muchos que me hiciste tú.



## 12. La terminal de autocares

12

La terminal de autocares

Así logró escapar Tristão, aunque descalzo, con *shorts* y la andrajosa camiseta desteñida con su anuncio de un restaurante de Leblón casi ilegible. No creía que el ritmo del sangriento encuentro fraternal le permitiera regresar a su habitación para recuperar las prendas que pensaba ponerse para ir a trabajar: los pantalones y la camisa de seda suelta que Isabel le había comprado durante la luna de miel. Chiquinho podía recuperarse del sobresalto de su huida y lanzar un grito obstaculizador. Más le valía abandonar la ropa y trotar suavemente calle abajo, intentando no cortarse los pies con los abundantes vidrios rotos de las aceras.

Contó las calles transversales y diez más adelante redujo el trote al paso, jadeante, con la espalda sudada bajo las correas de la mochila. Esta noche ya era mañana. Los autobuses no funcionaban a esa hora. Las aceras abrasaban las plantas de sus pies, que se habían ablandado tras dos años de andar calzados con zapatos; además, el cemento de São Paulo no era la arena de las playas de Río. Salió por el norte de Moóca a los barrios de clase media, donde la mirada suspicaz de los vigilantes lo instaba a seguir adelante, incluso cuando le lanzaban insultos. El resplandor más intenso del cielo al oeste le indicaba dónde se encontraba el centro de la ciudad. En un paso elevado que atravesaba el torrente del río Anhangabaú y daba acceso a la Avenida do Estado, Tristão pisó la verde extensión del Parque Dom Pedro Segundo, con las copas de los árboles heladas y emborronadas como cera endurecida. Al cruzar al distrito de Sé fue recibido por un ritmo de vida acelerado: *boîtes* y bares emitían la monótona alegría de una música vibrante.

Cuando avanzaba hacia el norte, en dirección a la Estaco da Luz, vio a unas chicas con botas blancas de caña alta y minipantaloncitos charlando con hombres, cuyas miradas iban de un lado a otro, alertas a cualquier grieta en el muro de la vida donde pudiese florecer una brizna de oportunidad. Pese a su facha de pelagatos, se acercó a él una de las *raparigas*, del color de la madera de cedro lijada y aceitada. Tanto era el alentador descaro de la chica, tan desnuda se destacaba la parte alta de sus pechos en la blusa ceñida hasta la órbita tensa de su areola con carne de gallina, que el pobre ñame de Tristão amagó con empinarse. Por lo general a esas horas su conciencia estaba enterrada en una pesadilla crónica de atornillamiento de pernos que no giraban mientras fragmentos de la cara de Oscar le sonreían como si lo hicieran desde un espejo rajado.

—Sé que te gusto —dijo la chica—. Me llamo Odete.

—Me gustas, pero he dado en prenda mi corazón a otra y voy camino de rescatarla de manos de los Peces Gordos.

—Si ella también te ama, no puede molestarle que te la mame por sólo diez cruzeiros nuevos.

Esa cifra rondaba el precio de un pastelillo de camarones, una *empadinha de cantar do*, que Tristão también ansiaba.

—¿Pero adonde iríamos juntos? —le preguntó.

—Una manzana más allá hay un hotel limpio donde me conocen y cobran una tarifa correcta a los trabajadores. —La chica había percibido que en él había algo más que unos pies descalzos y una camiseta raída.

En el hotel, le dijo que su ñame era demasiado grande para chuparlo y que tendría que follarla, por sólo diez cruzeiros nuevos más, sin contar el precio del condón. Tristão se resistió puritanamente al uso del preservativo, pero Odete insistió en que era por su propio bien, ya que las chicas malas como ella no vivían mucho tiempo. Existían múltiples enfermedades, la drogadicción acompañaba las madrugadas y la tensión nerviosa, y más aún, había hombres enfermos que mataban a las prostitutas por deporte.

—¿Entonces por qué...? —empezó a preguntarle.

—¿Por qué vivo mi vida? —Cuando sonreía sus labios se pelaban sobre los dientes como una fruta que se abre dejando al descubierto sus pequeñas semillas redondeadas—. Es mejor una vida corta que ninguna. Hasta la más larga parece demasiado breve en el lecho de muerte.

—Mi madre es prostituta —se sintió obligado a confesarle Tristão.

Las cejas depiladas de Odete formaron perfectos arcos de sorpresa sobre sus ojos de color canela.

—¿Y por eso la odias?

Sin que se hubiesen declarado amor, a Tristão le resultaba más fácil hablar con esta chica que con Isabel.

—No siento nada por ella —replicó—. Eso es lo que me enseñó..., a no sentir nada por ella.

—Siempre sentimos algo por nuestra madre —comentó Odete—. Nos engañamos a nosotros mismos diciéndonos que no sentimos nada.

Tristão quiso contarle que Isabel había intentado querer a su desamorada madre, pero le pareció excesivamente complicado para explicárselo, además de una imposición y un abuso. Aunque todavía no la había follado, ya se sentía un poco aburrido por este encuentro. Las chicas que no dejaban de aparecer en su vida, dispuestas a follar, eran en sí una sugerencia de lo precario y arbitrario del amor perfecto compartido entre él e Isabel. Percibía que había amor por todos lados, aunque no resolvía ningún problema. De hecho, los creaba. Los hombres que a mediodía recorrían a zancadas las calles de São Paulo haciendo negocios no estaban despiertos a las tres de la mañana haciendo el amor. Tristão se estremeció por dentro al ver lo tenue que era la sujeción de su vida a cualquier pauta, con excepción de una decadencia regular desde la cuna hasta la tumba; se aferró a la imagen de Isabel como el único filón brillante de su oscuro futuro.

No obstante, follaron, al principio con la chica a gatas, tal como ella misma sugirió levantando las nalgas como suaves órbitas de cedro aceitado, y luego montándolo a horcajadas, con él medio apoyado en almohadas contra el cabezal acolchado —manchado por muchas cabezas grasientas—, de modo que los labios le rozaban el pezón izquierdo en su círculo de oscura carne de gallina, cada vez que ella bamboleaba los pechos; Odete se elevaba y caía como un cilindro en su pistón. Tristão tardó en eyacular en el pegajoso abrazo del condón y cuando lo hizo, retorciéndose y gimiendo, ella sonrió con profesional satisfacción. Al levantarse ella para retirarse de la picha desentumecida, Tristão oyó un breve sonido succionador desde un rincón de denso vello crespo salpicado de rojo, como los cabellos de su propia cabeza.

A diferencia de Isabel, Odete era baja, con piernas gruesas y un abdomen que en pocos años se balancearía como una hamaca. En ese momento su sonrisa de satisfacción fue tragada por una decidida eficacia: si volvía a salir, en la Avenida Cásper Libero podría dar con otro cliente antes del amanecer.

Mientras le pagaba, Tristão le preguntó:

—Antes de separamos, ¿podrías decirme dónde puedo comprarme un par de zapatos a esta hora? Como ves, puedo permitirme ese lujo..., si me has hallado así es porque abandoné deprisa mi residencia anterior. También quiero comprar un pastelillo de camarón, se acerca la hora de mi desayuno.

¿Por qué se sentía cohibido Tristão con esta prostituta rechoncha, ahora que estaban vestidos? Tenía la impresión de que ella necesitaba menos ilusiones que él para vivir, que en este sucio mundo Odete era una corriente natural, un pez en el agua, mientras él tenía que abrirse camino torpemente trabado y atenazado por la sensación de cumplimiento de una misión, de un destino superior.

—Puedo indicarte un pequeño local donde venden pastelillos, a la altura del Jardim da Luz, pero para los zapatos tendrás que esperar a la mañana. ¿Todavía te gusta? ¿Crees que a tu enamorada le importará que me hayas follado y jugado con mis pezones?

—Ella considerará todo en su justa proporción —calculó Tristão—. Como tú, es realista.

Después de separarse para siempre de Odete y encontrar un local triangular iluminado en el que el adormilado dependiente no le vendió *empadinhas de camarão* sino *empadinhas de galinha* —para colmo rancias—, Tristão deambuló con su mochila por el barrio del Bom Retiro, con las tiendas cerradas y carteles ilegibles en un alfabeto de letras desteñidas en forma de llamas, hasta la terminal de autocares, delante de la estación de trenes Sorocabana. Sus pórticos vertían una macilenta luz eléctrica en la atmósfera del alba. Dentro, centenares de personas dormidas, echadas en el suelo con sus bultos, sus loros enjaulados y cerdos abozalados con tiras de tela a cuadros. La terminal era como un hocico con olor al vasto campo interior, metido hasta el límite de la metrópolis. La mohosa humedad del sueño humano se elevaba pesadamente desde el suelo. Había gallinas sueltas posadas en los respaldos de asientos moldeados en plástico donde cabeceaban los borrachos, creando con sus cabezas una danza espasmódica. Los *caipiras* o paletos llenaban los rincones detrás de las escaleras e hileras de casilleros, bordeando las paredes de la terminal con albergues improvisados; los que a simple vista parecían rincones llenos de basura resultaron ser personas dormidas y acurrucadas, cubiertas con cartones y bolsas de plástico para residuos a fin de dar una apariencia de amparo contra la deslumbradora iluminación parpadeante. A medida que la luz iba arrastrándose hacia la terminal, los gallos enjaulados empezaron a cacarear, y unos críos vestidos con harapos que no llegaban más abajo de los ombligos invertidos de sus tripitas hinchadas andaban tambaleantes de un lado a otro en busca de un lugar donde mear, parpadeando desconcertados, sin saber por qué razón habían nacido.

Por fin Tristão descubrió, en el laberinto de edificios, el mostrador para comprar un billete a Brasilia. La ventanilla abría dos horas después y la cola ya era larga; en la cola había viajantes de comercio con los trajes amigados, estudiantes con sandalias, cola de caballo y sudadera con la imagen del Che Guevara, mezclados con *caboclos* y *sertanejos* pobres de tierra adentro, vestidos con lo que parecían pijamas rígidos por el polvo amarillo, a quienes había atraído São Paulo como perros famélicos son atraídos por el esqueleto agotado de un buey. Pero hasta éstos miraban por encima del hombro al negrito en *shorts* y descalzo, y varios se le adelantaron en la cola hasta que él, con una o dos palabras concisas, exhibió bruscamente su temple guerrero.

Tristão guardó el billete a Brasilia en el bolsillo interior, con su cuchilla de un solo filo; encontró una tienda de deportes que estaba abriendo en otra planta de la terminal donde, por el triple de lo que le había costado

acostarse con Odete, compró un par de zapatillas de tenis de lona blanca, que en los tallos de las desmañadas palancas de sus tobillos delgados parecían botes brillantes, pero afortunadamente eran cómodas y de suela esponjosa. El trayecto a Brasilia llevó quince horas y tuvo que ir de pie en el pasillo hasta Belo Horizonte.

### 13. La heladería

13

La heladería

Isabel y sus amigos solían pasar las horas anteriores a la cena en una heladería, la Sorveteria Jânio Quadros, en honor de un presidente que se había derretido. Algunos presidentes brasileños se largaban enfadados, otros se suicidaban para demostrar su amor al país y algunos eran sustituidos por militares a fin de complacer a Estados Unidos; solamente Kubitschek, en toda la vida de Isabel, había cumplido un periodo completo, y como monumento conmemorativo había cargado al país con Brasilia y la inflación. En las paredes de la heladería colgaban *posters* de Brigitte Bardot y de Fidel Castro; unos reservados altos daban a cada grupo de cuatro o cinco personas, o seis o siete (apretados), la sensación de una intimidad conspiradora. El humo azul de los cigarrillos —Continental, Hollywood, Luis XV eran las marcas comunes— flotaba tan espeso como el olor a sueño y a orina de la terminal que Tristão había recorrido dieciocho horas antes. Un mostrador de mármol en el frente parecía erizado con los aparatos cromados —toberas y bombas, nudos y tuberías flexibles— necesarios para la producción de gaseosas, helados de fruta y nueces con soda, y café exprés, semejante al alquitrán y amargo, como les gusta a los brasileños.

—Sartre es un payaso tuerto y paidófilo —estaba diciendo Sylvio, uno de los amigos universitarios de Isabel—, pero Cohn-Bendit provocará la caída de De Gaulle, así como Jerry Rubin provocó la de Johnson, y Dubcek destruirá a Brejnev.

El mundo entero era un mar agitado, más allá de las fronteras de Brasil; aparentemente la juventud estaba tomando el poder, y a medida que cambiaban las cosas el círculo de hijos e hijas de la élite vivía tan exaltado como los hinchas del fútbol en las tribunas. Sylvio, cuyo padre era un gran *fazendeiro* bahiano, evidenció su radicalismo cambiando la marca de cigarrillos: pasó de los costosos Minister a los Mistura Fina, los ásperos pitillos de la clase trabajadora.

—Ese Brejnev jamás permitirá que el socialismo tenga rostro humano —argumentó Nestor Villar desde su lado del reservado lleno de humo. Delgado y ascético, era hijo de un coronel y afirmaba ser anarquista, estar mucho más allá de la vana beatería de las izquierdas—. Si el socialismo adquiriera rostro humano, desaparecería: ¡*paf!* La dictadura del proletariado no puede darse el lujo de que sus sujetos sean humanos..., ha de tener robots en la base y monstruos en la cúspide. — Mientras hablaba brotó saliva de las comisuras de sus labios, produciendo repugnantes burbujas blancas.

Isabel se había acostado con Nestor unas cuantas veces, hacía varios trimestres, pero el chico tenía el pene delgado, con lamentables venas azules y un alarante escroto rosa brillante: exigía de ella demasiadas faenas indecorosas para empinarse, y ella rompió la relación con el pretexto de sus ideas políticas. Nestor había absorbido de su padre más fascismo del que sospechaba y su presunta anarquía corría paralela a la bravuconería militar. «Para ti anarquía solamente significa», le había dicho Isabel, «abolir las débiles trabas existentes contra la explotación y el pillaje; si hay en la tierra un país que no necesita un ideal de anarquía es el anárquico Brasil, cuya enseña nacional inscribe soñadoramente el orden y el progreso a través del cielo sureño».

—En Estados Unidos —prosiguió Sylvio, al tiempo que estudiaba el rostro de Isabel a través de la bruma de humo, los vapores del café y el aroma a leche agria del helado que se derretía en pesados cuencos de cristal en forma de carabela—, los negros han reducido Washington a escombros tras el asesinato de Martin King. También Chicago y Baltimore. El fin está cercano para los imperialistas blancos del norte.

Sylvio sabía que a Isabel le gustaba oír que defendieran a los negros. Todavía no se había acostado con él, pero las negociaciones progresaban. En la oscuridad iluminada por antorchas de una marcha antiimperialista, estaba a su lado, buscando con su mano la de ella que no sujetaba una pancarta feroz o una vela de protesta. En la cálida confusión de un porro pasado de mano en mano, mientras la bossa nova de Elis Regina o el *tropicalismo* de Gilberto Gil, o —desde mayor distancia— el *jazz* de Coltrane, o el resonante español de Joan Baez rezumaban en el cerebro cada vez más relajado de Isabel, los labios que encontraba presionando los suyos, cuando una mano sondeadora separaba los pliegues de sus ropas, pertenecían a Sylvio, un muchacho de pelo graso y rizado hasta los hombros; aunque más bajo que ella, no era su estatura lo que impedía a Isabel acostarse con él: no había llegado el momento, sencillamente, y ella no quería que llegara. Mientras no se acostara con Sylvio, tendría algo en reserva, algo que paladear o esperar. Isabel acababa de cumplir veintiún años y su vida parecía estar vaciándose en lugar de llenándose. Su padre había ocupado su cargo en Afganistán y el tío Donaciano iba cada vez menos a Brasilia. Ahora que era legalmente una mujer le interesaba menos; sólo había sido su encarnación de la inocencia lo que le había fascinado, con su fantasía de violación. Corría mayo; en el *planalto* se iba instalando el invierno, con sus noches estrelladas, y por primera vez en su vida Isabel tuvo que agregar jerseys de lana en el guardarropa. Aquel trimestre había dejado de concentrarse en la historia del arte y dedicaba todo su interés a la botánica; no obstante, insatisfecha con su educación, sentía que se movía a la deriva. La mecánica del aprendizaje y de la lectura — las fastidiosas hileras grises de caracteres tipográficos que le hacían arder los ojos, exigiéndole avanzar y retroceder para que algún tipo de significado saliera a borbotones como un bebé feo— no la complacía: el futuro no pertenecía a la palabra escrita sino a la música y los cuadros en movimiento con una imagen deslizándose colorida en otra, a las telenovelas, los partidos de fútbol y reposiciones del carnaval del último

febrero; había instalado un televisor en su cuarto de la residencia estudiantil y las compañeras se preocupaban por ella: vivía en un sueño y la suspenderían.

Sin embargo, encendió otro cigarrillo Hollywood y dijo a Sylvio con tono irascible:

—Los negros nunca se sublevarán, ni aquí ni allá. Son demasiado felices y buenos. Demasiado hermosos. Siempre ha sido así. Los indios murieron a causa de la esclavitud; los negros se elevaron por encima de ella debido a su natural grandioso. Dado que son superiores, permiten que los traten como a inferiores. Al igual que los judíos, son capaces de vivir en nuestro horroroso siglo veinte..., *vivir* y no sólo sobrevivir. —La mención de los judíos era probablemente un coqueteo con Sylvio, un imperceptible acercamiento al momento en que se acostarían, pues él descendía de los «nuevos cristianos» que emigraron con los primeros colonizadores portugueses y prosperaron en la economía azucarera integrándose, en apariencia, sin prejuicios. Aunque el judaísmo nunca quedaba del todo olvidado, el contraste «nuevo» y «viejo» disminuía a medida que se desdibujaba el catolicismo de una generación a otra sin desaparecer por completo, como la mancha persistente en un mantel deshilachado pese a cualquier cantidad de lavados, aunque en una tonalidad cada vez más débil.

Clarice, la compañera de habitación de Isabel —que se había acostado con Sylvio y quería hacerlo con Nestor, aunque en un ataque de hilarante indiscreción Isabel le había descrito sus características—, chupó ociosamente un Continental y le dijo con un matiz de hostilidad en la voz:

—A mi juicio fantaseas románticamente respecto de ellos, querida. Todos lo hacemos, a fin de eludir la culpa por las pésimas condiciones en que viven. Y lo más insidioso es que se hacen cómplices nuestros por ser tan condenadamente pintorescos.

Intervino la otra discípula presente, la pedante Ana Vitoria, con su asombroso cabello cortado en chapuceros mechones teñidos de color siena y sus pequeñas gafas de aros de alambre posados en el extremo del botón que tenía por nariz:

—También fantasea así la sociología contemporánea, siguiendo el ejemplo de Gilberto Freyre, ese maestro de la autocomplacencia. Si los brasileños no fantasearan románticamente, tendrían que despertar a sus realidades y a las realidades de Karl Marx.

—El propio Marx es un tonto romántico —se mofó Nestor—. Piensa que el proletariado es un gran superhombre, cuando de hecho sólo se trata de una sarta de cómplices llorones, aprovechados y mezquinos. Como los capitalistas, los comunistas intentan envolver con mitos atractivos las opresiones y crueldades de sus sociedades. ¿Qué son Castro, Mao y Ho Chi Minh sino nuestras estrellas de cine, nuestros Mickey Mouse y



Gary Cooper en sus *posters* ? Todos los gobiernos procuran ocultarnos la verdad acerca de nosotros mismos. Sólo en un estado de anarquía emerge la verdad sobre los hombres. Somos bestias, asesinos, salvajes, prostitutas.

Ana Vitoria protestó:

—¿Por qué incluyes la palabra «prostitutas» en esa serie de términos peyorativos? La puta es una mujer que comercializa un bien femenino en cierto tipo de situación de mercado. Las reinas de la sociedad, las princesas Gracia de Mónaco, comercializan en diferentes condiciones. No existe eso que se llama moral sexual. Esta frase es en sí misma una contradicción. Las mujeres tienen que sobrevivir.

—¡Exactamente! —gritó Nestor con tono triunfal, como un militar que aprovecha el caos para imponerse.

—Exactamente, exactamente —se hizo eco Clarice desde el otro lado de la mesa, un ancho tablón de palo de rosa, o *pau roxo*, pegajoso de helados frotados en la veta y marcado alrededor de los bordes con quemaduras de cigarrillos. Le habló directamente a Nestor con voz gutural—: Tal como tú dices, la anarquía es la única circunstancia sincera: el hombre sin romanticismo, sin capitalismo, sin marxismo.

Nestor pareció atontado por el cumplido y se le aflojó la mandíbula moteada de acné, como si fuera una picha chupada. Isabel cerró los ojos, imaginó su agusanado órgano blanco y se estremeció.

—¿Y tú estás de acuerdo, Isabel? —le preguntó Sylvio, pensando quizá que esta nueva estimación de todos los valores acercaba más su conquista.

—Ana dice «sobrevivir». Yo digo «vivir» —repitió Isabel con un tono que a ella misma le sonó ingenuo, y se ruborizó un poquitín. Por sus venas corría una fiebre que no se decidía a compartir con los demás.

Sylvio, con su ancha cara ansiosa y precavida como la de Euclides —el hermano de Tristão, aquel día en la playa—, anunció algo con tono tan bajo y cargado que hasta el humo de los cigarrillos dio la impresión de inmovilizarse.

—Este jueves. Una protesta estudiantil de toda la universidad. Programada para mediodía. Marcharemos por el Eixo Rodoviário hasta la catedral y continuaremos hacia el palacio presidencial hasta que la policía rompa el fuego. Necesitamos víctimas para conseguir el escándalo internacional. Nos han prometido que habrá cámaras. Está sincronizado para coincidir con las huelgas obreras de todas las fábricas textiles y productoras de papel. Será hermoso..., asesinaremos a la bestia con nuestra muerte. Quienes sobrevivan se reunirán después en el campo de golf.

La voz decidida y apretada de Ana Vitoria dijo, con la sequedad de las páginas de un libro:

—La protesta estudiantil es exactamente lo opuesto a la protesta obrera, el intento de la joven generación de la clase dominante, disfrazada de revolucionaria, por conservar el poder.

—Brasil no es demasiado romántico sino insuficientemente romántico — declamaba Nestor, bajo el acicate del ansia de Clarice por él—. Es la nación más pragmática del continente. ¿Quiénes han sido nuestros revolucionarios? ¡Un dentista que escribía malos poemas y el hijo de un emperador que necesitaba conservar su puesto de trabajo!

—Isabel —dijo otra voz con un tono al mismo tiempo tímido y exigente—. Isabel.

Ella abrió los ojos y vio a Tristão de pie en el extremo del tablón de palo de rosa marcado, un chico alto y negro cargado con una mochila anaranjada, que llevaba puesta una camiseta tan desteñida y hecha jirones que apenas se leía su leyenda. Durante un instante fugaz, bajo las miradas sorprendidas de sus amigos, Isabel no estuvo segura de reconocerlo. Su primera emoción fue el miedo.

—¿Cómo me encontraste? —le preguntó.

El tono acusador hizo sonreír a Tristão. En la lenta facilidad con que descubrió sus dientes perfectos —los dientes fuertes y cuadrados de la juventud— Isabel volvió a reconocerlo, como un amplificador de su propio ser mejor y más profundo. Su frente, también cuadrada, era más ancha de lo que ella recordaba, como una muralla erigida encima de los ojos hundidos que nadaban tristemente en su propia oscuridad de tinta china.

—Olfateándote —explicó él con una voz cuya sombría textura, con su suavidad carioca, impuso un acceso de silencio a los charlatanes compañeros. La deliciosa forma de la nariz de Tristão, achatada como para dar más agarre a sus fosas nasales en el aire y sus fragancias, volvía factible la hipérbole.

La voz de Tristão había despertado vibraciones en su interior: Isabel se sentía transportada..., ahora la música de arpas dio paso a un cuarteto de cuerda. La sonrisa de él se esfumó, volviendo grave su expresión mientras explicaba:

—Virgilio supo por César que estudiabas aquí, en la universidad. Cuando bajé del autocar, tras un viaje de quince horas, pregunté dónde se reunían los estudiantes. He recorrido once locales antes de entrar en éste. No pareces contenta de verme. Ya no eres una chica de dieciocho años.

—*Estoy contenta* —afirmó Isabel—. Permiso —dijo a Sylvio, que se interponía entre ella y la libertad al otro lado del reservado.

Sylvio le preguntó:

—¿Algún problema? ¿Quién es este sinvergüenza?

La voz de Sylvio sonó apagada en los oídos de Isabel. Oyó el miedo que la atenazaba y volvía aguda, pese a que él acababa de jactarse de que en la marcha pondría el pecho ante las armas de los militares, para salpicar de sangre las noticias. Isabel se endureció y replicó con firmeza:

—Es mi amigo. —No pudo decidirse a decir: *Es mi marido* .

Clarice intercambiaba miradas conspiradoras con Nestor a través de la mesa, y a su lado Ana Vitoria tenía la vista fija en el vacío, como si esperara que el marxismo le indicase qué debía hacer. Sylvio, negándose petulantemente a levantarse, movió los muslos de costado para que pasara Isabel con el trasero cubierto por la minifalda tejana a pocos centímetros de su cara. Las mejillas de Nestor, salpicadas de espinillas, parecían abofeteadas por lo mucho que habían enrojecido ante esta repentina incomodidad, esta irrupción en su vida estudiantil.

—*Ciao* , chicos —dijo Isabel a todos.

—*Ciao* —respondieron ellos en un acorde débil y desentonado.

—*Adeus* —saludó Tristão más formalmente, con una despectiva inclinación de la cabeza.

Apretando el pesado texto de botánica contra sus tensos pechos, Isabel lo siguió al exterior a través de muros de humo azul. El aire fresco, el cielo nocturno, la oscura y musculosa presencia de Tristão... eran helados de otra especie, una delicia que no correspondía a las dimensiones de la boca, la lengua y la garganta, sino a los órganos más bajos, íntimamente vinculados al alma y su aura. Un desgarrón en su camiseta a la altura del hombro ponía de relieve un fragmento triangular más oscuro que el palo de rosa barnizado, e Isabel recordó cuán conmovedoramente susceptible a las cicatrices era la piel negra, que a diferencia de la blanca nunca perdona, recuerda cada rasguño y cada ampolla con un gris eternamente opaco como el de la tiza en una pizarra mal lavada.

## 14. Bajo las estrellas

14

Bajo las estrellas

En la acera, la iluminación urbana de Brasilia empujaba hacia atrás contra la vaciedad arqueada. Los restaurantes que servían un insípido *canja de galinha* y los bares que emitían las violentas carcajadas jactanciosas de la juventud proyectaban cuadrados de luz en la acera; por encima de sus cabezas, las ventanas rectangulares iluminadas daban la impresión de querer rebasar y apagar las estrellas. Isabel llevaba puesto un pequeño jersey rosa de manga corta y se había atado a la cintura, por si a la noche refrescaba, una sudadera que llevaba impresa la corona de espinas de la Catedral Nacional; mientras apuraba el paso para igualar las zancadas de Tristão, la sudadera oscilante proporcionaba a sus caderas un despreocupado balanceo desafiante. Las toscas zapatillas de tenis de él aleteaban delante de sus cuerpos, entrando y saliendo de charcos de luz eléctrica. Otros peatones lanzaban breves miradas en su dirección: eran una pareja despareja, aunque Brasil se había poblado con muchas parejas desparejas.

Cuando Isabel empezó a respirar con dificultad, se atrevió a tocarle el brazo, como pidiéndole que aminorara la marcha, y su mano retrocedió, sobresaltada por la dureza de hierro de esos bíceps. Sí, Tristão era mayor, los músculos tenían más nudos, el rostro había adelgazado y mostraba, notó Isabel de costado, una mínima arruga que antes no existía en la comisura de los labios. Se sintió animada, exaltada, pero a la vez presurosa, como si el tiempo hubiese girado en una esquina y rodara cuesta abajo.

—Sí, he estado trabajando —dijo él—. Durante dos años me hicieron atornillar pernos de abrazadera de motor en la fábrica de *fuscas*, hasta el punto de que los atornillaba en sueños. Quería soñar contigo, Isabel, pero se me esfumaba tu cara, tu voz, día tras día, noche tras noche. Me rebelé y le corté la cara a mi hermano para escapar.

—Y ahora que me estás viendo... —Isabel fingió una alegría desenvuelta apoyando su mano blanca en el brazo de hierro para hacerlo caminar más lentamente, con la mochila anaranjada a la espalda como una joroba, hacia donde las luces raleaban, cuando el Eixo Rodoviário Norte giraba suavemente—, ¿todavía te gusto...?

Su entrañable cara convexa de monito, brillante con la palidez del insomnio estudiantil, poseía ahora una leve fragilidad, como si poco a poco la tristeza de la vida le estuviera drenando sus jugos.

—Tócame y lo sabrás —dijo Tristão.

—¿Aquí, en la calle? Estás loco, Tristão. —Pero la idea humedeció la entrepierna de sus bragas biquini, bajo la falda tejana.

—¿Te avergüenza estar conmigo? Huí de casa de mi hermano con la ropa que generalmente uso para dormir. Eso explica mi pinta de menesteroso. La verdad es que tengo recursos..., llevo los ahorros de dos años en la mochila.

—Nunca dejaré de gustarme estar contigo —dijo Isabel y mientras avanzaban juntos rozó con la otra mano la bragueta de los *shorts* de baño, donde había despertado el ñame.

—Tenemos que follar y hablar —dijo él.

—Sí. Sigue andando, esposo mío. Pronto habrá un lugar para hacerlo.

Habían dejado atrás la mayoría de las luces de la ciudad y se veían grupos de trabajadores a la espera de los autobuses que los llevarían de regreso a sus chabolas, adentradas varios kilómetros en la espesura; en la oscuridad, sus camisas claras desaparecían como cabrillas marinas en el océano nocturno. Ahora que no se cruzaban con faros de coches, sólo contaban con el aleteo de las zapatillas de Tristão, y el balanceo lateral de la sudadera impresa y los largos cabellos platinos de Isabel. La acera llegó a su fin. La doble autopista tenía una franja central de hierba tan ancha como una manzana de la ciudad. Cuando la pisaron, Isabel sintió a través de las sandalias que pequeñas picaduras de rocío descendían del cuenco invertido de la noche cada vez más clara y cristalina por encima de sus cabezas. Sus andares se volvían lánguidos y vacilantes cuando se besaban, abrazaban y alargaban los brazos bajo las delgadas ropas, para tocar y acariciar, recíprocamente, sus pieles complacientes.

De vez en cuando, en la gran mediana central de la autopista, había plantaciones, prácticamente bosquecillos; mientras se acercaban a uno de éstos, los estudios de botánica permitieron a Isabel reconocer *pacovas* o bananos silvestres, con sus enormes hojas protectoras, entremezclados con yucas en pleno florecimiento, semejante al de las azucenas. La vegetación era lo bastante densa como para que Isabel y Tristão se sintieran ocultos sobre una capa de corteza y frondas secas de *pacovas*. Echados allí veían en lo alto, lejos, el cielo negro tachonado de estrellas, en algunos puntos más agrupadas que en otros, como matorrales desérticos espaciados en lechos secos que alguna vez habían contenido cauces de agua. Desde el interior de la arboleda, lejos de las imponentes luces de Brasilia, las estrellas brillaban con una intensidad que denegaba su desorden: sin duda se estaba proclamando un gran milagro. Para volver a ser amantes bastó que ella se bajara la braga desde debajo de la pequeña falda áspera y que él se sacara los

*shorts* . El coño de Isabel fue para Tristão un bálsamo vertido sobre dos años de dolor.

—No debemos volver a separarnos —suspiró él, con su palpitante ñame aún menguante dentro de ella.

—No nos separaremos —prometió Isabel.

—¿Adonde podemos ir? La ira de tu padre nos seguirá a todas partes.

—No es ira sino disgusto, nacido de su condicionamiento cultural. Levanta la vista, Tristão: vasto como este cielo es el interior de Brasil. Iremos hacia el oeste y allí nos perderemos.

Mientras yacían escondidos en la plantación ornamental —semejante a una jungla por el crecimiento incontenible de los bananos silvestres cuyo fruto verde y puntiagudo mezclaba su tenue aroma dulzón con el almizqueño que se había removido en Isabel y el *bodum* de Tristão, intenso tras la dura prueba del viaje de todo el día—, el tráfico de Brasilia se precipitaba en ambas direcciones por las dos mitades de la superautopista; ángeles alados del destello de los focos los visitaban cegadoramente en la maleza, engendrando melladas sombras revoloteantes de hojas y tallos, dejando a la vista de los enamorados ocultos sus largos miembros desnudos y sus blandos vientres descubiertos. En esas lluvias de brillantez las expresiones de ambos — cada uno a ojos del otro— parecían aterradas: trataban de imaginar el interior del país.

—Durante un tiempo podemos vivir con mi dinero —dijo Tristão—, pero como la inflación se lo devora, no durará mucho.

—Yo sólo tengo dinero para gastos menudos, pero puedo robar algunas cosas del apartamento de mi padre para venderlas a medida que sea necesario. Todavía conservo el candelero que no le di a tu madre, además de la cigarrera y la pequeña cruz del tío Donaciano. Cogeré las joyas de mi madre que tiene guardadas mi padre. En realidad son mías.

—No cojas nada que tenga valor sentimental para tu padre —le ordenó Tristão—. Abrigo la esperanza de ser amigo suyo algún día.

Isabel emitió un sonido involuntario, como indicando a Tristão que ésa era una perspectiva sin esperanzas. El pánico, oscuro y vasto como el territorio al que se habían encomendado, invadió gélido su estómago; no obstante, el hecho de estar con ella reducía ese miedo a la mitad. Trozos de corteza de pino del país, tendido como pajote para la plantación cuando era nueva y que ahora se pudrían retornando a la naturaleza, habían pinchado el trasero de Isabel mientras hacían el amor; Tristão le pidió que se pusiera en cuatro patas —como Odete la noche anterior— y quitó los fragmentos incrustados en los cojines gemelos de su culo blanco, blanquísimo. Le besó la nalga izquierda, luego la derecha, y metió la lengua en el pequeño y apretado orificio entre ambas. Nunca lo

había hecho antes, ni siquiera en el Hotel Amour. Ella se apartó instintivamente y luego, al percibir un intento serio en el apretón de las manos de Tristão sobre las caderas, volvió a acercarse a la cara de él sus salientes y huesos, pues no quería mancillar su amor con ninguna muestra de vergüenza: lo que era de ella era de él, éste era un campo nuevo para la pareja. Tristão inhaló —con esas narices redondas e inquietas que ella había admirado de nuevo esa noche— el misterio básico de los excrementos de Isabel, materia que era de ella aunque al tiempo no lo era. Así, Tristão dejó atrás a Odete y se relajó en la entrega a su destino, reunido con Isabel.

Cuando la pareja salió de la arboleda de *pacovas*, las luces abstractas de Brasilia se veían débiles en el horizonte: andrajosas tarjetas perforadas, empequeñecidas por el voluptuoso rebosar de las estrellas. Camino de la capital por la mediana oscura, Isabel y Tristão acordaron encontrarse en la terminal de autocares a las siete, para trasladarse a Goiânia.

## 15. Goiás

15

Goiás

El autocar era una caja traqueteante y crujiente cuya pintura verde lima estaba cubierta casi totalmente de polvo rojo y barro seco. Al principio iba lleno, pero fue vaciándose rápidamente a medida que se alejaban de la frágil modernidad de Brasilia y el cinturón suburbial de chabolas desarrollado durante su atropellada construcción que, contradiciendo todos los planes, nunca se había dispersado. Pronto quedaron pocos pasajeros; ya habían dejado atrás el Distrito Federal y se encontraron en el verdadero campo, campo cerrado, con ondulantes haciendas quebradas por ralos montes bajos y tierras extensas que iban amarrándose en el segundo mes de la estación seca. Con sus nuevos conocimientos de botánica, Isabel identificó tabaco y judías, algodón y maíz. Los tallos cosechados se veían desolados; en el paisaje rural existe una melancolía, una estupidez que entumeció los corazones urbanizados de la joven pareja..., una bostezante repetitividad, como la de alguien que sólo conoce unas pocas palabras pero no puede dejar de hablar. Donde no había campos, dispersiones de ganado vacuno negro, apenas diferenciable de los apiñamientos de arbustos espinosos, salpicaban una sabana agostada y sin vallas que se extendía hacia azulinas cumbres montañosas. Tal vez antaño la tierra había sido más productiva; la ruta atravesaba poblaciones vacías como jarras agrietadas, con mansiones desmoronadas de cuyos jardines tapiados se habían apropiado los matorrales silvestres.

Los enamorados iban de la mano, manos pegajosas por el creciente calor, y cabeceaban alternativamente. Tristão había pasado la noche tendido en un banco de la terminal, temeroso de que le robaran, con los brazos entrelazados a las correas de la mochila, el fajo de cruceiros apretado contra el bajo vientre, detrás del bolsillo de los *shorts* donde la cuchilla aguardaba a ser desenfundada. Las luces brillaban en la terminal que un pequeño grupo local parecía usar como club, golpeando fichas de dominó y chillando al tirar los dados en el juego del bozo. Tristão había dormido a intervalos de diez minutos y se despertaba cuando las correas interrumpían la circulación en sus brazos. En su lúgubre cuarto del extremo del pasillo suavemente curvado, Isabel había permanecido despierta, atenta al momento en que el alto sirviente delgado y su gorda mujer conciliasen el sueño. Tenía la vista clavada en los ángulos de la habitación que había adornado con los *posters*, discos y libros de estudiante universitaria; los anchos lomos de los libros le devolvían la mirada bajo la luz de la luna, reprochándole su deserción. A las cinco se levantó, llenó furtivamente dos maletas azules y bajó por el pasillo confiando en que el vigilante de seguridad del vestíbulo estuviese dormido detrás de su escritorio. En la calle, con sus dos



maletas pesadas, tenía el aspecto de cualquier emigrante a la capital con la esperanza de encontrar trabajo en la administración pública, y no el de una chica privilegiada en plena fuga. Fue en taxi hasta la terminal, donde compartió con Tristão un desayuno barato compuesto por café, *pupunha*, pan y queso. Esta vez se prometieron, como pareja, que serían más ahorrativos que en São Paulo.

El autocar los despertó de un salto cuando crujió y traqueteó hasta parar en una ciudad donde la única iglesia lucía su solitaria cruz desolada en lo alto de una fachada decorada con falsas volutas, sobre cuya horizontal gesticulaban santos de piedra desconchados. El escaparate de la tienducha contigua a la parada no tenía ningún póster nuevo y solamente mostraba una cobertura de viejos y desteñidos carteles de color pastel; la única señal de comercio era una arpía que vendía panochas asadas sobre un brasero de carbón, en un ángulo de sol ardiente junto a una pared encalada. Llevaba un vestido sucio con la parte de arriba de encaje y sin espalda, pero sobre la cabeza tenía un sombrero de plástico con una visera que llevaba el nombre de una cerveza, Brahma. Las techumbres de tejas arcillosas de la población estaban agrietadas y torcidas por el peso del cielo indiferente, de un azul tan crudo como el de pintura recién aplicada.

A medida que se internaban tierra adentro experimentaban la sensación de retroceder en el tiempo. Cada vez menos coches se disputaban con el autocar el estrecho camino. Hombres y mujeres avanzaban por el arcén montados en burros con pestañas tan largas como las de las muñecas. Los coches presentaban la silueta cuadrada, con estribos y parachoques arqueados en dos dimensiones, de una era pretérita, antes de que Brasil tuviese su propia industria automotriz, cuando todos los automóviles, con muchos kilómetros encima y muchas veces reparados, llegaban usados de Estados Unidos. No muy lejos, un camión con los laterales de tablillas esparcía un penacho cada vez más amplio de polvo ocre, y los vaqueiros ataviados en cuero se fusionaban polvorientos con sus caballos y rebaños. El paisaje propiamente dicho, donde los campos con alambradas no interrumpían las ondulantes y secas altiplanicies, era semejante a un pellejo de animal leonado, que repelía los arañazos y el agua, lleno de cicatrices y pálidas partes desgastadas. Tristão e Isabel se asomaron ansiosos a las monótonas vistas de Goiás pero poco después, con los ojos irritados, volvieron la atención hacia sí mismos. Sus estómagos protestaban de hambre y de miedo a lo que habían asumido.

—Todo está ocupado por el ganado y sus propietarios —observó Tristão—. No veo un lugar para nosotros pese a la vastedad de estas tierras.

—Sólo hemos recorrido unos pocos kilómetros —lo tranquilizó Isabel—. Brasil es infinito y ofrece infinitas oportunidades.

Pero en la ciudad de Goiânia, a la que llegaron en seis horas, una geometría implacable de plano callejero —calles circulares, numeradas y sin nombre— fue devolviéndolos a la terminal de autocares de la

Avenida Anhanguera. El sueño y las comidas irregulares estaban afectando a Tristão. Isabel había guardado gran parte de su ropa y sus tesoros en las dos maletas azules, que llevaba él, lo que aumentaba el dolor de espalda provocado por la mochila anaranjada, que parecía una joya pesada colgada de su cuello. En la calle, cobrizos peones de campo embotados por la cachaba miraban fijamente a una chica tan blanca con un hombre tan negro. La sangre india aumentaba lejos de la costa. Tristão se sentía llamativo; Goiânia —otro diseño abstracto impuesto por planificadores a un vacío que no ofrecía resistencia— le resultaba tan semejante a Brasilia, que el padre de Isabel le parecía peligrosamente cercano. Los jóvenes enamorados estaban hambrientos, pero los restaurantes a los que se aproximaban los ahuyentaban con estallidos de groseras risas masculinas en el interior, el rechinar de espuelas sobre suelos de madera y vaharadas de olores penetrantes de carne a la parrilla y *pinga* barata. Por fin descubrieron, en la Avenida Presidente Vargas, el Restaurante Dourado, especializado en pescados de los ríos y lagos cercanos. El patrón era un ucraniano calvo y con varios dientes de acero que se encariñó con sus nuevos clientes, exóticos como él. El pez *dourado* es especialmente sabroso, les dijo, con una salsa de puré de banana mezclada con cebolla gratinada y cáscara de limón. De postre les recomendó el raro fruto *mari-mari*, y estuvo sentado a la mesa de ellos el tiempo suficiente para explicarles cómo había llegado allí. Su historia era enmarañada y tenía que ver con una vieja guerra: lo habían capturado los invasores alemanes y se había visto obligado a alistarse en las tropas especiales que guarnecían unos campos de prisioneros de oscuro propósito. Huyó cuando los rusos invadieron Polonia, pues sabía que lo ejecutarían como traidor y criminal de guerra.

—Había sido testigo de demasiados sucesos de la historia —comentó. Luego encontró la forma de llegar a Brasil—. Este es un país feliz —les dijo—. Tiene los bolsillos hondos y poca memoria. —Cuando rió, sus dientes desiguales centellearon como un cajón lleno de cuchillos.

Ya sin hambre y con la vitalidad reafirmada, Tristão e Isabel caminaron hasta una tienda de una calle curvada, la Rúa 82, donde compraron botas vaqueras para los dos, puntiagudas y con complicadas puntadas. Interpretaron como un buen augurio el hospitalario restaurante, por lo que abordaron un autocar nocturno que iba al norte, rumbo a Goiás Velho y la Serra Dourada.

Los amantes despertaron de un sueño atormentado y se encontraron en medio de una marcha estrepitosa. El autocar trepaba por un camino que se había convertido en una ancha huella de tierra bajo las débiles primeras luces de la mañana, y las ramas de los espinos rastrillaban el vehículo por ambos lados. La tierra ya no estaba vallada, de modo que el autocar tenía que parar de vez en cuando a causa de los cebúes deambulantes, con sus orejas caídas y sus gibas absurdas. Durante un tramo el vehículo quedó atrapado detrás de un carro tirado por bueyes, cargado con mazorcas de maíz sin descascarillar y guiado por un chico descalzo de unos diez años, con un sombrero de paja en proceso de

desintegración y una fusta en la mano. El amanecer puso de relieve aquí y allá las paredes blancas de *ranchos* encajados en la ladera y chozas sin pintar más arriba, donde solamente algún pequeñísimo fragmento despejado, salpicado de plantaciones irregulares de mandioca y judía, indicaba el esfuerzo humano contra las palmas, las enredaderas rastreras, las quipás y opuntias espinosas. Arriba y abajo, pero más arriba que abajo, el autocar se balanceaba e Isabel apoyaba la cabeza en la plomiza pesadez de la desesperación sobre el hombro de Tristão. Antes de mediodía llegaron a una población a la vera de un riachuelo montañoso, compuesta por poco más que una taberna, una tienda y una iglesia con las puertas cerradas a cal y canto.

—¿Dónde estamos? —le preguntó Tristão al conductor mientras todos los pasajeros, como si respondieran a una señal que sólo él no había oído, se apeaban del autocar y pisaban los resbaladizos adoquines azules de la plaza en pendiente.

—Esta es la Curva do Francés —replicó el chófer—. A partir de aquí no hay camino.

Los demás pasajeros se estaban dispersando. A algunos los estaban esperando y, parejas reconstituidas, tras abrazarse y repartirse la montaña de bultos que uno de los dos había traído consigo desde lejos, bajaban por senderos trazados sin entusiasmo en el yermo, hacia un hogar invisible. Isabel, débil y con náuseas por el largo viaje, se sintió aturdida por lo desconcertante de su situación. A Tristão se le había cerrado el corazón por la necesidad de ser valiente en nombre de los dos. Debía proteger los lujos robados ahora ocultos en el equipaje, además de su fajo de cruceiros. Quizás a esta lejanía interior no llegaba la inflación.

El impetuoso y cloqueante sonido del serpenteante riachuelo impregnaba el aire, atenuado por la selva invasora y una capa de nubes que volvía el sol tan tenue como la luna: sólo una llaga borrosa en el cielo. La puerta abierta de la taberna Flor da Vida los atrajo al único refugio animado de vida. Cuando entraron, el puñado de parroquianos interrumpió su algarabía en el resonante acento de tierra adentro, que vibraba como si quisiera hacerse oír por encima de un viento incesante. Se acercó a ellos una niña timorata y de cara redonda como un plato, con el cabello en trenzas tan apretadas que brillaban en su coronilla como una capa de laca.

—Mi esposa y yo tenemos hambre —dijo Tristão, paladeando incluso en ese humilde escenario el honor de llamar esposa a Isabel. Era como si de su cuerpo hubiese brotado otro y ese ser combinado fuera torpe pero impresionante, poseído de una dignidad monstruosa.

—¿Qué puedes darnos de comer? —preguntó Isabel, ahora con voz de mujer, más grave que la de una chica, y con amable decisión apuntada a sonsacar una respuesta a la tímida camarera.

—Arroz y judías negras —ofreció la cría—, y *farinha* .

—¿Qué más hay para elegir? —quiso saber Tristão.

—No hay nada más para elegir, señor. —Tras una pausa, la chiquilla agregó—: A lo mejor queda algo de carne seca de cabra.

—Eso nos encantaría —le indicó Isabel. Cuando la camarera desapareció a través de una crujiente puerta vaivén a un lado de la barra, Isabel apoyó su blanca mano sobre la de Tristão en la mesa áspera y dijo—: Hemos llegado a un reino en el que no hay mucho para elegir.

—Morirse de hambre o comer cabra seca —dijo él, con amargo deleite.

Pero cuando llegó la comida humeante, en platos gordos como un dedo, resultó sorprendentemente deliciosa. Hasta esa carne nervuda se derretía en sus bocas. Mientras comían, se les acercó un hombre bajo y grueso cuya barba roja se fundía íntimamente con su rostro cobrizo. Tenía pelos hasta la parte más alta de las mejillas e incluso un mechón en la punta de la nariz. La pequeña camarera, sin que se lo hubieran pedido, les había llevado dos vasos con pinga clara, y ahora ese amable desconocido sumó el tercero a la mesa.

—¿Qué os trae a Curva do Francés, en las estribaciones de la Dourada?  
—Su voz era de timbre áspero, aunque emitida con cuidado, como una laboriosa copia campesina de la ebanistería barroca.

—El autocar terminó aquí su recorrido —contestó Tristão, mientras para tranquilizarse tocaba el pequeño rectángulo metálico de la cinturilla de sus *shorts* —. No pudimos elegir, amigo.

El hombre rubicundo sonrió, mostrando sus dientes desparejos y cariados detrás de su barba rojiza.

—La carretera sigue, ese chófer es un granuja. Tiene una mujer en los suburbios con la que pasa la noche, pero el camino sigue muchos kilómetros.

—¿Aquí hay suburbios? —preguntó Isabel, ahora con su voz de niña; una risa argentina escapó de su boca.

El coloradote, fijando en ella sus ojos nublados, manifestó:

—Los suburbios son amplios. En otros tiempos la parroquia albergaba veinte mil almas sin contar a los indios tupíes y chacriabá.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Tristão.

Bajo sus cejas feroces, el hombre dirigió a un lado y otro sus ojos con el blanco de un matiz rosado, como si lo que iba a revelar no debiese llegar a oídos de quienes estaban en Flor da Vida.

—El oro se agotó en menos de un siglo. —Hizo una pausa, dramáticamente; llevaba un chaleco de cuero encima de una camisa ordinaria, ambas prendas también rojizas, no era fácil dilucidar si por la acción de la tinte o del polvo local—. Pero Curva do Francés volverá a ser una metrópolis —les aseguró—. Todos los planos están intactos; avenidas concéntricas, parques simétricos, un primoroso centro médico que dirigirán los jesuitas. Hay incluso..., y disculpe que corrompa sus oídos con esto, *senhora*, un distrito reservado para burdeles, con entradas dispuestas para proteger la intimidad de los clientes. —Durante unos incómodos segundos sus ojos turbios midieron a Isabel, a la espera de una respuesta.

—Me parece muy bien para quienes necesitan acudir a esos servicios.

Tristão volvió a tocar la navaja y preguntó sin rodeos:

—¿Hay algún trabajo en esta región para un hombre?

El desconocido rubicundo pareció asombrarse por esta pregunta.

—*Senhor*, le ruego que pasee la mirada a su alrededor. ¿Qué ve en la actualidad? Chozas y espinos, recuerdos y esperanzas. El oro, como ya le he dicho, ha desaparecido, se ha ido a otro lado.

Ahora le tocó a Tristão recibir su mirada inquisitiva, ansiosa. El joven héroe picó el anzuelo.

—¿Adonde ha ido?

—Ah..., *allá* arriba. —El informante señaló vagamente, a través de las paredes de la taberna, hacia las montañas más elevadas todavía—. A Serra do Buraco. Hay miles de hombres, mi joven amigo, enriqueciéndose, sólo con el sudor de su frente. Todos los días recogen pepitas grandes como mi puño —exhibió su puño, un terrón formidable, con pelos que brotaban como raicillas en el nudo de un árbol marrón rojizo—, o al menos tan grandes como el sello del anillo de la señora. —A la tenue luz del local, había percibido el destellante óvalo en el que se leía: DAR—. Hasta unas pocas pepitas del tamaño de la cabeza de una cerilla serían suficientes para comprar a la bonita señora vestidos que le durarían diez años. No puedo dejar de notar que lleváis las maletas muy llenas.

—Estamos buscando un nuevo hogar —aclaró Tristão, y enseguida miró a Isabel para ver si no se había ido de la lengua.

—¿Por qué? —preguntó el hombre rubicundo, encantado con esta conversación—. Por el aspecto de la señora y el vestido que lleva, vivía con holgura, con todo confort.

—Hay más de un tipo de confort, *senhor* —le espetó Isabel, con su voz tensa de mujer para abrirse paso en la conversación.

Tristão se sintió agradecido, pues temía meter la pata si debía enfrentar solo la imprecisa negociación en marcha.

El hombre sonrió tan complacido que sus labios rojos mostraron los bordes interiores húmedos y rosados entre su barba espumosa. Se dirigió a ella, como en un desafío:

—Y usted ha encontrado un tipo de confort inseparable en los brazos de su macho negro, ¿verdad?

Para gran sorpresa de Tristão, Isabel respondió con frescura:

—Sí.

La respuesta lo alarmó, pues vio que la condición de mujer que él le había dado ahora formaba parte de ella y, si lo deseaba, podía concederla a otros hombres.

—Me alegro por usted, *senhora* —dijo con ecuanimidad el desconocido, mientras bajaba las cejas enmarañadas sobre sus brillantes ojos inyectados en sangre—. En Curva do Francés no menospreciamos el cuerpo y sus necesidades.

Tristão decidió intervenir:

—¿Cómo se solicita trabajo en esa mina? En São Paulo trabajé montando fuscas, mi tarea consistía en atornillar el lado izquierdo del soporte del motor en su lugar.

—Ah —murmuró el hombre, impresionado; enarcó las cerdas rojas de sus cejas duplicando el número de arrugas en su frente cobriza—. He oído decir que en São Paulo fabrican automóviles. Los paulistas son una raza inteligente pero cruel. Hizo bien en escapar de ellos, amigo negro. Lo único que les interesa es tener esclavos. En Serra do Buraco no tendrá que trabajar para otros, será un *garimpeiro*, un minero autónomo, un empresario independiente. Todo el oro que encuentre en su concesión será suyo, menos sólo el ocho por ciento para el Gobierno y las cuotas razonables de la cooperativa de mineros, que mantiene el orden, lleva unos registros impecables, opera las compuertas y los mecanismos de pulverización. Supongo que no creerá que el oro va andando desde la tierra directamente a los dedos de su señora. Hay muchos pasos, muchas etapas y retos para el genio organizativo brasileño. Los fragmentos de oro son como piojos en los cabellos

enredados de la Madre Tierra: ¡se esconden, escapan retorciéndose!  
¡Pero la pesadez delata al oro; cuando uno separa por medio de remolinos los minerales más ligeros, la tierra y el sílice, esos pequeñajos siguen atascados en el fondo de la batea! Necesitará una batea, pues la cooperativa permite que cada garimpeiro lleve a su choza los trozos de mineral más prometedores, donde por la noche, amigo, en cuclillas en el barro y con los músculos doloridos junto a la bruja susurrante que es un riachuelo de montaña, emergen como luciérnagas. ¡Esos diablillos, las preciosas chispas de oro, no pueden encaramarse a las ranuras de la batea! ¡Cuántas veces he visto a un pobre *camarada*, cuya única posesión eran los harapos que cubrían su espalda, volverse de la noche a la mañana tan rico como uno de los nobles designados por Dom Pedro Segundo!

Era extraño oír hablar de los nobles de Dom Pedro como si todavía vivieran, pero de todos modos Tristão preguntó:

—¿Cómo se solicita ese trabajo?

Las cejas rojizas volvieron a salir disparadas hacia arriba, elevándose hasta el punto de descubrir anillos de palidez alrededor de los ojos fatigados y borrachos de pinga del hombre coloradote.

—No se solicita. ¡Deje de pensar como un esclavo! ¡Uno va y reclama! Lo único que necesita para hacerse rico es un zapapico, un martillo, una pala, una batea y una concesión.

—¿Y cómo se consigue una concesión? —preguntó Isabel, porque durante los años que observó al tío Donaciano manejando lánguidamente sus riquezas, había aprendido que nada es gratis, que son muy pocas las cosas que no tienen precio.

—¡Vaya, se *compra*! —fue la sencilla respuesta—. Uno compra la concesión a un garimpeiro que, como yo, ha hecho su fortuna y antes de que se le arrimen la penas de la vejez desea gozarla. Creedme que, aunque con unas pocas paladas yo me he asegurado todas las comodidades, incluso un ataúd barnizado de palo de rosa y latón, queda mucho, lo suficiente para mantener a un príncipe y una princesa árabes en esa concesión. No hay ninguna semejante en Serra do Buraco; casualmente cae donde un antiguo volcán provocó la unión de un filón de plomo y una bocanada del más puro fuego azul, creando un auténtico manantial de oro, una garganta congelada en el terreno, como la de la Madre Tierra cantando su nota más exaltada. Aquí tenéis. Mirad.

De la parte de atrás de su alta bota derecha sacó un papel doblado, combado como un calzador siguiendo la curva de su talón y con olor a pie enclaustrado en cuero. Era un mapa marrón, quebradizo y sucio, tantas veces plegado y desplegado que sus arrugas, cuando quedó extendido sobre la mesa, dejaban pasar una cuadrícula de luz. El mapa mostraba un amplio tablero de cuadrados numerados, con uno de ellos

señalado tan frecuentemente con un dedo que se había borrado el número.

—Allí está mi amada. Generosa como un coño, con perdón de la expresión.

Todas las concesiones medían un metro cincuenta por un metro cincuenta, les informó, y se extendían al infinito... hasta el centro de la Tierra, si alguien era capaz de cavar tan lejos. Cuando le preguntaron el precio, mencionó una suma que duplicaba la de los cruceiros que seguían en el fajo de Tristão, sumados al dinero de Isabel.

Tristão miró a su mujer y ella vio ansiedad en sus ojos al tiempo brillantes y opacos, y en la muralla de su frente el orgullo entusiasta de poner a prueba su fuerza y su habilidad contra la obstinación de la tierra. Para que la ansiedad no los traicionara, Isabel se apresuró a informar al hombre rubicundo —con la voz firme, plena y vigorosa de su nueva madurez— que aunque ese precio tenía que ser una broma, pasarían la tarde y la noche en averiguaciones y reflexiones para volver a hablar con él por la mañana.

—Por la mañana otro puede haber aprovechado esta oportunidad caída del cielo —advirtió el garimpeiro, aunque acompañando sus palabras con un guiño.

Los dejó acordando el precio de una habitación en el piso de arriba de la posada, con la madre embarazada de la camarera de cara redonda. Tristão ya empezaba a experimentar la sensación de estar tierra adentro y de tener una esposa como compañera de negocios.



## 16. La mina

16

La mina

Decidieron, tras susurrar hasta después de medianoche, que comprarían la concesión. Desde el momento en que sus ojos se encontraran por primera vez en la playa estaban en las manos de Dios, y la idea de un juego de azar tan temerario los atraía. Confiaban en su buena suerte por el solo hecho de haberse encontrado. Se enriquecerían, al tiempo que estarían ocultos del padre de ella y sus secuaces en las remotas extensiones de Goiás. El hombre rubicundo aceptó todo lo que quedaba del fajo de cruceiros de Tristão, además del candelero de cristal cuyo compañero Isabel había regalado impulsivamente a la desagradecida madre de Tristão dos años antes; como esto todavía pareció menos que suficiente al *garimpeiro* y sus ojos rosados amenazaron desviarse bajo la fría luz matinal de la posada, bizqueantes como si estuvieran a punto de volver a cerrarse sobre la entrañable visión de su «amada», Isabel le ofreció una medalla que había robado de la cómoda del dormitorio de su padre, otorgada por el rey de Tailandia por sus servicios cuando ocupaba el puesto de vicecónsul de Brasil en esas tierras. El pesado disco engalanado con cintas mostraba un elefante coronado y la inscripción correspondía a un curioso alfabeto sugerente de un poder mágico. El pulgar encallecido, con su salpicadura de pelos rojos, acarició el sedoso metal delicadamente contorneado —de un color cobrizo como el propio— y quedó cerrado el trato. La concesión, sacada de la otra bota, consistía en varias hojas de papel doblado, endurecido y amarilleado en las proximidades de su talón. Para Tristão era un dolor de cabeza leerlo, pero por mor de las formas fijó la vista unos minutos en el portentoso borrón de sellos gubernamentales, escritura diminuta y presuntuosas firmas oficiales.

El autocar que los había llevado a Curva do Francês desde Goiânia regresaría a la ciudad ahora que el conductor se había entregado al placer con la mujer de los suburbios frondosos. Tristão e Isabel viajaron hasta Serra do Buraco en la parte trasera de una carreta de bueyes abierta al cielo pero con altos costados de tablillas. Cuatro bueyes flacos tiraban del carro por el sendero herbáceo, apenas más rápido que el paso de un hombre. Avanzaban en general cuesta arriba, aunque con una serie de declives en pequeños valles donde la senda cruzaba secos ríos guijarrosos por puentes de tablones casi vencidos.

Durante unas horas compartieron el vehículo traqueteante, de piso duro suavizado por un colchón de viejas cañas de azúcar, con otros tres pasajeros, *garimpeiros* mestizos o parásitos de *garimpeiros*, maravillados por el brillante pelo clarísimo de Isabel y sus dos maletas

azules tan pesadas de ropa como si estuvieran cargadas con piedras. Los hombres suponían que ella iría a trabajar como prostituta a la montaña y que Tristão era una curiosa mezcla entre esclavo y protector. Bromearon en cuanto al precio que cobraría, calculando que la llegada de semejante lujo presagiaba un giro ascendente en la suerte de Serra do Buraco. Sus avances llegaron a ser lo bastante físicos —una mano oscura alargada para acariciar la trémula y suave pelusa de su antebrazo— como para que Tristão cogiese al que tenía más cerca y le asestara un puñetazo en la cara, con la misma serenidad que si estuviese ajustando un perno en el soporte del motor de un *fusca*. Entre dientes, el hombre lo llamó negro de mierda y perro sarnoso, pero retrocedió junto a sus dos compañeros, masajeándose la encía sangrante por encima de un diente que se había aflojado con el golpe. El individuo ya había perdido varias piezas delanteras por riñas o por caries.

—Vamos a probar nuestra suerte con los dioses del oro —explicó Tristão, como disculpándose, y les mostró los papeles plegados de la concesión.

Sonriente, exhibiendo los huecos negros de su boca, el hombre se vengó con palabras.

—Esos papeles se imprimen por docenas en Goiânia y Cuiabá, no valen nada —afirmó—. Cuando llegues descubrirás que no tienes ninguna concesión. La montaña es un hormiguero por el que se arrastran los bribones.

Al oír estas palabras Isabel se sintió penetrada por una daga de fría comprensión: su chiquillería era algo del pasado, se encaminaba a lo desconocido y, en caso de que hubiera una concesión legítima, se había puesto en marcha un proceso que podía consumir la flor de su vida. Se arrimó a Tristão en busca de nebuloso consuelo. Aunque él estaba concentrado en afirmarse ante los otros hombres, dejó que su brazo musculoso se abriera camino alrededor de la cintura de ella y, distraído, la ciñó para protegerla.

Ocurrió que la concesión era real: la parcela inexplorada del hombre rubicundo sobresalía entre las demás como una columna cuadrada, alta y descuidada. Con la violencia de las excavaciones, lo que había sido sierra se estaba convirtiendo en un boquete gigantesco; no centenares, sino millares de hombres, en una concavidad de unos ochocientos metros de lado a lado, remolcaban sacos de lodo y piedras trabajadas con zapapicos por bastas escaleras de madera apoyadas contra los peñascos cortados en una cantera de terrazas descendentes. Casi todos los días, rocas sueltas y tierra erosionada caían sobre los hombres esclavizados; a diario morían uno o dos *garimpeiros* debido a avalanchas, enfermedades, agotamiento o cuchilladas. Se producían robos y asesinatos en la misma sima, y también en docenas de poblaciones de chabolas que habían brotado en las cuevas circundantes: hileras de chozas mezcladas con unas pocas tiendas,

depósito de cadáveres e incongruentes salones de manicura divididos en numerosos y pequeños cuchitriles. No había ningún bar: en más de quince kilómetros a la redonda de Serra do Buraco estaba prohibido el alcohol, para que no se desatara una violencia mayor aún. Los hombres, endurecidos tras remolcar cuarenta veces al día sacos de más de veinticinco kilos de piedras por escaleras y estrechos salientes, eran con toda probabilidad los más saludables de la tierra, con pechos como levantadores de pesas y piernas similares a las de los jugadores de fútbol. Su único placer eran las reyertas, salvo para los pocos afortunados a quienes Dios permitía encontrar una pepita de oro. Habían llegado a ese escalonado abismo de oportunidades desde el nordeste agostado y hambriento, los desastrados pueblos pescadores de Bahía y Maranhão, los tugurios de Fortaleza y Recife, las pestilentes aldeas aletargadas del Amazonas y sus afluentes. Una compañía minera del lejano São Paulo —de nombre brasileño pero controlada por capitales árabes y gringos— poseía legalmente la tierra, en medio de enormes zonas de la reseca Dourada, pero un juez federal de Brasilia había dictaminado que no debía privarse a ningún brasileño del derecho a buscar oro, derecho nacional que se remontaba al año 1500, cuando se avistó por vez primera el verdor de la costa de Brasil. Los mineros habían creado una cooperativa que hacía funcionar las compuertas, una antigua refinería que contaminaba de mercurio todos los ríos de los alrededores, un puesto para pesar y un banco.

En cuanto se puso al tanto y adquirió en el economato de la cooperativa el zapapico, la pala, el martillo y los sacos para sumar a la destartada y gastada aunque todavía refulgente batea que el hombre rubicundo les había vendido con la concesión, Tristão fue feliz. En la fábrica de *fuscas*, apartado de Isabel, se había sentido aplastado por un estrépito abovedado, un eslabón en los gigantescos talleres, un insignificante número económico insertado entre los *propietarios* de la factoría y los *sindicatos* del gremio. Encajado en su lugar frente a la cara chata y desdentada de Oscar, había apretado pernos hasta que le chillaban los músculos de la espalda y los hombros. Mientras cada *fusca* bajaba por la cinta parecía llevarse algo de su propia sangre en la aceitada carrocería de escarabajo. Aquí, en la montaña hueca, en lo alto de su columna personal de piedra, quebrándola en fragmentos —cualquiera de los cuales podía contener el destello de una fortuna para él e Isabel—, se sentía exaltado y libre, una figura heroica perfilada contra el cielo, en contienda con los elementos que, sin embargo, le acompañaban.

Pero cuando el primer año se convirtió en el segundo, al que siguió el tercero, su columna de piedra inexplorada se niveló, gracias a sus esfuerzos, con la terraza de concesiones explotadas que la rodeaban. Luego, a medida que los trabajadores de esas otras concesiones desaparecían por muerte, heridas o la desesperación de no hacer ningún descubrimiento, su concesión de metro y medio por metro y medio se convirtió en un hoyo, abierto y martillado centímetro a centímetro en la inexorable e inescrutable roca, y sus esperanzas antaño

elevadas se hundieron en una débil y fanática fe en lo prácticamente imposible.

Y no era porque en todos esos días de paciente labor nunca hubiese visto el destello del oro. Tristão e Isabel habían ocupado una chabola vacía cuyo fondo daba a un riachuelo contaminado de mercurio, quizás el mismo albergue abandonado por el hombre rubicundo. Todas las noches Tristão volvía a casa con un saco de las piedras más prometedoras descubiertas en el trabajo del día, las más pálidas con cuarzo, las más brillantes con escamas de pírta, el «oro del tonto» que en ocasiones es leal compañero del oro de verdad. Pulverizaba esos terrones esperanzadores con un martillo y una estaca de punta acerada mientras en el interior de la choza Isabel preparaba las judías negras y el arroz para la cena. Tristão se acuclillaba a la orilla del riachuelo, hacía girar igual que un remolino los fragmentos en agua y observaba cómo los más pesados —que irradiaban desde el centro como rayos de sol atrapados en la bruma— se adherían a las suaves estrías de la batea. Esta espera era un proceso que nunca dejaba de ser fascinante, junto a la «bruja susurrante que es un riachuelo» en busca de que aparecieran «los diablillos, las preciosas chispas de oro». Así como un hombre en trance a veces contempla el fuego con el propósito de detectar un indicio de su sino —un rostro palpitante, la mano de un demonio—, anochecer tras anochecer, hasta que le lloraban los ojos en la oscuridad, Tristão fijaba la vista en la turbulenta batea. El fragmento de oro más grande que encontró era más pequeño que la cabeza de una cerilla, pero por la fuerza que le dio este magro golpe de suerte compraron en el economato un poco de carne seca, *charque*, a fin de fortalecer su monótona dieta, e hicieron el amor por primera vez en semanas.

En general Tristão estaba demasiado cansado para atender sexualmente a Isabel. Ahora toda su pasión se orientaba hacia los imaginarios contornos del metal precioso ocultos en la matriz de piedra enloquecedoramente inflexible. La luz de su adoración había abandonado el cuerpo de la mujer. En las afueras inclinadas de Serra do Buraco, un fino polvo se había abierto paso en la piel de Isabel, acentuando las arrugas que aparecieron en su frente, en los rabillos de los ojos y en las comisuras de los labios, incluso en la base del cuello, antaño terso como un chorro de leche. Su juvenil carita simiesca mostraba ahora una caída de la boca, unas ojeras sombreadas. Cuando se desnudaba para acostarse, aún persistía un estallido de blanca gloria flexible en la oscuridad de la choza; aunque el corazón de Tristão todavía era capaz de estar a su altura —como ante la vista de un cúmulonimbo hacia la luz del sol por encima del perfil montañoso—, su cuerpo rara vez lo lograba.

—Ya no me amas como antes —se quejaba ella, naturalmente.

—Sí, te amo —protestaba él—. Mi amor es como la Madre Oro, inmutable, aunque de momento permanezca oculto.

—El oro no sólo se ha convertido en tu madre sino en tu esposa. Trabajas incluso los domingos, y lo mismo estamos casi muertos de hambre. Los funcionarios de la cooperativa te engañan en el peso de las miserables partículas y granos que encuentras, y te bebes la mitad de lo que sacas en el camino a casa.

Era cierto; en la montaña se contrabandeaba *cachaça* y se vendía a un precio exorbitante; en su deseo de ser como los demás *garimpeiros*, Tristão no siempre rechazaba un par de vasos. Estaba despertando en él la vieja debilidad de su madre, que tanto había despreciado. Cuando tenía el cerebro lo bastante atontado, una cueva luminosa por la que podía arrastrarse se abría en el implacable abismo de su vida. Su orgullo y su espíritu independiente, que en la playa le habían exigido que reclamara a esa muñeca como propia, sacándola a palanca de la matriz de otros cuerpos, se estaban pudriendo, así como se había podrido por el sol y el sudor su camiseta con la leyenda LONE STAR, tal como la columna de su concesión había sido picada lentamente hasta la nada durante las constantes jornadas matadoras.

Isabel, al ver que sus palabras eran latigazos dolorosos en el rostro del marido, y que la sombra del fracaso y la cobardía revoloteaban a lo largo de la muralla de su frente, también sintió dolor, pero había decidido que debía poner distancia entre ambos si quería seguir siendo una persona por derecho propio. En los primeros meses de desposada en Serra do Buraco había sido su esclava, pensando sólo en la comodidad y el orgullo de Tristão mientras él se adaptaba a la dura prueba de la mina; ella caía en una especie de adormecimiento en cuanto la dejaba sola en la chabola, con el barboteo del riachuelo contaminado detrás y los peligros de la desoladora calle insolada fuera, con su gasolinera de un solo octanaje, su ajetreado depósito de cadáveres, su economato que vendía los artículos esenciales a precio de oro, los salones en los que las manicuras se multiplicaban día a día. Había pensado en buscar trabajo, pero sus habilidades —sus gracias sociales de chica rica, sus nociones estudiantiles— no tenían ningún valor allí. Sólo poseía un bien, que los hombres de la calle apreciaban ruidosamente cada vez que daba un paso fuera de la chabola hacia el deslumbrante aire libre, donde brillaban los cúmulonimbos encima de los cochambrosos perfiles montañosos pero rara vez producían lluvia. Cuando de verdad caía un aguacero, era una precipitación atroz, entumecedora, cegadoras cortinas de agua dejaban hondonadas en la ancha calle de tierra y la orilla del riachuelo avanzaba a trompicones azotando el umbral de la puerta trasera.

Isabel se quedaba dentro, durmiendo o leyendo sin orden coherente, aunque con una insaciable sed de un mundo distinto. Las herramientas y provisiones para la mina llegaban de las fábricas costeras envueltas en páginas de viejos periódicos y revistas, con fragmentos de historias de años atrás, ilustraciones de mujeres vestidas con modas anticuadas, cotilleos de cantantes populares y estrellas del fútbol ahora de mediana edad o muertos a causa de una vida libertina. Pero los relatos que rara vez podía seguir hasta su conclusión en los fragmentos de papel

arrugado y deteriorado eran intemporales..., los mismos cuatro o cinco hechos básicos de la existencia humana revueltos infinitamente, como flechas que los animales heridos devuelven a la mano del cazador en sus cadáveres: amor, embarazo, infidelidad, venganza, separación. Muerte, siempre había muerte en esas historias.

Sus prendas de vestir empezaron a acabarse. Las dos maletas pesadas estaban ahora llenas de vacío; la más grande sólo contenía la antigua cruz con gemas que había robado en el apartamento del tío Donaciano, la cigarrera con el monograma, y un peludo carpincho de juguete al que adorara de pequeña, llamándolo *Azor* y apretándolo contra su pecho sin senos mientras dormía. Ahora el juguete estaba duro y apagado por el ubicuo polvo silíceo del hoyo de la mina incesantemente agitado. Vendió a las manicuras los vestidos, blusas y ceñidos tejanos elegantes con los que no había hecho trapos, a fin de poner arroz, judías negras y *farinha* en la mesa, pues a sus ojos Tristão se había convertido en un motor de músculos que ella debía alimentar para no frenar el progreso de ambos en la vida.

Cuando no hubo más ropa para vender, entabló suficiente amistad con las manicuras como para que ellas le enseñaran a ganar dinero, lo que le resultó sumamente fácil una vez que aprendió a mantener aislada una parte de sí misma en lo alto de un estante mental. El pequeño drama masculino de elevación y caída era conmovedor pese a la capacidad de los hombres para matar a una mujer con sus propias manos si los acometía el malhumor. Pero suyo era el poder femenino de anticiparse al malhumor. Suyo era el poder de tomar entre sus piernas todo lo que ellos pudiesen darle.

La primera vez que Tristão volvió a casa y no encontró sobre la mesa simplemente arroz y judías sino beicon y un cazo burbujeante con el succulento pescado de agua dulce al que llamaban *dourado*, además de piña y *pitonga* como postre, la miró durante un largo minuto —el blanco de sus brillantes ojos de ónix desgastado en rosa por el polvo de la cantera, como los del hombre rubicundo— y con toda deliberación no le preguntó qué veta de oro había descubierto. Isabel lo despreció por esta muda aceptación, aunque también lo amó por su realismo, su estoico tacto. El romanticismo es lo que une a una pareja pero el realismo es lo que le permite seguir adelante. Esa noche Tristão dejó caer su saco de promisorio mineral sin lavarlo en la batea sobre el suelo de tierra y se sentó a la mesa opulentamente servida con la forzada formalidad de un rey cuyo cetro está hueco. Isabel tuvo la impresión de que su marido se movía alrededor de ella con cauta delicadeza todo el tiempo, como si su carne se hubiera convertido en una sustancia cristalina. Mientras conciliaba el sueño en el jergón de envolturas de mazorcas, sintió que él le tocaba la espalda y los hombros con la levedad experimental debida al cuerpo de una virgen.

Tristão se volvió más cariñoso, de forma impotente. Isabel percibía con frecuencia que la observaba a la luz de la vela de la chabola, y oía en su voz una lenta y cuidada melodía mientras le contaba los detalles del día

en el hoyo de la mina. Ahora ella tenía la sensación de que en la habitación había más personas que ellos dos. ¿O era que en sus recuerdos se apiñaban otros hombres..., sus gritos, sus apretones, sus cuerpos con matices de piel tan diferentes, sus tonos musculares, olores, tipos de cabello, formas de orgasmo embozadas en su interior? Con su nunca explicado excedente de cruzeiros compró un largo barreño de zinc, y todas las noches Tristão, en lo que se convertiría en una ceremonia, buscaba cubos de agua en el riachuelo y la calentaban en el hornillo de queroseno. Isabel se metía en la larga tina de agua humeante, donde permanecía hasta que sentía frío alrededor; la vista de su propio cuerpo inmerso, su piel con matices de peltre y su vello púbico elevándose a la deriva como algas, entumecía su memoria; luego el marido, gris por el polvo de piedra, recalentaba el agua del barreño con otro cubo y se bañaba hasta recuperar la brillante negrura en el agua que ella había ensuciado. De esa forma se higienizaban y quedaban lánguidos al acostarse; flotaban con débiles toques cariñosos como dos personas ahogándose se separan en el mar.

Isabel no se había quedado embarazada ni siquiera en los tiempos en que hacían el amor de modo vigoroso e incesante. En el segundo año que pasaron en Serra do Buraco ocurrió y la chabola se estremeció temblorosa con la milagrosa agitación de la naturaleza. Todos los días durante semanas enteras Isabel vomitó al amanecer, luego se volvió gorda y torpe, con la tripa tan hinchada, tensa y brillante que Tristão se mareaba de amor por ella, por esta inexorable duplicación de su cuerpo. Llegó el bebé (ella rompió aguas a medianoche y se oyó el primer berrido mientras el gris del amanecer ponía de relieve, en la choza, los bordes de las cosas) y fue un varón, de arrugadas palmas azules cual flores recién abiertas y los genitales como un pimpollo todavía cerrado. Isabel sugirió, tímidamente, que le pusieran el nombre de Salomão, en recuerdo de su padre, pero Tristão —despertado de su catalepsia del oro— se opuso con gestos apasionados, repitiendo que el padre de ella era su enemigo mortal. Como él no había conocido padre, aceptó la segunda sugerencia, Azor, por el carpincho de juguete que ella tanto había querido de niña.

—Nuestro bebé parece muy claro —observó él un día.

—Todos los bebés empiezan siendo claros —respondió Isabel—. Dice la comadrona que tienen toda la melanina en una bolsita, en la base de la columna vertebral, y que luego sale para cubrir el resto de la piel.

Pero a medida que pasaban los días y el bebé engordaba con la leche de Isabel, mientras los miembros gomosos empezaban a fortalecerse, su piel no se oscureció significativamente. Tristão mecía al inocente bultito de carne en sus brazos, bajaba la vista —Azor gorjeaba y alargaba una mano babosa en forma de estrella hacia el conocido rostro negro— e intentaba vislumbrar un rastro de África, un leve indicio de sangre oscura tiñendo la blancura de su mujer. Nunca lo logró. Isabel señalaba la nariz achatada del niño, las orejitas ahuecadas, la pequeña frente cuadrada más bien seria, afirmando que veía a Tristão en esos rasgos.

El segundo hijo, una niña nacida catorce meses después que Azor, era más oscura, pero oscura —le pareció a Tristão— con una rojez india. Los cabellos de la niña, aunque negros como los de él, eran completamente lacios. No puso objeciones a que Isabel le diera el nombre de Cordélia, por su madre, a la que ella apenas recordaba. El hecho de que Isabel sobreviviera a dos partos era, en cierto sentido, un triunfo sobre aquélla, que había muerto en el segundo.

La llegada de los niños llenó la chabola con la inocente intensidad de sus necesidades, sus berrinches y caídas, sus cólicos y eructos, su hambre y excrementos, dejando poco tiempo a los adultos para dudar del curso que el destino les había elegido. Ahora la naturaleza les decía por qué se habían unido. La cooperativa de manicuras encontró a una anciana y desdentada tupí separada de su tribu, para que cuidara a los niños unas horas por día a fin de que Isabel pudiera volver al trabajo. El nombre de este nuevo miembro del hogar, que llegaba a mediodía y se iba a la noche, sin querer revelar jamás dónde dormía, era Kupehaki.



## 17. La pepita

17

La pepita

La atronadora barahúnda de la mina —el chasquido de los picos, el martilleo mientras se montaban escaleras más altas y paredes puntales más resistentes, las conversaciones y canturreos sin orden ni concierto mientras los hombres caminaban con dificultad en fila india subiendo por los fangosos salientes inclinados hacia las compuertas y los montones de escoria que se derramaban por las laderas de Serra do Buraco como otra montaña que crecía contigua a la primera ya destripada, un ocasional arrebatado de gritos cuando estallaba una pelea o una avalancha caía por las concesiones en terrazas— se había convertido en el elemento natural de Tristão. Lejos de la gran colmena invertida, incluso cuando estaba con Isabel y los dos niños, se sentía un tanto apagado, desequilibrado y culpable, como si estuviera traicionando a su verdadera esposa, la tentadora mina de oro. En la cantera, esta sensación de su auténtico yo cerrándose a su alrededor se fortalecía cuando se encontraba realmente en su hoyo, el profundo y pulcro pozo de medio metro cuadrado que había abierto con el pico y la pala en la piedra de la montaña.

La concesión vecina a la suya por la izquierda, ociosa durante un año, había sido ocupada por un grupo de hermanos y primos del estado de Alagoas, los Gonzaga, y el equipo que formaban excavaba con rapidez, superando los avances en solitario de Tristão y dejando expuesto su hoyo al aire y al sol. Pero todavía quedaban más de dos metros verticales de roca que la cercaba y en los que podía perderse, donde el fragor menguaba hasta ser un murmullo distante y el cielo se encogía por encima de la cabeza en un minúsculo cuadrado azul cruzado por nubes, como actores en un teatro vistos a través de una brecha en el telón. Su intimidad sugería la terrible soledad de la tumba y no obstante estaba impregnada de algo erótico; en las profundidades de su concesión no hacía más fresco sino más calor, como si se estuviese aproximando lentamente a uno de los secretos apasionadamente guardados por la Madre Tierra.

Durante unos días había estado siguiendo una serpenteante extensión clara que bajaba por la pared izquierda, una palidez rojiza del tipo que se consideraba más prometedor, ya que en general el oro se encontraba asociado con sus hermanos el cobre y el plomo. Cuando la tierra se ruboriza, decían los mineros, el oro está en un tris de desnudarse, el oro en su brillante desnudez.

Atacó la roca con el pico, golpeando fuertemente una y otra vez. Las dos puntas de la herramienta estaban igualmente deslustradas, desgastadas

por el uso; había acabado con tres zapapicos como ése en los tres años que llevaba allí. Con un esfuerzo incómodo Tristão se balanceaba de costado, dado que la veta de palidez rojiza se curvaba hacia dentro, alejándose de él; tenía la sensación de que la punta perseguía la curva de un cuerpo femenino alrededor de una especie de esquina, hacia su conmovedora raja vellosa apenas entrevista. Tristão empezó a tener una erección, como le ocurría algunas veces en la intimidad de su concesión. La energía sexual que no lograba reunir de noche con Isabel lo acometía en pleno día, mientras aplicaba el pico contra la roca. Algunas veces incluso se masturbaba, con el ojo cuadrado del cielo observándolo desde arriba, y siempre imaginaba, no obstante, el cuerpo de su esposa..., aunque con su ñame chorreante no era el marido, sino uno de los brutales clientes de Isabel, que escupía sobre sus pechos después de eyacular.

El pico, azotando hacia dentro, desnudó un destello, o eso parecieron informarle sus ojos atormentados por la penumbra y el polvo de piedra. Se arrodilló y atacó la grieta rocosa, ensanchando el brillo. Pasaron por encima de su cabeza unas nubes, estelas de volutas grises arrastrándose como puños que se abrían y cerraban; el fragor de la amplia cantera exterior se colaba por el borde de su mina personal. Cuando el sol se deslizó en su cuadrado de cielo y arrojó sus rayos directamente hacia abajo, sintió el aire cautivo tan caliente como el agua del baño de Isabel, pero veía mejor. Una hora después, mientras la furia de su ataque amontonaba escombros a su espalda y ensangrentaba la piel que rodeaba sus uñas escarbadoras, había levantado la zona destellante convirtiéndola en un bajorrelieve. El terrón poseía un plomizo lustre enrojecido sin las incrustaciones plateadas de la engañosa pirita.

Dos horas más tarde, con los ojos medio cerrados como si se encontrara en una caldera, Tristão había tallado suficiente matriz encima y debajo como para liberar la pepita. Porque era una pepita, un pedazo basto aunque sedoso de oro, la esencia de la riqueza, en la palma de su mano, mucho más pesada que un trozo equivalente de piedra. Probablemente de diez centímetros por cuatro y ochenta gramos de peso, tenía una forma incipiente: una especie de barriga, una división de lo que podría haberse transformado en piernas, una cabeza sin rostro. Era un ídolo, un objeto sagrado con pequeños cráteres como la Luna. La pasó de una mano a la otra, nervioso; trató de ocultar su brillo incluso al cuadrado de cielo. Si algunos entre los miles de hombres que producían estrépito a su alrededor lo supieran, lo matarían para quitársela. Le zumbaba la cabeza, su respiración era tan rápida y poco profunda como la de un pájaro; cayó de rodillas para dar gracias a Dios y Sus espíritus: la mano que conforma el destino se había alargado otra vez acariciando su vida.

El uniforme de trabajo de Serra do Buraco consistía en unos pantaloncitos cortos, camiseta, sombrero de paja o poliéster para el sol y zapatillas altas de baloncesto, debido a la cantidad de veces que había que subir y bajar; las botas de *vaqueiro* de Tristão resultaron poco prácticas por su suela resbaladiza, y las zapatillas de tenis de la

terminal de autocares, muy endeble. Además, los mineros llevaban bolsas atadas alrededor de la cintura, en las que se acomodaban partículas de oro hasta reunir las suficientes para ser fundidas, convertidas en dinero y depositadas en el banco de la cooperativa. Tristão temía que su pepita abultara llamativamente en la bolsa, por lo que la mezcló con otras piedras en su saco de treinta kilos y volvió a casa arrastrando los pies como cualquier otra noche para pulverizar la carga, lavar en la batea, comer arroz y judías, acostar a los niños, bañarse en el agua de Isabel y desplomarse en la cama.

Cuando dejó caer el saco y lo abrió delante de Isabel, durante un aniquilador segundo temió que la pepita hubiese desaparecido. Pero se había hundido hasta el fondo, en virtud de su peso, y tenía el mismo aspecto que otros fragmentos sin valor de la montaña. Pero su peso la delató y Tristão la sacó; con unos vigorosos frotamientos del pulgar quitó suficiente polvo de sílice para dejar al descubierto el brillo puro del oro.

—Somos ricos —dijo a su mujer—. Ya no tienes por qué salir de casa durante el día para estar con las manicuras. Tal vez podamos comprar una granja en Paraná, o una casita a la orilla del mar, en Espírito Santo.

—Entonces mi padre podría encontrarlos.

—¿Y qué nos importa? Le hemos dado nietos. ¿Acaso no he demostrado ser un marido leal?

Isabel sonrió por su ingenuidad. Así como ella había insistido en querer a la indigna madre de él, Tristão albergaba, entre ataques de odio, la patética esperanza de que el implacable padre de ella cediera y se convirtiera en el que él nunca había tenido.

—No es un hombre tan fácil de contentar, Tristão. La noción de que actúa como progenitor, no sólo por sí mismo, sino en nombre de mi querida madre, lo vuelve fanático. Quiere lo mejor para mí. Tú lo eres, pero él no está en condiciones de comprenderlo. Lo ve todo con ojos viejos, los ojos de los blancos *poderosos*, los ojos de los viejos negreros y amos de las plantaciones.

—Hablas demasiado funestamente, Isabelinha, como si el pasado siguiera siendo el presente. Las manicuras te han vuelto cínica, te han agriado. Cuando Dios otorga un don es una blasfemia analizarlo con suspicacia. Abrazame: ¡los años que hemos pasado aquí han dado su fruto, su tesoro!

En medio de su exuberancia por el deseo de abrazar a Isabel dio la pepita al pequeño Azor para que la sostuviera. El pequeño la dejó caer sobre los dedos de sus pies descalzos y se echó a llorar con gemidos que hicieron sollozar compasivamente a la hermanita acostada en su cuna, un viejo cajón de mangos de zapapico levantado sobre ladrillos para alejarla del alcance de serpientes y hormigas coloradas.

Isabel levantó al hijo sollozante y dijo a Tristão:

—Han sido años muy duros y parte de nuestro amor se ha deteriorado, pero aquí hemos estado ocultos, a salvo. Temo que esta pepita nos saque a la luz.

—Te preocupas demasiado, querida mía, como consecuencia de tu sangre burguesa. Mañana llevaré la pepita al analista de la cooperativa. Si su precio me parece demasiado bajo, siempre hay traficantes independientes que deambulan por allí, dispuestos a ofrecer más, pues evaden el ocho por ciento del gobierno contrabandeando el oro a través de la frontera boliviana, en connivencia con los indios. —Esta costumbre era corriente en la colmena humana de Serra do Buraco: de la misma manera que el oro vivía en diminutas partículas y vetas en la vasta masa de piedra, vivía en las palabras y pensamientos de los mineros.

Pero los presentimientos de Isabel eran correctos. Aunque Tristão consiguió llevar su pepita sin que nadie la detectara hasta el despacho del analista, de allí corrió como reguero de pólvora el rumor de tan magnífico descubrimiento. El laboratorio, con el banco de la cooperativa y el departamento tributario gubernamental, ocupaba el único bloque de cemento de la extendida población de madera; rematado por la bandera brasileña con estrellas, era directamente contiguo al depósito de cadáveres, provisto cada día con nuevos productos de navajazos, accidentes en las minas, enfermedades pulmonares y el bandolerismo que plagaba los caminos de entrada y salida de Serra do Buraco. El analista, un hombre delgado y cetrino que llevaba traje negro y cuello de celuloide, y hablaba el portugués con el susurro decadente de la madre patria, chasqueó la lengua apreciativamente y, después de consultar sus escalas y explicar que la evaluación exacta sólo podría hacerse tras el fundido y la purificación, mencionó una cifra en cientos de miles de cruceiros nuevos y agregó:

—Más aún, señor, el valor aumentará en consonancia con la devaluación del cruceiro.

Tristão examinó la pepita; de la noche a la mañana su aspecto físico había pasado del de un ídolo humanoide al de una patata rocosa cuyos ojos eran las pequeñas marcas sugerentes de una piedra lunar. La dejó a cargo del banco y aceptó el recibo con la sospecha de que no volvería a ver el celestial tesoro, su mensaje del más allá.

Durante la noche había llovido a cántaros; las cuevas y salientes rocosos de la cantera se derretían bajo los pies. Al acercarse a la zona de su concesión, vio a un grupo de hombres reunidos: de súbito las concesiones descuidadas que rodeaban la suya empezaban a ser trabajadas; espaldas pardas se doblaban ajetreadas hacia el mineral, potenciadas por el rumor, y vio a dos de los hermanos Gonzaga saliendo de la que le pertenecía, pero sin darle tiempo a protestar, ellos lo interpelaron.

—¡Bandido! —gritó Aquiles, el mayor y más bajo de los dos—. Hemos observado y medido, y hemos visto que has excavado en el interior de nuestra concesión. ¡Esa pepita es nuestra!

—¡Habría que ahorcar y desmembrar a todos los invasores como tú para ejemplo de todos los *garimpeiros*! —agregó Ismael, el más joven y alto.

—Estaba dentro de los límites de mi concesión —insistía Tristão; sin embargo, recordando el destello, el frenético golpetear lateral del pico y la sensación de llegar a una intimidad impúdica, se preguntó si en verdad no habría infringido esos límites. La prueba era indeterminada, pues ahora ni siquiera él podía saber de qué punto exacto de la tierra ahuecada había salido la pepita.

—Llamaremos a los inspectores —lo amenazó frenético Aquiles—, a la policía y a los abogados.

Le iniciaron juicio, en efecto, y el pleito —que se alargó meses enteros— atrajo la atención de la prensa nacional. La pepita, repetidas veces retirada de su sitio en la caja de seguridad del banco para ser fotografiada, era la más grande y más pura que jamás se hubiera desenterrado en Serra do Buraco, aunque no tan inmensa como algunos cantos rodados de oro descubiertos en el interior de Australia en 1851. Una nueva oleada de codicia y esperanza exaltó a todo Brasil a través de los medios de comunicación. Se presentó una periodista de *O Globo*; fotografiaron a Tristão e Isabel en su chabola: Isabel bañándose en su tina de zinc con la espuma ondulante ocultando su cuerpo salvo los hombros y los brazos desnudos, además de un reluciente fragmento de pantorrilla y un pie remilgadamente arqueado. Tristão tenía en los brazos a su hijo claro y regordete y a la niña rojiza; sus ojos centelleaban como burbujas de cristal negro bajo la frente noblemente ancha mientras miraba con cautela las profundidades de la cámara.

El fotógrafo —un hombre de mediana edad, achaparrado y arrugado, con varias cámaras colgadas alrededor del cuello y muchas ocurrencias para inducir una sonrisa— y la reportera —una joven inteligente y progresista, con las piernas delgadas como agujas envueltas en finas medias de red— se habían mostrado tan encantadores y sociables que no haberlos atendido y posado como ellos deseaban habría sido una violación de todas las reglas de hospitalidad del interior del país. Durante la hora que permanecieron en la choza, los invasores parecían miembros de la familia —parientes de la ciudad llegados impulsivamente a Goiás para conceder la dádiva de la gracia urbana— en lugar de la punta de una cuña ampliadora de la exposición impersonal. Ciertamente Isabel tuvo suficiente lucidez para eludir las preguntas directas de la periodista sobre su cuna, y que la astucia de golfillo callejero de Tristão lo llevó a mentir acerca de su familia, de la que se avergonzaba; pero las fotos, en blanco y negro, valían más que mil palabras. Tristão e Isabel, con la vista fija desde el interior de su casucha iluminada con *flash* en la página tres de *O Globo*, se convirtieron en una más de esas

parejas pasmadas cuya marchita fisonomía y entorno patéticamente miserable, por un curioso golpe de buena suerte, salen a la luz desde una masa de indecible pobreza, como peces enganchados en un anzuelo. DISPUTA ENTRE MINEROS POR DESCUBRIMIENTO DE ENORME PEPITA, decían los titulares. PAREJA ERRABUNDA FRUSTRADA AL FILO DE LA RIQUEZA. Hubo más reporteros y Tristão fue cortés con todos; la invasión podía conllevar peligro, razonaba su espíritu esperanzado, o significar progreso.

Un día volvió del trabajo con la caída del sol y encontró una sombra plateada, un hombre de traje gris, sentado en una de las dos sillas de la chabola. Su primera idea, que al instante lo avergonzó, fue que ahora Isabel cumplía con su oficio en el propio hogar, pero luego vio que el hombre —con su expresión triste, las sienas entrecanas y el bigote pulcramente recortado— era César. Isabel estaba de pie junto al hornillo, asustada, con el regordete Azor en la cadera y el cabello suelto hasta la cintura. Cordélia estaba en su cuna, sollozando en sueños.

—Amigo, he vuelto a encontrarte —dijo César mostrando indiferente su pistola gris a Tristão, sin apuntarle a él sino, amablemente, a un costado—. En el seno de otra familia..., esta vez la que tú mismo has engendrado. Mi más sincera enhorabuena.

—¿Y dónde está Virgilio? —preguntó Tristão—. ¿Todavía juega de delantero derecho para los Tiradentes de Moóca?

César sonrió con expresión de hastío.

—Después de que le dieras el esquinazo, a Virgilio le han... asignado otras tareas.

—¿Por qué nos persigues? Aquí no molestamos a nadie.

—Eso no es exactamente cierto, amigo. Pese a su lamentable escasez de disciplina, Brasil todavía no carece por completo de pautas, de tradiciones, de orden. En primer lugar, molestas a mi excelente empleador.

César, que se imaginaba un cortesano al servicio de la familia de Isabel, debía de haber estado parlotando con ella, en su tono falsamente paternal, pues se lo veía indebidamente relajado..., un tanto lánguido y presumido, apuntando ociosamente el arma hacia el suelo de arcilla. No esperaba que Tristão le lanzara, con la fuerza adquirida deslomándose en la faena cotidiana, el saco de mineral de casi treinta kilos que le golpeó la cara y lo hizo caer hacia atrás en la silla, un frágil mueble de caoba blanca.

Mientras Isabel gritaba y Azor reía al verse rodeado de tanta excitación, Tristão arremetió, se arrodilló sobre el pecho de César y, de un golpe decidido, le aplastó el costado de la cabeza con la piedra más grande

que se había volcado. El rostro sonriente del hombre mayor se relajó y sus párpados se cerraron temblorosamente. Tenía ensangrentada la sien canosa. Estaba demasiado viejo para ese oficio.

Tristão entregó a Isabel la pistola de César y le dijo:

—Debemos irnos. Recoge nuestras pertenencias y prepara a los niños. Yo ocultaré el cuerpo.

—Todavía está vivo —protestó Isabel.

—Sí —se limitó a responder Tristão, con algo de la melancolía del silenciado César, la melancolía superior de quienes llevan ventaja. El hombre era pesado, más que tres sacos de piedras juntos, pero Tristão, una vez más en contacto con su sino cambiante y sintiendo la calma exaltada de un arrebatado adrenalínico, se lo cargó sin dificultad sobre los hombros.

Había anochecido pero la luna aún no había asomado y se veían muy pocas estrellas. Las cigarras cantaban. A través del riachuelo, pocos metros aguas arriba desde la chabola, se había formado un puente de resbaladizas pasaderas de piedra; al otro lado, en el matorral de vegetación ribereña, salía un sendero sinuoso por el que, mientras aumentaba la oscuridad, podía caminar un hombre sin ser visto. Los *garimpeiros* y sus ayudantes iban allí a hacer sus necesidades naturales, y más de una vez Tristão resbaló con un blando cagarro humano cuya piel endurecida, al romperse, liberaba una acritud que lo seguía a lo largo de muchas zancadas. Junto a las deslizantes caricias de las frondas y varillas de palmas, las brillantes hojas redondas de un arbusto cuyo nombre ignoraba le rozaban la piel con un toque suavemente cortante. Cuando se desviaba de la senda por algún tropiezo, los espinos lo arañaban. Temió que César despertara y lo condenara a otra pelea. Los músculos de su hombro, pese a estar endurecidos, empezaron a palpitar; pero el verdor raleaba, había salido la luna y el entorno era más visible. Entonces divisó la silueta de los talleres de trituración de la cooperativa, donde se pulverizaban las bolsas de mineral que se amalgamaba con mercurio, y después con cianuro, succionando químicamente los átomos de oro. En el reverso hueco de Serra do Buraco se habían acumulado toneladas y toneladas de escoria, formando otra montaña, y Tristão acarreó al inconsciente César por las grises cuestas empolvadas de esa avalancha de desperdicios, de piedra digerida y excretada. Nadie iba a los escarpados valles de ese yermo hecho por la mano del hombre. Hasta las serpientes y las hormigas coloradas lo rehuían.

En un hoyo remoto blanqueado por la luz fortalecida de la luna, Tristão dejó caer su carga; César gruñó dormido, e incluso el gruñido transmitió, misteriosamente, su acento personal, la paternal dignidad medio humorística con que enmascaraba su dentellada de matón. Tristão hizo girar suavemente el pesado y digno cráneo, usando como asidero la mata de pelo canoso, de manera que el bulto de la yugular de

César proyectó una sombra a la luz de la luna, en el punto blando de atrás de la mandíbula, bajo la sombra de media luna proyectada por el lóbulo de la oreja. Tristão sabía que debajo de esa vena se arrastraba su hermana más brillante y roja, la arteria carótida. Sacó la cuchilla de un solo filo —la fiel Gem— del bolsillo interior de los pantaloncitos, donde dormía bajo la cinturilla, cortó en sentido horizontal el bulto, tan profundamente como lo permitía la hoja, y luego, dado que la sangre que manaba, aunque abundante, no era tanta como había imaginado, añadió un corte vertical encima, sin darse cuenta hasta más tarde de que había firmado su crimen con una T.

Tenía pensado enterrar el cadáver en los desperdicios empolvados de la mina, pero mientras la sangre bombeaba el corazón funcionaría, y le pareció sórdido enterrar vivo a César. Como un perro que cava con la parte delantera de la pata, Tristão cubrió el traje gris con polvo gris, pero dejó la cabeza al aire, asomada en la cuesta como un canto rodado, o como la elegante cabeza de una estatua destrozada.



## 18. El Mato Grosso

18

### El Mato Grosso

Al volver a la chabola, abatido hasta la médula por el sentimiento de culpa y el esfuerzo de sus movimientos, en lugar de descanso, Tristão encontró una atmósfera de acción indispensable. Su familia estaba preparada para la partida, con sus pocas pertenencias portátiles liadas a sus pies. La mochila anaranjada estaba llena con ropa de recambio y los utensilios de cocina más ligeros envueltos en mantas y mosquiteros. Bajo la vacilante luz de la lámpara de queroseno de la choza, hasta la bebé parecía solemne con los ojos desorbitados, y su llanto sonaba acallado por el peligro que flotaba en el aire. Había aparecido Kupehaki, la vieja tupí, al tanto de la partida; con tono áspero y de prisa intentaron disuadirla de que los acompañara, pero ella no dio muestras de oír. Permaneció al lado de Isabel, moviéndose cuando ésta lo hacía, balanceándose cuando ésta se balanceaba, hundiéndose incluso por un fenómeno de simpatía cuando Isabel se hundía a causa del miedo y la desesperación. Se había atado a ellos y nada podría desatarla. La anciana tupí había llevado consigo una larga cesta de mimbre, una nasa tubular cargada en la espalda y sujeta por una banda gruesa a través de la frente, y de hecho sería útil, decidieron, aunque sólo los acompañara parte del camino al principio.

Por fin salieron los cinco en fila india, cruzaron el riachuelo contaminado, bajaron el sendero en dirección contraria a la trituradora y la pila de escoria hasta un valle deshabitado, excepto por bandidos que vivían a costa de los traficantes de oro y las caravanas de provisiones cargadas a lomos de bueyes y mulas. El fragor mecánico de la montaña, que persistía hasta medianoche, se desvaneció a sus espaldas; los sonidos de la población minera desaparecieron salvo el aullido de un perro y el estallido de una carcajada o una recriminación excepcionalmente sonoras. A medida que sus ojos se adaptaban a la noche, Tristão tuvo la impresión de que el sendero, al estrecharse y ensancharse entre las melladas sombras negras de la vegetación, brillaba azulino a sus pies. La sangre de César había brotado en un tono purpúreo bajo la luz azul. Isabel llevaba a la pequeña Cordélia dormida, con su cabecita calva oscilante en una especie de cabestrillo, contra su pecho. Al principio Tristão cargó con Azor sobre los hombros; las manos del niño aferraban débil pero tenazmente sus cabellos tiesos e impregnados de polvo de piedra. Cuando sintió que aflojaba el apretón y se tambaleaba, lo cogió en los brazos, maravillado de lo pesado que se había vuelto en menos de dos años. Con la ropa, llevaba en la mochila la pistola de César, cargada con sus seis balas, las botas de *vaqueiro* y la bolsa de cintura doblada, con un par de fragmentos auríferos en las costuras; las pesadas herramientas redondeadas por el uso habían

quedado atrás sin pena. En esta vida mudamos la piel varias veces para seguir vivos.

Kupehaki —con la cabeza inclinada hacia delante para contrarrestar el tirón de la *tipóia*, la banda que cruzaba su frente— acarreaba en su nasa algunos cazos, una caja de lata con cerillas, anzuelos y sedales para pescar, la enjoyada cruz portuguesa y, arrebatada de la despensa de la chabola, la magra provisión de leche en polvo, judías secas, *charque*, hojas de *mate* y tortitas agrias y endurecidas de pulpa de mandioca, apenas lo suficiente para tres días. Ella e Isabel se alternaban para llevar sobre la cabeza el hatillo abultado pero no pesado de mosquiteros y mantas, con un viejo pellejo de buey que, extendido en el suelo, evitaba la picadura de hormigas y de arañas venenosas que moraban en la tierra.

La primera noche horrorosa acamparon en un saliente a unos tres kilómetros de la mina; los adultos se turnaron para hacer guardia, mientras la fogata que habían encendido chisporroteaba y la oscuridad circundante crujía al paso de animales desconocidos o espíritus. Hasta los árboles parecían tener voz y un propósito depredador en la extensión de sus miembros. Durante toda la noche gritaron voces angustiadas, mientras el espanto se abría camino a través de la oscuridad. Pero el amanecer brumoso descubrió intactos a los viajeros sin hogar, libres de despejar del residuo de flema las gargantas y los ojos, y de acarrear la carga de supervivencia. Evitando las sendas trilladas, bajaron a través de los valles salpicados de guijarros de la Dourada, encaminándose siempre desde la salida del sol hacia el poniente, en dirección a la interminable meseta ondulada del Mato Grosso. El cielo se volvió inmenso, como si Dios hubiese exhalado un suspiro de alivio y abandonado la ardua tarea de la Creación contentándose con unas pocas marañas bajas, mezclas de cactus y malezas, hierbas altas y, cada tanto, un bosque sin mayor relieve. El árbol más llamativo del *mato* era el pino característico del país, en forma de cono invertido, con cada rama oscura extendida sobre la inferior hasta formar una pirámide, en capas precisas, apoyada en su punta. Kupehaki les enseñó a sacar de la corteza podrida de esos gigantes, cuando caían, suculentas lombrices blancas llamadas *coró* y, si no había fuego a mano, a comerlas crudas y retorciéndose; superados los remilgos, sabían a mantequilla de coco.

En los días y semanas de trayecto hacia el Mato Grosso, Kupehaki les enseñó a coger murciélagos, lagartijas y sapos, arañas, gusanos y saltamontes, a extraer el agua del bombax, un árbol malváceo, a seleccionar bayas y distinguir las que eran tóxicas, qué semillas y frutos secos valía la pena cosechar y descascarillar, y dónde encontrar la miel almacenada por unas pequeñas abejas sin aguijón, llamadas «lameojos», que se deleitan con el sudor humano y acuden furiosas en tropel a los conductos nasales y lacrimales, y las comisuras húmedas de los labios. Eran peores que las moscas chupasangre y las avispa *maribondo*, esas minúsculas abejas capaces de morir en éxtasis entre los fluidos del rostro humano antes que alejarse volando.

La naturaleza estaba patas arriba en Serra do Buraco: había sido escopleada, levantada y pulverizada a causa de la pasión del hombre por el oro. Aquí, en los infinitos montes de matorrales monótonos y la espinosa sabana, las secas elevaciones de *chapidão* alternaban con hilillos de agua parda, el hombre retomaba su lugar humilde en la lucha agitada, el mar de proteína estéril, el espumoso delirio de la depredación. Kupehaki les enseñó a cortar, con la navaja de Tristão, los parásitos grises que con insidia indolora hacían madriguera en sus piernas, y a limpiar en un instante cuando una hoja de apariencia inocente que alguien rozaba soltaba una masa de microscópicas garrapatas anaranjadas que se desparramaban bajo las ropas como lenguas de fuego; si no se quitaban y mataban de inmediato, esas invasoras podían enterrarse en un minuto bajo la piel. Kupehaki enseñó a Tristão a recoger ramas muertas de los matorrales y, cuando se les acabaron las cerillas, a encender la fogata nocturna con dos palos retorcidos en una bolsa de hierba seca, y enseñó a Isabel a levantar un cobertizo de palmas verdes que daba la ilusión de amparo, si no de realidad. Cuando poco más allá del círculo encogido del fuego de su campamento un jaguar dejó oír su rugido, Kupehaki calmó a Azor contándole historias de un dios-jaguar travieso. Ponía tranquilizantes límites a los peligros que los rodeaban, describiendo a los animales salvajes como hermanos de todos ellos. Cuando los monos aulladores chillaron por encima de sus cabezas y les lanzaron una lluvia de excrementos, lo interpretó como un saludo humorístico; describió la mordedura de los pequeños vampiros, cuando se posaban en la mano expuesta de un durmiente durante la noche, como una especie de beso que, con moderación, purifica la sangre. De día, señalaba embelesada la cornucopia de aves: el periquito verde, el ibis y el chorlito blanco, la espátula rosada, la cigüeña jabirú, alta como un hombre, el *bem-te-vi* real de panza amarilla y los vistosos pájaros gregarios cuyos nidos se amontonaban entre las orquídeas moradas que florecían en las majestuosas palmeras *uauçu*. A lo lejos, donde una charca pantanosa refulgía como un espejismo, grumos coloridos, islas rosadas y blancas de flamencos y garcetas rielaban con el calor. Al oír el desacostumbrado sonido de voces humanas, las grandes aves alzaban el vuelo en una suave explosión y mientras se derramaban en lo alto rasgueaban estremecedoramente el aire.

Tristão temía desperdiciar los seis cartuchos del arma de César. Un día le disparó en el ala a una garza y erró; en otra ocasión le acertó a un oso hormiguero que se contoneaba lentamente, cuya aceitosa carne asada enfermó a todos; la tercera vez hirió a un ciervo que a tres patas se internó en la sabana para escapar a la persecución y cayó víctima de los cerdos salvajes, los pecaríes de labios blancos. Resolvió guardar las tres balas restantes para un enemigo humano, en caso de que apareciera. Kupehaki les mostró claros con una capa polvorienta sobre la tierra de color café, donde los indios habían cultivado mandioca, maíz y tabaco, dejando unas enredaderas de calabazas como recuerdo de su estancia de una o dos temporadas. De hombres más blancos — exploradores *mamelucos* nacidos de padre portugués y madre india— había huellas más violentas, montañas de basura plagadas de maleza,

túneles de intentos mineros abortados y las chozas putrefactas de poblados desaparecidos. En ocasiones las ruinas tenían siglos de antigüedad y eran apenas reconocibles como restos humanos: una hilera de piedras que en otros tiempos había sido un muro, una depresión en la tierra de lo que pudo ser una despensa. El hombre había revoloteado avaricioso por esa vastedad sin encontrar nada que lo arraigara. Muchos habían muerto, dejando bajo el cielo gigantesco tumbas elevadas marcadas por anónimas pirámides rocosas o cruces de madera reducidas a pedazos de papel por la acción de las termitas. Donde la madera estaba pintada, las termitas comían alrededor de las letras dejándolas en la tierra como migajas ilegibles de pintura: el nombre de un hombre no duraba mucho en el Mato Grosso.

El ánimo de estos nuevos exploradores, incluso mientras avanzaban al borde de la inanición, contenía esperanzas. Algún día tenía que aparecer en el horizonte una ciudad poblada o un río que los llevara a un lugar en el que su labor fuera útil, en el que sus personas pudieran incluirse en un tejido social. Bajo sus cargas, parecían retroceder en el tiempo, alejándose de las furias que el exceso de población había impuesto a su siglo, hacia un espacio escueto donde todavía podían ser valiosas unas manos humanas bien dispuestas. De los mapas que las monjas le habían mostrado en la escuela, Isabel recordaba que Brasil tenía un límite en el oeste que se convertía en Bolivia o Perú. Allí habría montañas coronadas de blanco, indios con mantas como sombreros hongo y revolucionarios maoístas que podían acogerlos y hacer de ellos soldados en la guerra contra los hombres de traje gris plata.

En el ínterin, su avance a través del monte monótono planteaba la urgencia cotidiana de encontrar alimentos, de seguir vivos, de alejar a los demonios de enfermedades que sitiaban la sangre. Azor, que al principio estaba relleno como un gusano, tenía ahora los miembros delgados y una mirada de ojos hundidos; había aprendido a andar con ellos durante horas seguidas sin quejarse, aunque Isabel tenía la impresión de que su rostro se estaba convirtiendo en el de una momia antigua. Cordélia, que todavía mamaba, había salido mejor librada, aunque a Isabel se le estaba agotando la leche; había perdido sus redondeces femeninas y estaba tan fibrosa como Kupehaki, aunque la piel no colgaba de sus brazos en pliegues tan flojos y arrugados como el colgajo tembloroso que cae del cuello de una iguana. Sus costillas eran tan diferenciadas y delicadas como las nervaduras de una hoja de palmera y sus pantorrillas abultaban con músculos tan duros como los de Tristão. Mientras ella había adquirido un bronceado brillante por el sol de todos los días, con el cabello descolorido en deslumbrante contraste, él estaba polvoriento, con sus hombros negros desteñidos al igual que la mochila otrora brillantemente anaranjada, que se había desvanecido en un rosa débil e irregular, un estandarte rectangular encabezando la marcha a través de las veredas de hierba, matorrales, bosques, una tras otra en las vastedades incesantemente reiterativas del Mato Grosso. Una especie de deslustre se había adueñado de la piel de Tristão —manchones pálidos como un mapa fantasmal en las mejillas y los antebrazos—, y en su densa maraña crespada y lanuda habían aparecido dos o tres espirales grises. Decidió dejar de afeitarse para

conservar el filo de la cuchilla y le había salido una barba rala, más fina y suave que el pelo de la cabeza, barba que creció un par de centímetros y allí se detuvo.

El amor de Isabel por él adquiría nueva forma alargada, como un enorme lazo que daba vueltas en el cielo, en la infatigable amplitud, y luego giraba retrocediendo, sorprendiéndola con su fuerza, una fuerza dormida y despertada por algún repentino ángulo de su rostro rara vez visto —desde arriba, digamos, de manera que la ancha frente seria y cuadrada ocultaba sus ojos semejantes a ventanas hacia la negrura, y la curva en escorzo de su mandíbula se recostaba en el hueco de su hombro musculoso— o por el vislumbre de su cuerpo inclinado y doblado, con el perfil curvado en la faena de encender el fuego, con los nudos de su espina dorsal visibles como las gibas brillantes de una corriente de agua en rápida agitación. A veces, cuando Tristão se acuclillaba junto a la fogata sobre sus largos talones pálidos para revisar el cuerpecillo agotado y paciente de Azor en busca de garrapatas, piojos, sanguijuelas y lombrices, o cuando en plena noche le llevaba a la acongojada Cordélia para que mamara —dado que hasta sus tetas sin leche consolaban a la criatura—, Isabel se sentía al borde de las lágrimas por su extraño goce, el goce de que él la hubiera elegido, que se hubiese acercado a ella bajo la cegadora luz de la playa y se hubiese grabado en su retina, en sus suaves fibras jóvenes, dando claridad a su vida. Tristão la había escogido, tomado y aceptado, asumiendo incluso a esos hijos como propios y como propio el destino de ser perseguido por el padre de ella. Cuando lo miraba moverse desprevenido, lo sentía andar en su interior, de modo que sus tripas se bamboleaban acuosas y asustadas, dolorosamente extendidas, en éxtasis. Cuando ella, con los demás por fin tranquilos —Azor y Cordélia dormidos y entrelazados con la vieja Kupehaki, bajo un único mosquitero sujeto por estacas—, se deslizaba a través del suelo arenoso del campamento para recordarle el amor compartido, con complaciente rapidez a él le crecía el ñame. La impotencia de los tiempos en la mina había desaparecido, aunque la potencia de Tristão, antes fruto de su cercanía como una semilla que brota en una grieta húmeda, ahora llegaba desde cierta distancia, como el murmullo de un trueno que se niega a producir lluvia. En el desierto, y como único hombre de la partida, Tristão se había vuelto evasivamente grande, una luna que aparece del mismo tamaño que un botón muy próximo al ojo.

—Supón que muriésemos aquí, Tristão —le dijo en voz baja una noche.

Los duros músculos del marido sufrieron la rápida contracción de un encogimiento.

—En ese caso los buitres se encargarán de nosotros y tu padre nunca nos encontrará.

—¿Piensas que todavía nos persigue?

—Desde que maté a su esbirro, siento más que nunca a tu padre detrás.

—No es mi padre el que nos persigue sino el sistema —dijo ella, a la defensiva.

—Querida Isabel, nunca tendría que haber entrado en tu vida. Hoy serías una regordeta esposa de la buena sociedad carioca y vivirías en la Avenida Vieira Souto.

Isabel le tapó la boca con las yemas de los dedos.

—Tú eres mi destino. Eres lo que siempre deseé. Soñé contigo y entonces apareciste. Soy realmente feliz, Tristão.

Por la mañana se levantaban, echaban madera seca en las ascuas del fuego, recalentaban la comida que había quedado de la noche anterior, exploraban en busca de alimentos para sustentar la caminata del día y echaban a andar. Si en las cercanías había un arroyo o un lago no muy salobre, se bañaban de prisa, antes de que los parásitos y peces ponzoñosos notaran las salpicaduras de su presencia. Tras alzar el cuerpo lustroso y desnudo de uno de sus hijos, sacándolo del agua fría por el efecto de la noche, Isabel levantaba la vista y la cúpula del firmamento parecía girar sobre un pivote; en el paisaje y su cielo encumbrado, donde las nubes blanquecinas se erguían transparentes o se engrosaban en masas acurrucadas que corrían hacia el este con sus centros simultáneamente plumizos y diáfanos, rumbo a la costa remota, percibía la cualidad de un movimiento inmóvil, una amable crueldad, una ausencia rebosante, una altivez de materia distante que aún contenía cierta ternura en derredor, a la manera en que una cáscara de huevo contiene la albúmina nutriente alrededor de la yema en desarrollo.

Viajando un día tras otro, parecían hallarse en una rueda de molino que, al no moverse en el espacio, había engranado en el tiempo. En la atmósfera del *planalto* había un efluvio de leve picantez ahumada que, pensaba Isabel, tenía que ser el aroma de Brasil que había flotado hasta Cabral y sus naves aquel día de abril de 1500, el olor de la cocina tupí y de la roja madera tintórea que era el único tesoro inicial de ese amplio territorio escondido. Se sentía cada vez más a sus anchas acunada en el ritmo repetitivo del viaje: levantarse después de dormir entrelazados, descubrir que todos se habían trasladado cerca de los rescoldos de cenizas procurándose calor y estaban sucios; bañarse bajo la perlada y cándida luz matinal; buscar bayas, frutos secos y piñas silvestres, animales pequeños a los que apuntar con palos o piedras, lagartijas, topos y ardillas de barriga naranja con descaradas colas del mismo color, búsqueda nunca tan infructuosa como para morir de inanición ni tan próspera como para sentirse llenos, el hambre era como un gas que todos inhalaban y con el que se mareaban; cargar los bultos, en medio de promesas alegres y mendaces al pequeño y quejumbroso Azor, asegurándole que en breve concluiría el viaje; la fila que avanzaba laboriosamente a través de distancias leonadas rumbo a aquella diana occidental, a aquel lejano agrupamiento de araucarias verde oscuro, a aquellos peñascos rosados, a aquella muesca en el horizonte pardo

azulado, y por fin el campamento al atardecer. Bajo la temblorosa mirada enrojecida del sol poniente —como un ascua brillante, una *brasa*— montaban un nuevo hogar, hacían la recolección, el reconocimiento del terreno, y encendían la fogata que centelleaba bajo las primeras estrellas, como un hijo débil del sol que se había puesto.

Isabel se encontraba a salvo y cómoda en esta rutina recurrente, pero Kupehaki notaba signos cada vez más recientes de cultivos en la sabana. En un valle poco profundo que evitaron, vieron una manada, no de ciervos salvajes, sino de caballos, las descomunales bestias serviles de ojos extraviados que el intruso europeo había llevado al continente.

—Guaicurúes —dijo la anciana tupí, pero no logró explicar qué significaba esa palabra. Kupehaki se limitó a poner los ojos en blanco y descubrir sus dientes, que habían sido afilados en punta cuando era niña. Su comportamiento, en los últimos tiempos nervioso, se contagió a los niños, cuyos gritos, quejas y demandas imposibles de satisfacer irritaban, a su vez, a los fatigados adultos.

Llegaron a un río amarronado, demasiado ancho y rápido para vadearlo. Quedaban unas pocas estacas pudriéndose en el agua, en forma de X, para sustentar la pasadera de un rudimentario puente indio que se había llevado la corriente. Al día siguiente harían una armadía con leños de balsa entretejidos con lianas. Vieron unas terrazas arenosas levantadas a la orilla del río y sobre la más elevada, cerca de una densa franja de palmas *uauacu* y las más altas y delgadas *carandá*, se instalaron para pasar la noche.

## 19. El ataque

19

El ataque

Un animado goteo y salpicaduras en las márgenes del río, sumados al croar de las ranas, impidieron a Isabel dormir profundamente, de modo que fue una prolongación de sueños a medio formar el que unos hombres altos y desnudos, pintados como cartas de una baraja, se materializaran a la tenue claridad de la luz de luna y del brillo reflejado por las ascuas mortecinas del campamento. La lengua que hablaban entre sí era discordante y rápida pero no ruidosa, ni siquiera cuando el ataque alcanzó su pronta crisis. Debían de haberlos espiado, pues todos sus movimientos estaban planificados. Dos sombras cogieron a la anciana Kupehaki y la levantaron; mientras una le sujetaba los brazos, la otra la agarró del pelo, y, cercenándole el cuello con la curva blanca de una quijada de dientes afilados le retorció la cabeza, separándola del cuerpo; hubo un penacho, un plumón negro de sangre cuando el cuerpo cayó. En la garganta de Isabel brotó un grito de incredulidad que se quedó atascado. Entonces y siempre, en pesadillas, tuvo la impresión de que la cabeza cortada la contemplaba con su serenidad de párpados pesados, como diciéndole que había hecho todo lo posible y que ahora aguardaba una palabra de despedida de su ama.

Las otras dos sombras altas alzaron a los niños, todavía acurrucados y dormidos en sus capullos de mosquitero, y desaparecieron chasqueando la lengua para internarse en la franja de palmeras. Azor intentó gritar pero una mano debió de taparle la boca. Otra sombra había invertido la cesta larga de Kupehaki y registraba el contenido desparramado en busca de tesoros sobre la tierra arenosa, al lado del cadáver decapitado.

Tristão se había puesto en pie con dificultad y por eso el indio destinado a aproximarse a ellos se detuvo. La perturbación había avivado el fuego mortecino en un fulgor de vida, fulgor que les permitió verse las caras. El indio iba desnudo salvo la funda cónica para el pene, además de los brazaletes de conchas y dientes en las muñecas y los tobillos. Su cara, completamente depilada, por lo que sus ojos sin pestañas tenían una mirada rojiza y herida, estaba cubierta de dibujos semejantes a encajes hechos con tintes rojos y azules, y a la manera de blancos colmillos tres varillas de hueso sobresalían de su labio inferior perforado. Llevaba el cabello corto y rígido gracias a algún tipo de cera; cuando abrió la boca, descubrió sus dientes torcidos y negros. Los mostró porque bajo la misma luz borrosa por la que era mirado, vio al hombre más oscuro y a la mujer más clara que jamás hubiese visto, visión que fue al tiempo terrible y sagrada para él. Llevaba una lanza de bambú afilado y sin duda con la punta envenenada, pero la mantuvo en lo alto durante un



segundo fatal, como el pescador que vacila para calcular el ángulo mediante el que su arpón debe perforar el agua engañosa. Isabel olió el intenso hedor resinoso que despedían los cabellos tiesos y vio que en el lugar donde el indio debería haber tenido orejas había alas de pájaro. Entonces Tristão le disparó con el arma de César.

El atacante dejó caer la lanza y, emitiendo un grito gutural de asombro, se sujetó el costado del cuerpo, como si una abeja le hubiera clavado el agujón. Intentó correr, pero la herida que había recibido su cuerpo volvió sus piernas asimétricas, por lo que corrió en círculo y luego cayó hacia el fuego todavía pedaleando, hundiendo sus pies en la arena. Los otros indios, con la cobardía desvergonzada de los salvajes, habían desaparecido al oír el disparo que a Isabel le sonó como una bofetada, despertándola por fin. ¿En qué momento se había puesto en pie de un salto para estar junto a Tristão en el último segundo de vida? No tenía memoria de ello. En cambio, el aroma resinoso le recordó las lecciones de violín que le hacía tomar el tío Donaciano; como en todas las clases de esa naturaleza —dibujo, danza y bordado—, no había aprendido nada: sólo tenía aptitudes para el amor.

Tristão se acercó al cuerpo pataleante del indio y le apuntó, pero no disparó; sacó de los *shorts* la que debía de ser su cuchilla de afeitar y se agachó para hacer algo que su espalda impidió ver a Isabel. Cuando volvió a incorporarse, el mortífero estremecimiento de su expresión se dispersó en el rostro de ella como si fuera rocío: seguir vivos era extraño y húmedo.

—Tengo que guardar dos balas —le explicó Tristão—. Probablemente para ti y para mí, si regresan.

La idea de morir a manos de Tristão contenía en sí un hermoso trasfondo justiciero que estremeció como un rayo todo el espinazo de Isabel. Luego se abrieron ante ella, contra el brillante abismo de la fantasía, las horas amargas de la realidad. El cadáver de Kupehaki yacía a sus pies, tras liberar detritos malolientes en el paroxismo de la muerte.

—¡Se han llevado a nuestros hijos! —gimió Isabel, siendo un embuste el pronombre posesivo.

—Los indios tienen caballos —replicó Tristão—. Presta atención y oirás los cascos alejándose. Jamás los alcanzaríamos a pie. —Jadeaba, la muralla de su frente se había anudado en un fruncimiento del entrecejo. Estaba furioso, aparentemente, con ella.

—Mis bebés —dijo Isabel antes de desmayarse.

La tierra arenosa fue a su encuentro tal como el colchón empolvado de su cama infantil flotaba hasta su cuerpo cuando, en los días anteriores a que su madre muriera de parto y su padre se convirtiera en un monstruo herido, éste la llevaba dormida en sus brazos desde algún

lugar luminoso y emocionante en el que todos habían estado juntos, y en el fugaz despertar de un solo parpadeo ella tenía conciencia de esos brazos fuertes, de las sábanas blancas y mantas peludas que la envolvían, de su cansancio y confianza mientras la trasladaban desde el cubo profundo de un sueño a otro.

## 20. Solos y juntos

20

Solos y juntos

Cuando Isabel recuperó el conocimiento, la luz matinal chispeaba en la parda superficie deslizante del río y Tristão estaba sentado contemplando el fuego que había reavivado. Ella se internó entre los arbustos para responder a la llamada de la naturaleza y vio en la vegetación quebrada y los hundimientos en la arena por dónde había sido arrastrado el cadáver de Kupehaki. En breve las hormigas y los buitres reducirían a nada a la fiel tupí. Isabel tenía la boca seca, el estómago vacío.

—¿Qué haremos? —preguntó a Tristão.

—Vivir, mientras podamos —respondió él—. Tenemos que cruzar el río. Debemos seguir avanzando hacia el oeste. A nuestras espaldas sólo hay pesares y peligros.

—Pero Azor y Cordélia... —Las mejillas de Isabel se llenaron de lágrimas al imaginar sus pequeños miembros flexibles y la confianza brillando en sus grandes miradas húmedas, como copas levantadas a la espera de que las llenen. Hasta cuando el hambre y el cansancio caían sobre sus frágiles cuerpos desprotegidos, la habían mirado con fe.

—No contamos con las fuerzas ni el poder necesarios para recuperarlos —replicó él—. Y aunque los tuviéramos, ¿cómo podríamos protegerlos contra los riesgos de este desierto? Tal vez estén mejor, queridísima Isabel, con quienes saben cómo sobrevivir. Si los salvajes hubieran querido asesinarlos, lo habrían hecho en ese mismo momento.

La furia impotente de Isabel asomó a la superficie. Tristão le parecía demasiado complaciente al señalar tan fría y razonablemente su desesperada situación.

—¿Y para qué nos molestaríamos nosotros en vivir? —le preguntó—. ¿Qué le importa al mundo si morimos ahora o más adelante? —Su ademán abarcó todo el territorio que se extendía más allá del Mato Grosso—. ¿Por qué luchar siquiera para vivir un día, Tristão?

Él la miró con cautela —la cabeza ligeramente inclinada a un costado, los párpados entrecerrados—, como había hecho cuando sólo era un ladronzuelo playero, aunque desde aquellos tiempos su rostro había adquirido las primeras arrugas.

—Es pecado incluso preguntarlo —argumentó—. Vivir es nuestro deber.

—¡Allá no hay nadie a quien le importe cuál es nuestro deber! —gritó Isabel mientras señalaba el cielo—. ¡Dios no existe, nuestras vidas son un terrible accidente! ¡Nacemos en una confusión de dolor, y la pena, el hambre, el miedo y la lujuria nos impulsan sin ningún sentido!

Ahora la expresión de Tristão se volvió grave y le habló en voz baja, como si quisiera hacer retroceder las quejas de Isabel desde la vastedad de un silencio escandalizado.

—Me decepcionas, Isabel. ¿Por qué es tan complejo el mundo si no tiene ningún sentido? Piensa en todo lo que interviene para que vivan hasta el menor insecto y la brizna más pequeña que nos rodean. Dices que me amas, por lo tanto tienes que amar la vida, un don por el que debemos dar algo a cambio. Yo creo en los espíritus y en el destino —le dijo—. Tú fuiste mi destino y yo el tuyo. Si morimos ahora sin luchar, nunca alcanzaremos nuestro sino. Tal vez el futuro incluya que rescatemos a tus hijos, tal vez no. Pero algo sé, Isabel: tú y yo no hemos sido unidos para alimentar con hijos las fauces del mundo, sino para poner a prueba el amor..., para dar al mundo un ejemplo de amor. Esto mismo sentía en la fábrica de *fuscas*, cuando parecía que nunca volvería a verte.

Y cierto fue que ella, sometiéndose al juicio de Tristão y soportando con él las siguientes semanas de deambular y agotarse lentamente de hambre, sintió más amor que nunca. Su necesidad de hacer el amor con él jamás había sido tan intensa, ni siquiera en el hotel de São Paulo. En el desesperado aislamiento en que vivían, follar era una demanda para él y también una forma de consuelo, y un recordatorio para sí misma de que seguía sobre esta tierra, el ruego de que la perdonara y un perverso triunfo de las fuerzas que flaqueaban. Dado que tenían poca comida, hacer el amor se transformó en su alimento. Como estaban perdidos, sus cuerpos se convirtieron en el punto del destino mutuo, en su único hogar. No eran tan hábiles como Kupehaki para cosechar, de modo que varias veces comieron por error bayas tóxicas, o desenterraron raíces venenosas y las hirvieron. Las fiebres y las alucinaciones estuvieron a punto de llevárselos, la diarrea vaciaba sus intestinos hasta alcanzar la pulcritud del mármol fregado. Aunque demacrada, nauseosa y temblando de fiebre hasta que le castañeteaban los dientes, Isabel quería jugar con el ñame, rastrear esas venas hinchadas con la punta de la lengua, sorber la gotita de néctar transparente de la única raja pequeña que contenía, antes de sentir su ímpetu de fricción entre las piernas y la espalda dura como una tabla nudosa bajo sus manos apretadas. Si había de rendir sus últimas fuerzas en uno de esos abrazos, su vida quedaría conformada como una flor, con la tierna campanilla abierta a la luz vital.

Él, asombrado por la pasión de Isabel, tan superflua y extravagante como una orquídea espiralada que se alimenta del aire, dejaba que lo excitara incluso cuando su vitalidad se había hundido tanto que sentía el propio esqueleto como pesadas piedras que arrastraba en un delgado

saco de piel a través de los *chapadões* y que de noche dejaba caer mareado en el duro lugar de reposo. Demasiado débil para levantarse de la tierra, miraba ensoñadoramente a Isabel desnuda cuando lo montaba a horcajadas y descendía hacia su pene: las caderas, el vientre y el monte de Venus con su pelusa transparente, en toda su redondeada delgadez, en su último indicio de adiposidad femenina. Isabel se deslizaba sobre él, primero seca, luego húmeda y pegajosa, bajando hasta la negra espuma oleosa del vello púbico, subía y volvía a bajar mientras los senos encogidos temblaban en su pecho blanco con las costillas como nervaduras de una palma.

Al principio el hambre es dolorosa, un intruso roedor y glotón, pero luego se transforma en un narcótico, una bruma y una debilidad acostumbradas donde la conciencia flota sin protestar. Hasta los monos aulladores, en las parcelas boscosas, retrocedían respetuosamente en el todo de verdor para dejar pasar sus fantasmas. Los puntos húmedos y barrocos tenían huellas recientes de pacas y tapires, aunque ellos nunca vieron esos animales, y de todas formas habrían estado demasiado débiles para cazarlos. Las clases de botánica que tomó Isabel le permitían diferenciar la palma buriti, con sus frondas rígidas en abanico, de la bacaba, con sus larguísimas hojas curvas y su aspecto desaliñado, la nacury de lento crecimiento, la espinosa palmera buritirana de tallo esbelto y amiga del terreno húmedo, y la más esbelta aún acaí, de tronco tan recto como una flecha; pero estos árboles no producían nada comestible en esa estación, ni frutos secos ni palmitos. La vida lozana que los rodeaba era el atormentador empapelado de una celda estéril. En una ocasión llegaron a un bosque petrificado en su totalidad, a medias erguido y a medias derrumbado en grandes cascadas como los de un templo destrozado, las columnas hechas trizas calcificadas en matices de verde musgo y rosa terroso, blanco inerte y azul reticente. ¿Cuál era el dios que había sido ardientemente adorado allí y sin embargo encontró la muerte?

Cuando estaban en un tris de darse por vencidos, unos picaflores iridiscentes, de lomo esmeralda, pecho amarillo y alas multicolores, revolotearon en el aire delante de ellos como fruta que implora que la arranquen; Tristão e Isabel aprendieron a alargar la mano para coger a los pajarillos, anulando el frenético aleteo en las palmas de sus manos y rompiéndoles el cogote con un capirotazo del pulgar. Siete u ocho picaflores, laboriosamente despojados de sus exquisitas plumas de reflejos metálicos y asados, insertados en palos finos como agujas, sólo procuraron unos pocos bocados de dura carne agridulce. En otro momento se encontraron rodeados por un círculo de anacardos maduros, una plantación abandonada por fugaces agricultores ya desaparecidos, y comieron vorazmente todos los que pudieron alcanzar, fruto y gruesa piel incluidos. Así, de efímero festín en efímero festín, deambularon hasta una espesura cada vez más densa en la que resultaba difícil ver moverse el sol hacia el poniente y donde a menudo la luz del día solamente era una chispa gélida por encima de la última capa de vegetación.

Habían iniciado la temporada que pasarían solos, nadando en el río pardo frente al fatal campamento. Cada uno de ellos cogió como flotador un grueso tronco de palmera caído, pero los leños podridos absorbían agua como esponjas y pronto se hundieron. Tristão tuvo que remolcar a Isabel los últimos cien metros; ella apoyó su blanca mano en el hombro lustroso como una sanguijuela agarrada a un esturión negro brillante. Afortunadamente, las pirañas que picoteaban sus tobillos pataleantes no estaban acostumbradas a la carne y los movimientos humanos, y ningún chasquido azaroso de sus mandíbulas provocó las gotas de sangre que las habrían disparado frenéticamente. Cuando le flaqueaban las fuerzas, Tristão encontró bajíos arenosos bajo sus pies; él e Isabel llegaron vadeando y resollantes hasta la orilla opuesta del río. Sin saberlo, habían cruzado el *planalto* desde la región en que los ríos desembocan al sur hacia Paraguay, hasta el territorio de los pareci, donde los cauces son afluentes, más de mil kilómetros al norte, del Amazonas.

## 21. El rescate

21

El rescate

Habían transcurrido varias semanas. Se dieron por vencidos, dispuestos a morir. Un palmar de carnaubas les proporcionaba una agradable sombra movediza; a través de los troncos esbeltos y ondulantes, Tristão e Isabel vislumbraron una cuesta herbácea y achaparrada hacia un río más, a este lado de otra cuesta en el *chapadão* aparentemente infinito. Corrían las últimas horas de la tarde; las delgadas sombras entretejían más apretada su suave red, los mosquitos y jejenes empezaban a infligir las picaduras a que Tristão e Isabel se habían vuelto insensibles tiempo atrás.

Los enamorados se cogieron de la mano y volvieron los rostros al cielo; él oyó que la respiración de Isabel se hundía en un ritmo áspero, más lento, y por última vez observó su perfil: la frente tostada por el sol donde el nacimiento de los cabellos rubios retrocedía brillante de las sienes, la curva de la parte inferior de la cara indicativa de una sensualidad y una capacidad de picardía que él había adivinado a primera vista. Sus dedos encontraron —flojo en el dedo adelgazado— el duro círculo del anillo con el sello DAR que antaño le había regalado y sus ojos, casi tan entumecidos como la mano, descubrieron más allá del perfil de Isabel la presencia de unas botas altas de cuero, estropeadas por el vapuleo y las inclemencias del tiempo. Había otras botas, botas de hombre con el mudo aspecto desgastado de patas de animales y, más arriba, andrajosos pantalones de montar de tela áspera en una variedad de colores desteñidos.

Tristão se sentó erguido y sintió la punta de un estoque en el hueco del cuello.

—Quieto, negro —dijo no sin cierta amabilidad una voz profunda, con un peculiar acento cortés que Tristão nunca había oído. Un semblante cobrizo, regordete pero no blando, del todo barbudo y enmarcado por un ancho sombrero de cuero, surgió atrás de la empuñadura repujada del estoque—. Por tu aspecto, hace tiempo que no encuentras comida. Bastaría un pinchazo para mandarte al otro mundo. ¿Y qué es esa visión que duerme a tu lado? Una rubia princesa, en apariencia, muy desviada de la corte del buen João Quinto. ¡Dos cuadros de un tablero de ajedrez que han llegado para jugamos una partida!

Por el tono alborozado de su risa y la de los acompañantes que se apiñaron curiosos alrededor, Tristão no dudó de que le esperaba algún tipo de broma. Incluso cuando ajustaron unos grilletos pesados y

oxidados alrededor de sus muñecas, además de un collar de hierro con una cadena colgante alrededor de su cuello, abrumado por la pasividad y la fatiga, sintió que lo hacían por su bien.

Isabel despertó con un suave grito, en apariencia transportada desde el escenario en desaparición de sus sueños.

—Si hemos muerto, Tristão, en el Cielo hay ángeles ramplones.

Los seis o siete hombres eran barbudos e iban ataviados con trozos desgastados y harapientos de cuero y género; todos llevaban una especie de curiosa armadura en el tórax, un caparazón de cuero sin curtir acolchado por dentro con algodón, lo bastante blando para ser cómodo, pensó Isabel, y al mismo tiempo lo suficientemente duro para protegerlos de las flechas. Sus vestimentas evidenciaban años de uso a la intemperie; algunos llevaban sombrero de palmas entretejidas en lugar de cuero, otros usaban pañuelos atados en la cabeza en lugar de sombreros, a varios les faltaba algún miembro. Unos cuantos portaban mosquetes y trabucos naranjeros. Parlotearon encantados al oír hablar a Isabel, como si desde Venecia o Amberes hubiesen transportado un arpa melódica hasta ese remoto paraje del progreso civilizador. Hacía una eternidad que no oían la voz de una blanca. Se les unieron alrededor de veinte indios cuyo atuendo iba de la total desnudez hasta la blusa y pantalones holgados de un peón de campo. Un salvaje ceñudo llevaba plumas de loro cruzadas, insertadas a través del tabique nasal; otros habían decorado su desnudez con brazaletes de piel de mono y collares con muchas vueltas de perlas conchas de agua dulce; pero todos, incluidas varias mujeres embarazadas o con niños de pecho, parecían armonizar en ese grupo abigarrado, y todos, tan persistentemente como moscas, se reunieron alrededor de Tristão y lo tocaron a fondo, descaradamente inspeccionando sus partes como si se tratara de un curioso mecanismo.

Fueron más reacios a tocar a Isabel, quien intentó hacer uso de su autoridad interponiendo su cuerpo delante del de Tristão, pero la rudeza con que fue empujada a un costado marcó un límite al respeto que correspondía a su pálida belleza. Ella también sintió un límite en la medida en que su ligero acento femenino y carioca penetraba en los nublados tímpanos de esos aventureros envueltos en cuero. No obstante, en una curiosa muestra de deferencia, el jefe de la banda —el que llevaba el estoque— le permitió sostener la cadena del grillete del cuello de Tristão como reconocimiento a su propiedad prioritaria.

—Tengo miedo, Tristão —confesó a su marido en un susurro.

—¿Por qué? Esta es tu gente. —La hirió con su tono hostil y amargo. Entre ambos se había abierto bruscamente un abismo, después del largo viaje en que sus cuerpos menguantes casi se habían fusionado. Tristão agregó, ablandando un poco la voz—: Al menos nos darán de comer. Estos pillos están gordos como cerdos.



La partida se encaminó cuesta abajo por un sendero cada vez más ancho, hacia el río. Campos despejados y plantaciones atendidas de mandioca y judías los prepararon para la vista del asentamiento, un surtido desordenado de chozas con techo de palmas redondas, algunas abiertas a los costados al estilo indio, otras con paredes de troncos y adobe, acordes con un sentido europeo de la intimidad. A la orilla del río había andamios para secar pescado y arcos de estacas dispuestas para sostener redes. Se veían algunos cascos de piraguas inacabadas, rodeadas de virutas, y unas pocas herramientas de hierro oxidado. Una *bandeira* deshinchada y podrida por el sol, con una cruz y un escudo visibles entre sus pliegues, colgaba lánguida de un poste de bambú encajado en la cuña del techo de madera de la estructura más grande del campamento, una casa comunal abierta donde podía reunirse toda la población. Allí fueron llevados los dos cautivos, ante una asamblea, después de que diestras e insistentes manos indias les dieran de comer y los bañaran durante una hora. Su descubridor los condujo a través de una exaltada muchedumbre hasta otro hombre cobrizo, parecido a él aunque mayor y más delgado; el segundo estaba sentado en una silla de cestería cuyo alto respaldo de mimbre, ornamentado con una piel de jaguar moteado que incluía el cráneo gruñón, imitaba el esplendor de un trono.

—Tengo el honor de ser el capitán de esta *bandeira* de valientes y piadosos paulistas —explicó, presentándose con irónica sonoridad—: Antônio Alvares Lanhas Peixoto. Ya habéis conocido a mi hermano menor, José de Alvarenga Peixoto. —La barba de Antônio estaba recortada en punta y el color de su rostro, el pardo amarillento de la mezcla racial de familia, era casi dorado, un oro moreno que brillaba en sus pómulos y en la curva de la prominente nariz ganchuda. Imaginó que Isabel le observaba la nariz, apoyó un dedo en ella y continuó—: Mi madre era una carijó y mi padre un cristiano nuevo, es decir, un antiguo hijo de Abraham, como son la mitad de los residentes de São Paulo. El Santo Oficio de la Inquisición bahiano nunca extendió sus benditos servicios tan al sur, aunque —se apresuró a añadir— los sacerdotes no habrían encontrado ausente en nosotros una ferviente ortodoxia. ¿Acaso no hemos arriesgado nuestra vida y cordura por las heridas de Dios, por la salvación de las almas paganas? ¿Acaso no hemos errado durante incontables años por este maldito infierno de cactus y hormigueros, atormentados por todas las formas de peces de dientes afilados e insectos chirriantes que el Hacedor de Todo consideró acertado inventar? ¿Acaso no hemos sido acosados sin misericordia y por doquier precisamente por los mismos salvajes que intentamos salvar, salvajes armados y enloquecidos por los jesuitas españoles, que son traidores de sotana negra a su raza y su religión?

Estas preguntas exhortatorias no parecían dirigidas exactamente a Isabel —aunque incluso en el punto culminante de su furia oratoria mantenía fijo en ella un brillante ojito del color amorio del ámbar— sino a la harapienta banda de guerreros reunida a espaldas de los cautivos.

—Los blasfemos togados albergan a los infieles —informó a Isabel, con referencia a los jesuitas— en las llamadas reducciones, para su propio beneficio y lascivia, manteniéndolos ociosos, desnudos y en el culto a Satanás, cuando somos *nosotros* quienes en verdad los reduciríamos, en nuestros asentamientos y en las *aldeias* del rey, a una religión de inspiración divina, un trabajo útil y un decoro civilizado.

—He oído hablar de reyes —dijo tímidamente Isabel—, aunque gobernaron hace mucho tiempo.

—Sí —interrumpió José, de cara más redondeada que su hermano—. Hemos estado en estas tierras interiores mucho tiempo, habiéndonos jurado no retomar sin indios o sin oro. Si duramos más que uno o dos reyes y descubrimos que en nuestra ausencia hemos engendrado milagrosamente dos o tres hijos, ¿qué significará eso cuando como ricos regresemos a nuestros Estados, con tropas de sirvientes bien dispuestos para emplear y más tierras para traficar? ¡El oro blanco es el objetivo, el oro rojo la ganancia!

Su hermano levantó un largo índice a fin de silenciar tan rapaz entusiasmo.

—Reclutamos al salvaje para su propia salvación —recordó a todos los reunidos mientras se dirigía a Isabel—. Aunque nos abofeteen una mejilla, volvemos la otra y nos limitamos a aprehenderlos, cuando ellos asesinarían sin pensarlo dos veces. En las tinieblas de su ateísmo, comen los sesos y los órganos internos de sus enemigos para adquirir valor en el combate. Nosotros corregimos costumbres tan engañosas para enseñarles en cambio la ciencia y el trabajo útil. ¡Así, en medio de las crueldades de la batalla, aunque nos paguen con flechas envenenadas, los iniciamos en las mercedes de nuestro Salvador!

Nadie pudo reprimir una sonora carcajada ante estas rotundas declaraciones; mientras los otros *bandeirantes* cedían a una risueña algarabía, José confió a Isabel y Tristão, con la astucia de un viejo conocido:

—Salvo que sean demasiado débiles o pequeños para trabajar, por supuesto, o las mujeres demasiado viejas para calentar la cama de un hombre.

—¿Entonces todos los nativos que están a nuestro alrededor son esclavos? —preguntó Isabel a Antônio.

—Os ruego, niña, que no digáis «esclavos». La esclavitud de los indígenas está prohibida por firmes instrucciones reales y condenada por una reiterada bula papal. Lo único que intentamos es la «administración». Los que veis alrededor son nuestros aliados, tupíes, guaraníes y caduveos ganados a nuestra causa y, por ende, nuestros guías y afectuosos compañeros. Muchos de nosotros hemos nacido de madres indias y concebimos en la misma cepa. Hay otros que, de

acuerdo, escaparían a nuestro servicio si pudieran. Pero Dios aún no ha favorecido nuestra expedición con una amplia cosecha de almas convertidas y muchos de los que ganamos para Jesús han sido llamados para siempre, ay, a Su hogar celestial, a causa de las fiebres y las viruelas. Nuestro capellán ha agotado sus existencias de vino precioso impartiendo la extremaunción.

—Los tunantes escapan —irrumpió José—, escapan al morir. ¡Son tan desagradecidos de nuestra protección que desean, canallescamente, que sus corazones dejen de latir! Por eso vuestro negrito, señora, es recibido aquí como un tesoro; ni siquiera en São Paulo son muchos los que pueden permitirse el lujo de tener negros pura sangre. Se trata de una raza que Dios creó para enriquecer a sus superiores: los hijos de Cam para servir a los hijos de Sem y de Jafet. Ellos no mueren. Lloran su pestilente tierra natal, fabrican con sus manos ídolos y tambores, y si se reúnen en cantidad suficiente se rebelan y huyen al desierto, donde forman *quilombos* en los que todo es licencia y anarquía, pero no mueren en números tan traicioneros a manos nuestras.

—¡El no es ningún esclavo! —exclamó Isabel.

Las barrocas cejas de Antônio, en las que había curvadas hebras grises mezcladas con mechones cobrizos, se enarcaron en afable sorpresa.

—¿Entonces qué es?

—Mi hombre..., mi compañero, mi marido —replicó Isabel. Se preparó para recibir una andanada de burlas, pues parecía absurdo hablar así de un ser tenazmente callado, sujeto por un collar y una cadena como un perro o un mono, pero la respuesta fue un silencio atónito—. Lo amo —dijo a ese silencio con una vocecilla vacilante por los muchos kilómetros que había acarreado ese amor como una pieza de porcelana de Dresden, a lo ancho de Brasil.

Antônio se inclinó hacia delante, todavía cordial, con nueva intensidad en sus ojos ambarinos.

—Cuéntanos vuestra historia —le ordenó.

—Hemos estado viajando hacia el oeste durante más semanas de las que es posible contar —explicó ella—, escapando al disgusto de mi padre por nuestra unión, en busca de un lugar en el que pudiésemos instalarnos y desempeñar una tarea útil. Hace aproximadamente catorce días, nuestra pequeña partida fue atacada por unos salvajes pintados que mataron a nuestra fiel tupí, raptaron a nuestros dos hijos y huyeron montados en unos caballos gigantescos. —Con este breve relato, la suma de sus pesares se introdujo en su espíritu agotado y corrieron las lágrimas por sus mejillas, al tiempo que le ardía la garganta por la contención de los sollozos.

—Esos eran guaicurúes, la encarnación del diablo —terció José, entusiasmado—. Les ha dado por los caballos árabes como si fueran mágicos, no usan monturas ni estribos, montan de un salto. Sus mujeres, para que la tribu continúe nómada, exterminan a los hijos en sus vientres, produciéndose a sí mismas violentas heridas que las dejan infértiles para siempre; a fin de compensar la escasez de niños, los roban donde pueden para criarlos como propios, en las costumbres de Satanás. Tan desnaturalizados son esos sinvergüenzas que tienen hombres vestidos de mujer, hombres que mean agachados y supuestamente sangran una vez por mes. ¡Sus sacrilegios no conocen fronteras!

Isabel se dirigió a Antônio.

—Señor, ¿sería posible...? —Se le quebró la voz en la garganta dolorida—. ¿Podrían usted y sus partidarios rescatar a mis hijos?

El capitán de la *bandeira* se inclinó hacia ella al estilo de un padre amoroso.

—Los guaicurúes son muchos y muy feroces —respondió Antônio con tono pesaroso—. Nosotros éramos tres veces más que ahora antes de nuestras batallas con ellos.

—Y con sus hermanos en la maldad, los paiaguá —interrumpió José afanosamente, sudando indignado dentro de su grueso caparazón de cuero—. ¡Estos no tienen caballos sino canoas en las que sobrevuelan el agua como pájaros! ¡Nadan como peces, con machetes en la boca!

Antônio preguntó a Isabel, con las cejas y la puntiaguda barba entrecana ejerciendo en ella una presión que le recordaba la abultada frente en declive de su padre:

—¿No luchó el que pretendes que es vuestro marido por proteger a los niños que eran tan suyos como tuyos?

No era momento de explicar lo dudoso de la paternidad de Tristão. La confusión del ataque —los niños envueltos en el mosquitero como larvas, los guaicurúes con su pintura roja y azul, los delgados huesos blancos que salían como rayos de sus labios— devolvió a Isabel la horrenda visión, al tiempo que replicaba:

—Lo hizo. Mató a uno de un disparo, pero ellos eran demasiados y ya se habían llevado a los niños.

—¿Has dicho un disparo?

José intervino.

—Hemos encontrado este mecanismo entre sus pertenencias, señor. Parece maravillosamente fabricado y creímos que era un juguete holandés o una caja de rapé italiano hasta que un examen a fondo indicó que se trataba de una pistola, aunque cuadrada y astutamente encogida, además de que no tiene llave de fusil. —Entregó a su hermano el arma de César.

Antônio inspeccionó las sedosas superficies pulidas a máquina y, con un garboso ademán digno de un antiguo mosquetero, apuntó por encima de sus cabezas, aunque no muy lejos, y apretó el gatillo. La acre ola del estampido y el sibilante vuelo de la bala traspasaron la casa comunal, sin dejar orificio visible en el techo de paja; divertido, el capitán volvió a disparar; la tercera vez sólo produjo un chasquido. Esas eran las dos balas que Tristão guardaba para Isabel y para él: ahora no tenían más remedio que seguir viviendo.

—Como tú has dicho, hermano, un juguete de niños. Su cañón no podría contener suficientes proyectiles como para derribar un *beija-flor*. —A continuación Antônio se dirigió a Isabel con tono concluyente—. Este esclavo negro ya no es vuestro marido, querida niña. Los esclavos no se casan. Pero no desesperes. Soy un hombre solo y no tan viejo en mis facultades, ya lo descubrirás, como puede parecerte a primera vista.

El porfiado silencio de Tristão al lado de Isabel fue una especie de trueno, como la palpitación de su propio y persistente corazón sorprendido.

## 22. El campamento

22

### El campamento

El viejo capitán de la *bandeira* tomó por esposa a Isabel..., la tercera, puesto que dos mujeres aborígenes, Ianopamoko y Takwame, ya atendían sus necesidades. Ninguna de las dos dio muestras de resentirse por la adición de Isabel al hogar; las manos de ella les aligeraban el trabajo, y durante el primer año fueron dispensadas en gran medida del servicio en el lecho de Antônio. Isabel quedó embarazada y el segundo año tuvo un hijo de ojos ambarinos, al que llamó Salomão con la esperanza de que de mayor fuera sensato y llevara con dignidad el nombre de su abuelo, lo que tal vez aplacaría la furia persecutoria de éste. Cuando hizo llegar clandestinamente su decisión a oídos de Tristão, por intermedio de Ianopamoko —la más joven de las concubinas indias, menor incluso que Isabel, una exquisita beldad tupí-kawahib de torso cilíndrico, sin cintura, y de graciosos miembros delgados—, él rió desdeñosamente y maldijo a su mujer. «Que su hijo le devore el corazón», dijo, y el delicado rostro de Ianopamoko, mientras se esforzaba por imitar la mueca de labios gruesos del negro, se contorsionó tan ferozmente como para resultar cómico. Un dibujo de encajes en pintura índigo cubría los rasgos bastante chatos de Ianopamoko, con líneas de puntos y formas de anzuelos cargadas de significado sólo conocido por la bruja arrugada que renovaba los diseños cuando se desvanecían, y quien estaba cerca del gran olvido, o del inmenso recuerdo, de la muerte.

Tal vez la maldición de Tristão ejerció su efecto, porque el bebé permanecía curiosamente quieto y flácido en brazos de Isabel, mientras que Azor había pataleado y empujado con sus pequeños músculos regordetes desde las primeras semanas.

Al principio pusieron a Tristão —con una suerte de esposas en la pierna para impedirle escapar— a trabajar en los campos, las tierras agotadas con plantaciones de mandioca y maíz, boniatos y chufas, tabaco, calabazas y judías negras; pero más adelante, a medida que fueron evidentes las habilidades mecánicas que había desarrollado en la fábrica de *fuscas* y en la mina de oro, lo destinaron a tallar las piraguas para el eventual traslado de la *bandeira* río abajo. Las canoas tenían que ser sólidas y anchas, a fin de que los guerreros paiaguá —que nadaban bajo el agua— no pudieran volcarlas; era necesario ahuecar esmeradamente los nogales, caobas y araucarias más grandes, y darles forma con la única azuela de hierro oxidado que había en el campamento. Los hermanos Peixoto abrigaban la esperanza de que ese río los condujera hasta el Madeira, donde según informes de expediciones anteriores las aldeas indias eran densas como uvas de un

viñedo que imploran ser arrancadas, y de ahí hasta el Amazonas para luego volver por mar a su tierra, a vivir una vejez paradisiaca en la provincia de São Paulo, rodeados por antiguos salvajes domesticados y agradecidos.

Tendida junto a Antônio en la cama, debajo de un alto crucifijo fascinantemente trabajado —cada uña de las manos y de los pies, cada clavo e hilillo de sangre más real que la realidad—, Isabel oyó la historia del largo viaje de los *bandeirantes*: cómo habían partido muy animados y con abundantes provisiones, sus esposas, hijos y banqueros que los respaldaban vitoreándolos y despidiéndolos durante los primeros kilómetros de carretera bien cuidada; cómo habían llegado cuarenta días después, con sus filas diezmadas y maltrechas pero endurecidas, a las misiones de Paranapanema y Guairá, solamente para descubrir que éstas, con sus dóciles tribus cristianizadas reunidas como ovejas en un corral, habían sido tan saqueadas por ataques de *bandeiras* anteriores que los cobardes jesuitas españoles habían seguido su camino, con los sobrevivientes, rumbo al sur y el oeste, más allá de las cataratas del Iguazú, sobre el Paraná; cómo llegaron y cruzaron este río, después de meses de penurias, sólo para enfrentar diversas batallas terribles, dado que finalmente las autoridades españolas habían permitido que los jesuitas proveyeran armas de fuego a los indios. Los fáciles triunfos de los famosos Antônio Raposo Tavares y André Fernandes, que produjeron miles de cautivos, pertenecían a un pasado más inocente. La *bandeira* Peixoto retrocedió al oeste y al norte, hacia el cenagoso Pantanal, donde el botín humano era escaso. Habían sido precedidos por matanzas y enfermedades, además de plagas de jaguares y caimanes que hacían festines con los debilitados indios. Los restos hambrientos, apenas una familia o dos, en cuanto eran capturados, morían uno a uno, en medio de repugnantes pedorreras y toses.

—Al llegar a una aldea, estimulábamos a los habitantes a concluir la cosecha de su plantación, y demostrábamos una paciencia igual a la de su tarea; cuando por fin la cosecha terminaba, yo, tras permitir a mis hombres una noche de banquetes y libertinaje, daba la orden de avanzar, acarreando lo que quedaba de las vituallas y seduciendo así a los indios a seguimos, para engrosar nuestra partida. Como os ha dicho José, mi queridísima Isabel, los salvajes solían perecer, o bien de fiebres a las que sus espíritus no oponían resistencia, o del exceso de *pinga* que maliciosamente les entregaban los hombres, de puro desconcierto..., pura incompreensión salvaje de qué era lo que tratábamos de conseguir. Si mencionábamos el oro, evocaban ciudades enteras de este material al otro lado de la siguiente cadena montañosa, como si quisieran damos prisa para alejamos, y también ciudades enteras de diamantes cuando les describíamos estas gemas. Sin embargo, nunca llegamos a un paraje desértico. La estación húmeda seguía a la estación seca, un río azul seguía a un río pardo, pero nuestra cuadrilla no llegaba nunca, mientras bajo la Cruz del Sur nos dirigíamos a la Estrella Polar.

—¿Cuánto hace de eso, mi señor? ¿Cuántas estaciones hace que viajas?

—No hay forma de saberlo, mi querida niña. Mi cerebro ha absorbido la neblina blanca de las distancias.

Pese al tiempo que llevaban atascados en ese campamento, en el cerebro del amo aún bullía la esperanza —que meneaba los pelos de su barbilla en una excitación que a veces se extendía hasta su lomo nudoso y delicado— de seguir adelante, de llegar a ese río Madeira que le brindaría habitantes sanos, ansiosos de ser convertidos al estilo de vida brasileño, y transformaría su *fazenda* de la *terra roxa* de São Paulo en un Cielo en la Tierra.

Con el hijo pasivo en sus brazos, sin encontrar en su cara exangüe fuerzas ni ingenio para mamar, Isabel lloraba, lloraba doblemente al pensar en Tristão, su orgulloso amante, encadenado a la interminable tarea de ahuecar una flota de canoas de fondo ancho a golpes de una azuela desgastada porque los indios, que antes de su llegada trabajaban mansamente las piraguas, ahora consideraban esta tarea indigna de ellos, y su única obligación consistía en azotar al esclavo negro para que trabajara más rápido.

Ianopamoko se apiadó de Isabel; entre ambas había nacido un cariño fraternal y un idioma tejido con el escaso portugués de Ianopamoko y las frases de su lengua natal —cuyas palabras concluían con las sílabas *zip*, *zep*, *pep*, *set*, *tap* y *kat* muy marcadas— que Isabel fue aprendiendo gradualmente.

—No sé si sabes que la magia todavía existe —le dijo un día Ianopamoko, cuando el apático hijo de los delicados lomos de Antônio tenía más de un año—. Los invasores aún no han logrado destruir hasta la última chispa de nuestro pacto con los espíritus. Existen lugares lejanos donde los... —empleó una palabra terminada en *zep*, que designaba peyorativamente a los portugueses como «comedores de entrañas de armadillo»— no han puesto su pie corrupto. Hay un chamán, a diecisiete días de caminata hacia el oeste, que podría...

—¿Liberar a Tristão? —preguntó Isabel, ansiosa.

Ianopamoko vaciló; un pequeño retortijón se agitó debajo del encaje azul de su adorno facial.

—Pensaba decirte que podría dar a tu bebé un cerebro igual al que tienen otros niños.

—¿Sí? —Isabel procuró mostrarse interesada, como corresponde a una madre. Pero en su condición de exestudiante universitaria de Brasilia que había hecho cursos de psicología, sabía que no era tan fácil otorgar un cerebro con sus miles de millones de neuronas intercomunicadas. Y la debilidad mental de Salomão, su negativa a gatear o a iniciarse siquiera en los rudimentos orales, había desviado su afecto volviendo a fijarlo en su marido; la maldición de Tristão había resultado más potente que el nombre de su padre y la simiente de su raptor, de manera



que los defectos del niño servían de vínculo secreto con el esclavo africano cuyo infatigable y furioso balanceo de la azuela llenaba el campamento, desde que clareaba hasta el crepúsculo, con el sonido de percusiones.

—La magia —explicó cuidadosamente Ianopamoko, como si quisiera salvar la brecha que había percibido entre las prioridades de ambas— tiene sus reglas y sus límites, como la naturaleza de la que proviene. Para tomar, debemos dar. Si tu hijo se volviera inteligente, es posible que tú debieras renunciar a una parte de tu inteligencia, así como en tu vientre su cuerpo se alimentaba de lo que tu boca había masticado.

—Estoy dispuesta a sacrificarme en parte —contestó Isabel, con un cuidado equiparable al de la india—, pero no puedo imaginarme menos inteligente sin dejar de ser yo misma.

—El trayecto para ver al chamán será largo y no carente de peligros. El no es inmortal; está muy viejo y muy triste al ver y prever el sino de su pueblo.

—Si tiene auténticos poderes, ¿por qué no ha invertido el rumbo de muerte y derrota que llegó con los europeos?

—La magia nunca puede ser de carácter general —explicó Ianopamoko sin la menor impaciencia—. No puede ser... —la larga palabra empleada terminaba en *tap* — política. Su campo de acción es el alma personal, en modo alguno una nación o un pueblo. Tiene que haber una petición personal, algunos procedimientos, y una consecuencia que debe ir unida a alguna ambigüedad. Al igual que en la naturaleza, nunca se consigue algo a cambio de nada. Entre muchos indios... —esta última palabra, terminada en *kat*, significaba literalmente «gente honrada, quienes no son indecentes ni impuros»— la magia se ha vuelto demasiado agotadora. El chamán elude a la gente y tiene poca actividad. Pero para ti, cuya llegada entre nosotros tuvo la cualidad de una aparición y cuya pena posee la serena profundidad de un encanto, pensé que podía ser pertinente una solución mágica.

—¿Me acompañarías, Ianopamoko?

—Sí. Tendría que hacerlo. De lo contrario nunca llegarías allá.

—Pero..., ¿por qué quieres ayudarme, querida?

La joven esbelta giró la cara, como para evitar una mirada de posible indecencia. Su pelo corto mantenía con rigidez la forma de un cuenco invertido, gracias a una mezcla de cenizas y resina.

—Te amo —dijo, aproximadamente, en su intrincada lengua chasqueante.

Los contactos azarosos —suaves como las delgadas antenas que rozan el vello dorado de las patas de las abejas con aterciopelado polen de color cacao— con que la anterior esposa había dado la bienvenida a Isabel en el hogar del capitán de la *bandeira* habían evolucionado, a lo largo de muchas noches, en caricias más prolongadas y cargadas de significado, impartidas a la vista de los demás en el inocente estilo de una raza para la que un vestido completo es la desnudez. Si en algún momento el jugueteón abrazo provocaba un estremecimiento secreto, un rocío de dicha sobre los pétalos de la feminidad, y un deseo aleteante de reciprocidad hasta donde lo permitieran los misterios de la carne, ¿qué vergüenza podía adjudicarse al corazón de Isabel, suspendido torpemente entre un amante viejo y otro encadenado? Sí: las dos esposas se amaban y hacían el amor.

—¿Y Salomão? —preguntó Isabel—. ¿Debemos llevarlo con nosotras? El viaje podría matar al pobrecito.

La respuesta de Ianopamoko fue solemne:

—Es verdad. El debe quedarse. Sólo iremos tú y yo. Takwame y sus hijas se ocuparán de Salomão, lo alimentarán con nutritivas gachas de mandioca y banana. He notado que prácticamente no tienes leche y, de cualquier manera, tu hijo jamás prosperó con ella.

¿Percibió Isabel un reproche en la voz de la otra mujer? ¿Qué podía saber de la maternidad, sus parcelas letales y callosidades naturales, esa menuda fémina de color sepia no más alta que una niña? Aunque durante un tiempo había sido la favorita de Antônio, permaneció estéril, en su nivel más profundo insensible al encanto masculino.

## 23. La mesa

23

La mesa

El bosque extendido hacia el oeste, al otro lado del río (que atravesaron el amanecer de su fuga en una de las pequeñas piraguas que los pescadores del campamento tenían atada a la orilla), podría etiquetarse acertadamente de jungla, *selva o mata*. Del masculino monte bajo abrasado por el sol del gran *mato*, pasaron a un universo femenino más lujurioso y umbrío. Las estrechas sendas que los ojos de Isabel nunca podrían haber advertido serpenteaban a través de un mundo de verdor pletórico de flores y frutos. El trompetazo del *jacú*, el chirrido y el roce de monos araña invisibles acompañaron el paso oscilante de las dos jóvenes a través de esa densa tapicería, cuyo toldo de ramas más encumbrado sólo dejaba pasar haces de la luz del sol arremolinados con una capa de insectos. En medio de la monotonía de los lisos troncos grises de árboles que se extendían hasta el cielo —festoneados de enredaderas y reforzados por raíces aéreas—, la vegetación bajo sus pies era escasa. Las dos mujeres caminaron kilómetros y kilómetros sobre un pavimento pardo de cáscaras de semillas y hojas de palmas marchitas, como si anduvieran sobre las irregulares lápidas sepulcrales de alguna catedral desertada, fragante con el incienso dulzón de la podredumbre. Los castaños y nogales autóctonos soltaban sobre ellas una lluvia de frutos cuando Ianopamoko trepaba ágilmente a un tronco y sacudía sus ramas; arrastrándose descalzas desde el amanecer hasta el ocaso, se hicieron festines con la fruta purpúrea de la *araçá*, del tamaño de una cereza, que huele a trementina y hace burbujear la saliva en la boca; las vainas de la *inga*, rellenas de un plumón de sabor dulce; las piñas silvestres cuya carne abunda en grandes semillas negras y sabe a frambuesa; las peras llamadas *bacuri*, y ese manjar más sabroso aún de la *açai*, que en un santiamén cuaja en un queso de sabor frutal. Todas estas golosinas colgaban esperándolas en un edén deshabitado. La creación parecía joven y llena de ornadas formas indecisas; como tantos otros artistas, Dios había alcanzado a hora temprana Sus efectos más complejos y fantásticos.

De noche las dos se acostaban bajo un solo capullo de mosquitero y por la mañana se desplegaron como mariposas húmedas. Se estrechaban en un abrazo más íntimo cuando el frío nocturno se agudizaba, pues iban subiendo paulatinamente a través de ese mundo verde enclaustrado, y el decimosexto día salieron a los campos de altas hierbas de una ladera, donde las terrazas irregulares palpitaban con la oleada de ventosas sombras plateadas que conducían a una mesa rocosa por la que varias cascadas hilaban su brillante camino descendente. Estas huellas de lágrimas en el rostro de la naturaleza, en puntos indiferenciables de heladas venas de cuarzo, estaban emplazadas en anchas cintas de algas

y musgo. Unos cuantos indios que hablaban una lengua que Ianopamoko entendía con dificultad las recibieron cautamente entre las hierbas altas y contemplaron a Isabel como si no fuera humana. La voz de Ianopamoko tableteaba y siseaba sin parar, explicando, rogando, exigiendo. En un momento dado levantó los cabellos largos y brillantes de Isabel con ambas manos, como si los sopesara, y luego frotó enérgicamente sus dedos húmedos en la piel de la blanca, para demostrar que su palidez no era pintada.

—Consideran que están corriendo un gran riesgo —le transmitió por último Ianopamoko— y quieren un tributo.

—Hemos traído la cruz y la cigarrera —dijo Isabel—. Guarda la cruz y ofréceles la cigarrera.

El detallado monograma grabado del tío Donaciano desapareció bajo el arrugado pulgar ocre oscuro —ensanchado por las pacientes tareas manuales del bosque— del jefe de la comitiva que las recibió, quien abría y cerraba la caja incesantemente, y cada vez que la abría seguía, con una sonrisa babosa salpicada de podredumbre y una carcajada atónita, el vuelo en zigzag de algo invisible, que, imaginaba, había quedado atrapado en su interior. El regalo fue aceptado. Tras las largas negociaciones, Isabel e Ianopamoko fueron guiadas por los empinados peñascos a lo largo de un resbaladizo sendero de curvas muy cerradas, que en varias ocasiones giraba detrás del velo de una caída de agua cuya espuma caprichosa les regalaba arco iris del tamaño de libélulas.

En lo alto se apiñaban unas pocas chozas de barro y zarzos entrelazados, de baja altura para protegerlas del viento, en medio de un tipo de vegetación que Isabel nunca había visto: formas rechonchas, espinosas, nudosas y enjoradas, que daban la sensación de haber sido trasplantadas desde jardines coralinos del fondo de un mar poco profundo, pero que habían arraigado solas en las grietas de una superficie de lava entrecruzada por resquebrajaduras. Isabel atravesó esa superficie como quien pisa pasaderas melladas o barras de pan de punta; la piedra era de un gris ceniciento, cocida en un fuego más antiguo que los océanos. Cuando levantó los ojos, vio en la amplia lejanía algo novedoso para ella, excepto en libros y revistas de moda y viajes: nieve, una blancura pura en los picos de las montañas, que a distancia eran azules como la cara inferior de las nubes. Con las monjas había aprendido suficiente geografía para saber que tenía ante sus ojos, en lontananza, las estribaciones de los Andes, y que en algún punto entre esas montañas y ella por fin terminaba Brasil.

Aunque había morado tres años entre indios y aprendido algo de sus lenguas y costumbres, para ella todavía manifestaban la torpeza de niños malhumorados, con su imprevisibilidad, mezcla de obstinada timidez y deseo enmascarado. Para quienes estaban a su merced la distancia capaz de provocar una chispa repentina entre la ayuda atenta y el asesinato parecía corta; un mundo totalmente distinto, cargado de electricidad psíquica, flotaba detrás de sus ojos almendrados y sus

bocas mutiladas. Este asentamiento en la mesa era una especie de recinto catedralicio abastecido por el prado y el bosque, centrado en el chamán y su choza baja de forma ovalada. Isabel asociaba la seguridad a los emplazamientos religiosos; sin embargo era allí, donde tenía su eje un sistema invisible, el sitio en el que debía cuidarse de infligir una ofensa fatal. Se embarcó temerosa en su primera audiencia con el chamán.

La choza del chamán tenía la textura y la forma del nido de un hornero, y era tan baja que Isabel tuvo que agacharse para entrar. El humo le hizo arder los ojos y le enturbió la mirada. Un fuego aletargado, hecho con ramitas ahusadas y tarugos de un musgo que ardía con llama azul, descubrió paulatinamente a un hombre desnudo tendido en una hamaca colgada inmediatamente detrás de la fogata; su cuerpo era terso, con la panza hinchada, pero tenía la cabeza extrañamente aplastada, o menguada por su alto tocado vertical hecho con plumas de cola de papagayo. Llevaba toda la cara depilada, incluidas pestañas, cejas y sienes, pero encima de sus prominentes orejas se había dejado crecer unos mechones blancos semejantes a lascias plumas auxiliares. Alrededor de los tobillos llevaba bandas de grandes frutos secos triangulares y sostenía en una mano una enorme calabaza vacía del tamaño de un huevo de avestruz, que sacudía cuando quería subrayar algunos puntos de su elocución.

En cuanto la vio, el chamán cerró los ojos y agitó la maraca como si rechazara mirarla. Aunque Isabel se había acostumbrado a andar desnuda como los indios, en esta ocasión se había atado alrededor de la cintura una especie de pareo que ya había confeccionado —a fin de proteger sus piernas de espinas y picaduras de insectos cuando cosechaba alimentos para la casa de Antônio en los andurriales— con el vestido de seda azul marino estampado de florecillas rojas que antaño había usado con toda inocencia para visitar la casa de Chiquinho, otra ocasión en la que había querido presentarse favorablemente.

—¿Quién eres, Maira? —la saludó el chamán—. ¿Por qué perturbas mi paz?

Ianopamoko traducía las palabras del chamán al lenguaje híbrido que compartía con Isabel, y a menudo tenía que pedirle que las repitiese, dado que además de hablar un extraño dialecto era desdentado y llevaba en el labio inferior una serie de bruñidos tapones de jade que embozaban su pronunciación.

—Maira es el nombre que dan a un profeta similar al Jesús de los portugueses —explicó Ianopamoko a Isabel—. El chamán nunca ha visto a nadie de tu color y con cabellos como la luz del sol. El hombre blanco aún no ha hecho su aparición en este rincón del mundo.

Isabel recordó que Tristão había dicho desdeñosamente: «tu gente», lo que podía haber señalado el inicio de su intento de buscar un milagro.

—Yo no soy un profeta, sino sólo una mujer reducida a la desesperación que viene a implorar tu magia —dijo.

Ianopamoko tradujo; el chamán frunció el entrecejo y refunfuñó, al tiempo que se interrumpía a sí mismo con agitadas y prolongadas sacudidas de la maraca.

—Dice que la magia es cosa de hombres —susurró Ianopamoko—. Las mujeres son tierra y agua, los hombres, aire y fuego. Las mujeres son..., no estoy segura de la palabra que ha empleado, pero creo que significa «impuras», aunque también tiene el sentido de «tramposas».

A continuación Ianopamoko habló prolongada y directamente con el chamán, y luego explicó a Isabel:

—Le he dicho que has venido por el bien de tu hijito, cuyo padre es un hombre tan viejo que la pobre criaturita ha nacido sin el calor de una persona normal.

—¡No! —espetó Isabel a Ianopamoko—. ¡No estoy aquí por el bien de Salomão, sino por el de Tristão, mi marido!

El chamán paseó la mirada de una mujer a la otra; al percibir que llevaban distintos propósitos blandió indignado la maraca, mientras goteaba saliva de uno de los orificios de su labio inferior, del que se había desprendido un tapón de jade. Habló sin levantar la voz, obligando a las mujeres a inclinarse hacia su hamaca oscilante.

Agitada, Ianopamoko dijo a Isabel en un murmullo:

—Yo no le caigo bien porque soy una mujer de su misma raza. El no lo ha dicho, pero lo percibo. Me parece que ha dicho que en tu forma espiritual eres un hombre, de modo que está dispuesto a conversar contigo, pero sólo directamente.

—¡Yo no podría! ¡No me dejes con él!

—Debo hacerlo, ama. El chamán no simpatiza conmigo y la magia no tendrá lugar si estoy contigo. —Ianopamoko ya se había levantado sobre sus encantadoras y tersas piernas mientras el chamán gesticulaba y oraba, salpicando saliva, sacudiendo su maravilloso tocado de plumas—. Está pidiendo *cauim*, *petume* e *iajé*.

El *petume*, descubrió Isabel, era un tabaco de extraño sabor, y el *cauim* una especie de cerveza que sabía a anacardos. Al chamán le impresionó la masculinidad con que Isabel —como si recurriera a sus tiempos de estudiante en Brasilia— apuraba la cerveza e inhalaba el tabaco de una larga pipa que él le pasaba después de empeñarse, aparentemente, en soplarle el humo directamente a la cara; en cuanto comprendió que en realidad se trataba de una cortesía, ella empezó a soplar el humo hacia

él. Un lustre vidrioso comenzó a revestir la visión de Isabel, con toques de luz que relucían aquí y allá en el útero de adobe de la choza, y se le ocurrió que la pipa contenía algo más que tabaco. Con toda probabilidad el elemento añadido era el *iajé*. El anciano chamán —con su infantil cuerpo desnudo, aunque el pene decorosamente vestido con una funda entretejida, un dedal de paja a través del cual asomaba su prepucio como una pequeña y arrugada flor de cactus color ocre— no decía nada; se limitaba a observarla, cada vez más contento. Todo ese tiempo Isabel había estado acucillada al otro lado del fuego, frente a él; sus ligamentos, estirados después de varios años entre salvajes y *bandeirantes*, quedaban así cómodamente extendidos. En esa posición, el pareo no le cubría las partes bajas del cuerpo..., ¿pero por qué habría de ocultarlas? ¿Acaso no nos proporcionan nuestros momentos más gloriosos y nos guían a través de la vida hacia nuestro destino? Pero tal vez éste sólo era el reflejo de la embriaguez.

Cuando por fin el chamán tomó la palabra, milagrosamente Isabel lo entendió; algunas de las palabras musitadas se destacaban como faros brillantes de significado, y el sentido de la oración se deslizaba a través de los oscuros espacios intermedios. Algo en el humo había derribado la frontera que separaba sus mentes.

El chamán le dijo que tenía el corazón de un hombre.

—¡Oh, no! —protestó Isabel y, a falta de palabras, ahuecó las manos bajo los senos desnudos y los levantó ligeramente.

El agitó una mano a través de la bruma de humo y con la otra sacudió la maraca sin orden ni concierto. Afirmó que ella no deseaba curar a su hijo. ¿Cómo era posible? Isabel no conocía las palabras para señalar que el hijo le repugnaba, la avergonzaba. Entonces se decidió a reproducir la patética expresión floja de Salomão, los ojos en los que no brillaba una sola chispa. Pronunció la palabra que significaba «hombre» —con muchos agudos y terminada en *zep* —, acarició su pecho con la mano plana y dijo:

—Tristão.

—Tristão copula contigo —dijo el chamán, que la había comprendido.

—Sí, pero no desde hace tres años —aclaró Isabel y con los dedos imitó graciosamente unos grilletes alrededor de su tobillo desnudo—. Los hombres malos han hecho de él un esclavo —agregó, vertiginosamente orgullosa de tan larga oración—. Es negro. —Temerosa de que no quedara claro esto último, dibujó en el aire el alto contorno de Tristão y levantó un trozo de carbón del borde del fuego. Además señaló hacia arriba del conducto para humos de la pequeña choza, donde centelleaban una o dos estrellas en un círculo negro, pues ya se había hecho de noche—. Su pueblo llegó desde el otro lado del gran océano, desde otra enorme isla más inmensa aún que Brasil, donde el sol ha vuelto negra a la gente.

—Maira, ¿qué quieres de mi magia?

Mientras ella se lo explicaba, los ojos sin cejas del chamán se agrandaron y se abrió su mandíbula desdentada, al principio sin comprender y luego comprensivamente. Por lo que Isabel entendió, el chamán respondió:

—La magia es una forma de adaptar la naturaleza. Nada puede crearse, porque sólo Monan es capaz de crear y hace mucho tiempo se hartó de hacerlo, al ver la inmundicia que hicieron los hombres de su mundo. La magia sólo puede trasponer y sustituir, a semejanza de las fichas de un juego. Cuando algo que está aquí se coloca *allá*, es necesario colocar algo *aquí*. Por cada beneficio hay un sacrificio en algún otro lado. ¿Entiendes?

—Entiendo.

—¿Estás dispuesta a sacrificar algo por ese Tristão?

—Ya lo he hecho. He perdido mi mundo. He perdido a mi padre.

—¿Estás dispuesta a cambiar tu identidad?

—Sí, si él sigue amándome.

—Seguirá follándote, pero de manera diferente. Cuando alteramos la naturaleza por arte de magia, nada permanece igual. Las cosas cambian. —Sus ojos habían vuelto a empequeñecerse y se veían de un rojo resplandeciente a causa del humo y el *cauim*.

—Estoy dispuesta. Estoy ansiosa.

—Entonces empezaremos mañana, Maira. Lo que haremos debe hacerse a la luz diurna, a lo largo de seis días. —Su boca daba la impresión de moverse a la zaga de sus significados, que llegaban a la mente de Isabel mientras todavía la tenía cerrada—. ¿Cómo me pagarás? —le preguntó.

—Cuando abandoné mi hogar renuncié a muchas posesiones. Lo único que me queda es una pequeña cruz cubierta de joyas. La cruz es el símbolo de nuestro Dios. Significa al mismo tiempo la muerte dolorosa y la vida infinita. Por intermedio de esta señal mi gente está conquistando el mundo. —Con el carbón dibujó una cruz en la palma blanca de su mano y la alargó para que él la viera. El chamán cerró sus ojos fatigados, como si quisiera dejar fuera la mala suerte—. Vale muchos cruceiros —le informó Isabel.

—¿Qué es un cruceiro?

Isabel no supo cómo explicárselo.



—Papel que usamos para comerciar, en lugar de conchas y resinas.

—Cogeré eso . —Señaló el anillo con el sello DAR.

—No, por favor, me lo regaló Tristão para comprometerse conmigo.

—Entonces es bueno, contiene los espíritus de vosotros dos. —Alargó la mano, la hamaca se meció hacia atrás, hizo el ademán de abrir y cerrar el puño que no necesitaba de la mediación de ninguna droga para ser interpretado como: «dámelo».

Desconsolada, Isabel se quitó el anillo y lo depositó en la mano ahuecada del chamán. Le pareció que éste tenía la palma febril, como la de sus hijos cuando los gérmenes de un resfriado, el sarampión o la tos ferina los habían penetrado y las células de sus cuerpecitos presentaban la batalla. Como si le hubiesen arrancado una muela, supo que nunca recuperaría lo que acababa de entregar. La vida nos despoja de nosotros mismos, trocito a trocito. Lo que queda es otra persona.

—Para que el tratamiento prenda, tienes que conocer mi nombre. Me llamo Tejucupapo.

—Tejucupapo.

—El tratamiento te cambiará.

—Estoy en tus manos, Tejucupapo.

—Tienes el gran espíritu de un hombre. La furia de un guerrero para vivir. No como esa tierra que te acompaña. Ella pronto morirá.

—¡No..., no, mi querida Ianopamoko! ¡Ella que se ha comportado siempre extraordinariamente bien conmigo!

Tejucupapo masculló, empujando los tapones de jade contra la encía inferior:

—A ella le proporciona un placer sensual ser buena. Rendirse a ti. De esa forma se complace a sí misma. Percibe al hombre que hay en ti y...  
—agregó el chamán. De hecho, le dijo: «tú te la follas»; a continuación lanzó un escupitajo tan imponente que el fuego perezoso gimió y emitió una débil nota aguda.

No obstante, Ianopamoko estuvo involucrada en los tratamientos mágicos que implicaban pintar todo el cuerpo de Isabel con un tinte negro llamado *jenipapo* . La pintura no podía frotarse en gran cantidad y debía aplicarse esmeradamente con esos diseños de encaje de líneas de puntos y curvas en S que sólo las indias saben inscribir con la correcta simetría secreta y el orden propicio. Mientras Ianopamoko cubría la radiante piel blanca de Isabel, unas jovencitas de la comunidad

mesetaria la asistían, empleando pequeños pinceles hechos con cerdas de carpincho encajadas en palitos de bambú partido. Tejucupapo soplabá el humo tibio del *petume* sobre los dibujos para hundirlos en profundidad, dotándolos de la impronta indeleble de la creación de Monan. Isabel reprimía la risa al sentir la caricia de los pinceles y notar las nubes cálidas del aliento ahumado de Tejucupapo cuando soplabá incluso sus grietas más íntimas.

Mientras le hacían cosquillas, Isabel se asombró al ver las mejillas de Ianopamoko brillantes de lágrimas como el rostro de la meseta. Ianopamoko la había amado tal como era anteriormente. De noche, Isabel procuraba transmitirle que por dentro no había cambiado, y le hacía el amor con mayor insistencia que antes y con brusquedad masculina, pues la exquisita india no vibraba con la misma facilidad que antaño. Su extraña blancura había formado parte de su encanto para Ianopamoko, comprendió Isabel, y se sintió insultada. Sólo Tristão amaba el yo interior a su forma exterior.

Mientras estaba absorta por la bruma de las horas en que la pintaban, fumando la mezcla de *petume* e *iajé* para comprender las palabras del chamán, éste le hablaba —entre largas y tibias exhalaciones de humo— de tiempos legendarios en que la tierra estaba casi desierta, tan poco hacía que la había creado Monan. Los hombres se movían como pequeños bultos formados por acáridos excrementicios a través del suelo trillado de una casa comunal con tejado de estrellas, que entonces ardían con más brillo. Una generación sucedía a otra, siempre en movimiento hacia la caza renovada, hacia espacios donde la tierra aún no estaba fatigada. La caza era poderosa: caballos de barba bajo el pescuezo y árboles de hueso en la cabeza, animales de pelo largo que cogían a la presa con el morro y cuyos dientes curvos se cruzaban delante de sus bocas. En su avance constante hacia el horizonte, la caza condujo a los hombres a través de tierras estrechas, con aguas a ambos lados..., mares que no había creado Monan, sino residuos de la lluvia que había empleado para apagar la gran hoguera de su cólera con los hombres anteriores a Irin-Magé, el padre del primer Maira. Esos hombres no eran exactamente hombres, aunque se designaran así. El fuego se llamaba Tatá. Las aguas recibían el nombre de Aman Atoupave. Monan había puesto al hombre en la tierra para que lo alabara y le agradeciera su existencia, pero lo único que aquél quería hacer era beber *cauim* y copular. La nueva tierra era vasta, pero los hombres la agotaron, matando la caza, aniquilándose entre sí y olvidando a Monan. Llegaron a otro paraje estrecho entre infinitos fragmentos azules de Aman Atoupave. Los hombres cruzaron esas aguas y no apareció nadie que los combatiera. Había muchos árboles altos en el nuevo escenario, animales llamados perezosos que permanecían arrollados y colgados de las ramas durante toda la vida de un hombre, enormes armadillos con piedras en el rabo y pececillos en los ríos capaces de comerse una vaca sin darle tiempo a gritar de dolor. Los hombres fueron filtrándose entre los árboles. Cazaban y pescaban. Azadonaron mandioca, extrajeron medicinas de los árboles y entretejieron vestimentas con plumas. Aquí tenían paz. Aquí tenían espacio. Aquí los hombres eran felices. Monan había inventado a la mujer en un emplazamiento anterior. Luego en este

lugar concedió al hombre su última bendición: inventó la hamaca. Sólo Tupan, que atronaba invisible en los cielos, y Jurupari, que se escabullía sin ser visto en el bosque con su olor fétido, recordaban al hombre el tiempo y el hecho de que todo cambia.

Todas las mañanas repetían el proceso, siempre con diferentes diseños, para terminar de cubrir los intervalos manguantes de piel clara. Tras cada pasada penosa, Isabel quedaba más súbitamente cubierta con el color del *jenipapo* ; el séptimo día había adquirido un marrón negruzco —más oscuro que los granos de café, pero más claro que el café fuerte— en todo el cuerpo salvo en las palmas de las manos, las palmas de los pies, la piel de debajo de las uñas y el interior de los párpados. Isabel se asombró al descubrir que hasta los labios de su vagina habían adquirido el matiz púrpura del *jenipapo* . Su carita simiesca, con los labios salientes y el tabique de la nariz deprimido, ahora mostraba más plena, más abiertamente, su alegría maliciosa. Su cabellera de platino había sido frotada tan a menudo con goma negra, mechón a mechón, que se había vuelto más espesa y con rizos apretados. Con su nueva piel de ébano, el cuerpo mostraba la nudosa musculosidad que le habían procurado sus labores como tercera esposa de Antônio: una extensión de hueso curvo, una tensión abultada de nalgas, pantorrillas y pechos, que apretaban contra el espacio y deseaban andar a zancadas, moverse, rodar. Desnuda, parecía menos desnuda que antes. Llevaba puesto un reverbero, una bruñida capa delgada y flexible con apariencia de metal oscurecido por el proceso de galvanoplastia. Le habían cortado los cabellos que antaño le caían lacios por la espalda, para formar un cojín alrededor de su cráneo, vertical como el tocado de plumas de *papagaio* de Tejucupapo. Ahora se parecía más al guerrero que, según el chamán, su sexo ocultaba.

Sus ojos seguían siendo de un gris azulenco. El chamán le dijo:

—Los ojos son la ventana del espíritu. Cuando tu alma se vuelva negra, tus ojos también se transformarán.

Al partir, Tejucupapo le advirtió:

—Ahora te tienes que buscar un protector. Ya no eres Maira. Tu piel ha dejado de ser mágica.

—Tejucupapo, ¿estás seguro de que *tu* magia ha funcionado... en todas partes?

Isabel titubeó antes de hablar, delante de Ianopamoko, del milagro que había pedido. Pues sabía que ella no lo aprobaría.

Tejucupapo leyó sus pensamientos. Cansinamente suspendido en la hamaca, con el aliento fétido por el *cauim* y el tabaco rancios, agitó la maraca.

—Te he dicho que cuando algo que está allá se coloca *aquí*, algo que está aquí tiene que colocarse *allá*. —El chamán parecía un viejo salvaje triste, ocioso y derrotado.

—Antes de separarme para siempre de ti, Tejucupapo, te ruego que escuches mi última pregunta. Tu pueblo sufre. Les roban y los violan, tribus enteras perecen. En última instancia las armas del hombre blanco y las enfermedades llegarán incluso a esta mesa, trayendo consigo el cristianismo y la esclavitud. ¿Por qué razón tu magia y la de los demás chamanes no hacen nada contra esta corriente?

El mago habló con Ianopamoko, tan rápido que Isabel no pudo entender lo que decía; ambos indios rieron en su estilo pueril, girando la cara para ocultar las membranas de la boca. Con su suave voz, Ianopamoko interpretó:

—Dice que el pasado no puede modificarse, que el pasado y el futuro son como las raíces y las ramas de un árbol sólido. Dice que la magia sólo es buena para el ñuto en el instante en que está cayendo.

Tejucupapo observó con sus ojos inflamados los rostros de las dos mujeres, sostuvo en alto la maraca en la mano izquierda y la dejó caer en la derecha con un discordante choque de semillas secas en el interior: así de prisa pasa la vida, indicaban sus ademanes, con su efímero potencial de ser desviada por la magia.

## 24. Otra vez el campamento

24

Otra vez el campamento

Durante los diecisiete días que duró el regreso, a través de la *selva* que les prodigaba sus frutas maduras y frutos secos, y cuyos tenues senderos las dos mujeres rastreaban en una penumbra verde entre gritos de monos y papagayos, de tucanes vociferantes con sus picos extravagantemente grandes, y faisanes sibilantes de curiosas alas con zarpas, la criada india se mostró temblorosamente afectuosa apretando a una negra y ágil Isabel contra su pecho con nuevo furor, un furor nacido del presentimiento.

Ianopamoko parecía haberse vuelto más pequeña, más frágil, más melancólicamente femenina, con sus agraciados miembros cimbreados y su torso pardo sin cintura. En algunos momentos Isabel se hartaba de hacer el papel de hombre, aunque encontraba cierto regocijo en ser con toda evidencia la más fuerte y en adelantarse a pasos largos, incansable en su nueva piel, mientras blandía una lanza larga y ligera que los miembros de la tribu de la mesa le habían dado como regalo de despedida, mientras Ianopamoko la seguía rezagada, con sus pocas pertenencias y raciones de alimentos en una cesta cargada a la espalda.

Después del decimosexto día, cuando llegaron a su río, el campamento de los *bandeirantes* en la otra orilla estaba ominosamente quieto y callado. Donde antes había habido albergues, sólo se veían unas pocas ruinas a través del follaje, con los postes de los cimientos chamuscados. Ya estaba bien entrada la tarde y en breve caería la oscuridad. Una sola antorcha se meneaba atrás y adelante en la penumbra, y flotaron uno o dos gritos a través del río que fluía en silencio. La pequeña piragua que habían robado para escapar seguía donde la habían escondido, en un matorral de palmas bajas; Ianopamoko, recuperando el liderazgo, insistió en que fueran a la deriva aguas abajo, hasta más allá de donde acababan los campos cultivados, para cruzar por allí. Después, por la mañana, ella se arrastraría por los campos y haría un reconocimiento. Isabel debía quedarse atrás.

—Mi gente me protegerá. Ellos me conocen, pero no te reconocerían a ti.

—Pero Antônio se pondrá furioso contigo por haber escapado. Yo tenía pensado protegerte, defenderte de él. —Su plan consistía en explicar la visita al chamán como un intento por aliviar la idiotez del hijo de ambos, y en los días siguientes fingir que detectaba señales de inteligencia y energía.

Ianopamoko le tocó el brazo, que recorrió con los dedos, para recordarle su piel.

—Mi queridísima ama, sospecho que ahora no tendría ningún peso una defensa de tu parte. No olvides cuánto ha cambiado tu exterior. Lo primero que se les ocurrirá al verte, será hacerte su esclava o matarte por si fueras un demonio. Lo que no comprenden los comedores de entrañas de armadillo es su necesidad de matar. La estrechez de su universo cristiano es lo que les da tan fabuloso celo y potencia. Esta noche dormiremos juntas y luego, a primera hora de la mañana, iré a ver qué ha ocurrido en el campamento. —La ternura de la criada de color sepia, con sus propios dibujos entretejidos de encaje pintado desvaídos por el largo viaje, se paseó por el cuerpo de Isabel toda la noche, a la manera en que una suave lluvia tamborilea entre las hojas.

Cuando Isabel despertó, se encontró cubierta de rocío; Ianopamoko ya se había ido. A media mañana aún no había regresado. Isabel se arrastró con cautela, empuñando la lanza, por los bordes de los campos de mandioca y judías negras hasta rodear el sitio en que antes se alzaba la choza comunal y donde ahora sólo había cenizas y carbón, hojas de palmas y calabazas dispersas, sumados al revoloteante hedor dulzón de la muerte. Varios cadáveres de indios, cortados por espadas y desgarrados por animales, llevaban en el suelo el tiempo suficiente para parecer escasamente humanos, secos como el *charque*; en la tierra apisonada y barrida, entre el pabellón comunal y la casa de Antônio, Isabel descubrió el cadáver reciente de Ianopamoko, con sus brazos delgados separados del torso. El lago rojo en que yacía el cuerpo desmembrado aún estaba parcialmente líquido: un hibisco colorado de corazón abierto, enrojecido por el reflejo del cielo. ¿Quién iba a decir que el cuerpecillo de Ianopamoko contuviera tanta sangre? Una nube arremolinada de jenes y abejas lameojos —un triunfal zumbido en masa, resonante como un cántico— se alimentaba en el lago que iba coagulándose; los insectos se elevaban y volvían a posarse en las delicadas facciones chatas de Ianopamoko, incluidos sus ojos abiertos, con diseños de encaje en permanente cambio.

—¡Por todos los prodigios de Dios, una negrita! —atronó en portugués un arcaico tono de barítono. Ella se volvió y vio a José Peixoto; con la cara frenética, sin la protección de un sombrero y quemada por el sol, el hombre se acercaba a ella con un sable en la mano. Su curioso peto acolchado se caía en pedazos, escupiendo fragmentos de algodón asargado; por las experiencias recientes el hombre había adelgazado y envejecido lo suficiente como para parecerse a su hermano mayor. Isabel levantó la lanza pero él se la partió en dos con el sable, tan cerca de su cara que sintió la agitación del aire—. ¿Cómo has llegado aquí? ¿Eres otra cómplice de la traición de mi asqueroso hermano? Negra como la leche de los hotentotes, aunque con ojos de un claro azul misterioso. ¡Diabla, hay algo distinguido y familiar en tu mirada! ¡Desvergonzada! *Merda!* ¡Hemos sableado y sableado a los indios de mierda, pero siguen llegando..., han soltado entre nosotros a los demonios del infierno, aunque sólo buscamos el eterno bienestar de esos

*bagres* condenados por Dios! —Isabel comprendió que José estaba borracho de fatiga y desesperación, si no de *cachaça*. La sangre de su madre carijó no había sido suficiente para defenderlo de los terrores del desierto enfrentados a solas. Musitaba como alguien para quien se ha levantado un hechizo dejando al descubierto otro más espantoso. Enfocó su legañosa mirada en Isabel y tomó una decisión—: *Negrinha*, podrías proporcionarme muchos milreis en Bahía, pero todo ser vivo se ha convertido en mi enemigo. Aunque antes de despejar mi cabeza y resolver qué haré contigo, servirás tan bien como cualquiera para aliviar una entropierna dolorida. —José levantó más aún el pesado sable en la mano derecha y con la izquierda buscó a tientas la hebilla que cerraba sus pantalones de montar de cuero.

Isabel intentó hablar pero el terror le estranguló la tráquea. Una fetidez letal manaba de la boca de José mientras se acercaba y le aseguraba:

—Te juro por la dulce Madre de Cristo que si haces un solo movimiento te cercenaré los brazos para calmartte, como hice con esa otra bruja. ¡Te irás al Infierno con el coño rebosante al menos y darás a luz a un robusto cristiano para que se pedorree en la cara de Satanás!

Con el corazón palpitante y a punto de romper su frágil jaula, Isabel permaneció indecisa entre someterse para luego escapar en el momento probable de la relajación, o tratar de huir ahora, bajo la sombra del sable de José que, pesado como un machete, tardaría un instante en caer. La bestia ya había destrabado la hebilla y expuesto un trocito de sucia carne gris, regordeta y corta como la del pobre Salomão, muy lejos de estar en erección. Un parpadeo de desconcierto atravesó el rostro asesino del hombre.

—¡Chúpala, basura! —exclamó.

Sus genitales despedían un penetrante olor a queso ranció. Isabel se disponía a hincarse, pero antes de que sus temblorosas rodillas aceptaran la orden del cerebro, apareció detrás de José un blanco alto y barbudo que con un veloz silbido de aire y un crujiente choque de huesos partidos enterró una herramienta de mango largo en el cráneo del *bandeirante*. José cayó a los pies de Isabel, manoteando en una última convulsión como un pez cogido en un anzuelo sobre la arena. Ella reconoció el arma que lo había asesinado como la azuela oxidada utilizada para ahuecar canoas, pero su pálido salvador de cuerpo esbelto era un desconocido, frente ancha y melancólicos ojos castaños. ¿O no? Tenía la barba espesa pero sus labios, detrás, poseían una decidida tendencia tristonca que ella conocía muy bien.

—Tristão —exclamó entre dientes.

En un intento por no desmayarse, Isabel cayó de rodillas. El hombre blanco dijo:

—Detestable pelandusca negra..., pensabas mamársela a ese cabrón.

La abofeteó duramente, por lo que ella cayó en la arena junto al cadáver del *bandeirante*. A centímetros de sus ojos, los sesos purpurinos de José, apelmazados como un budín de arroz empapado en jugo de remolacha, goteaban desde la horrenda hendidura de su cráneo. Tenía las pupilas hacia lo alto, como el crucifijo que colgaba encima de la cama de Antônio. Las moscas ya se apiñaban en cuanto se posaban, sus pequeñas cabezas rotatorias oscilaban afanosamente bebiendo el líquido indefenso del cadáver fresco.

Deshecha por extremas tensiones emocionales —asco, pánico, asombro, alivio—, Isabel se echó a llorar. Sentía la mirada del otro sobre ella, tal como la noche anterior había sentido las caricias de Ianopamoko, al estilo de una llovizna.

—¿Cómo conocías mi nombre? —La voz del amado se había vuelto levemente más alta, menos granulosa y melodiosa, con la descuidada monotonía de una voz blanca que espera ser escuchada. Ahora intentó disculparse por el bofetón—. Someterte a la vileza de esa bestia sólo habría significado para ti cinco minutos más de vida en el mejor de los casos. Es preferible morir sin mácula. ¿Cuándo aprenderéis los negros un poco de orgullo? La criada india prefirió escupirle la cara a someterse.

Isabel dejó de llorar y fijó una mirada acusadora en ese hombre.

—¿Cómo es posible que no me conozcas, Tristão? Dejé que me hicieran negra para que tú pudieras ser blanco. Lo hizo un chamán, muy lejos hacia el oeste, donde se ven montañas con las cumbres heladas.

Tristão se acuclilló ante ella con el ñame abultado entre las piernas de los *shorts* andrajosos, los viejos pantaloncitos de baño, y le tocó el cabello, el hombro lustroso, el hueco de la cintura, los flancos largos y tersos, los muslos musculosos.

—¿Isabel? ¿Eres tú? —Tristão exploró con yemas temblorosas los labios llenos vueltos de dentro afuera, sus extraños bordes dobles, y el surco vertical en el centro del regordete labio superior, con sus tiernos capullos y el tinte violeta—. Eres tú. Son tus ojos.

Ella sintió en la oscuridad de su cráneo —ese teatro del espíritu, apenas un budín de arroz sanguinolento— que las lágrimas cálidas pugnaban por salir otra vez.

—¿Son mis ojos lo único que queda para tu amor? Mis viejos ojos fríos. Pero así sea, Tristão. No me ames, úsame. Seré tu esclava. Ya has empezado a pegarme. Ya eres demasiado orgulloso, demasiado quisquilloso para besarme en la boca. Cuando yo tenía tu color y tú el mío, cuando sólo eras un golfillo callejero, un miserable *moleque*, te llevé al apartamento de mi tío, donde había objetos más costosos que todos los que habías visto en tu vida juntos, hasta el punto en que tus ojos se desorbitaban como platillos, y te entregué mi sangre de virgen,



aunque me dolió, me dolió espantosamente, nunca te *dije* cuánto me dolió aquel día. La tenías demasiado grande y fuiste brusco.

—No quería serlo, pero se impuso la inocencia de la torpeza.

Estas palabras sonaron tan sinceras que Isabel se sintió impulsada a ceder:

—Tal vez sólo fuiste tan rudo como debías.

—Nos entregamos el uno al otro —dijo él—. Nos dimos todo lo que teníamos para dar. A propósito, ¿dónde está el anillo con el sello DAR?

—Fue el precio que me pidió el chamán para convertirte en blanco y que dejaras de ser esclavo.

Aunque había actuado desinteresadamente, Isabel tuvo miedo al decírselo. Tristão repitió, como si no pudiera creerlo:

—Has regalado el anillo con el que nos comprometimos.

—No lo regalé, lo cambié por tu vida. Aquí tu negritud te había convertido en un esclavo, y con anterioridad había despertado la enemistad de mis tutores.

Tristão reflexionó, mesándose la rubia barba.

—Tienes razón, queridísima. Has hecho muy bien.

Alargó la mano y la ayudó a levantarse de la tierra arenosa donde la cabeza de José, como una calabaza partida, chorreaba su jugoso contenido atrayendo centenares, millares, de zumbantes abejas lameojos, moscas *pium*, los alados chupasangres llamados *borrachudos* y jejenes pequeños como granos de *pólvora*. Isabel y Tristão se apartaron de la sedienta nube urticante para sentarse juntos en lo que había sido el porche de la casa de Antônio.

—Deja que te cuente mi historia. Ha sido todo muy extraño —empezó a decir él, pero ya había herido el orgullo de Isabel.

—Adelante. Pégame otra vez por desprenderme de tu anillo. Córtame los brazos, como hizo el repelente José con mi querida Ianopamoko, la única persona amiga con que he contado. Tú nunca has sido un amigo, sólo fuiste un hombre, y, en realidad, un hombre nunca puede ser amigo de una mujer. Ella me enseñó qué era el amor. Tú sólo me enseñaste qué era la esclavitud. Golpéame, abandóname. Estoy harta de ti, Tristão. Nuestro amor nos ha hecho vivir demasiados avatares.

El sonrió, con esa expresión en sus labios delgados del blanco seguro de sí mismo e incluso se rió de ella, ligeramente.

—Paparruchas, Isabel. Tú me amas. Estamos destinados el uno al otro, apenas existimos fuera de nuestro amor, sin el que sólo somos animales con un nacimiento, una muerte y un miedo constante entre medio. Nuestro amor nos ha elevado sacándonos del horror del simple vivir. — Le cogió la mano y ella sintió que su propio pulso amainaba deliciosamente con los ritmos de la voz de Tristão—. Día tras día, hasta siete, el color negro fue borrándose en mí y yo ignoraba por qué. Primero me volví gris y después blanco, como si nunca hubiese visto el sol. Ese viejo tonto de tu presunto marido, Antônio Peixoto, se lo adjudicó a una de las enfermedades que siempre matan a los esclavos que capturan. Pero luego, al ver que mi salud no se alteraba en lo más mínimo y que por superstición los otros asesinos blancos me quitaron los grilletos, supersticiosamente también se volvió contra ellos y dijo que el hecho de que yo me hubiese transformado en un cristiano era una señal de Dios para que levantaran el campamento y siguieran la marcha. José planteó objeciones, dijo que la mandioca y los boniatos aún no habían sido cosechados, que las canoas aún no estaban armadas, pero Antônio lo tildó de hereje y rebelde con el buen rey João por dudar de esta señal milagrosa llegada desde lo alto. Mi transfiguración era señal de que encontrarían el reino del oro, gobernado por el hombre dorado, *o dourado*. Los otros tomaron partido por su líder y exigieron seguir adelante; dado que sólo había piraguas suficientes para muy pocos de sus acompañantes indios, mataron a las mujeres y a los niños e incendiaron las chozas. Durante la matanza, fingí unirme a ellos persiguiendo a una caduvea que se había adentrado en el bosque, pero allí me escondí y vigilé desde cierta distancia. Probablemente hacía tiempo que se gestaban problemas entre ambos, y ahora José había ofendido al hermano con sus dudas, porque Antônio ordenó a los demás que le vendaran los ojos y lo abandonaran en un paraje plagado de hormigueros. Como ya has visto, volvió completamente enajenado. Estos últimos días lo observé rabiar y saquear, y en varias ocasiones me pregunté, ya que ahora soy de su mismo color, si no podríamos unimos para escapar del Mato Grosso; pero hoy me forzó la mano. Algo me decía que te salvara, aunque a lo lejos sólo eras una sombra que avanzaba penosamente.

—¿Y mi hijo Salomão? —preguntó Isabel, incapaz de superar cierta timidez ante este Tristão blanco y ahora locuaz, aunque al mismo tiempo su propia identidad nueva la dotaba, en un reducto interior que aún no había empezado a explorar, de otro tipo de perspectiva. Su antigua ventaja en el mundo exterior había sido sustituida por una muda fortaleza íntima o una seguridad susceptible de paladearse como un condimento que vuelve sabrosa una comida insípida.

Fue evidente que el tema de Salomão fastidiaba y desconcertaba a ese hombre, exaltado como estaba por su reciente logro. Siempre había habido reservas en la expresión de Tristão, pero ahora eran las reservas del futuro, un futuro tan relacionado con este derruido campamento empapado en sangre como una mansión con una choza.

—Antônio se lo llevó —dijo—. Preso de su fanatismo, está convencido de que el pobre crío es una especie de santo que lo conducirá al Paraíso a pesar de todos sus pecados. Salomão no mejoró con los cuidados de Takwame y sus hijas, pero tampoco murió. Sin embargo temo por el destino de toda la expedición, Isabel. No llegarán muy lejos por el río; los indios me habían enseñado la manera de tallar el fondo de las canoas lo suficientemente delgado como para que en breve empezaran a hacer agua. Nunca llegarán al Madeira.

—Al menos en esas canoas —replicó ella, confirmando a su hijo desaparecido, un error de la carne que apenas se aferraba a la vida, la fabulosa resistencia de los *bandeirantes* que, como había aprendido en la escuela de monjas, siempre regresaban de viajes inverosímiles. Por su hijito con cara de coágulo Isabel procuró evocar un duelo maternal, una tímida efusión de sentimientos, pero sólo produjo el estricto alivio retorcido de que ya no estaba en sus manos, sin que ella tuviera la culpa. Era libre de concentrarse en el ser amado que tenía enfrente. Lo había atraído y retenido en el estrépito de la vida civilizada. Ahora gozaba de la majestuosa soledad en la que volver a ganarlo, mediante una nueva magia o una nueva coloración.

Tristão se hizo cargo de la situación como nunca lo había hecho antes. Daba la impresión de que su cerebro, ahora que tenía la piel blanca, se había convertido en una caja cuadrada con posibilidades lineales: una cuadrícula de opciones alternativas, proyectos. Antes, cuando habían decidido comprar la concesión en Serra do Buraco o cuando ella lo llevó al hotel de São Paulo y luego resolvió acompañar a sus perseguidores sin oponer resistencias inútiles, Isabel había sido la guía de Tristão en el delicado mundo exterior a la *favela* ; ahora él planificó audazmente guiarla a través de las tierras incultas para retomar a ese mundo. Él decidió no abandonar el campamento de inmediato, sino enterrar los cadáveres, volver a techar las paredes de troncos verticales de la antigua choza de Antônio, y esperar a que maduraran la mandioca, las judías y los boniatos. Luego, cargados con la *farinha* que Isabel habría molido y el sol deshidratado, y con carne seca preparada con los frutos de las cacerías de Tristão con un viejo tabuco que los *bandeirantes* habían abandonado, partirían a través de los *chapadões* donde hacía tiempo, solos y juntos, habían estado a punto de morir de inanición.

Los indios de la *selva* circundante, al ver que la pareja levantaba un hogar provisional y que el campamento era sometido a una domesticidad menos amenazadora, se infiltraron desde las lindes, retomaron la pesca, brindaron ayuda cuando les era solicitada, y hurtaron restos de los tesoros de los *bandeirantes* ; pero Isabel y Tristão no intentaron, con los fragmentos que habían llegado a dominar de su lengua, alistar a ninguno de los indígenas en su viaje de regreso. Estaban ansiosos por volver a ponerse a prueba contra los tiempos modernos, y estos habitantes del pasado remoto, bajos, desnudos y automutilados, con su nariz moqueante, sus ojos enrojecidos por el humo, la panza hinchada y la incesante flatulencia producida por los

parásitos intestinales, parecían colegiales pueriles a los que había que dejar atrás con sus sufrimientos hasta que quedaran reducidos a la nada.

## 25. Otra vez solos y juntos

25

Otra vez solos y juntos

Cuando el techo que había sido presa de las llamas fue reemplazado por palmas entrelazadas, Tristão e Isabel gozaron de suficiente intimidad para volver a explorar su matrimonio. Habían transcurrido tres años desde la llamarada de su sexualidad —en el intervalo entre el ataque de los guaicurúes y el rescate a manos de los *bandeirantes* .—, llamarada avivada por la fiebre del hambre y la inminencia romántica de la muerte. Desde entonces, Isabel y Tristão no habían hecho nada para merecer el nombre de amantes. Ahora, lentamente —los ritmos corporales de ella parecían desacelerados, los de él más nerviosos y preocupados—, roturaron para cultivar la fangosa zona ribereña del sexo. Sus nuevas pieles les daban una oportunidad novedosa para el acto más crítico del amor, el acoplamiento. ¿Quiénes eran esas formas físicas, cada una de las cuales había de ser definida por la invasión de la otra? Una tez diferente implica distintas glándulas, distintos olores, distintos cabellos, distintas imágenes del propio ego, distintas historias. Ahora había algo sardónico en la sexualidad de Isabel, algo saciado por la experiencia de generaciones de hembras negras.

De su malograda madre blanca Isabel había heredado sobre todo una coquetería huera y quizás el miedo al parto. Ahora había descendido sobre ella una herencia diferente y una fuerza no meramente pasiva; negra, descubrió en sí misma un depósito de cólera imprudente y —cuando la oscuridad cercaba el jergón de paja susurrante que ella y Tristão compartían— se convertía en una suerte de pendenciera, de ruda provocadora. La blancura de él brillaba en las sombras de la choza, cuyo techo sólo dejaba pasar unos haces de luz de luna; Isabel jugaba a esquivar a Tristão, ahora que se confundía con la oscuridad, en la que le regalaba a él inesperadas porciones de su cuerpo, mordía su hombro y le arañaba la espalda, en una desviación de la curiosa reverencia con la que antes había manipulado el cuerpo de él. Sabía que habría un nuevo sadismo entre ambos, aunque no esperaba que se originara en ella. Tristão se mostraba a menudo preocupado —lo que alimentaba la ira de Isabel— mientras yacía a su lado o luchaba encima de ella; Isabel ya no era el color de algo hacia lo que él transitaba, sino el de algo que había dejado atrás. Su ñame resultaba satisfactorio, aunque ya no era del todo alarmante; probablemente era una nueva jugosidad en ella misma lo que disminuía no exactamente su tamaño pero sí su esencia elemental, su adorable existencia animal. Desde la primera vez que lo viera desnudo en el apartamento del tío Donaciano, la picha había mudado su primordial monstruosidad, su aspecto de reptil anfibio de una realidad mucho más antigua que la mente humana. Isabel había llegado a la triste conclusión de que ser una blanca follada

por un negro es más delicioso que ser una negra follada por un blanco. La primera relación, para una descendiente de los amos del Brasil colonial, poseía la exaltación de la blasfemia, la emoción de un desafío político; la última sabía a tratos mundanos. No es de extrañar que las esclavas brasileñas hubiesen contoneado las caderas con sus faldas acampanadas, hecho girar sus parasoles orlados, y parido generaciones de mulatos como una corporación de expertas experimentadas. Follar no era gran cosa o, mejor dicho, formaba parte de algo más grande: quizá fuese una eterna comprensión femenina, pero las esclavas la alcanzaban más fácilmente que las frágiles amitas encorsetadas y dominadas por el cura, cautivas en la casona, que nunca veían a su marido desnudo y aceptaban pudorosamente su órgano —el instrumento de la fecundación y con frecuencia de la muerte— a través de un orificio en el cubrecama.

No obstante, aunque un tanto endurecida en su sexualidad, Isabel descubrió una nueva excitación, echada bajo los preocupados empellones de Tristão, en tratar de conectarse con una red nerviosa más angulosa que antes, menos redondeada por una desesperanza perenne. Dar con este método, no quedar atrás, eran las ambiciones neuronales de Isabel, generadoras de una pasión que hacía que a la mañana siguiente perduraran rojas las marcas de sus uñas en la espalda blanca. Estaba luchando por su vida cuando antes sólo había luchado por el placer y por librarse de su padre.

El mundo sexual, por ser la cara inferior del mundo real, es hasta cierto punto una inversión de éste. En su condición de desvalido, Tristão había sido «superior» antes, ahora era ella quien dominaba y exigía. Para usar la terminología con que desde su niñez Isabel y Eudóxia habían chismorreado acerca de las monjas, ella era el gallo y él la gallina.

—Eres mi esclavo —decía Isabel.

—Sí, amita.

—Lámeme allí si no quieres que te dé una paliza. —Isabel blandía un trozo de la frágil lanza que José había cortado en dos con su sable. Cuando Tristão llevaba varios minutos obedeciendo y ella alcanzaba el clímax, le decía—: Me parece que igualmente te azotaré.

Tristão la amaba más que nunca; estaba mareado con este nuevo amor por ella, que se confundía con el amor a su propia identidad blanca. Esta nueva relación dio por fin pleno campo de aplicación a su caballerosidad instintiva. También él había sentido algo brutal en su anterior atracción por ella. No había sido insensible al peso que la pérdida de posición social por parte de ella cargaba sobre sus hombros —la halagadora corona de mártir que eso la autorizaba a usar— ni a las indignidades de su prostitución en la mina y su concubinato en el campamento. De no haber sido negro, ¿ella le habría sido tan serena e indiferentemente infiel? Ciertamente es que con toda justicia ella podía argumentar que la pobreza y la desesperanza de él no le habían

presentado ninguna alternativa, ¿pero no había encontrado Isabel cierto deleite en su degradación porque la culpa era de él? Ella lo había usado para volverse desvergonzada, negándole a él el lujo de la vergüenza. Lo había guiado a través de las elegantes calles de Ipanema por un laberinto en el que él jamás podría haber entrado sin ella. Se había rebajado a estar con él y por ende el amor de Isabel había lucido con mayor brillantez, con mayor pasión de autosacrificio.

Ahora era él quien se rebajaba a aceptar a una joven negra como compañera; era él quien ahora paladeaba la emoción de la descarga sexual cuando la otra persona no es un par social y espiritual sino un objeto de carne importado desde una gran distancia. Un objeto con una psicología; es la psicología la que anima nuestro amor —retorciéndolo, profundizándolo—, pero es la fisiología, como la mano más imponente y esponjosa de un masturbador, la que entrega la dicha. Todo el cuerpo de Isabel parecía más delgado y nudoso, sus protuberancias y huecos más enfáticos, ahora que ya no poseía el color de las nubes, el cristal y el humo, sino el de la tierra, de la madera húmeda y lisa, del estiércol reluciente. Ahora Tristão soportaba pensar en Isabel como un aparato digestivo con piernas, que necesitaba cagar y que gustaba de correr, extrayendo, como él, un dulce gozo en el movimiento y la defecación. El ano de ella, que antes le había asqueado levemente, encajado en su bolsón de piel de matiz marrón semejante a una mancha entre sus nalgas, una mácula permanente en una grieta sedosa, se manifestaba ahora como un tierno capullo de carne en espiral apenas diferenciable en su tono púrpura del lustre de berenjena que lo rodeaba. Su vello púbico, que ya no era lacio e incoloro como una versión más tupida de su cabeza, se había transformado en una mata crespada, aceitosa y elástica; le bastaba enterrar la nariz ahí —mientras ella lo montaba arrodillada a horcajadas en su cara, sonriéndole entre los senos generosos— para que su erección creciera como un colmillo de marfil ondulado donde la mano de Isabel, alargada hacia atrás, la buscaba juguetonamente y la pellizcaba produciéndole dolor. Antes Isabel lo trataba con cierta reverencia pero ahora lo llevaba a una persecución impúdica, obligándolo en ocasiones a luchar con ella hasta someterla y experimentar, mientras ella se retorció, maldecía y le escupía enérgicamente a la cara, la criminal felicidad de la violación, que con cada acceso le hacía el mismo daño que el paso de una bala a través de su uretra. En ella había cierta hostilidad, pero a él no le importaba mientras pudiera sujetarla y follarla con una hostilidad propia, ahora liberada. El sexo es un forcejeo que ofende a nuestro yo cuerdo.

Al final de una de esas violentas sesiones, anidando su trasero contra el vientre de él mientras se disponía a dormir, Isabel lo sorprendió diciendo:

—Tal vez éste sea el polvo que engendrará un hijo. —Así reconoció lo que nunca había confesado a la luz del día: aún no habían hecho un hijo juntos.

—Espero que no —confesó él a su vez—. Todavía no. Antes tenemos que salir de este páramo.

—Cuando estemos otra vez en la civilización, me abandonarás. Me usarás un tiempo de puta personal, pero buscarás otra esposa, una mujer blanca.

—Nunca. Tú eres mi única esposa.

—Francamente, considero despreciable de tu parte —prosiguió Isabel— descartarme aunque te haya regalado mi precioso color, pero así son los hombres. La usan a una, la pegan y nada les importa un comino.

—No hables de embarazo, Isabel. Es prematuro. No estamos preparados psicológicamente para ser padres, aún seguimos demasiado enamorados. Nunca te abandonaré. Te amo tal como eres. Conservas tu antigua elegancia e incluso algo más. Disculpa, pero creo que ahora has adquirido tu verdadero yo. Todo el tiempo fuiste negra, tu blancura era un disfraz. De negra era la graciosa inclinación de tu rostro y de negra la forma en que arqueabas los pies.

Isabel meditó un rato, hasta que dio la impresión de quedarse dormida con miríadas de violentos espermatozoides trepando y pataleando hacia su acechante óvulo solitario. Luego Tristão la oyó decir, con una voz profunda en el límite de los sueños:

—Te perdono, Tristão, que seas tan cabrón.

El estaba más deseoso que ella de volver a las urbes. Su caballerosidad carecía de contenido sin un contexto social. Llevaban ese contexto en la cabeza, en su condicionamiento social, pero él necesitaba la confirmación del testimonio de otros que vieran su blancura tan elegantemente disparada como si llevara esmoquin. Aunque un hombre blanco y una mujer negra no serían tan llamativos y chocantes en Brasil como en Sudáfrica o en Norteamérica, en la imaginación de Tristão atraerían miradas calibradoras de la elevada magnitud de su amor. ¿Acaso Portugal, en estas tierras interiores pletóricas de palo de brasil y caña de azúcar, no había tomado por esposa a África sin consagrar solemnemente el enlace? El sería un blanco que elevaría a su amante negra hasta su propio nivel. En cierto sentido, elevaría a su propia madre de la *favela* y su pobreza empapada en *cachaba*, arrancándola de los brazos de todos esos padrastros fugaces, hombres del fangoso color intermedio de los inmisericordes *bandeirantes*.

E Isabel, que había maquinado esta transposición, saboreaba la venganza contra su padre, que en su mente supersticiosa había desdeñado su oferta de poner el nombre de Salomão a su hijo, permitiendo que éste fuese idiota. Su padre, evasivo aunque omnipresente, era Dios a sus ojos. Se imaginó frotándole su nuevo color en las narices como desafío a los Peces Gordos, en una identificación con las masas más dramática e indeleble que aquella de la que ella y sus



compañeros radicales habían parlotado en la universidad. Sin embargo, paradójicamente (porque el corazón medra con las contrariedades, crece con la energía del amor y el odio), imaginaba que su padre la amaría, con su nueva piel sensual, y que por fin se lo arrebatara a su blanca madre que estaba en el Cielo.

Alimentados por el nuevo concepto que tenían de sí mismos, cuyos cambios y ramificaciones azotaban sus sistemas nerviosos en una agitación continua, hacían tanto el amor que los indios, mientras robaban raíces de yuca y mandioca de los campos desatendidos, señalaban la choza y decían: «Las piedras están chocando», en referencia a un mito según el cual uno de los hijos gemelos de Maira-Monan, Arikut —el hermano malo y arrojado—, queda aplastado entre piedras que chocan, pero es devuelto a la vida por su mellizo, Tamendonar, el hermano bueno y pacífico.

Como los labios, los pechos y el interior de los muslos de Isabel se ajaban por las raspaduras de la barba de Tristão, éste se la afeitó con la cuchilla de afeitar de un solo filo, la Gem que, ya oxidada y embotada, lo había acompañado los más de nueve años que llevaba con Isabel desde aquel día en la playa. Dos en la fábrica de *fuscas*, cuatro en la mina, tres como esclavo a la orilla de aquel río anónimo. Afeitado de nuevo, parecía más joven; le habían adelgazado las mejillas bajo el vello.

Ahora que él era blanco, Isabel se conmovía frecuentemente por una fragilidad que no había estado presente en el negro o que ella no había sido capaz de ver a través de su piel. Ahora Tristão podía ser torpe y vacilante, además de valiente y leal. Esta vulnerabilidad la emocionaba como nunca lo había hecho en sus brazos el pobre y flácido Salomão de ojos opacos. Ahora había en Tristão algo recatado y reprimido que a ella le divertía almar, pavoneándose ante él en una creciente agresividad sexual. Su clítoris parecía más largo y firme que antes, un asta tensa de cartílago rematada por un duro guisante hipersensible que empujaba en la cara o en el hueso púbico de él a la manera en que empuja un hombre, sin consideración por la otra persona, y el labio superior de Tristão caía hormigueante, dormido bajo la presión, y después aparecía amoratado e hinchado. Ella se hacía pagar este grosero dominio incitándolo a sodomías y azotainas, dado que el dolor que le proporcionaba volvía a poner de relieve el estado interior del amor que ella siempre corría el riesgo de perder en la vaguedad y confusión de la psique. Esa forma sabía a vainilla cuando era una cría y la cocinera le daba a lamer el cucharón de revolver. Olía a escamas de coco en las narices de la niña. Esta intensidad de sensaciones dulces siempre amenazaba con opacarse. Sólo nuevas identidades y contorsiones la mantenían brillante. La perversión, como la castidad, es una forma de evidenciar el dominio humano sobre esta pulsión animal. A regañadientes, pero luego con cierto fervor, Tristão se unió a ella en el montaje de escenas eróticas, atándole las muñecas con lianas, colocando el sable de José entre ambos en el jergón donde dormían, poniendo en juego sus antiguos grilletes de hierro mientras se daba el gusto con su impotente esclava. Le mordía los hombros y como si

tuviera colmillos chupaba la suave depresión de la base de su cuello. Las delicadas membranas del glande, que apenas habían cambiado de color con respecto a los tiempos en que era negro, todavía hinchado de sangre y caliente como el corazón arrancado a un conejo, pedían a gritos las membranas de la boca de ella. El contraste de colores de los amantes era menos marcado que el de sus genitales, dos flores exóticas tan contradictoriamente evolucionadas. Arriba, abajo, agresivos, pasivos, dominantes, sumisos, hostiles y amorosos, Tristão e Isabel oscilaban lujuriosamente entre contrariedades y se entregaban mutuamente los dones del agotamiento físico y de una identidad somnolienta con el universo.

## 26. Otra vez el Mato Grosso

26

Otra vez el Mato Grosso

Llegó por fin el momento de desenterrar las raíces de mandioca, molerlas hasta convertirlas en polvo, cocinarlas en tortitas saladas y partir. Por miedo a los guaicurúes, procuraron mantenerse al norte de su ruta anterior, guiándose ahora por el sol naciente. Era la temporada de las lluvias, breves pero intensas a primera hora de la mañana y nuevamente a última de la tarde, a medida que se aproximaba la noche. Los chubascos los cegaban pero pronto escampaba; todas las superficies de las hojas y la tierra humeaban vaho por la neblina y resplandecían como la piel saludable y esperanzada de ellos.

Tal vez fuese por la ruta elegida, pero la extendida meseta árida parecía más sumisa que antes, cuando avanzaban bajo la guía de Kupehaki. La segunda semana de caminata, Isabel abandonó su ansiosa y poco realista esperanza de encontrar jinetes guaicurúes y con ellos a Cordélia y Azor, con abalorios indios, desnudos y pintados pero vivos. La tercera, ella y Tristão empezaron a tropezar con granjas, *ranchos* bajos y encalados, de techo rojo, donde una pareja, un *mameluco* feroz con holgados pantalones de peón y una india tímida y regordeta, cuidaban la casa con sus gallinas, cerdos e hijos harapientos, y administraban unas pocas hectáreas de tabaco y maíz, algodón y soja, separadas con espinosos arbustos secos de los jabalíes y el ganado de los ricos que vagaban por los *chapadões*. Aunque pobres —y al borde de la ruina por la sequía inminente—, los granjeros daban a Tristão e Isabel un poco de arroz, de judías y *pinga*, además de brindarles una noche protegida en un cobertizo, donde su lecho de lujo eran pilas de espigas de maíz sin descascarillar, que cedían a cada movimiento de sus cuerpos y salpicaban sus relaciones sexuales de risitas por no encontrar apoyo para la fricción necesaria.

A medida que avanzaban hacia el levante aumentaban las granjas en número y prosperidad, dando origen a pequeños poblados polvorientos en los que lograron aumentar sus recursos con el trabajo. En un pueblo, conjeturaron que ella, por ser negra, sabía lavar ropa; Isabel acarreaba las sábanas y pantalones sucios del alcalde local y los comerciantes en granos, junto con las camisas de muselina de sus gordas esposas, hasta el río lugareño que apenas era un hilo de agua, y golpeaba todo hasta dejarlo impecable contra las piedras planas, con ayuda de un jabón de lejía amarillo que le resquebrajaba las uñas y dejaba las yemas de sus dedos ásperas como la arenisca. Para Tristão, con su mirada autoritaria, sus anchos hombros y la impresionante frente ancha, aparecieron tareas más elevadas; tras algunos días de observar su presencia ociosa pero digna, el abogado del lugar le confió la entrega

en mano de un mensaje a un cliente que se encontraba a un kilómetro y medio de distancia; el ferretero lo contrató para manipular los barriles, sacos y herramientas de hierro en la trastienda de su emporio y luego, comprobada la alfabetización de Tristão y el aire de honestidad y rectitud que irradiaba, le adjudicó un puesto entre las estanterías y cajones del frente, las balanzas y la caja registradora. Una costurera, apiadada de las manos agrietadas y cuarteadas de Isabel, la invitó a coser donde no se veían las puntadas, y más tarde donde se veían, dado que las lecciones de las monjas en labores habían sido metódicas y concienzudas; la costurera se preguntaba cómo esa negra indigente, esa simple *moleca*, había adquirido tanta delicadeza y tan buenos modales. Todo esto ocurrió en un poblado de las cuevas de Serra do Tombador, con calles en zigzag cuyas aceras ascendían en peldaños que flanqueaban una cuneta central empedrada por donde subían los carros y bajaban las aguas residuales.

En otra población, más al este, Tristão consiguió empleo en una herrería, y en otra fue mecánico de coches: los automóviles sustituían lentamente a los transportes tirados por caballos en los polvorientos caminos de tierra adentro. En cualquier sitio donde trabajaban, atraían todo tipo de bondades con su vivacidad y gracia, y más de una vez les ofrecieron oportunidades de instalarse de forma permanente, con agradables perspectivas provincianas, pues el desarrollo era el destino evidente del *sertão*. Durante un tiempo, reanimando los músculos endurecidos en la mina de oro, Tristão trabajó en una cuadrilla caminera tendiendo las piedras trituradas de una nueva carretera que llevaba a esa vasta región de subdesarrollo y promesas. «Las carreteras son el futuro de Brasil», recitaba todos los días el capataz, a la manera del sacerdote de una nueva religión destinada a compensarles la espalda dolorida y los magros salarios, pagados con una moneda que, cuanto más civilizado era el entorno, más rápido se veía erosionada por la inflación y los precios altos.

Al llegar a verdaderas ciudades, empezaron a tener aventuras urbanas. Isabel descubrió una tienda que vendía joyas y platería, cuyo encargado supo apreciar la exquisita calidad de la antigua cruz adornada con piedras preciosas del tío Donaciano. Otros comerciantes no habían mostrado el menor interés por el antiguo objeto sagrado pero a éste se le iluminaron los ojos. Era un *pardavasco* —hijo de negro y mulata— oscuro como un etíope, de ojos oblicuos y con entradas en las sienes. En complicidad con ella y en contra de los invisibles propietarios del establecimiento —que según dijo eran agroindustriales japoneses instalados en el lejano Rio Grande do Sul—, cerró el trato por diez mil cruzeiros, cifra ridículamente generosa, le juró, por un objeto tan corriente como una cruz de la época colonial.

—Pero debo confesar que no sólo soy un estudiante imparcial de las religiones, sino un ardiente devoto de varias. Usted ha descubierto mi debilidad, señorita.

Además, sugirió que durante el largo descanso del almuerzo, entre la una y las cuatro y media, se reuniera con él en su habitación de arriba.

—¿Cuánto valgo para ti? —le preguntó Isabel con una franqueza que no habría sabido expresar con su antigua piel.

—Te serviré un delicioso almuerzo —prometió el joyero— y te haré escuchar mis discos de las últimas canciones *afoxé* de Bahía.

—Estoy en bragas —replicó descaradamente Isabel, refiriéndose tanto a que andaba escasa de dinero como sexualmente excitada por él. Después de tanto tiempo copulando con un blanco y retorciéndose alrededor de su curiosa psicología blanca, Isabel sentía que se debía a sí misma una sesión con un hombre casi tan negro como ella—. Cien cruzeiros. Supongo que valgo tanto como la centésima parte de esa baratija que ni siquiera mueve los brazos y escucha las oraciones pero no responde. Yo responderé a todas tus oraciones siempre y cuando no sean demasiado indecentes.

El hombre se mostró atónito e indignado, y logró reducir el precio a ochenta y cinco cruzeiros, que sumaría al precio del objeto comprado, transfiriendo así el coste de su lujuria a los lejanos agroindustriales.

Su habitación en el piso de arriba estaba abarrotada y brillante —como la jungla que Isabel había atravesado con Ianopamoko—, clamorosamente llena de estatuas religiosas con los colores de los papagayos, representantes de todos los objetos del culto católico: María, el niño Jesús, Cristo crucificado, san Sebastián con sus flechas, santa Catalina con su rueda dentada, el Papa de gorro blanco que usaba gafitas y murió de hipo, además de los *orixás* y *exús* de candomblé, con idénticas cabezas de yeso y mirada de yeso pintado junto con bustos de superficie *beige* de Elvis, Buddy Holly, Little Richard y otros *ianques* inmortales del *rock*. Había incluso un Buda dorado y una Kali esmaltada en negro, con su llameante lengua roja y su collar de calaveras. Este *pardavasco* vivía realmente para sus religiones, lo que ofendió a Isabel: desconfiaba de la masculinidad de un hombre que no estaba dispuesto a hacer de ella su único objeto de adoración.

En lugar de caer instantáneamente en brazos del amor, el joyero insistió en que escuchara con él sus discos de *afoxé*, y le explicó:

—*Afoxé* es la más africana de las músicas brasileñas, íntimamente vinculada al candomblé, que ha sido rejuvenecida a través de las Américas por el *reagge* jamaicano y el Movimiento por la Conciencia Negra.

La convidó con una marihuana que no produjo a Isabel las sensaciones cósmicas del *iajé* de Tejucupapo. El sexo, cuando finalmente llegaron a eso, la impresionó como mecánico y aburrido en comparación con la evolución que habían experimentado ella y Tristão. El joyero no era un hombre que amara a una mujer hasta el punto de la aniquilación y ella

no estaba condicionada para otro tipo de amor. No obstante, volvió varias veces con el comerciante Olympio Cipóuna, a su habitación plagada de cabos de velas votivas; depositaba el dinero que le sacaba en una cuenta de ahorros cuya tasa de intereses se adaptaba según la inflación.

Cuanto más se internaban hacia el este, desde una selva sólo apta para indios hasta campos dedicados a la ganadería sin vallar y tierras de labranza diversificados por bolsones de industrias patrocinadas por el Gobierno, más evidente se hacía su necesidad de dinero, de un capital. Necesitaban ropa, calzado, cruceiros para alojarse y comer en restaurantes. La ciudad provinciana de Bunda da Fronteira tenía no muchos años antes aceras de tablones, fachadas de imitación madera, postes para atar animales, y todos los hombres portaban armas. Ahora, en los escaparates de las barberías de la arteria principal y en las paredes de la sociedad histórica local exponían fotos de antiguos linchamientos y salones de baile. En todas partes vendían piezas de artesanía india, especialmente trabajos con plumas hechos por los erikbatsas, para los turistas alemanes y suecos a los que llevaban en autocar; también se celebraban fiestas de pescadores canadienses, organizadas para saquear las generosas aguas de los ríos Araguaia y Xingú. Se estaban instalando a toda prisa comodidades para los turistas y la burguesía local. Había en construcción edificios de diez pisos para oficinas, con ventanas emplomadas y aire acondicionado; se habían instalado postes de alumbrado eléctrico en seis cruces de calles; el agua del grifo se estaba volviendo potable, y el centro comercial iba adquiriendo forma en el límite de la ciudad.

Isabel, tras mencionar su experiencia con la costurera en el interior — en la población con calles empedradas y muy empinadas—, encontró empleo en una tienda de ropa, al principio poniendo alfileres y cosiendo en la trastienda y después, gracias a su encanto y a la picante sofisticación de su estilo, en el frente, como vendedora. Tristão, a su vez, consiguió trabajo como portero en una discoteca que acababa de inaugurarse con el nombre de Mato Grosso Eléctrico. Lo fundamental de la tarea no consistía en desalojar de vez en cuando a un cocainómano que se había puesto frenético con una sobredosis, ni al camello excesivamente llamativo, sino en juzgar a quién admitir entre las multitudes que todas las noches se abrían paso a codazos en la chispeante acera de cemento. Era lo mismo que componer un ramo, una ensalada fresca, cuya variedad significara alegría y un ámbito desapegado del mundo. Algunos travestís ataviados con colores chillones y peluca estaban muy bien, pero demasiados ahuyentarían a los heterosexuales; unos pocos maduritos panzones en busca de placer eran deseables —para dar peso y perspectiva histórica a la muchedumbre de bailarines—, pero debía predominar la nota juvenil; una joven pintarrajeada con minifalda de lentejuelas y blusa transparente podía pasar, a menos que su acompañante tuviese la pinta agazapada, ansiosa y asexuada de un chulo de putas. A fin de crear un pequeño paraíso interior, la ansiedad y la esperanza de beneficios tenían que dejarse en la puerta. El aprovechado, el *voyeur* manifiesto, el novato aspirante al éxito social, debían ser excluidos. Tristão examinaba

la serie de rostros entusiasmados bajo las luces blanquecinas del cartel parpadeante del Elétrico en busca de los puros de corazón. Se podían admitir algunos pobres, aunque no tantos como para incomodar a los cómodos, ni para dar lugar a choques sociales y gestos revolucionarios a medida que evolucionaban el baile y la desinhibición. La revolución se había quedado en los años sesenta. Ahora corrían los setenta. La bacanal tiene que conservar cierto sabor a inocencia apolítica. Lamentablemente, a menudo Tristão debía excluir a los negros, pues se presentaban en mucho mayor número, proporcionalmente, que el de su representación en la población de Bunda da Fronteira, que era relativamente escasa. Los asistentes blancos y *branquelos* debían sentirse parte de una sociedad multirracial, pero no abrumados. Una discoteca no es un *batuque*, una juerga congoleña; con sus efectos psicodélicos procura crear un éxtasis desprovisto de peligros y depravaciones, sin ninguna de las consecuencias del vicio..., una oxigenación en la que puedan desplegarse los tiernos brotes del apareamiento. Las luces estroboscópicas, los láser de color, los sonidos agudos, la música insistentemente rítmica y el champán aguado intentan trocar las pasiones en coraje, en una especie de plumaje, y no ahuyentarlas. El espectáculo nocturno, en el que con creciente habilidad Tristão seleccionaba a los elementos humanos, no debe ser un espectáculo violento, a merced de los ostentosos y exhibicionistas. Su elevada estatura, su frente blanca, sus gestos y ademanes autoritarios señalando a los escogidos en el fondo de la multitud apiñada; su noble renuencia a sonreír, ya fuese aprobadoramente o disculpándose, lo volvieron imponente en su papel de juez, convirtiéndolo en una suerte de celebridad en las noches de Bunda da Fronteira. Sus empleadores, gánsteres bajos y mestizos, picados de viruelas, personalmente impresentables, valorizaban su elegante aspecto y le ofrecieron un aumento de salario y beneficios, cuando cinco meses más tarde anunció su decisión de marcharse.

Ahora él e Isabel habían acumulado suficiente dinero, ropa y sensatez urbana para partir, no en autocar sino en un DC-7 —un vuelo de menos de una hora—, rumbo a Brasilia. El trayecto desde el campamento les había llevado casi un año.

## 27. Otra vez Brasilia

27

Otra vez Brasilia

Habían transcurrido ocho años desde que Isabel fuera estudiante en la universidad y se acostara con Tristão entre los bananos y las yucas en una de las amplias áreas entre las calzadas de la autopista de la capital. Su padre ya no era embajador en Afganistán, donde el rey Muhammad Zahir había sido depuesto por un grupo de jóvenes oficiales militares cada vez más sometidos a la influencia soviética. La militancia islámica crecía y se gestaban problemas en el Asia central; Salomão se alegró de irse. Ahora servía a los Peces Gordos como viceministro de Desarrollo Interior, con una serie de despachos en las amplitudes marmóreas del Palácio do Planalto. Cuando atendió el teléfono, a Isabel le pareció más viejo, con su antigua fuerza y majestad paternal disminuidas..., ¿o había madurado ella en las penurias y el amor volviéndose adulta? Ahora tenía veintinueve años y había notado algunos rizos canosos mientras se retocaba su imponente peinado afro. Bajo cierta luz el dorso de su mano se veía fibroso y la piel bajo el mentón un poquitín floja. El padre no discutió ni se resistió cuando ella le dijo con tono firme:

—Papi, estoy bien y no gracias a ti. Quiero visitarte y que conozcas por fin a mi *companheiro*, mi querido marido.

El silencio de Salomão no se prolongó; era quizás el intento de un diplomático por encontrar las palabras adecuadas.

—Nada podría complacerme más, querida mía. Te he echado de menos y he pasado muchas noches en vela agitado por la angustia de la ignorancia de tu paradero y bienestar. Después de la vida de mujer de un minero en Serra do Buraco, de la que me llegaron rumores a las antípodas, desapareciste de la faz de la tierra.

—En ningún momento salimos de Brasil —replicó Isabel fríamente.

—Noto tu voz cambiada. ¿Siempre fue tan... gutural?

—La gente cambia, padre. Los hijos crecen. Esta es mi voz actual. ¿Encaja en tu atareada agenda una visita mañana a las seis de la tarde? No te molestes en darnos de cenar. Un té o unos cócteles serán suficientes. Más que suficientes quizá.

Si Isabel fue lacónica, se debía parcialmente a que Tristão estaba echado en la cama del hotel, escuchando. Cuando colgó, él le dijo:



—Ese es el hombre que nos secuestró y envió un asesino a matarme. ¿Se supone que debo ir ahora amablemente a su encuentro?

—Ahora eres otro. Y papi también parecía diferente. Viejo. Más triste. Creo que es *verdad* que me echó de menos. Antes nunca tuvo tiempo de ser un padre.

Se probó tantos vestidos como antes de ir a la casa de Chiquinho en Moóca, diez años antes, decidiéndose al fin por una túnica sin cinturón y larga hasta los tobillos, de vistosa seda tornasolada en los colores de un pavo real, de voluminosas mangas con un tajo que descubría elegantemente el negro ónix de sus brazos delgados, atuendo que en otros tiempos le habría dado aspecto de estar ojerosa.

El apartamento de su padre, en el rascacielos curvo con balcones de cristal y laterales blancos en el Eixo Rodoviário Norte, parecía menos grandioso que cuando viviera allí como impresionable estudiante. La pareja de sirvientes —el hombre alto, lúgubre y verduoso, la mujer rechoncha y morena— que había llegado a conocer y de cuya compañía dependía durante las frecuentes ausencias de su padre, había sido sustituida por un único criado, un joven ágil y ligeramente pecoso de cabellos anaranjados levantados en bucles al estilo rastafari, como una cesta de hilaza enmarañada en su cabeza. El joven hizo pasar a Tristão e Isabel al vestíbulo y se retiró con una impertinente inclinación de la cabeza. Mientras aguardaban la aparición del padre, Isabel se dio cuenta de que realmente el apartamento era más pequeño: no era el mismo. La *thang-ka* tibetana, la *coiffeuse* Luis XV con su vasija Ch'ing negra, los grabados japoneses y las figuras talladas de los dogon seguían allí, junto con una alfombra de piel de cordero y una impresionante marmita de cobre trabajado a martillo de punta que debían de ser afganas, pero todo estaba más amontonado, sin el lujoso espacio circundante que antes dotaba a su belleza de la intensidad del aislamiento. Ahora ese cúmulo de objetos poseía el clamor febril de una fiesta demasiado concurrida para la superficie disponible. Ya no estaba el largo pasillo por el que se había arrastrado con sus libros hasta su habitación noche tras noche, y las ventanas del salón no daban al lago Paranoá sino, en un escenario menos espectacular, a la Rodoferroviária. Tal vez la carrera de su padre, que en tiempos del presidente Kubitschek tenía perspectivas aparentemente infinitas, bajo la sucesión de generales había alcanzado su límite, en embajadas paulatinamente más secundarias y en cargos administrativos que no sólo concernían al interior del país, sino que compartían su descuido. Salomão Leme entró en el salón. Había envejecido, aunque sus pies pequeños y finos aún se movían rápido en sus pantuflas de charol de estar en casa. Se había puesto un batín de solapas marrones para recibirlos, encima de unos pantalones con la raya como una navaja afilada. El cabello raleante en la parte superior del cráneo se había convertido en un simple halo de pelusa sobre la ancha coronilla levemente ondulada, y su mirada oscilante era más pesada, tiraba más pronunciadamente que nunca de

la delicada piel incolora hormigueante de nervios que circundaba sus ojos.

¿Lo imaginó Isabel o se contrajo al verla un diminuto músculo, debajo de uno de esos ojos grises, después de ocho años? En caso afirmativo, su mirada decidida apartó el irritante agente sorpresivo, sus pantuflas siguieron deslizándose rápidas por la alfombra de cordero, y los labios que rozaron primero una mejilla y luego la otra estaban fríos.

—Mi hermosa niña —dijo y le apretó suavemente los hombros para contemplar mejor ese rostro levantado en actitud desafiante.

—Padre, éste es mi marido o prometido, o lo que prefieras, Tristão Raposo. —El simple acto de volver a verlo la había hecho sentirse mareada e infantil, tener la certeza de la indulgencia.

—Encantado —dijo el padre mientras estrechaba la mano delgada y pálida del joven con la suya, más regordeta.

—Lo mismo digo, señor —respondió Tristão sin contestar siquiera con el amago de una sonrisa al esbozo de otra del anciano que descubrió, conmovedoramente para Isabel, sus pequeños dientes redondeados, más pequeños aún de lo que ella recordaba, y amarilleados por la edad. Esos hombres que se medían mutuamente con la mirada produjeron un hormigueo en el estómago de Isabel.

—Por su acento, usted es carioca —dijo el padre de Isabel a Tristão.

—De nacimiento y crianza, señor. Mi familia vivía en las cuevas del Morro do Babilonia. La casa no era gran cosa pero disfrutábamos del espléndido panorama del mar.

El diplomático comentó:

—Ya no conozco bien Río de Janeiro, aunque no hay modo de sacar a mi hermano de allí, que vive como un cangrejo ermitaño en una concha rechazada. Mi vida en Río concluyó, prácticamente, cuando la capital se trasladó a Brasilia.

—Un traslado que enorgulleció a nuestro país —dijo Tristão, y un tanto envarado hizo caso omiso de la sutil indicación de que se sentara en alguno de los diversos sillones mullidos.

—No obstante, dudo de lo acertado de esa decisión —dijo Salomão mientras se sentaba en el sillón de brazos anchos tapizado en pana *beige* que, sabía Isabel, sólo ocupaba el segundo lugar en sus preferencias; su favorito era el de orejas en felpa roja, ahora de un color salmón en los brazos y el asiento por el desgaste, en el que se había posado Tristão con evidente cautela. Ella se situó entre ambos, en el largo sofá blanco, con las rodillas al nivel de la mesa baja cuya taracea formaba un tablero de ajedrez. Un jarrón delgado, un cenicero

limpio, un pisapapeles de cristal, sugerían que había un jaque mate en ciernes—. El traslado ha dejado a nuestro Río —suspiró Salomão— como lo que los ingleses llaman *grass widow*, una mujer cuyo marido está ausente, y ha realzado la sensación de la gente en el sentido de que el Gobierno es algo distante y fantástico, que tiene muy poco que ver con ellos.

—Con el tiempo el desarrollo de Brasil rodeará la nueva capital —dijo Tristão a modo de consuelo— y Brasilia será el centro de todas las cosas. Sin duda los hombres del futuro se preguntarán por qué está situada tan al este. Al recorrer recientemente el Mato Grosso, Isabel y yo nos sorprendimos por la velocidad a que avanza el desarrollo. Todos los lujos frívolos de la era moderna, incluyendo autocares llenos de turistas, llegan a un desierto inocente.

—Es un verdadero quebradero de cabeza —coincidió el caballero y golpeó los pies calzados con charol sobre la alfombra blanca para subrayar sus palabras—, casualmente *mi* quebradero de cabeza, pues como quizás Isabel le haya informado, hace poco me he convertido en viceministro de Desarrollo Interior, donde el «vice» sólo es un eufemismo, dado que el *soi-disant* ministro es un general sin reciclar cuya única pasión auténtica consiste en espiar a argentinos y paraguayos para cerciorarse de que en sus arsenales no tienen cohetes o cazas supersónicos que no tengamos nosotros en los nuestros. ¡Es tan paranoico al respecto como para imaginar que Castro recibe todo tipo de maravillosas golosinas rusas que nuestra alineación con los imperialistas occidentales le niega a él! ¿Me permitís que os invite a una copa?

El sirviente había entrado deslizándose casi en un paso de danza, al tiempo que meneaba sus bucles lanudos de color naranja. Isabel le pidió una copa de vino blanco —no chileno ni australiano, aunque tampoco necesariamente francés—, su padre, en un expansivo ademán de sus cortos brazos, una lima con *gin*, muy seca y con dos cebollines, y Tristão se inclinó por un *vitamina*. Isabel procuró alejar el aleteante temor de que su marido quería mantener la cabeza despejada en previsión de una pelea, y la impresión de que su mano iba constantemente al bolsillo lateral de la chaqueta para tocar la cuchilla de afeitar.

—Por favor, papi —soltó Isabel en medio de su nerviosismo—, *no* les permitas que sigan desarrollando el interior. ¡Es *horrible* lo que están haciendo con los indios!

El padre volvió hacia ella su gran cara —grande por tratarse de un hombre tan menudo— con la frente amenazadora y la pesada mirada húmeda, para decir con una voz no tan amable como para velar por completo el tono de reprimenda:

—Tenemos un departamento de Asuntos Indios, Isabel, el FUNAI, que cuenta con un presupuesto generoso y más de la proporción que le

corresponde en publicidad. Indios, indios, en cualquier sitio que el Gobierno trata de dar un paso, se tropieza con ellos. Ya se han dispuesto vastos terrenos, a la vera del Amazonas, del Xingú, en el Pantanal, para que retocen, holgazaneen y cada uno de ellos practique sus repugnantes correrías con las mujeres de los demás. Pero hablando seriamente, y en esta cuestión apelo al señor Raposo..., ¿cómo puede permitirse que cien mil atrasados hasta los albores de la humanidad obstaculicen el progreso de una nación de más de cien millones? ¡Valorar a los indios, sí! ¡Arrepentirse de atrocidades pasadas, sí! Pero yo le pregunto, señor Raposo, si un indio ignorante y plagado de enfermedades vale lo mismo que mil hombres y mujeres civilizados.

—Claro que no —respondió Tristão—, pero vale lo mismo que *un* hombre o *una* mujer civilizados, ¿verdad? Es un brasileño, como todos nosotros.

El padre de Isabel parpadeó al comprender que una flecha de sensatez, una amable agudeza, lo había atravesado mientras tomaba su segundo trago muy seco de lima con *gin*. Sonrió, en una especie de expresividad que Isabel no le conocía:

—Exactamente.

—Padre —intervino Isabel—, nosotros hemos vivido un tiempo entre los indios y no podrían haber sido más bondadosos. Salvo unas pocas excepciones —agregó, al recordar a los guaicurúes que se habían llevado a dos de sus hijos. Empezaba a sentirse otra vez embarazada, sospechaba que del *pardavasco* promiscuamente religioso.

—Sí, querida, sin duda. —El pulido funcionario político no hizo caso de la aseveración de su hija y le preguntó a Tristão—: ¿Y qué lo llevó a internarse tanto tierra adentro, señor Raposo? ¿Sería tan amable de decirme cuál es su profesión?

—Caballero errante, podríamos decir —replicó Tristão sin sonreír, tras una pausa—. He estado involucrado en diversos campos: minería, fabricación de automóviles, manufactura de embarcaciones, comercio al por menor e incluso, últimamente, la industria musical y del espectáculo, en calidad de directivo, aunque no soy músico ni creativo de una manera palpable. Siempre he vivido gracias a mi ingenio y a cierta crueldad desapasionada.

—¡Tristão! —exclamó Isabel, emocionada por la osada sinceridad de su amante.

—Minería, fabricación de automóviles —repitió el padre, como si quisiera dar mayor peso a estas frases. La secuencia significaba algo para él, le sonaba, lo que le habría preocupado de no ser porque el alcohol se abría paso suavemente en sus venas, y por su deseo de que todo lo concerniente a este encuentro fuera sobre ruedas. Era demasiado viejo, estaba muy cansado para asimilar disgustos. Había

explorado los límites del poder. Había visto suficientes fanáticos en Afganistán, en Irlanda—. A mi hija —confesó— le gustan las aventuras. En la universidad, a pocos pasos de aquí, se enredó con un chico tan revolucionario que sólo la intervención de su opulento padre y el pago voluntario de sobretasas en los impuestos a sus bienes lo salvó del rigor oficial. Y una vez, durante las vacaciones navideñas en Río, ella... Pero veo que la estoy turbando. Tal vez la culpa sea mía. Ha heredado de mí la sangre caliente. A mi opaca manera, señor Raposo, oculto en el disfraz gris del negociador y el administrador, también yo me he aventurado..., los trofeos que nos rodean corresponden a mis viajes. El tío de Isabel, mi hermano, con el que ella vivió algunos años, como sin duda ya le habrá contado, es todo lo contrario: un formal hombre de negocios que apenas se aventura a salir de Ipanema para llegar a Leblón. Su despacho, su club, su piso, el de su amante..., ésa es su ronda día tras día. ¡Si le ruego que me visite, dice que le dan miedo los aviones, que la altitud de Brasilia le diluye la sangre y le afecta el oído interno! ¡Le diluye la sangre! Se ha convertido en una vieja solterona. Sin embargo, como la araña inmóvil en el centro de su tela, Donaciano tiene muchos contactos. Si usted estuviese en busca de otro campo para conquistar, mi joven amigo, y se considerara dispuesto a instalarse con Isabel en São Paulo, donde en la actualidad se realizan todos los negocios serios de nuestro país, es posible que entre él y yo encontremos un puesto susceptible de aprovechar su experiencia. ¿Qué opina de las huelgas obreras?

Tristão miró de soslayo a Isabel en busca de orientación, y como sólo encontró el vino del amor chispeante en sus ojos de un gris azulenco, contestó:

—Cuando yo era un trabajador no hacía huelgas. De hecho, ni siquiera sabía quién era el jefe del *sindicato* y quién el dueño de la planta. Sólo sabía que a mí me dolía la espalda y a ellos no.

—¡Exactamente! Evolución y no revolución, ¿no le parece? Todas las clases tienen que cambiar para mejorar, por supuesto, pero a un ritmo que no destruya la vieja matriz, ¿no le parece?

—Sí, hay que conservar la matriz.

—Lo que los jóvenes llaman «el sistema», entre comillas, como pinzas que recogen algo desagradable. ¿Pero qué es el sistema salvo lo que ha evolucionado, lo que ha emergido en función de los esfuerzos del hombre, cada uno buscando sus intereses personales y elevando éstos todo lo posible para engrandecer también así la gloria de la nación? —A continuación contó una larga historia de sí mismo en plena juventud, cuando su esposa todavía vivía, que en paz descansase su alma asombrosamente bella, e Isabel estaba en pañales, y cómo llegaron a Brasilia cuando solamente era un desierto, un antiguo sueño sustentado por unos pocos devotos...

Isabel desvió la atención, pues había oído muchas veces esa historia, o historias semejantes. Se incorporó, con el pie de la copa de vino como una varita plateada en una mano, y el cigarrillo en la otra como una varita de aire, de espíritu y sensaciones. Se acercó al ventanal y vio los cubos arquitectónicos de Brasilia brillantes en la noche aterciopelada que ya había caído. Los relucientes paralelepípedos, las autopistas señalizadas, los monumentos parabólicos a la historia nacional de disensiones y luchas, todo parecía reflejo de su propia vida interior, de su capacidad para conceptualizar y amar, el amor era, en sí mismo, un concepto. Los dos hombres que estaban a su espalda la amaban, y cuando oyó que el relato de su padre por fin concluía y Tristão emitía una risa apreciativa, se volvió triunfal, con el abdomen en un hormigueo zumbante, para enfrentar la doble ráfaga de adoración.

Pero ellos hacían caso omiso de su presencia, la excluían. Tristão estaba contando, tras esperar cortésmente su turno, una historia propia acerca de las dificultades para discriminar entre mujeres y travestís —cuando era portero-matón de la discoteca Mato Grosso Elétrico— y su temor a dejar fuera por error a las verdaderas mujeres, de apariencia menos femenina que los hombres disfrazados. También se había presentado un enano travestido, acarreando la cuestión política de cuántos enanos por noche podían admitirse, mejor dicho cuántos podían excluirse, dado que, por un lado, los liliputienses de Bunda da Fronteira componían uno de los grupos de intereses diferenciados más quisquillosos y vociferantes de la comunidad, y, por el otro, los clientes de tamaño normal se quejaban de que tropezaban con ellos en la pista de baile.

Las carcajadas y la charla, carcajadas masculinas y charla masculina, se entrelazaban al tiempo que sus voluntades luchaban juguetonamente; el extraño criado sirvió a Isabel otra copa de vino, a su padre otra lima con *gin*, a Tristão otro *vitamina*. El vino empezó a presionar la vejiga de Isabel, las luces urbanas y la nostalgia de estar otra vez en ese apartamento, la rareza de oír a su padre y a su amante reír juntos, le presionaron las córneas, humedeciendo sus ojos. Cruzó el salón, viéndose a sí misma en el espejo alta y esbelta como uno de los costados de los dos rascacielos que albergaban el Congreso Nacional. Se mantuvo con el cuello delgado muy recto en su voluminoso vestido, como si llevara un tiesto sobre la cabeza. Las ondulaciones sombreadas en la tela tornasolada dieron la impresión de invertir los colores en los bordes relucientes. Se sintió satisfecha de verse, al filo de los treinta, magnífica.

Los dos hombres tenían conciencia de su presencia como el imán que los había unido. En cuanto estuvo fuera del alcance del oído, en el baño, en voz deliberadamente baja Tristão dijo a Salomão:

—Me he descrito a mí mismo como un hombre perseverante y quiero asegurarle que esa perseverancia está consagrada al bienestar y a la felicidad de su hija.

Salomão parpadeó y asintió, agradecido por estas palabras.

—Como ya me ha oído decir, ella mostró gustos extraños en cuanto a las compañías masculinas. Como tantas jóvenes de corazón caliente que siempre han gozado de comodidades, no comprende los límites prácticos, los parámetros de la matriz brasileña.

—Con toda probabilidad ahora es más sensata que la estudiante que usted conoció. Permítame preguntarle...

—¿Qué, amigo mío? —preguntó el anfitrión, dado que Tristão había titubeado.

—¿Ha visto...? No sé cómo decirlo... ¿Ha notado alguna diferencia física en ella?

Salomão pestañeó, pero no dijo nada.

Tristão prosiguió, incómodo:

—Más específicamente, ¿su tez es la misma que usted recuerda? A pesar de mis reprimendas, en nuestros viajes no siempre se protegía del sol con un sombrero.

El diplomático levantó unos centímetros los tacones de las pantuflas, cuadró los hombros y permitió que una contracción de sus facciones anunciara la trascendencia de lo que estaba a punto de decir. Habló con tanto cuidado como si hubiese memorizado las palabras o éstas pertenecieran a una lengua extranjera que había aprendido en los últimos tiempos.

—Para un padre, una hija siempre es la perfección. Encuentro a Isabel tan encantadora como la primera vez que la vi en brazos de su santa madre. No se preocupe demasiado por protegerla del sol, ella se broncea sin problemas.

Su madre era una Andrade Guimarães, y se rumoreaba que por las venas de los Andrade Guimarães circulaba una gota de sangre morisca. —Mantuvo sin vacilar la mirada de Tristão—: ¿No coincide conmigo en que mi hija es la perfección?

Tristão notó que ese hombre tenía el labio superior carnoso, como el de Isabel, y al igual que ella con una hendidura en el medio, aunque ligeramente descentrada en su caso, lo que daba a su boca un aspecto socarrón y producía la sensación de estar marcada por una cicatriz.

—Naturalmente, señor —dijo Tristão firmemente—. Yo también me enamoré de Isabel a primera vista y todos los días, desde entonces, sólo he tenido motivos para acrecentar mi amor. No sólo es hermosa, sino valiente, y no sólo valiente, sino pletórica de recursos. En el amor a ella

he encontrado mi destino y el propósito de mi vida. Isabel es la perfección.

Salomão percibió un trasfondo de tristeza mientras el joven expresaba tanta insistencia, pero la adjudicó a la famosa melancolía de la raza portuguesa; nada menos que una autoridad como Gilberto Freyre nos asegura que, de no haber importado africanos los primeros colonizadores para animar sus asentamientos, toda la empresa brasileña podría haberse marchitado de puro pesimismo. No obstante, los mismos africanos padecían tan apenada añoranza en el Nuevo Mundo, que se acuñó una palabra para designarla: *banzo*, una especie de *saudade* negra.

Isabel regresó de la brillante gruta del lavabo con la feminidad renovada por chorros de líquido y rociadas de perfume. Tendió una mano todavía húmeda a cada hombre, su padre y su amante.

—No veo ninguna sortija —dijo el padre, examinando la mano que ella le había tendido—. ¿Los jóvenes ya no cumplís los ritos de nuestra madre espiritual, la Iglesia?

—Tuve una sortija de compromiso —respondió Isabel—. Un anillo muy precioso, con el que hice un trueque en un momento que os ruego no consideréis ninguna tontería. Era un bello anillo que me regaló Tristão con un sello en el que se leía DAR. Nunca supimos qué significaba.

—Si me permites hacer una conjetura —aventuró Salomão—, ese anillo provenía de una de las instituciones más sagradas y arcanas de los *ianques*, una asociación de veneradas hijas de los soldados que lucharon en su torpe revolución.<sup>[2]</sup> Sería hoy un logro épico conseguir uno igual, pero aún me quedan algunos amigos en Washington mientras Henry Kissinger preste servicios al actual presidente... Lo intentaré, lo intentaré.

La puntillosa, caprichosa y burlescamente modesta repetición indicaba, para que Tristão e Isabel lo apreciaran sonrientes, que lo lograría. Así impartió Salomão la bendición largo tiempo negada a la pareja.



## 28. Otra vez São Paulo

28

Otra vez São Paulo

A partir de entonces vivieron dichosos en São Paulo, primero en un apartamento de Higienópolis y luego en una casa en el distrito Jardim América, sobre la Rúa Groenlandia, doce años en total. Los hermanos Leme consiguieron para Tristão un puesto en la mediana empresa, no en la fábrica de *fuscas* donde había ajustado pernos para montar motores frente al desdentado Oscar —porque ya no se hacían *fuscas*—, sino en una planta textil de San Bernardo, una de las llamadas «ciudades ABCD», satélites industriales de São Paulo.

La empresa funcionaba en una extensa nave donde unos telares gigantescos producían un estrépito que martillaba los oídos de Tristão con un millón de pequeñas conmociones; cada uno de esos sonidos era menos ruidoso que los choques de metal contra metal en la fábrica de *fuscas*, pero había muchísimos más. Al principio intentó comprender la suma de complejidades: la urdimbre, la trama, el varal y su martilleo, en qué diferían la sarga y el tejido simple, o el muaré, y de qué manera las variaciones en el alzamiento de los hilos de la urdimbre con los lizos producían el raso y el damasco, el terciopelo urdido y la pana tramada, y la vertiginosa operación por la que muchas bobinas giratorias de hilo atraídas por un mecanismo controlado por tarjetas perforadas tejía telas de complicados diseños.

La lanzadera —que llevaba atrás y adelante los hilos de trama bajo las urdimbres elevadas que formaban la calada— era la máxima dificultad, percibió Tristão, pues en el corazón del tejido debía existir el momento de suspensión en que la lanzadera vuela, o su vuelo es imitado por espadines, falsas lanzaderas, e incluso por chorros de aire o agua que impulsan el hilo desde un borde de la tela, llamado orillo, hasta el otro, produciendo una «excéntrica». De igual manera en el corazón de nuestra vida reside un salto sobrenatural, una probabilidad oscilante. Los telares sonaban con estrépito mecánico, repitiendo milagrosamente la calada, la excéntrica y el martilleo a una velocidad despiadada que, sin embargo, no mordía los hilos: en el universo material no había resistencia a una aceleración inhumana. Los asistentes humanos de las máquinas, por cierto, parecían groseramente indolentes y débiles, como arcilla húmeda salpicada aquí y allá, ociosos espectadores que de repente funcionaban de un salto ante la reducción de una bobina cónica de colores brillantes o una pesada lanzadera destellante. Los operarios, en su mayoría mujeres, usaban pañuelos en la cabeza para evitar que sus largos cabellos quedaran enredados en las máquinas, que en un segundo de descuido podían arrancarles el cuero cabelludo. Algunas obreras tenían sangre india, otras habían llegado con la inmigración

japonesa, o la italiana antes que ésta, o entre los diversos pueblos de Oriente Próximo bautizados sin diferenciación alguna como *turcos*.

A continuación había otra nave gigantesca en la que unas máquinas construidas con principios muy diferentes llevaban a cabo operaciones de tejido totalmente distintas, donde la unidad fundamental eran las agujas ingeniosamente dobladas en dos tipos: de muelle y de lengüeta; la de lengüeta tenía un diminuto pivote que cerraba la lazada y permitía que se soltara la puntada. Las agujas, en una variedad de tamaños que iban desde el de un lápiz hasta el del bigote de un ratón, estaban dispuestas en barras o círculos, cilindros o placas, controlados por levas móviles que imitaban el movimiento del tejido de punto una y otra vez, en un rechinar de pirañas, para producir láminas o tubos de tela tejida tan gruesa como un jersey de esquí o tan seductoramente transparente como los *panties*. El intento por entender los detalles de la manufactura produjo a Tristão terribles pesadillas llenas de dientes, que sólo duraron unas semanas; después percibió que para encajar en los movimientos organizativos su papel consistía, sencillamente, en comprender su relación con los hombres que estaban por encima de él en la cadena directiva, y los que estaban por debajo de él. Juntos —como un animal con cabeza de chorlito que sin embargo sabe lo suficiente como para avanzar hacia el alimento—, la fábrica y sus empleados avanzaban en tropel hacia el mercado; entretanto, el Gobierno montaba pesadamente el lomo del animal y la inflación le trababa las patas. Algunos directivos contactaban con el mercado —los expertos en modas, los publicitarios, los mayoristas, los distribuidores de los minoristas— y otros con el Gobierno, que extraía sus impuestos, afinaba los controles de precios, imponía sus normas de seguridad y contaminación, aceptaba sus sobornos. Otros contactaban con técnicos y maquinaria que necesitaba reparaciones, hacían nuevas evaluaciones y sustituían las máquinas con equipos cada vez más novedosos, más informatizados y robóticos. Tal como evolucionaron las cosas, Tristão contactaba con los obreros y sus sindicatos.

El poseía cierta inexpresividad social, con su frente ancha y solemne, sus ojos inesperadamente oscuros —los iris se diluían pesarosamente en las pupilas—, y una prudente dignidad que lo adecuaban a su cargo. Aunque era blanco, *claro* —casi antinatural, como si su piel nunca hubiese visto el sol o hubiese sido blanqueada por decreto—, carecía del acento de la clase alta paulista que odiaban instintivamente los trabajadores y sus dirigentes. En él estaba ausente la remilgada y lánguida arrogancia de los *filhos do poder*; de hecho, parecía un hijo de nadie; escuchaba seria y atentamente las quejas de los trabajadores y los planes de los sindicatos obreros para la rectificación de injusticias y la eliminación de obstáculos, como si se devanara los sesos para descifrar el camino acertado de un laberinto en el que carecía de la guía del prejuicio. La totalidad del ámbito legal moderno le parecía un laberinto que debía atravesar paso a paso. Fue paciente. Nunca condescendió. Aunque entendía, como uno más entre ellos, la violenta monotonía del trabajo en la planta, nunca intentó, al estilo fascista en auge durante el gobierno militar, usurpar el liderazgo de las bases. Se dejaba puesto el traje gris plata y el cuello blanco como la nieve, a todas

luces un hombre de la empresa, pero creció su prestigio entre los obreros cuando —empezando por la huelga de brazos caídos de una fábrica de autobuses en 1978, que incluyó a setenta y ocho mil obreros metalúrgicos— oleadas de huelgas y desafíos produjeron una revolución en aumentos de salarios, normas de seguridad, beneficios en la atención sanitaria y derechos del trabajador. Votaron con voces atronadoras en estadios de fútbol; funcionarios gremiales abandonaron el ala de la connivencia entre el Gobierno y las corporaciones para pasar a la catedral de San Bernardo, por invitación de una Iglesia con nueva mentalidad reformista. El último bastión contra el comunismo es una clase obrera aburguesada, y Tristão, cuyo propio aburguesamiento era un tanto superficial, sirvió como una especie de enzima en el proceso. La neutralidad de su porte y su acento era como la de un actor de televisión y resultó tranquilizadora para los obreros, que, incluso al nivel más abyecto de pobreza, vivían cada vez más inmersos en las telenovelas, los noticiarios y los concursos televisivos.

Su fábrica textil emergió de las huelgas de 1980 con las relaciones trabajador-dirección intactas; había quedado claro que las viejas guerras de clases, que habían impulsado al capitalismo como un motor recalentado hasta el punto de la explosión, debían dar paso —en un orbe dominado por la metodología japonesa y alemana— a acuerdos de dependencia y satisfacción recíprocas entre Gobierno, industria y pueblo. En 1985, la brillante derrota de los gobernadores militares por parte de Tancredo Neves en las urnas, y luego su sorprendente muerte la noche anterior a la toma de posesión, pasaron por el estridente mundo de lanzaderas de Tristão sin que fallara una sola puntada. A medida que pasaban los años, escuchaba cada vez más pacientemente (y, todo hay que decirlo, más distraído) la voz de los trabajadores, con la diplomacia curativa y el silencio no comprometido de un psiquiatra freudiano cuyo paciente, aunque nunca termina de sanar, puede no obstante avanzar cojeando bajo el peso del infortunio cotidiano. Tristão prosperó en su trabajo. Empezó las actividades acordes con su posición —tenis, *jogging*, *squash*, *windsurf*—, y sobresalió en todas con su ágil garbo y su ferocidad latente. Sedujo incluso a algunas esposas de sus colegas de medianas empresas cuando vio que también eso era un juego.

Pero en São Paulo nunca se sintió realmente a sus anchas. Salvo en su trayecto diario al cinturón industrial, y el camino a algunos restaurantes predilectos y a su casa de la playa en Ubatuba, siempre se perdía, se encontraba dando vueltas en el mismo viaducto, rodeando el mismo barrio o uno idéntico. No podía quitarse de encima la impresión, recibida en su primera visita casi veinte años atrás, de que la ciudad no tenía límites ni forma, en comparación con Río, donde las playas y montañas con figuras de barras de pan pellizcan las calles en una serie de primorosas cinturas y siempre está a la vista un horizonte de naturaleza indomeñable: las cumbres peladas de las montañas, el mar azotado por el sol. Cuando tal como correspondía a su situación, él e Isabel viajaron a París y Roma, Nueva York y Tokio, Buenos Aires y Ciudad de México, aparte de la inconfundible diferencia entre la torre Eiffel y el Coliseo, todo le parecía un poco más de São Paulo, más gente

en urbanizaciones de color gris cemento, engulléndose el planeta. Pensaba nostálgicamente en el despoblado Mato Grosso, cuando él e Isabel lo atravesaron por primera vez, con el leve y penetrante olor a madera de un duramen espiritual, en las bandadas de flamencos que alzaban el vuelo en oleadas bajo un derrame de nubes de fondo blanco que derivaban hacia el este, y en las siluetas invertidas de los *pinheiros* que los llamaban, desde un distante peñasco rosa, hacia algún campamento nocturno. Pensaba hasta qué punto, en situaciones extremas, solamente el cuerpo blanco de Isabel lo había sustentado con el alimento del amor.

Isabel, inspirada en los fragmentarios recuerdos infantiles de su madre y su fogosa tía Luna, cumplió como es debido el papel de joven esposa de la clase media. En Brasil pertenecer a la clase media significa disfrutar de lo que, en países donde la riqueza está distribuida más equitativamente, sería un estilo de vida aristocrático. La servidumbre es más barata que los electrodomésticos, e Isabel contó desde el principio con una combinación de criada y cocinera; cuando se mudaron del apartamento de Higienópolis a la casa de la Rúa Groenlandia, empleó a una mujer para que cuidara a los niños, que eran tres: Bartolomeu, retoño del *pardavasco* religioso, con ojos de etíope y una tez apenas un tono más claro que la de ella; tres años más tarde llegaron los gemelos, Aluísio y Afrodísia, mellizos no idénticos, aunque gestados con el mismo torrente de esperma muy entrada una noche, entre raptos de lambada en el Som de Cristal, en un armario para escobas camino del lavabo de señoras, derramado por un hombre al que apenas conocía, un contacto comercial de Tristão en la fábrica textil, proveedor de hilos de poliéster y lo bastante oscuro para que la atrajese, aunque racialmente fuese sobre todo blanco, bronceado por el tenis, con grandes facciones cobrizas y depredadoras. Durante unos minutos Isabel pensó que era un *bandeirante* y que se encontraba de nuevo en el Mato Grosso. Después de que esta imprudencia diera su alarmante doble cosecha —ninguno de los gemelos mostraba una sola pizca de la dignidad natural de Tristão ni un mechón de su pelo rubio y lacio—, Isabel empezó a practicar el control de la natalidad acostándose únicamente con su marido.

Había comprendido hacía tiempo que el precio de la inmensidad del amor de los dos era la esterilidad. Su ardor espiritual quemaba las consecuencias naturales de la unión física. Que él hubiese podido llegar a ser padre con otras mujeres —o que lo fuera y en alguna jungla un pequeño Tristão transitara, con brillantes ojos saltones, por los primeros y más sensibles años de su vida— sólo le interesaba en abstracto, como algo perteneciente a otra historia. En la suya, en la vida que le había sido dada para vivir —y que ahora corría, le parecía, a un ritmo aterrador—, se sentía conmovida por cierta compasión hacia Tristão, por la sensación de que él era una víctima suya, como si hubiese sido ella y no él quien hizo el abordaje en la playa de Copacabana. Ella llevaba un bañador claro de dos piezas, audaz para la época, que desde cierta distancia la hacía aparecer desnuda. Y, sin la menor duda, había sido ella quien en complicidad con un mago lo volvió blanco para que fuese aceptado por su padre y le proporcionara una vida cómoda. «Conmigo no corre peligro», le había asegurado él en la

playa, aunque irradiaba amenaza y un desesperado espíritu libertario. ¿No habría corrido peligro él con ella? La afligía con un sentimiento de culpa la docilidad con que se ponía su traje gris todas las mañanas y conducía su Mercedes-Benz gris de segunda mano por el laberinto en expansión de la ciudad hasta la fábrica en San Bernardo, por lo que más de una vez le preguntó bruscamente por la noche, cuando volvían de una cena o de la ópera:

—¿No echas de menos la libertad y la emoción de los viejos tiempos, antes de conocerme?

Tristão hizo una pausa para quitarse la camisa plisada, guardar los gemelos y la traba de la camisa en el pequeño cajón de la cómoda donde siempre eran guardados, y dedicó a la pregunta su habitual atención solemne y desgarradora.

—Era la vida de un perro callejero —respondió—. En pocos años me habría matado la policía u otro perro callejero. Contigo en mi vida había esperanzas y una meta. Ni siquiera me molestaron los años en que me deslomaba en la mina, porque volvía a ti. ¿Recuerdas que me sentaba afuera mientras caía la oscuridad, para desconchar las piedras y pasar por la batea los trocitos de oro, mientras tú preparabas la cena dentro, o limpiabas después y acostabas a nuestros hijos? Yo nunca había sido tan feliz, Isabel.

—¡Por favor, no, Tristão! —gritó ella mientras asomaban las lágrimas a sus ojos, en una erupción tan violenta como la del semen—. ¡No me hagas mejor de lo que soy! ¡He hecho de ti un hombre artificial! Dime sinceramente si tu trabajo actual no carece de significado y es espantoso. ¿De verdad no me odias?

La voz de él siguió siendo suave, un tanto ajena a la pasión, tal vez para castigarla delicadamente.

—No, mi trabajo es muy interesante. Trato con hombres, hombres y mujeres, por supuesto, aunque aún son raras las mujeres con poder corporativo..., todos ellos seres humanos que tienen que ser orientados hacia una unidad de propósitos para conformar el mundo futuro. Estamos viendo el final de amos y esclavos en Brasil y con mi poca competencia yo puedo contribuir en algo, pues he sido ambas cosas. En cuanto a odiarte, ese sentimiento invalidaría mi vida. La Amazonia retrocedería hasta los Andes si yo te odiara. Tú eres mi amor-esclavo, mi *negrinha* de ojos azules.

Tristão cruzó el dormitorio adornado con cojines, cortinas, fotos enmarcadas de los dos en épocas de vacaciones y de sus hijos con el uniforme de la escuela, y se detuvo a su lado, donde ella estaba sentada en la banqueta del tocador tapizada con raso, para que viese el bulto que el ñame formaba detrás de la bragueta, percibiera su tibieza, tocara su dureza con las yemas de los dedos y luego con los labios a través de la tela del pantalón del esmoquin. Ya rara vez hacían el amor, así como

una pareja rica rara vez recurre a su caja de seguridad, pero cuando lo hacían, el tesoro seguía allí y nunca era del todo el mismo, como si en su ausencia alguien hubiera sacudido la caja.

Isabel estaba constantemente atareada, pero no era fácil describir el contenido de su trajín. Daba órdenes a la servidumbre, cariño a los niños cuando se los llevaban con el uniforme de la escuela o el pijama. Planificaba las cenas de Tristão y se ocupaba de que las puercas y holgazanas criadas —una tras otra, todas *nordestinas*— no descuidaran escandalosamente los quehaceres domésticos o se follaran en el cobertizo de los tiestos al chico que arreglaba el jardín. Isabel salía a comprar ropa en Fiorucci y Huis Clos, y organizaba los viajes que hacía con Tristão al extranjero. También ella jugaba al tenis, aunque practicaba este deporte sobre todo por los consiguientes almuerzos parlanchines y deliciosos con sus amigas alrededor de mesas al aire libre con sombrillas, con el equipo blanco sudado y un cárdigan sobre los hombros, apropiado para dejar al desnudo sus brazos.

Pero ya no era elegante ser un rico ocioso, al estilo del tío Donaciano. Los hombres, incluso los ricos, trabajaban, y las mujeres más jóvenes que Isabel también lo hacían. El trabajo se había vuelto *chic*. Para ella era un poco tarde. Había malgastado sus estudios en exaltadoras charlas revolucionarias; ella se había graduado en la universidad del Mato Grosso, que enseñaba a sobrevivir en un mundo en vías de desaparición. Un dulce silencio rodeaba su pasado; las nuevas amigas nunca le preguntaban dónde había estudiado ni cuál había sido su vida anterior al casamiento con Tristão. Suponían que había trepado de cama en cama desde los barrios bajos hasta la clase media alta. Los ojos azules realzaban su encanto social, aunque no eran estrictamente indispensables. Los portugueses, que carecían del temor supersticioso a la negritud, nunca repudiaron África; el brasileño solamente repudia la inmensa pobreza negra y la delincuencia que engendra. Isabel, de modales tan entrañables, de vivacidad tan picante, tranquilizaba a todos, pues su sola presencia confirmaba que su sociedad estaba produciendo esos ornamentos de ébano. Empezó a colaborar activamente en sociedades benéficas y solía aparecer fotografiada en los periódicos, un grupo de manchas más oscuras de medios tonos entre las más claras. Todo el mundo la quería, los querían a los dos, por su esencial monogamia en un mundo en el que todo lo que es estable se escurre, en el que de todo lo sagrado se hace burla y los apetitos erosionan todo desde el interior, hundiendo corporaciones y empresas enteras que, como cadáveres de carpinchos cuyas tripas han sido consumidas por invisibles y rapaces sabandijas, se desmoronan con una bocanada de humo maloliente. La inflación, en su resurgimiento, se aproximaba al mil por ciento; los Peces Gordos habían vendido el futuro de Brasil a los bancos internacionales y habían gastado el dinero en sí mismos.

Durante esos años hubo para Tristão e Isabel ascensos laborales, renovaciones en el hogar, pequeñas crisis de salud, uno o dos accidentes automovilísticos, vacaciones, y el desarrollo ininterrumpido de

Bartolomeu, Aluísio y Afrodísia en las elegantes escuelas católicas a las que asistían. También hubo un funeral: falleció el padre de Isabel a causa de la arterioesclerosis y una miocarditis inducida por el exceso de trabajo y la tensión acumulada de todos los desarreglos corporales propios de los años que pasó en el extranjero. Hacía años que no se sentía bien física ni mentalmente. Una de las primeras señales de deterioro había sido el hecho de contratar como sirviente a un rastafari tonto. Hacia el final se mezclaron en su cerebro todas las informaciones, los idiomas, protocolos y sutilezas de intrigas pasadas. Entre sus pertenencias encontraron, sorprendentemente, la pepita de oro que Tristão había arrancado a Serra do Buraco y que había visto por última vez en el banco de la cooperativa, pero luego se había abierto paso hasta las manos del viceministro de Desarrollo Interior.

Con ella había una nota confusa: «Dedica la mitad del producto a la educación de mi hijo o si es demasiado tarde para eso a la de mi nieto Pacheco». ¿Pacheco? A Tristão le sonó el nombre pero no consiguió saber de dónde ni de qué. Además, necesitaban todo el dinero que pudieran heredar. La muerte de Salomão no los había enriquecido tanto como esperaban. El dinero, en forma de números cada tanto recortados por una nueva red decimalización gubernamental para contrarrestar la insaciable inflación, iba y venía de su cuenta bancaria y nunca era bastante, o al menos tanto como el que parecían tener sus amistades. Había que acudir a la consulta del dentista, asistir a té, cenas, confirmaciones, graduaciones, partidos de fútbol escolares y recitales de los niños. La trivialidad, el tedio brillantemente enmascarado de la vida burguesa..., los narradores retroceden ante todo eso. ¡Aunque este capítulo abarca la franja de tiempo más extendida, no lo hagamos más largo de lo que es!

## 29. Otra vez el apartamento

29

Otra vez el apartamento

Algo extraño le había ocurrido al tío Donaciano. En 1977 se había legalizado el divorcio en Brasil y una década más tarde, después de tantos años de cohabitación no oficializada, se divorció de la tía Luna y se casó con su ama de llaves y cocinera, Maria. A un año de la ceremonia ella lo abandonó, sin que nadie pudiese imaginar por qué. El daba la impresión de ser un hombre destinado al fracaso amoroso. Apiadada, Isabel volvió más frecuentes las visitas a su tío soltero y a Río.

En esta fatídica ocasión, Isabel convenció a Tristão de que la acompañara durante los días de vacaciones que le daban en la fábrica textil después de Navidad. Sopesaron la idea de llevar a los hijos pero coincidieron en que Río, durante la canícula vacacional, ofrecía demasiadas oportunidades de desenfreno a los preadolescentes. En la ciudad imperaban el delito, el vicio, la gente sin techo y la desnudez pública. Sus hijos se habían criado entre algodones, como paulistas mimados y protegidos, y su presencia malhumorada y rebelde en el apartamento no resultaría fácil para el anciano anfitrión sin descendencia.

El tío Donaciano les dio la bienvenida cálida y agradecidamente: había envejecido como consecuencia del golpe que la segunda esposa asestara a su orgullo. El cabello, alisado hacia atrás hasta un punto occipital como el que se ve en las crestas de algunas aves tropicales, ahora estaba salpicado de canas —en realidad a rayas, con una curiosa regularidad que parecía alcanzada por medio de una vanidad mecánica— y sus manos temblaban por efecto de un exceso de ginebra al anochecer. Su encanto se había marchitado en algo semejante al de una tía solterona, con constantes vacilaciones de viejo chocho y un hábito de deferencia automática, abstraída, más bien implorante.

En el apartamento, los dos candeleros de cristal que Isabel y Tristão habían robado tantos años antes habían sido sustituidos por otros casi idénticos; la enorme araña de luces todavía colgaba como un enorme arácnido sagrado, con los brazos de latón curvados en forma de S, del centro de una rosa abovedada de cristal esmerilado. Para Tristão la estancia aún poseía la radiante quietud de una iglesia, pero los accesorios —los cojines orlados, las vasijas *cloisonné*, los lomos estampados en oro de libros nunca abiertos— ya no le parecían fabulosos sino un tanto raídos y anticuados, pertenecientes a una era pretérita de decoración fastuosa. Ahora él y sus amistades de São Paulo se inclinaban por un aspecto más informal y cuadrangular, de colores



tabaco y hueso en tejidos toscos, de lámparas bajas que producían fuentes circulares de luz tenue..., era de hecho el aspecto de un despacho moderno, aunque más delicado y sin tantos chismes de informática encerrados en plástico. En comparación con esas cámaras modulares, las estancias del tío Donaciano parecían componer un mullido harén enrejado para recibir cuerpos femeninos con vestimentas diáfnas que, decepcionantemente, no estaban allí.

—En lo que respecta a Maria —intentó explicar el viejo caballero una vez que el áspero vino tinto argentino de la cena y el sabroso *pato ao tucupi* con su sabor a ajo desataran sus lenguas creando una comfortable atmósfera social—, creo que prefería los salarios definidos aunque modestos de la sirvienta a las recompensas más succulentas pero también más vagas de una esposa. Yo la estimulaba a gastar dinero en sí misma, en ropas, peinados, manicuras, balnearios, pero ella interpretaba cada sugerencia como una velada insinuación de que la consideraba desaliñada, mal vestida, ordinaria y más bien gorda..., y era la verdad. No obstante, podría haber hecho caso omiso de mis sugerencias, aceptarlas o rechazarlas, así como me aceptaba o me rechazaba a mí antes de nuestra boda. Pero al convertirme en su marido, llegué a ser para ella un ser irritante, como si ahora fuese una parte de sí misma sobre la que no ejercía ningún control, a la manera de un cáncer. El hecho de que yo fumara, tema sobre el cual nunca se le había escapado una sola palabra crítica, de pronto se transformó en fuente de preocupación y dolor para ella, en motivo de constantes quejas. La verdad es que se volvió regañona en muchas cuestiones, mientras antes se había mostrado dulcemente flemática. Las chicas que yo contrataba para sustituirla nunca la contentaban, lisa y llanamente: eran deshonestas, sucias, descuidadas, intrigantes, no tenían nada en la cabeza..., la letanía era infinita, nadie podía satisfacerla y yo iba despidiéndolas al ritmo de una por semana. Sin embargo, en los intervalos, cuando Maria se ocupaba personalmente de los quehaceres que habían sido de su competencia, se quejaba de que ser mi esposa no había marcado ninguna diferencia en su vida, excepto que ahora no recibía paga. Hasta el sexo entre nosotros, disculpa Isabel estos detalles, pero ahora ya eres una vieja casada..., el sexo, decía, se volvió resentido y afectado por parte de ella, cuando antes cedía de buena gana a las demandas más perentorias. Parecía, ay, que la autoridad brutal de un patrón la erotizaba de una forma que no podía alcanzar la figura más compleja de un marido. La nota que me dejó el día que desapareció sólo decía, con su caligrafía de persona apenas alfabetizada aunque de bellos trazos: «Esto exige demasiado de mí».

—Tristão y yo opinamos —lo interrumpió Isabel, desafiada por su referencia a que ya era una vieja casada— que a veces ayuda a nuestras relaciones sexuales fingir que somos dos desconocidos que por casualidad se encuentran en la misma habitación.

Donaciano pareció ruborizarse e incomodarse por este detalle. Ella continuó instruyéndolo, tomándole el pelo:

—También a las mujeres nos resiente la tiranía del sexo y la necesidad de establecer vinculaciones sociales perdurables de lo que quizás estaba destinado por la naturaleza a ser algo fugaz. Las mujeres y los hombres ocupan dos reinos distintos y su apareamiento es como el instante en que un pájaro se apodera de un pez.

—Por lo que tengo entendido —terció Tristão con más sentido práctico—, usted solía pegar a Maria.

—Muy rara vez —se apresuró a aclarar el perturbado exdandi—. Una o dos veces quizás, en la furia de mis años más juveniles. Las mujeres con las que me enredaba eran coquetas exasperantes y yo traía mis frustraciones a casa, a mi única amante fiel y constante.

—Es posible, aunque parezca una barbaridad —conjeturó Tristão—, que ella interpretara como una señal de falta de cariño el hecho de que no la golpeará una vez que se convirtió en su esposa, y que el comportamiento caprichoso fuese un intento de provocarlo para que usara los puños. Los pobres desarrollan una piel tan gruesa que el toque del amor tiene que ser pesado.

Tristão estaba pensando, percibió amorosamente Isabel, en su propia madre, como una manera de justificar la forma brutal en que lo había tratado. Sin dar tiempo a responder al tío Donaciano, Isabel aprovechó la oportunidad para preguntarle:

—¿Y por qué piensas que te abandonó la tía Luna?

Donaciano hizo una pausa durante la que su rostro pareció más frágil que nunca y sombreado, como en aquellas noches de la infancia de Isabel en que entraba en su habitación para leerle un cuento y sellar con un beso su deseo de que soñara con los angelitos. Durante el silencio, la actual sustituía de Maria sirvió lánguidamente el postre, *fruta-do-conde* con sorbete de melón dulce, en elegantes copas en forma de tulipán, con el pie muy largo.

—Nunca pude entenderlo —confesó por fin el tío Donaciano—. La desertión de tu tía es el gran fracaso de mi vida. Ya había pasado el apogeo de su juventud y no encontró la felicidad lejos de mí, según dicen mis informantes de París. Algunos devaneos con hombres casados que no soportaban la idea de abandonar a sus mujeres, luego hombres más jóvenes que se aprovechaban de su dinero, y ahora no queda nada para ella, ni siquiera la Iglesia, porque nunca fue creyente.

En la larga pausa que siguió, para ser amable, Tristão dijo con su voz formal:

—La fe es necesaria. De lo contrario hay que tomar demasiadas decisiones y cada una de ellas parece demasiado importante.

Pero el tío Donaciano siguió con la vista fija en Isabel; su rostro, refinado y fatigado, daba la sensación de estar picado por sombras de anhelos no declarados, como en aquellas noches que iba a arroparla en su cuarto.

—Hubo *dos* fracasos amorosos en mi vida —continuó—. El segundo fue que tu madre nunca me trató con un ápice más que la debida cortesía de una mujer a su cuñado.

—Tal vez un fracaso explica el otro —señaló Isabel—. La tía Luna percibía que amabas a mi madre.

Pero no, ahora, ante esta puerta tan evidente a la verdad, el anciano se echó atrás y movió la cabeza obstinadamente.

—No. Ella nunca lo supo. Apenas puede decirse que lo supiera yo.

—Háblame de mi madre —gritó Isabel con una vivacidad que irritó a Tristão. Veía en ella demasiado vino tinto, el atolondramiento de estar lejos de sus hijos una o dos noches, y el infantil deseo de halagar a su tío viajando con él al pasado. Mantenía la boca abierta como si quisiera exhibir ante éste su arqueada lengua aterciopelada—. ¿Me parezco a ella?

Firmemente apenado, Donaciano contempló a su sobrina, con su majestuosa gavilla de cabellos crespos, sus aretes de oro y sus esbeltos brazos de negra —de un marrón iridiscente similar al del azúcar quemado— centelleantes de pulseras hasta el codo. Llevaba un vestido tubular sin mangas, verde jade, que ocultaba y favorecía su cuerpo. Isabel había engordado, aunque no más de dos o tres kilos.

—Tú eres su esencia, claro que combinada con la determinación de los Leme —manifestó Donaciano—. Ella era el tipo de mujer sólo adecuada para pasearse por un harén. Según se rumoreaba, los Andrade Guimarães tenían sangre morisca. No sabía hacer nada..., ni preparar un huevo frito, ni escribir una carta, ni organizar una fiesta. Nada pudo hacer para contribuir a la carrera de tu padre. Ni siquiera estuvo a la altura, la segunda vez, del esfuerzo de dar a luz. Incluso cuando estaba viva, Isabel, dejaba tus cuidados a cargo de las sirvientas y de Luna. Cuando mi esposa estaba cerca, era muy afectuosa contigo. Has heredado de Luna el estilo decidido y el temperamento nervioso, pero en tu esencia voluptuosa eres la inefable Cordélia.

Con una impulsividad que, tenía la certeza, su marido encontraría adorable, Isabel alargó la mano a través de la esquina de la mesa —la habían sentado en la cabecera para ser compartida por ambos— y cogió la pálida mano de Tristão entre sus dedos, que a la luz de la luna parecían tan oscuros, debajo de las uñas claras, como los dulces *cafezinhos* alquitranados que la criada había servido en pequeños pocillos altos.

—¿Has oído eso, Tristão? ¡Nos parecemos en que los dos hemos tenido una mala madre!

—Mi madre no era mala. Hacía lo que podía dados los límites de nuestra condición de oprimidos —replicó él con tono hosco.

Isabel no permitiría que se le negara este otro vínculo con él. Tristão se le estaba escapando de las manos, pero no dejaría que se saliera con la suya.

—¿Has visto? También compartimos eso . ¡Las queríamos! ¡Los dos amábamos a nuestras malas madres!

El tío Donaciano, con el fino bigote eclipsado por el borde de la taza de café, paseó la mirada de uno a otro de sus jóvenes invitados, percibiendo su pequeña pugna, en ese ambiente más compartible con uno que con el otro. Apaciguador, dijo:

—Todos somos hijos de la Tierra, que es una mala madre, podríamos decir. Nuestro triunfo consiste en amarla, en amar la existencia.

Se quedaron levantados hasta tarde; Isabel y su tío recordaron a la madre de ella, los tiempos en que Río era como una pieza de cristal veneciano, los viajes a Petrópolis para escapar de la canícula estival. ¡Petrópolis! Los espléndidos jardines imperiales donde en otros tiempos el mismísimo Dom Pedro se había paseado con la emperatriz Teresa Cristina y su testaruda hija, la famosa Isabel, que desafiando a todos bailaba con el ingeniero mulato André Rebouças y como princesa regente decretó el final de la esclavitud. ¡Ah, los canales y puentes de la ciudad, sus plazas y parques, prácticamente europeos en el acabado y el encanto; la catedral gótica y la copia exacta del Crystal Palace londinense; las vistas montañosas desde el restaurante, incluida una cascada como un hilillo! Entusiasmada, Isabel recordó con ayuda de su tío aquellos días espléndidos de vacaciones familiares, cuando el padre se sentaba a su lado ante el serio mantel blanco como la nieve, y la esbelta y entretenida tía Luna le enseñaba qué tenedores debía usar. Ella era una niña preciosa con volantes de gasa almidonados, rodeada de camareros que se inclinaban, música distante y una matriz reluciente, húmeda y florida: Brasil, una Europa sin tensiones, sin culpa. ¡Ah, el día en que la tienda de campaña cayó en el jardín del hotel, el día en que el caniche blanco de la *Senhora* Wanderley mordió al cocinero de la barbacoa, el día en que Marlene Dietrich y un séquito de alemanes del lugar cenaron en La Belle Meunière!

Escuchándolos, Tristão se inquietó: era poco lo que podía aportar a la conversación. El mundo de ellos no había sido el suyo. En São Paulo había creado un pasado y entre sus amistades podía retrotraerse hasta los doce años. Pero ahora, excepto cuando el tío Donaciano se volvía y hacía un esfuerzo deliberado por incluirlo en un tema general («Dime qué opináis sobre lo que ocurrirá en la industria con la nueva congelación de precios», «Me gustaría saber si los jóvenes estáis tan

alarmados como yo ante la perspectiva de elecciones libres para presidente»), Tristão tenía poco que hacer salvo dar chupadas a un puro habano, hundirse más en el crujiente sillón de cuero y estirar las piernas, procurando reprimir sus temblores de agitación muscular. En su forzoso aislamiento estudiaba a Isabel, con su rostro húmedo, perdida en las quimeras de la infancia, cuando soñaba con una vida idílica. Se había quitado los zapatos y cruzado bajo su cuerpo los elegantes pies descalzos en dos tonos de negro, en el curvilíneo sofá carmesí. Tristão sentía opresiva la calidez entre ella y su tío, algo sutilmente nocivo, como el humo del puro. Este había sido el mundo de Isabel, un mundo encantado. *¿Qué quería de mí?*, se preguntó, rodeado de humo. Sólo su ñame. El ñame de un desconocido. Para que hiciera el trabajo sucio de la naturaleza.

Por fin el anfitrión, con los cabellos a rayas y levantados en plumas sueltas, fue tambaleante hacia la cama; la pareja se encaminó a su dormitorio, en el piso de arriba del dúplex, más allá del antiguo cuarto infantil de Isabel que Maria, en su condición de esposa, había convertido en trastero. Las ventanas estaban salpicadas hasta el punto más alto por las luces achampañadas de Río.

—¿Te molestaría que fuese a dar una vuelta, mi amor? Me siento algo mareado por el cigarro. No estoy acostumbrado a los puros ni a tanta conversación de sobremesa.

—Te aburrimos, querido, lo sé, discúlpanos. Pero mi tío no estará con nosotros eternamente y le entretiene pensar en los viejos tiempos. Teme al futuro. Está seguro de que si hay elecciones populares ganarán los comunistas. Los comunistas o alguna estúpida personalidad de la televisión. Donaciano es un pobre viejo asustado. —Al percibir que en cierto modo había ofendido a Tristão, Isabel cruzó el dormitorio hasta quedar a su lado; ya se había quitado el vestido tubular verde y la lencería blanca marcaba dos violentas interrupciones en su piel—. Ahora es la única persona que conozco —agregó con seductora voz gutural— que me recuerda tal como fui cuando era... inocente.

—El sabe —dijo Tristão—. El sabe que dentro de mi traje gris soy la misma basura negra a quien prohibió ver a su sobrina hace veinte años. Lo sabe pero no puede hacer nada al respecto.

—No quiere hacer nada al respecto —replicó Isabel mientras le acariciaba la cara, tratando de borrar con el pulgar la arruga de ira de su frente ancha—. Ve que soy dichosa y eso es lo único que desea. —Los finos y lacios cabellos de color roble de Tristão mostraban entradas, lo que volvía más ancha aún su frente. Isabel le acarició las sienes despejadas con gran ternura.

Tristão se irritó por los insistentes intentos de Isabel por aplacarlo y sacudió la cabeza para apartar la mano de ella, con el sustituto del anillo DAR en el dedo medio, que su padre consiguiera en Washington tal como había prometido; pero no era tan bueno ni antiguo, ni estaba

tan bien grabado como el que él le había robado a la gringa de pelo azul de Cinelândia, lo que contribuyó a irritarlo aún más.

—No era solamente tu tío quien estaba enamorado del pasado. Tampoco tú cabías en ti de contenta con las reminiscencias de aquel lujo construido sobre la miseria de otros. Te hundiste en los recuerdos, poniéndote fuera de mi alcance.

—Pero he retornado, Tristão —afirmó ella—. Ahora estoy a tu alcance.

Sin dejar de observar fijamente la expresión ofendida de su marido — como si en caso de apartar la vista él pudiera golpearla—, Isabel se inclinó para quitarse las bragas, una pierna por vez. Su expresión era la de una negrita espiando, con el blanco de los ojos desorbitado, asustada aunque a punto de reír si le dan el mínimo permiso. Salvo por sus ojos claros Isabel parecía, con su alerta carita simiesca y sus cabellos alborotados, una de las harapientas compañeras de juego de Tristão en la *favela*, la que más le gustaba, Esmeralda. Tristão esbozó una sonrisa permisiva e Isabel rió y enderezó el cuerpo. Su triángulo de brillante vello negro mostraba que su piel sólo era marrón, clara en contraste. Su ombligo era como el hoyuelo en la cara inferior de un cuenco pardo con dos asas gruesas: sus caderas, curvadas hacia fuera como grandes anacardos tostados. Cuando Tristão le apoyó una mano allí, en el muslo, vio que su propia mano era otro matiz del marrón, bronceado por el tenis y el *windsurf*; el vello del dorso poseía un tinte cobrizo.

—He disfrutado contigo y con tu tío —le dijo, con una voz que había caído, fatigada, en su timbre viril—. Entre vosotros existe un verdadero cariño basado en la sangre y en las memorias compartidas. No estoy enfadado sino melancólico, al verme tan cerca de mi antiguo hogar...

—Allá no hay nada, Tristão. La *favela* ha sido arrasada para levantar un jardín botánico y un paseo turístico.

En cuanto llegaron a Ipanema habían ido a la tienda de Apollonio de Todi, pero el candelero de cristal, por lo que mostraban los imperfectos archivos, nunca había sido empeñado. «Guarda mi regalo, si lo prefieres, y enciende una vela para que no volvamos en una noche oscura».

—Y si los encontraras —agregó Isabel con tono cauteloso— no te reconocerían.

—Sí —suspiró él—. Eres muy sensata, Isabel, cuando se trata de mi pasado y no del tuyo. Pero debes dejarme ir a dar una vuelta a la manzana. Tengo las pantorrillas acalambradas y la cabeza congestionada. Volveré en unos minutos. Prepárate para acostarte, querida mía. Me llevaré una llave y si ya te has dormido me deslizaré en tus sueños. Estaré desnudo.

Isabel se acercó y, de puntillas, apretó sus labios cálidos contra los de él.

—Ve, pero cuídate —le dijo, seriamente.

Tristão se sorprendió. ¿Cuidarse en su ciudad natal? ¿Tan viejo estaba? Isabel tenía cuarenta años y él cuarenta y uno. Se volvió y la miró; mientras ella se quitaba el sostén y en broma posaba junto a la amplia cama blanca en la postura angulosa de una bailarina de *boîte* desnuda, Tristão recordó aquella vez que ella le había preguntado: «¿Todavía te gusta?». Contemplarla lo atrajo poderosamente, pero salió.

### 30. Otra vez la playa

30

Otra vez la playa

El aire en los trópicos sugiere, durante el día, que nada puede hacerse, que el decaimiento y la lasitud son el sino del hombre. Pero de noche el aire bulle de emoción y acción en potencia. Alguna perfumada promesa húmeda aguarda en la atmósfera para realizarse.

El viejo japonés de atrás del escritorio de mármol verde inclinó deferente la cabeza cuando pasó el caballero de traje gris plata. Tristão empujó la puerta transparente y el aire, salado como el beso de un espíritu, penetró sus fosas nasales. Caminó hacia la música distante de los clubs nocturnos y locales de *strip-tease* que bordeaban la playa de Copacabana; las tiendas de Ipanema estaban cerradas, los porteros de los edificios de apartamentos permanecían detrás de las puertas transparentes como visitantes en un acuario a través de cuyas aguas lóbregas nadaba Tristão. Había algunos restaurantes iluminados y los cajeros automáticos de los bancos brillaban insomnes, pero había muy pocos transeúntes y apenas el murmullo de los coches, aunque todavía no había dado la medianoche. En el lado de Copacabana correspondiente al fuerte había más luz, más actividad en las puertas de los grandes hoteles, de donde entraban y salían turistas en taxis amarillos y verdes como periquitos, escaparates que iluminaban desde abajo piedras y minerales —turmalina, amatista, topacio, rubelita— arrancados de las montañas de Minas Gerais.

En mesas al aire libre, una mezcla de pobres y ricos —los comprados y los compradores— esperaban las transacciones nocturnas, charlando y bebiendo café dulce e intenso, como si la vida y el tiempo no necesitaran de cálculos. Por estas mesas solían rondar él y Euclides para arrebatarse propinas de los platillos y buscar un bolso colgado cuyas correas de cuero pudieran cortarse en un segundo. Por las umbrías calles laterales a la Avenida Atlántica, los turistas borrachos que tropezaban escaleras abajo con sensación de bienestar después de media hora con una prostituta barata eran tan fáciles de tumbar y esquilmar como ovejas aturdidas.

Ahora era él quien andaba a zancadas con su traje gris y sin compañía, provocando que mujeres jóvenes vestidas con la frivolidad y la tacañería de una muñeca se le acercaran cual si las atrajera un imán, y también uno o dos hombres, con tejanos ceñidos como si estuvieran pintados y la cara maquillada casi con tanto cuidado y adornos como la de un indio. Tristão avanzó sin desviarse por la acera de mosaicos en ondulantes franjas blancas y negras. El aire nocturno, su beso estremecido y emocionado, los fragmentos de samba, forró e hilaridad que derivaban



entrelazados con las fragancias del café, la cerveza y el perfume barato, era todo lo que deseaba: despejar la cabeza del humo rancio del pasado de Isabel, la verdad latente de que en ella había mucho más de lo que él jamás podría poseer, y la comprensión —que había contribuido a deprimirlo en el apartamento— de que el intento por poseerla había retorcido su vida en una forma que nunca cambiaría..., una forma en cierto modo culpable, manchada por el homicidio y la deserción.

Tristão quería quitar de su cabeza estos pensamientos confusos e inútiles. También él ansiaba la antigua inocencia. Había cruzado la *avenida* y pasado de la acera a la arena. Se sentó en un banco, se quitó los zapatos negros con cordones y los calcetines de seda acanalados; ocultó todo en un bancal de arvejilla arenera, cerca del banco. Qué maravilla que crecieran allí esos pequeños macizos de arvejilla arenera y vides marinas, tanto en 1988 como en 1966, a pesar de todos los pies que las habían surcado.

Para sus plantas desnudas, la arena estaba tibia en la superficie y fresca debajo de una delgada piel de granos caldeada por el sol. En los trechos de playa iluminada, unas siluetas espigadas y agitadas de chicos abandonados jugaban diversos partidos de fútbol. Tristão bajó hacia las sombras donde el mar, elevándose y descendiendo, formaba líneas de puntos. El incesante ruido rítmico de las aguas, con el aliento húmedo de su respiración mientras dormía, se superponía a los sonidos más tenues aún del tráfico y la música, sin ahogarlos por completo.

La Cruz del Sur, como una cometa imperfecta, pequeña, frágil y sin estrella central, colgaba baja en el cielo sin luna. Arriba, donde el brillo nocturno de Copacabana les permitía asomar, otras estrellas mantenían rígidos sus diseños azarosos, su antigua fosforescencia. En las pequeñas olas que rompían a sus pies, una fosforescencia menos estable parpadeaba y se deslizaba debajo, mientras la playa absorbía la ola. Esas luces eran semejantes a espíritus, *eran* espíritus, le pareció a Tristão, tan vivos como él. Anduvo a través del espectro errante de la espuma móvil, sintiendo que la arena saturada chupaba sus pies descalzos, hundiendo en mayor o menor profundidad la extraña lengua de agua que lamía sus tobillos, sensaciones de la infancia cuando esta playa y el panorama desde la chabola eran los únicos lujos de su vida.

Luego, en un sitio donde las luces del bullicioso paseo marítimo eran distantes, por lo que para sus pupilas dilatadas la espuma ondulante poseía una íntima brillantez propia, apareció delante de él una sombra humana, y dos más detrás. Una navaja de tamaño mediano reflejaba la luz de las estrellas en su lado plano.

—Tu reloj —ordenó la voz frágil y cargada de pánico de un chico, en inglés, y agregó, para estar seguro—: *Ihr Armbanduhr* .

—No seas *pentelho* —dijo Tristão a la súbita presencia—. Soy uno de los tuyos.

El acento profundo y carioca hizo vacilar a su asaltante, pero éste no cambió de actitud.

—El reloj, la billetera, tarjetas de crédito, los gemelos, todo, rápido — dijo el chico y añadió, como para evitar que su voz infantil chillara fuera de control—: *Filho da puta!*

—Quieres insultarme, pero has dicho la pura verdad —reconoció Tristão—. Ahora iros a casa con las golfas de vuestras mamás y no os haré daño. —Su voz de hombre adulto se estremeció mientras la adrenalina del combate se precipitaba a su pecho. Sintió la punta de otra cuchilla entre los omóplatos y que la mano del tercer chico, veloz y silenciosa como una salamanquesa en la pared, se introducía en el bolsillo de la chaqueta y sacaba la billetera. Esta insolente delicadeza, como si de uno de los hijos que nunca había tenido estuviese jugando con la ropa de papá, le hizo cosquillas y al mismo tiempo lo encolerizó. En la avenida lejana giró un coche y a la luz de los faros Tristão vio la cara de la sombra que tenía delante: el rostro brillante, barnizado por una nerviosa tensión en trance, de un joven negro. Incluso llegó a leer la leyenda de la camiseta oscura, que en letras blancas proclamaba: BLACK HOLE, el nombre de un nuevo club nocturno—. ¿Queréis mi reloj? Aquí está.

Con las manos en alto, como un bailarín de *xangô*, Tristão se quitó la correa flexible, les mostró que era un Rolex en cuya pesada pulsera alternaban el oro y el platino, y lo arrojó al mar, un firmamento de fosforescencias.

—*Porra!* —exclamó el chico que tenía enfrente, sencillamente asombrado.

La cuchilla apoyada en su espalda parecía despuntada, como un palo o una manopla, pero se deslizó a través de su chaqueta y su piel con la facilidad de una hoja de afeitar, indolora en el primer instante, y luego con un ardor que se hinchó deprisa en una injuria demasiado grave para soportarla. Alargó la mano hacia el cinturón en busca de su cuchilla de afeitar, pero no estaba allí la Gem que había sido su amiga en otra vida; se echó a reír, deseoso de explicar esto y muchas cosas más a esos chicos que podrían haber sido sus hijos pero que, frenéticos por el terror y la magnitud de lo que estaban haciendo, aunque expresando todos a una su solidaridad entre sí, tajaron y apuñalaron al blanco derribado, como lección para todos los blancos que todavía se creen los dueños del mundo. Hubo sonidos, donde el mar suspiraba ruidosamente, mientras víctima y victimarios gruñían por el esfuerzo y el metal golpeaba el hueso.

El cuerpo de Tristão cayó en una oleada de espuma que enseguida retrocedió, haciéndolo rodar una sola vez. Los chicos, con la intención de ocultar su cuerpo en el mar, intentaron patearlo y arrastrarlo a la siguiente ola pero él, todavía vivo, aferró el tobillo de uno de ellos con tanta fuerza como la de una llave de torsión y el crío, de sólo doce años,

chilló como si lo hubiera atrapado un fantasma. Luego la mano se aflojó. El y sus amigos huyeron; sus pies descalzos producían densas salpicaduras de arena, y se dispersaron, desapareciendo por distintos pasillos de oscuridad, al otro lado de la bulliciosa Avenida Atlántica.

Tristão, sintiendo que la palpitante y cálida agua salina sustituía el fluir de su sangre, perdió el sentido y murió. Su cadáver chapoteaba atrás y adelante entre fucos y el banco de arena a cinco metros de distancia, que se negaban a permitir que se viera arrastrado hacia el horizonte y lo contenían allí, donde las inconexas olas golpeaban con fuerza suficiente para producir llovizna a la luz de la luna. El agua espumosa lo acunaba cariñosamente, con su traje gris ennegrecido por la humedad, elevándolo hasta la línea de fucos y volviendo a menearlo hacia atrás.

Isabel, que se había dormido enseguida por efecto del vino tinto, despertó de un sueño en el que sus hijos —los tres muertos o desaparecidos mezclados con los tres mimados que habían dejado en São Paulo— la habían estado sitiando con su necesidad de algo —desayuno, ropa limpia para ir a la escuela, dinero para casetes— que ella estaba demasiado paralizada para proporcionarles. Permaneció en medio de esos rostros esforzados, cada vez más aterrada. En el sueño todos tenían la misma edad y le llegaban a la cintura, aunque en la realidad algunos nunca habían alcanzado esa altura y otros la habían superado. La insoportable presión de tantas demandas quebró la paz de su cuerpo; Isabel despertó y a su pánico se adhirió el vacío a su lado, en la cama, donde Tristão había prometido que estaría desnudo. El espacio, explorado al principio por un coqueto tanteo del pie y luego a tientas por una mano presa del terror, estaba frío y sin arrugas.

Se levantó, cubrió su desnudez con una larga bata blanca de algodón afelpado que había pertenecido a la tía Luna y todavía colgaba en el baño de huéspedes. Registró el apartamento; recorrió la terraza, abrió las puertas y se asomó a la planta baja para comprobar si su marido no estaba acurrucado en el sofá. Los relojes marcaban las cinco y cuarto. Telefonó abajo, a la recepción; el soñoliento japonés informó que el caballero había salido poco antes de medianoche y todavía no había regresado. Llamó a la puerta de su tío, que no estaba en condiciones de escucharla: tomaba somníferos, usaba tapones en los oídos y un antifaz para protegerse de la luz. Isabel entró, metió la mano entre la calidez de la ropa de cama y lo sacudió hasta despertarlo. Al principio, Donaciano se mostró dispuesto a restar importancia a la ausencia de Tristão como si se tratase de un pecadillo masculino que se aclararía con su tímido regreso a la mañana y una higiénica bronca conyugal, pero las lágrimas y gemidos de su sobrina, cargados de una irrefutable fuerza premonitoria, lo convencieron para que finalmente llamara a la policía.

La policía de Río está sobrecargada de trabajo y se le paga en una moneda cuyo valor disminuye constantemente. Como ocurre con los agentes del orden de todo el mundo, la proximidad a la corrupción los ha corrompido; los eternos pobres los exasperan y en las *favelas* han entregado el mantenimiento del orden a los traficantes de drogas. Están

abrumados por nuestra propensión al pecado y al desorden, por la falta de respeto a las restricciones religiosas. Pero había un policía de servicio, que después de un fastidioso rato alejado del teléfono volvió para informar que en los registros de aquella noche no había nadie que respondiese a la descripción de Tristão. También él se sintió inclinado a tomarse a la ligera el caso de un marido de parranda, pero finalmente consintió —tras cerciorarse de la importancia y las conexiones de Donaciano en las altas esferas— en enviar a un agente. Isabel no podía esperar. Deteniéndose apenas para ponerse unas sandalias de color tostado, desnuda bajo la bata, recorrió a paso largo, con la ciega determinación de un sonámbulo, las calles transversales hasta Copacabana, mientras su tío, que se había puesto el pantalón de un traje y la camisa sin corbata, jadeaba tratando de mantener su ritmo y de hablarle al mismo tiempo con racionalidad y esperanza.

Pero en el interior de Isabel había un pétreo vacío implorante que sabía cómo satisfacerse a sí mismo: ella tenía que seguir adelante hasta que ese terrible mortero interior encontrara su mano.

El movimiento nocturno de las *boîtes* estaba tocando a su fin, los juerguistas salían al aire libre con el rostro flojo, ropa ligera salpicada de lentejuelas y los oídos tintineantes por éxtasis ya agotados. Pasaban algunos taxis cuyos faros parecían cada vez más tenues e innecesarios. Ya habían salido algunos deportistas en sudaderas, para correr y contrarrestar el fresco matinal. Ahora las difuminadas nubes nocturnas tenían claras formas azules —castillos redondeados, una hilera de cabezas de caballo cortadas en la paletilla— contra un cielo que aún no era rosa sino de un pardo grisáceo empalidecido al otro lado de las islas gibosas, el horizonte afilado como una espada.

Sí, tenía que haber andado por aquí, por esta arena donde las huellas juveniles de los dos se habían perdido entre millones de otras huellas, y escondido los zapatos donde ella los encontró, ocultos en un penacho de arvejilla arenera. Habría caminado por la sinuosa orilla como un chico, pensando en sí mismo tal como era antes de que ella le impusiera un milagro. Isabel divisó a lo lejos, en la clara carretera de espuma, una oscura interrupción como una mata de fucos y la playa empapada que reflejaba, con el barniz de la saturación que iba y venía como vaho del aliento, el cielo que clareaba. No se detuvo, ni corrió hacia la interrupción de algas; se quitó las sandalias y avanzó por las que en su imaginación eran las pisadas profundas y esponjosas de Tristão, aunque sus huellas estaban borradas por completo.

Lo encontró boca abajo, con sus dientes impecables al descubierto por el esbozo de un amable gruñido, la mano abarquillada cerca del mentón en el estilo infantil en que la situaba cuando dormía. Sus ojos entreabiertos, con los iris levantados y fuera de la vista bajo los párpados, poseían el lustre de fragmentos de conchas arrojadas en la arena. Sus pies descalzos, mientras las olas rompían infatigables y giraban en remolino alrededor, habían hundido los dedos en la arena,

con los tobillos cerrados en el ángulo recto de la muerte. *Lealtad*, clamaba su cuerpo rígido, aferrado a la playa.

El tío Donaciano llegó al lado de Isabel junto con un policía muy joven y regordete. A la luz del alba se reunió una multitud: bailarines, camareros, taxistas y chicas del placer que habían dado por terminada la noche, banqueros, dueños de tiendas y amas de casa que empezaban el día a la carrera por Copacabana. Había brotado un bosque de delgadas piernas marrones. Un viejo y arrugado vendedor ambulante, de cerdas blancas sin afeitar contra el pellejo estragado de su cara, ya había montado su puesto en la acera y vendía leche de coco, Coca-Cola y *empadinhas* frías del día anterior a los que tenían apetito. Un crío negro de ojos saltones les alcanzó la billetera vacía de Tristão que había caído contra el bordillo, y miró al policía, luego a Isabel y por último al tío Donaciano a la espera de su recompensa. Tras recibir un fajo de cruceiros de color pastel salió como alma que lleva el diablo haciendo volar arena como si fuesen alas con los talones. Fieles a sus supersticiones, los asesinos habían dejado en la billetera una foto de Isabel y Tristão adolescentes con las cabezas juntas en una cabina de Corcovado, y una medalla de san Cristóbal, delgada como una hoja de afeitar. ¿Se la habría regalado ella con su pueril beatería en aquellas ardientes primeras semanas furtivas? En el ambiente había interrogantes, expresiones de interés y pena, una expectativa general concentrada en Isabel; la muchedumbre esperaba oírla gemir y entonar su lamento fúnebre, las muestras memorables de su dolor. Pero los sentimientos de Isabel eran de una grave formalidad, como tallas antiguas, gastadas y desconchadas pero todavía testimonios de una simetría establecida.

Recordó un cuento que había leído en los primeros tiempos en Serra do Buraco, antes de enredarse con las manicuras, antes del nacimiento de Azor y Cordélia. A fin de llenar sus días solitarios en la chabola de un minero, leía atentamente las narraciones arrugadas y engrasadas en que llegaban envueltas a la montaña las herramientas y provisiones, en su mayoría concernientes a las aventuras amorosas y escándalos de los famosos. Uno de los relatos se refería a una mujer que mucho tiempo atrás, fallecido su amado, se acostó a su lado con el deseo de morir, y murió. Murió, para mostrar su amor.

El cadáver de Tristão había sido arrastrado más arriba sobre la arena, a la espera de la ambulancia. Tenía unos granos de arena adheridos a las córneas de los ojos abiertos, y otros que azucaraban sus labios regañones. Isabel se echó a su lado, le besó los ojos, los labios. Un amargo sabor a algas marinas aromatizaba su piel. La multitud percibió el acto grandioso que Isabel intentaba y guardó un silencio reverente, que sólo interrumpió su tío para gritar, alterado por tan vulgar despliegue de romanticismo brasileño:

—¡Por Dios, Isabel!

Ella elevó su cuerpo y se abrió la bata para que el rostro marmóreo de Tristão quedara apoyado contra su pecho tibio, rodeó con un brazo el cadáver con su traje húmedo cada vez más seco, y pidió a su corazón que se detuviera. Esperaba montar el cuerpo de su amado como el de un delfín, hacia el reino submarino de la muerte. Supo lo que siente un hombre a punto de follar: su alma se extendía para entrar en una voluptuosa oscuridad.

Pero el sol naciente continuó enrojeciendo sus párpados cerrados, los elementos químicos de su organismo prosiguieron su insondable circulación. La multitud se aburrió: hoy no habría milagro. Con los ojos todavía cerrados, Isabel oyó que la gente retomaba las conversaciones y se apartaba. El ulular detonante de una ambulancia lejana, como un payaso maldito, perforó el murmullo humano: iba en busca de Tristão, de la basura en que se había convertido. El espíritu es fuerte, pero la materia ciega es más fuerte aún. Tras asumir esta desoladora verdad, la viuda de tez oscura se puso de pie con dificultad, ciñó la bata alrededor de su desnudez y dejó que su tío la llevara a casa.

## Nota del autor

### Nota del autor

Dos grandes libros han contribuido a plasmar este pequeño volumen: *Rebellion in the Backlands (Os Sertões)* [Rebelión tierra adentro: Los sertões], de Euclides da Cunha, y *Tristes trópicos*, de Claude Lévi-Strauss. Quizá no sea un gran libro *Through the Brazilian Wilderness* [A través del desierto brasileño], de Theodore Roosevelt, pero lo encontré entretenido e informativo. También me fueron útiles *Red Gold* [Oro rojo], de John Hemming, *The Masters and the Slaves* [Los amos y los esclavos], de Gilberto Freyre, *Brazil* [Brasil], de Elizabeth Bishop y los editores de *Life*, además de dos guías del país, de las series *Real Guide* y *Lonely Planet*, de varios autores juveniles y emprendedores. *The Romance of Tristan and Iseult* [El romance de Tristán e Isolda], de Joseph Bédier, me proporcionó el tono y la situación básica. Extraje valor y color local de la ficción auténticamente brasileña de Joaquim Machado de Assis, Graciliano Ramos, Clarice Lispector, Rubem Fonseca, Ana Miranda, Jorge Amado y Nélida Piñón. Gracias a Luiz Schwarcz y sus colegas de la *Companhia das Letras*, de São Paulo, muchos errores e inverosimilitudes fueron corregidos: si quedan muchos, la responsabilidad es mía.



JOHN HOYER UPDIKE (Reading, Pensilvania, 18 de marzo de 1932 - Beverly Farms, Massachusetts, 27 de enero de 2009). Fue un importante escritor estadounidense, autor de novelas, relatos cortos, poesías, ensayos y críticas literarias, así como de un libro de memorias personales.

La obra más importante de Updike fue la serie de novelas sobre su famoso personaje Harry Conejo Angstrom (*Corre, Conejo; El regreso de Conejo, Conejo es rico, Conejo en paz* y la novela de evocaciones y remembranzas del personaje, titulada *Conejo en el recuerdo*). De la famosa tetralogía, *Conejo es rico* y *Conejo en paz* le permitieron ganar sendos Premio Pulitzer en 1982 y 1991, respectivamente. Describiendo su famoso personaje como «el protestante de clase media de un pequeño pueblo norteamericano».

Updike, bien conocido por su escritura prolífica, que raya en un cuidado casi artesanal, llegó a publicar 22 novelas y más de una docena de colecciones de historias cortas, así como poesías, ensayos, críticas literarias e, incluso, libros para niños. Cientos de sus historias, reportajes y poemas han ido apareciendo regularmente en el semanario *The New Yorker* desde 1950.

Su trabajo como escritor explora habitualmente las motivaciones humanas sobre el sexo, la fe, la razón última de la existencia, la muerte, los conflictos generacionales y las relaciones interpersonales.



En su estilo como narrador es habitual un preciso realismo naturalista, tal como puede observarse con claridad en el inicio de *Corre, Conejo*, donde discurre con absoluto rigor describiendo, con intrincados detalles técnicos, las fintas habituales del baloncesto callejero, su deporte favorito. Es habitual en su redacción enfocar con verismo y cuidado detalle las interrelaciones personales entre amigos, parejas casadas o *affairs* extramaritales de infidelidad.

## Notas

[1] Todos los términos en portugués y las cursivas son del autor en el original inglés. (N. de la T.) <<

[2] La sigla DAR corresponde a *Daughters of the American Revolution* : Hijas de la Revolución Americana. (N. de la T.) <<

